

BOLCHEVIQUE

Larissa Reisner



BOLCHEVIQUE



Colección

SOCIALISMO y LIBERTAD

Libro 147

SOCIALISMO y LIBERTAD

Libro 1 LA REVOLUCIÓN ALEMANA

Víctor Serge - Karl Liebknecht - Rosa Luxemburgo

Libro 2 DIALÉCTICA DE LO CONCRETO

Karel Kosik

Libro 3 LAS IZQUIERDAS EN EL PROCESO POLÍTICO ARGENTINO

Silvio Frondizi

Libro 4 INTRODUCCIÓN A LA FILOSOFÍA DE LA PRAXIS

Antonio Gramsci

Libro 5 MAO Tse-tung

José Aricó

Libro 6 VENCEREMOS

Ernesto Guevara

Libro 7 DE LO ABSTRACTO A LO CONCRETO - DIALÉCTICA DE LO IDEAL

Edwald Ilienkov

Libro 8 LA DIALÉCTICA COMO ARMA, MÉTODO, CONCEPCIÓN y ARTE

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 9 GUEVARISMO: UN MARXISMO BOLIVARIANO

Néstor Kohan

Libro 10 AMÉRICA NUESTRA. AMÉRICA MADRE

Julio Antonio Mella

Libro 11 FLN. Dos meses con los patriotas de Vietnam del sur

Madeleine Riffaud

Libro 12 MARX y ENGELS. Nueve conferencias en la Academia Socialista

David Riazánov

Libro 13 ANARQUISMO y COMUNISMO

Evgueni Preobrazhenski

Libro 14 REFORMA o REVOLUCIÓN - LA CRISIS DE LA

SOCIALDEMOCRACIA

Rosa Luxemburgo

Libro 15 ÉTICA y REVOLUCIÓN

Herbert Marcuse

Libro 16 EDUCACIÓN y LUCHA DE CLASES

Aníbal Ponce

Libro 17 LA MONTAÑA ES ALGO MÁS QUE UNA INMENSA ESTEPA VERDE

Omar Cabezas

Libro 18 LA REVOLUCIÓN EN FRANCIA. Breve historia del movimiento obrero en Francia 1789-1848. Selección de textos de Alberto J. Plá

Libro 19 MARX y ENGELS

Karl Marx y Fiedrich Engels. Selección de textos

Libro 20 CLASES y PUEBLOS. Sobre el sujeto revolucionario

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 21 LA FILOSOFÍA BURGUESA POSTCLÁSICA

Rubén Zardoya

Libro 22 DIALÉCTICA Y CONSCIENCIA DE CLASE

György Lukács

Libro 23 EL MATERIALISMO HISTÓRICO ALEMÁN

Franz Mehring

Libro 24 DIALÉCTICA PARA LA INDEPENDENCIA

Ruy Mauro Marini

Libro 25 MUJERES EN REVOLUCIÓN

Clara Zetkin

Libro 26 EL SOCIALISMO COMO EJERCICIO DE LA LIBERTAD

Agustín Cueva - Daniel Bensaïd. Selección de textos

Libro 27 LA DIALÉCTICA COMO FORMA DE PENSAMIENTO - DE ÍDOLOS E IDEALES

Ewald Ilienkov. Selección de textos

Libro 28 FETICHISMO y ALIENACIÓN - ENSAYOS SOBRE LA TEORÍA MARXISTA EL VALOR

Isaak Illich Rubin

Libro 29 DEMOCRACIA Y REVOLUCIÓN. El hombre y la Democracia

György Lukács

Libro 30 PEDAGOGÍA DEL OPRIMIDO

Paulo Freire

Libro 31 HISTORIA, TRADICIÓN Y CONSCIENCIA DE CLASE

Edward P. Thompson. Selección de textos

Libro 32 LENIN, LA REVOLUCIÓN Y AMÉRICA LATINA

Rodney Arismendi

Libro 33 MEMORIAS DE UN BOLCHEVIQUE

Osip Piatninsky

Libro 34 VLADIMIR ILICH Y LA EDUCACIÓN

Nadeshda Krupskaya

Libro 35 LA SOLIDARIDAD DE LOS OPRIMIDOS

Julius Fucik - Bertolt Brecht - Walter Benjamin. Selección de textos

Libro 36 UN GRANO DE MAÍZ

Tomás Borge y Fidel Castro

Libro 37 FILOSOFÍA DE LA PRAXIS

Adolfo Sánchez Vázquez

Libro 38 ECONOMÍA DE LA SOCIEDAD COLONIAL

Sergio Bagú

Libro 39 CAPITALISMO Y SUBDESARROLLO EN AMÉRICA LATINA

André Gunder Frank

Libro 40 MÉXICO INSURGENTE

John Reed

Libro 41 DIEZ DÍAS QUE CONMOVIERON AL MUNDO

John Reed

Libro 42 EL MATERIALISMO HISTÓRICO

Georgi Plekhanov

Libro 43 MI GUERRA DE ESPAÑA

Mika Etchebéherè

Libro 44 NACIONES Y NACIONALISMOS

Eric Hobsbawm

Libro 45 MARX DESCONOCIDO

Nicolás González Varela - Karl Korsch

Libro 46 MARX Y LA MODERNIDAD

Enrique Dussel

Libro 47 LÓGICA DIALÉCTICA

Edwald Ilienkov

Libro 48 LOS INTELLECTUALES Y LA ORGANIZACIÓN DE LA CULTURA

Antonio Gramsci

Libro 49 KARL MARX. LEÓN TROTSKY, Y EL GUEVARISMO ARGENTINO

Trotsky - Mariátegui - Masetti - Santucho y otros. Selección de Textos

Libro 50 LA REALIDAD ARGENTINA - El Sistema Capitalista

Silvio Frondizi

Libro 51 LA REALIDAD ARGENTINA - La Revolución Socialista

Silvio Frondizi

Libro 52 POPULISMO Y DEPENDENCIA - De Yrigoyen a Perón

Milcíades Peña

Libro 53 MARXISMO Y POLÍTICA

Carlos Néelson Coutinho

Libro 54 VISIÓN DE LOS VENCIDOS

Miguel León-Portilla

Libro 55 LOS ORÍGENES DE LA RELIGIÓN

Lucien Henry

Libro 56 MARX Y LA POLÍTICA

Jorge Veraza Urtuzuástegui

Libro 57 LA UNIÓN OBRERA

Flora Tristán

Libro 58 CAPITALISMO, MONOPOLIOS Y DEPENDENCIA

Ismael Viñas

Libro 59 LOS ORÍGENES DEL MOVIMIENTO OBRERO

Julio Godio

Libro 60 HISTORIA SOCIAL DE NUESTRA AMÉRICA

Luis Vitale

Libro 61 LA INTERNACIONAL. Breve Historia de la Organización Obrera en Argentina.

Selección de Textos

Libro 62 IMPERIALISMO Y LUCHA ARMADA

Marighella, Marulanda y la Escuela de las Américas

Libro 63 LA VIDA DE MIGUEL ENRÍQUEZ

Pedro Naranjo Sandoval

Libro 64 CLASISMO Y POPULISMO

Michael Löwy - Agustín Tosco y otros. Selección de textos

Libro 65 DIALÉCTICA DE LA LIBERTAD

Herbert Marcuse

Libro 66 EPISTEMOLOGÍA Y CIENCIAS SOCIALES

Theodor W. Adorno

Libro 67 EL AÑO 1 DE LA REVOLUCIÓN RUSA

Víctor Serge

Libro 68 SOCIALISMO PARA ARMAR

Löwy -Thompson - Anderson - Meiksins Wood y otros. Selección de Textos

Libro 69 ¿QUÉ ES LA CONCIENCIA DE CLASE?

Wilhelm Reich

Libro 70 HISTORIA DEL SIGLO XX - Primera Parte

Eric Hobsbawm

Libro 71 HISTORIA DEL SIGLO XX - Segunda Parte

Eric Hobsbawm

Libro 72 HISTORIA DEL SIGLO XX - Tercera Parte

Eric Hobsbawm

Libro 73 SOCIOLOGÍA DE LA VIDA COTIDIANA

Ágnes Heller

Libro 74 LA SOCIEDAD FEUDAL - Tomo I

Marc Bloch

Libro 75 LA SOCIEDAD FEUDAL - Tomo 2

Marc Bloch

Libro 76 KARL MARX. ENSAYO DE BIOGRAFÍA INTELECTUAL

Maximilien Rubel

Libro 77 EL DERECHO A LA PEREZA

Paul Lafargue

Libro 78 ¿PARA QUÉ SIRVE EL CAPITAL?

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 79 DIALÉCTICA DE LA RESISTENCIA

Pablo González Casanova

Libro 80 HO CHI MINH

Selección de textos

Libro 81 RAZÓN Y REVOLUCIÓN

Herbert Marcuse

Libro 82 CULTURA Y POLÍTICA - Ensayos para una cultura de la resistencia

Santana - Pérez Lara - Acanda - Hard Dávalos - Alvarez Somoza y otros

Libro 83 LÓGICA Y DIALÉCTICA

Henri Lefebvre

Libro 84 LAS VENAS ABIERTAS DE AMÉRICA LATINA

Eduardo Galeano

Libro 85 HUGO CHÁVEZ

José Vicente Rangél

Libro 86 LAS GUERRAS CIVILES ARGENTINAS

Juan Álvarez

Libro 87 PEDAGOGÍA DIALÉCTICA

Betty Giro - César Julio Hernández - León Vallejo Osorio

Libro 88 COLONIALISMO Y LIBERACIÓN

Truong Chinh - Patrice Lumumba

Libro 89 LOS CONDENADOS DE LA TIERRA

Frantz Fanon

Libro 90 HOMENAJE A CATALUÑA

George Orwell

Libro 91 DISCURSOS Y PROCLAMAS

Simón Bolívar

Libro 92 VIOLENCIA Y PODER - Selección de textos

Vargas Lozano - Echeverría - Burawoy - Monsiváis - Védrine - Kaplan y otros

Libro 93 CRÍTICA DE LA RAZÓN DIALÉCTICA

Jean Paul Sartre

Libro 94 LA IDEA ANARQUISTA

Bakunin - Kropotkin - Barret - Malatesta - Fabbri - Gilimón - Goldman

Libro 95 VERDAD Y LIBERTAD

Martínez Heredia - Sánchez Vázquez - Luporini - Hobsbawm - Rozitchner - Del Barco

LIBRO 96 INTRODUCCIÓN GENERAL A LA CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

Karl Marx y Friedrich Engels

LIBRO 97 EL AMIGO DEL PUEBLO

Los amigos de Durruti

LIBRO 98 MARXISMO Y FILOSOFÍA

Karl Korsch

LIBRO 99 LA RELIGIÓN

Leszek Kolakowski

LIBRO 100 AUTOGESTIÓN, ESTADO Y REVOLUCIÓN

Noir et Rouge

LIBRO 101 COOPERATIVISMO, CONSEJISMO Y AUTOGESTIÓN

Iñaki Gil de San Vicente

LIBRO 102 ROSA LUXEMBURGO Y EL ESPONTANEÍSMO REVOLUCIONARIO

Selección de textos

LIBRO 103 LA INSURRECCIÓN ARMADA

A. Neuberg

LIBRO 104 ANTES DE MAYO

Milcíades Peña

LIBRO 105 MARX LIBERTARIO

Maximilien Rubel

LIBRO 106 DE LA POESÍA A LA REVOLUCIÓN

Manuel Rojas

LIBRO 107 ESTRUCTURA SOCIAL DE LA COLONIA

Sergio Bagú

LIBRO 108 COMPENDIO DE HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Albert Soboul

LIBRO 109 DANTON, MARAT Y ROBESPIERRE. Historia de la Revolución Francesa

Albert Soboul

LIBRO 110 LOS JACOBINOS NEGROS. Toussaint L'Ouverture y la revolución de Haití

Cyril Lionel Robert James

LIBRO 111 MARCUSE Y EL 68

Selección de textos

LIBRO 112 DIALÉCTICA DE LA CONCIENCIA – Realidad y Enajenación

José Revueltas

LIBRO 113 ¿QUÉ ES LA LIBERTAD? – Selección de textos

Gajo Petrović – Milán Kangrga

LIBRO 114 GUERRA DEL PUEBLO – EJÉRCITO DEL PUEBLO

Vo Nguyen Giap

LIBRO 115 TIEMPO, REALIDAD SOCIAL Y CONOCIMIENTO

Sergio Bagú

LIBRO 116 MUJER, ECONOMÍA Y SOCIEDAD

Alexandra Kollontay

LIBRO 117 LOS JERARCAS SINDICALES

Jorge Correa

LIBRO 118 TOUSSAINT LOUVERTURE. La Revolución Francesa y el Problema Colonial

Aimé Césaire

LIBRO 119 LA SITUACIÓN DE LA CLASE OBRERA EN INGLATERRA

Federico Engels

LIBRO 120 POR LA SEGUNDA Y DEFINITIVA INDEPENDENCIA

Estrella Roja – Ejército Revolucionario del Pueblo

LIBRO 121 LA LUCHA DE CLASES EN LA ANTIGUA ROMA

Espartaquistas

LIBRO 122 LA GUERRA EN ESPAÑA

Manuel Azaña

LIBRO 123 LA IMAGINACIÓN SOCIOLOGICA

Charles Wright Mills

LIBRO 124 LA GRAN TRANSFORMACIÓN. *Crítica del Liberalismo Económico*

Karl Polanyi

LIBRO 125 KAFKA. *El Método Poético*

Ernst Fischer

LIBRO 126 PERIODISMO Y LUCHA DE CLASES

Camilo Taufic

LIBRO 127 MUJERES, RAZA Y CLASE

Angela Davis

LIBRO 128 CONTRA LOS TECNÓCRATAS

Henri Lefebvre

LIBRO 129 ROUSSEAU Y MARX

Galvano della Volpe

LIBRO 130 LAS GUERRAS CAMPESINAS - REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN EN ALEMANIA

Federico Engels

LIBRO 131 EL COLONIALISMO EUROPEO

Carlos Marx - Federico Engels

LIBRO 132 ESPAÑA. *Las Revoluciones del Siglo XIX*

Carlos Marx - Federico Engels

LIBRO 133 LAS IDEAS REVOLUCIONARIOS DE KARL MARX

Alex Callinicos

LIBRO 134 KARL MARX

Karl Korsch

LIBRO 135 LA CLASE OBRERA EN LA ERA DE LAS MULTINACIONALES

Peters Mertens

LIBRO 136 EL ÚLTIMO COMBATE DE LENIN

Moshe Lewin

LIBRO 137 TEORÍAS DE LA AUTOGESTIÓN

Roberto Massari

LIBRO 138 ROSA LUXEMBURG

Tony Cliff

LIBRO 139 LOS ROJOS DE ULTRAMAR

Jordi Soler

LIBRO 140 INTRODUCCIÓN A LA ECONOMÍA POLÍTICA

Rosa Luxemburg

LIBRO 141 HISTORIA Y DIALÉCTICA

Leo Kofler

LIBRO 142 BLANQUI Y LOS CONSEJISTAS

Blanqui - Luxemburg - Gorter - Pannekoek - Pfemfert - Rühle - Wolffheim y Otros

LIBRO 143 EL MARXISMO - EL MATERIALISMO DIALÉCTICO

Henri Lefebvre

LIBRO 144 EL MARXISMO

Ernest Mandel

LIBRO 145 LA COMMUNE DE PARÍS Y LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA

Federica Montseny

LIBRO 146 LENIN, SOBRE SUS PROPIOS PIES

Rudi Dutschke

LIBRO 147 BOLCHEVIQUE

Larisa Reisner

***“Larisa Reisner no ha muerto,
ella está viva; es una mujer
de las barricadas.***

***Esto es lo que quería recordarles
este antiguo marinero de la flota.***

“En ese pasillo, Elfriede que tan celosa y laboriosamente había defendido su vida digna y solitaria, libre del báculo de cualquier moralidad oficial, y a pesar de todo tan pura y recta como una flecha, en ese pasillo la hicieron zozobrar con el abuso y la burla más obscena y vil. Cada cuarto de hora irrumpía en el vestíbulo un nuevo grupo de *Reichswehr*, levantaba del suelo a los que ya se habían derrumbado, golpeaba de nuevo a los que ya habían sido golpeados, revivía a los que se habían desmayado para derribarlos otra vez y, después, cada una de esas escuadras arremetía de nuevo contra ella, parada ahí como desnuda en medio de fieras salvajes.

– *Perra comunista* –gritaban.

– *Putá* –gritaban.

– *No eres una mujer alemana, eres un animal* –gritaban.

Y en esa horrible e interminable cámara de tortura que duró un día, una noche y otro día, esta muchacha recordó: sí, había habido una gran mujer alemana, grande como una estatua de mármol, y nada desde su espantosa muerte había sido tan perfecto y cuerdo en la revolución alemana.

Y, lo que es más, había dejado tras ella un pequeño libro de cartas. Portada blanca con letras rojas. *Cartas desde la cárcel*.

Elfriede resistió en este satánico corredor, gritando sobre Rosa Luxemburgo hasta que la oyeron. Cuando una muchacha se arma con el nombre de Rosa es tan poderosa y temible como un hombre armado; es una guerrera y nadie se atreverá a tocarla.

Es imposible recoger lo que dijo y cómo o cuáles fueron sus palabras.

Pero algún sargento pidió disculpas.

Una de las escuadras salió con el rabo entre las piernas diciendo que “ellos no se habían enterado”. Quizás fue aprovechado este intervalo para apartar de los soldados a uno de los hombres heridos y arrastrarlo con los brazos fuera de la jauría.

Ésta es la historia de Elfriede, una mujer comunista alemana, del barrio de Schiffbek, en Hamburgo.”

...Poco a poco ha ido sustituyendo la dictadura del proletariado, por un régimen de dictadura personal. Ha abierto una etapa que, en la historia de nuestra Revolución, será recordada como la 'era del terror'. Nadie en la Unión Soviética se siente seguro. Al ir a dormir, nadie sabe si no será arrestado durante la noche. No hay misericordia para nadie. Bueno o malo, héroe o enemigo de la revolución de octubre, un viejo bolchevique o un hombre sin partido; campesino de una finca colectiva, plenipotenciario, Comisario del Pueblo, intelectual o mariscal de la Unión Soviética; todos son igualmente susceptibles de recibir los golpes de su látigo, todos están girando en el diabólico carrusel de sangre. Igual que durante una erupción volcánica, en medio del estruendo de explosiones y el derrumbe de gigantescas rocas en la boca del cráter, estratos enteros de la sociedad soviética, se rompen y caen en el abismo.

Usted comenzó masacrando a los trotskistas, a Bujarin y a los zinovievistas. Luego vino el exterminio de los viejos bolcheviques y luego destruyó a los cuadros del partido o sin partido, que crecieron en la guerra civil, y que se llevaron la peor parte de la construcción de los primeros cinco años. Organizó la masacre de la Unión de Jóvenes Comunistas...

Con un sucio fraude, usted organiza simulacros de juicios, superando lo absurdo de las acusaciones de los procesos medievales contra las brujas. Sabe que Piatakov no voló a Oslo, que Máximo Gorki había muerto de muerte natural y que Trotsky no había hecho descarrilar ningún tren.

Sabiendo que todo es mentira, anima a tus secuaces a la calumnia, a la maledicencia, a la difamación, porque de ello siempre queda algo.

Como sabe yo nunca he sido trotskista. Por el contrario, he luchado contra todas las oposiciones ideológicas en forma impresa y en las asambleas generales.

Y ahora no estoy de acuerdo con la posición política de Trotsky, con su programa y su táctica, pero aunque fundamentalmente no estoy de acuerdo con Trotsky, creo que es un revolucionario honesto. No creo, y nunca creeré en su conspiración con Hitler y Hes. Usted es el cocinero de unos platos picantes que no son comestibles para un estómago humano normal...

¿Dónde están los héroes de la Revolución de Octubre? ¿Dónde Bubnov? ¿Dónde Krilenko? ¿Dónde Antonov? ¿Dónde Dybenko? ¿Los prisioneros de Stalin? ¿Dónde la vieja guardia? Ya no está viva. Usted la fusiló, Stalin... Usted robó a los muertos, muertos y deshonrados por ustedes y usurpó sus hazañas y logros. Usted ha destruido el partido de Lenin y con sus huesos construyó un nuevo 'partido de Lenin-Stalin' que sirve como útil cobertura a su autocracia...

Su orgía de locura no puede durar mucho tiempo. La lista de sus crímenes es interminable. ¡La lista de los nombres de sus víctimas es interminable! No es posible mencionar a todas. Tarde o temprano el pueblo soviético le llevará a juicio como un traidor al socialismo y a la revolución, una plaga imponente, el verdadero enemigo del pueblo, el organizador del hambre y de los montajes judiciales.

Fiódor Raskólnikov
Carta a Stalin. 1939

“Larissa Reissner... ocupa también un puesto importante en el quinto ejército como en la revolución en general. Esta maravillosa mujer, que fue el encanto de tantos, cruzó por el cielo de la revolución, en plena juventud, como un cometa fulgurante. A su figura de diosa olímpica unía una fina inteligencia supo combinar una mente sutil e irónica con la bravura de un guerrero. Después de la toma de Kazán por las tropas blancas se dirigió, vestida de aldeana, a espiar en las filas enemigas. Pero en su aspecto había algo extraordinario que la delató. Un oficial japonés de espionaje le tomó declaración. Aprovechándose de un descuido se lanzó a la puerta, que estaba mal guardada, y desapareció. Desde entonces trabajaba en la sección de espionaje. Más tarde se embarcó en la flotilla del Volga y tomó parte de los combates.

Dedicó a la Guerra civil páginas admirables, que pasarán a la literatura con valor de eternidad. Supo pintar con la misma plasticidad la industria de los Urales que el levantamiento de los obreros de la cuenca del Ruhr. Todo lo quería saber y conocer, en todo quería intervenir. En pocos años se convirtió en una escritora de primer orden. Y esta Palas Atenea de la revolución, que había pasado indemne por el fuego y por el agua, fue a morir, de pronto, presa de tífus, en los tranquilos alrededores de Moscú, cuando aún no había cumplido los treinta años”.

León Trotsky

“Un mes en Sviyazhsk”, Mi Vida



<https://elsudamericano.wordpress.com>



La red mundial de los hijos de la revolución social

BOLCHEVIQUE

Larisa Reisner

Notas:

- * **Sobre: HAMBURGO EN LAS BARRICADAS.** Nota de Richard Chappell (1977)
- * **Sobre: HOMBRES Y MAQUINAS.** Reseña de José Carlos Mariátegui (1929)
- * **LARISA REISNER** por Karl Rádek (1926)

El Frente (1918-1921)

- * **HOMBRES Y MAQUINAS**
- * **SVIYAZHSK** (Sviask)

Afganistán (1921)

- * **LA CASA DE LAS MAQUINAS.** Afganistán

Berlín, Octubre de 1923. Alemania (1923-1924)

- * **EN EL REICHSTAG**
- * **LOS HIJOS DE LOS OBREROS**
- * **UNA FAMILIA OBRERA PRÓSPERA**
- * **9 DE NOVIEMBRE EN UN BARRIO DE CLASE OBRERA**

Hamburgo en las barricadas. Alemania (1924)

- * **HAMBURGO**
- * **BARMBECK**
- * **SCHIFFBEK**
- * **RETRATOS**
- * **SOBRE SCHIFFBEK DE NUEVO**
- * **HAMM**
- * **POSTDATA: LOS MENCHEVIQUES ALEMANES DESPUÉS DE LA INSURRECCIÓN**

En el país de Hinderburg. Alemania

- * **ACOTACIÓN PRELIMINAR**
- * **EN LOS CAMPOS DE CONCENTRACIÓN DE LA POBREZA**
- * **KRUPP Y ESSEN**
- * **LECHE**

Carbón, hierro y hombres vivientes. U.R.S.S (1924-1925)

- * **EN LA TIERRA DEL PLATINO**
- * **HABITANTES DE LAS SOMBRAS**

- * **UNA MUERTE ABSURDA** por Viktor Sklovski
- * **EN MEMORIA DE LARISA REISNER** por Lev Sosnovsky

NOTAS

LARISA REISNER

(1895-1926)

Nació en Lublin, Polonia. Pasó su infancia en Tomsk, donde su padre fue nombrado profesor de Derecho de la Universidad en 1897. Entre 1903 un 1907, residía en Berlín, a donde la familia huyó a causa de las actividades políticas de su padre. Como consecuencia de la Revolución Rusa 1905-1906, se traslada a San Petersburgo, estudia Derecho y Filología, así como psiconeurología en el Instituto de Investigación Bekhterev.

Durante la Primera Guerra Mundial publicó una revista literaria anti-guerra: *Rudin*. Después de la Revolución de Febrero Larisa comenzó a escribir para el periódico de Gorki, *Novaya Zhizn (Vida Nueva)*. También participó en el programa de reforma de la ortografía del Gobierno Provisional, enseñando a los trabajadores y marineros.

Se convierte en miembro del Partido Bolchevique en 1918, y contrae matrimonio con Fiódor Raskólnikov en el verano de ese año. Durante la Guerra Civil fue soldado y comisario político del Ejército Rojo. Durante 1919 se desempeñó con el cargo de comisario en la sede del Personal Naval en Moscú.

En 1921, ella y su esposo viajaron a Afganistán, como representantes de la República Soviética, llevando a cabo las negociaciones diplomáticas.

En octubre de 1923 viajó ilegalmente a Alemania para presenciar la revolución allí, de primera mano y escribir sobre ella, produciendo colecciones de artículos titulados "*Berlín, 1923*" y "*Hamburgo en las barricadas*". Sus escritos posteriores vinieron de Hamburgo. Larisa Reisner murió el 9 de febrero de 1926 en el Hospital Kremlin, de Moscú, de fiebre tifoidea; tenía treinta años.

En este volumen se incluyen los escritos de Larisa Reisner que han sido publicados en español en las Antologías: **Hombres y máquinas** de Ed. Cenit de Madrid en 1929 y **Hamburgo en las barricadas** de Ed. Era de México en 1977.

Se han Incluido también **Sviyazhsk** (Sviask) publicado en **El frente (Crónicas de la guerra civil)**. Die Front 1918-1919, Berlín 1929. "Oktober", págs. 46-72. y **En el país de Hinderburg** publicado en diferentes antologías editadas en español.

Sobre Larisa Reisner se destacan dos biografías: una de Kathy Porter y otra de Galina Przhiborobskaja.

Sobre Karl Rádek, puede consultarse la biografía de Warren Lerner, **Karl Radek, the last internacionalist**, y el texto del propio Rádek sobre Larisa en "Portraits and pamphlets", ("Semblanzas y panfletos") así como el artículo que escribió sobre Larisa después de su muerte para la *Enciclopedia Granat*, reproducido en **Los bolcheviques**, de Marie y Haupt, libro que también incluye autobiografías de Rádek y de Raskólnikov.

Libros y Notas en referencia:

- Viktor Sklovski: *Viaje sentimental*
- Elizabeth K. Poretski: *Nuestra propia gente*
- Werner T. Angress: *Stillborn revolution*
- Julio Álvarez del Vayo: *La senda roja*; las *Memorias de un blochevique leninista*, editadas en samizdat
- León Trostsky, en particular *Mi vida*, *La Historia de la Revolución Rusa* y sus *Escritos militares*.
- Víctor Serge: *Vida y muerte de León Trotsky*.
- Paco Ignacio Taibo II: "Larisa, las historias que cuentas, las historias que me gustaría contar".

Sobre HAMBURGO EN LAS BARRICADAS

Nota de Richard Chappell¹

FUENTES

Berlín, octubre de 1923 (*Berlín v oktyabre 1923 goda*) fue publicado por primera vez por la MOPR (*Organización internacional para la ayuda de los combatientes revolucionarios*) en Moscú, 1924, como apéndice a *Hamburgo en las barricadas*.

Hamburgo en las barricadas (*Gamburg na barrikadakh*) apareció por primera vez en la revista *Zhizn*, nº 1, 1924, aunque sin el último capítulo. En *Izvestia*, nº 40, 1924 (titulados **“Hamburgo, ciudad libre”**) y en *Molodoi Leninets*, 25 y 29 de octubre de 1924, (con el título **“Barmbeck en lucha”**) se publicaron diversos extractos. Fue publicado por primera vez en forma de libro por la editorial *Noraya Moskva* en 1924 y reimpresso por la MOPR en 1925 (en la edición a la que nos hemos referido). Más tarde se publicaron otros extractos en *Molodoi Leninets*, 21 de febrero de 1926, (con el título **“Hamm”**) y en el libro *En las batallas por el Octubre mundial* publicado en Moscú en 1932 (bajo el título **“Elfriede de Schiffbek”**). En 1926, en los estudios *vufku*, se filmó una película basada en el libro con guión de S. Schreiber y Y. Yanovsky, dirigida por Ballyuzek. *Molodaya Gvardiya* publicó otra edición en 1932.

Los apuntes que constituyen **En el país de Hindenburg** se publicaron por primera vez en *Izvestia*, números 185, 187, 194, 201 y 227, en 1925. Esta serie no incluía **“Frau Fritzke”**, **“Zapatillas”** y **“Él es comunista y ella católica”** que aparecieron por primera vez en la versión en libro titulada **En el país de Hindenburg: apuntes sobre la Alemania contemporánea** (*V strane Gindenburga: ocherki sovremennoi Germanii*), publicada por *Pravda*, Moscú, 1926. Esta edición no incluía **“En el Ruhr. Bajo tierra”** [no se incluye en este volumen]

“Leche” se publicó por primera vez en el periódico *Gudok*, nº 258, 1925.

Todos estos trabajos se han reimpresso en diversas recopilaciones de los escritos de Larisa Reisner publicadas en la URSS, a saber, *Sobranie Sochinenii* (en dos volúmenes, aunque dista mucho de ser una edición completa) en 1928, *Izbraunye Proizvedeniya* en 1958 e *Izbrannoe* en 1965. En las últimas dos ediciones se omitió **“Junkers”** [no se incluye en este volumen]. En las dos ediciones de la posguerra se eliminó un corto párrafo en **“Krupp y Essen”** que se refiere a la labor diplomática de Karajan en China.

¹ De la nota a la edición de Richard Chappell a *Hamburg at the barricades* (Londres: Pluto Press, 1977), traducida en: *Hamburgo en las barricadas* (México: ed. Era, 1981).

Neue Deutsche Verlag de Berlín publicó, en 1925, una traducción al alemán de **Hamburgo en las barricadas** (*Hamburg auf den Barrikaden: Erlebtes und Erhortes aus dem Hamburger Auf stand 1923*) pero sin el último capítulo. En 1926, la misma editorial publicó una recopilación de los trabajos de la autora titulada *Oktober*, traducida por Eduard Scheimann. En ella se incluían las notas de *Hindenburg* con excepción de “*En el Ruhr. Bajo tierra*” [no se incluye en este volumen] y “**Él es comunista y ella católica**”, con un prefacio especial a ***En el país de Hindenburg*** subtulado “***Un viaje a través de la República Alemana en 1924***”. *Oktober* se reeditó en 1930 con alguna ligera variación del orden de los artículos. Dietz de Berlín publicó, en 1960, otra recopilación traducida al alemán que incluía también los apuntes sobre Berlín y Hamburgo.

La bibliografía más detallada de las obras de Larisa Reisner, a pesar de ser incompleta, incluyendo artículos de crítica sobre ella, se encuentra en *Sovetskie Pisateli: Prozaiki*, volumen 7, segunda parte, Moscú, 1972, pp. 65-83.

Los textos que se han utilizado para la presente edición son los siguientes:

- *Berlín, octubre 1923* en *Izbrannoe*, 1965.
- *Hamburgo en las barricadas* (excepto “*Los mencheviques alemanes después del levantamiento*”) en *Zhizn*, 1924.
- “*Los mencheviques alemanes después del levantamiento*” en *Izbrannoe*, 1965.
- *En el país de Hindenburg*, prefacio a la edición alemana; *Octubre 1926*; “*Krupp y Essen*”, “*Las barracas y la esposa de un remendón*”, “*Una cruz de hierro*”, “*En el Ruhr. Bajo tierra*”,² “*Ullstein*” y “*Junkers*”, en *Izvestia*, 1925; “*Frau Fritzke*”, “*Zapatillas*” y “**Él es comunista y ella católica**” en *Sobranie Sochinenii*, 1928; “*Leche*” en *Izbrannoe*, 1965.
- “*Larisa Reisner*” de Karl Rádek, prefacio a *Sobranie Sochinenii* de Larisa Reisner, Moscú, 1928.
- “*Una muerte absurda*” de Viktor Sklovsky, *Gamburgskii Schet*, Moscú, 1928.
- “*En memoria de Reisner*”, de Boris Pasternak, *Stikhotvoreniya i Poemy*, Moscú, 1965.
- “*En memoria de Larisa Reisner*” de L. Sosnovsky, *Lyudi Nash ego Vremeni*, Moscú, 1927.

Las palabras en alemán en el texto original ruso se han traducido entre paréntesis.

² Este texto y otros que no hemos incluido en esta antología se encuentran en la edición mexicana de *Hamburgo en las barricadas* (México: ed. Era, 1981).

HOMBRES Y MAQUINAS



Ilustración de PUYOL a la Antología de Editorial CENIT. Madrid. 1929

Sobre HOMBRES Y MAQUINAS

Reseña y presentación de José Carlos Mariátegui³

Álvarez del Vayo habla en dos de sus libros –*Rusia a los doce años* y *La Senda Roja*⁴– de esta extraordinaria figura de mujer que un libro editado en español por la Editorial *Cenit* nos revela íntegra e impresionantemente: Larisa Reissner.

Las agencias telegráficas, la gran prensa, no han señalado acaso nunca este nombre al público internacional. Larisa Reissner es, sin embargo, una figura histórica, una de las más grandes y admirables mujeres de nuestra época. Muerta en 1925, en plena juventud, en gozosa creación, no ha dejado sino dos libros: el que acaba de publicar la Editorial *Cenit*, *Hombres y Máquinas*, y otro de impresiones y escenas de la guerra civil en Rusia, *El Frente*. Pero, heroína de la revolución social, gran artista, gran escritora, Larisa Reissner no necesitaba escribir sino estas páginas vivientes, densas, logradas, de *Hombres y Máquinas* para que su mensaje llegase a toda la humanidad.

El prólogo que Karl Radek ha escrito para la obra de Larisa Reissner, es una magnífica presentación de la revolucionaria y la autora. Larisa nació en una ciudad de la Polonia oriental el 19 de Mayo de 1895. Su padre fue un profesor de estirpe báltica que en sus estudios y exilios en Europa occidental, sustituyó su vago idealismo de intelectual burgués por las sólidas concepciones del intelectual marxista. En Alemania, disfrutó del trato de hombres como Babel y Liebknecht, mientras la pequeña Larisa se familiarizaba en la escuela con esos niños obreros a los que años más tarde debía reencontrar en las jornadas de la insurrección comunista. En la cátedra de Derecho de la Universidad de Petrogrado, persiguieron al profesor Reissner –autor de la doctrina que, predicada que un marxismo heroico, ganaría en Octubre de 1917 el poder– las sórdidas ojerizas de los profesores que en esa Universidad representaban la ideología liberal o *kadete*. En esta lucha, librada con voluntad y convicción inquebrantables, se formó el espíritu de Larisa que a los dieciocho años, en 1913, acometió ambiciosamente su primera empresa literaria. Pero la verdadera iniciación de Larisa como escritora se cumplió bajo el signo de la guerra.

³ *Signos y Obras*: Publicado en *Variedades*: Lima, 28 de agosto de 1929. Y en *Repertorio Americano*: Tomo XIX, N° 14, p. 215; San José de Costa Rica, 12 de octubre de 1929.

⁴ Julio Álvarez del Vayo le dedica un capítulo en su novela autobiográfica *La Senda Roja* Madrid: Espasa Calpe, 1928.

La familia Reissner, con ese ingente y asombroso espíritu de sacrificio y de combate, de que se alimenta la historia de la Revolución de 1917 y que explica todas sus victorias, publicó bajo la guerra una revista que denunciaba la traición de los revolucionarios que en Rusia, como en los otros países, hallaron razones para justificar su consentimiento a la matanza. La Revolución tuvo en Larisa a uno de sus intrépidos combatientes. Su instinto revolucionario no le permitía ninguna ilusión respecto al régimen de Kerensky. La preservó, luego, de la hostilidad y la incomprensión de la Inteligencia ante el advenimiento al poder de los consejos de obreros y soldados.

“Esta mujer, profundamente creadora –explica Radek– penetró en el sentido creador de la Revolución y por eso la abrazó en cuerpo y alma”.

En los primeros meses de la República Soviética, Larisa colaboró en la obra de Lunatcharsky, encargado de salvar de la tormenta revolucionaria los tesoros artísticos de Rusia, guardados en gran parte en las mansiones de la aristocracia caída. Pero Larisa, ansiosa de batallas más activas, no podía contentarse con este rol modesto de experta en materia histórica y artística.

Cuando la reacción, subsidiada y excitada por los ex-aliados de Rusia, amenazó a los Soviets, Larisa marchó a ocupar un puesto en el frente. El brío de sus veintitrés años no se avenía con un trabajo de conservador de museo. Larisa peleó por los Soviets como un soldado. Fue una Juana de Arco proletaria, que milagrosamente escapó muchas veces a la muerte en manos de los enemigos de su fe. **El Frente** es el libro que recoge su testimonio de esta lucha.

En 1920, Larisa Reisner acompañó a Kabul a su marido Raskólnikow, nombrado Embajador de los Soviets en Afganistán. En la corte del Emir, la diplomacia imprevista de los Soviets debía sostener difícil batalla con la diplomacia profesional y avezada de la Entente.⁵

Tenía, por fortuna, un aliado: el vigilante sentimiento de independencia nacional, de este sentimiento nacía el lenguaje de la amistad. Toda la primera parte de **Hombres y Máquinas** es una serie de apuntes del Afganistán que conoció Larisa en los días más tormentosos de la Revolución.

⁵ Alianza militar entre Inglaterra, Francia y Rusia durante la Primera Guerra Mundial (1914-18).

La danza de las tribus campesinas, expresa a Larisa, mejor que ningún otro mensaje, el amor del pueblo afgano a su libertad. Occidental por su educación y su raza, Larisa Reissner descifra, sin más ayuda que la de su aguda intuición de mujer y de artista, la sonrisa y el ritmo de Oriente.

A fines de 1923, en los días álgidos de la ofensiva proletaria, que siguió a la ocupación del Ruhr y la bancarrota del marco, Larisa Reissner marchó a Alemania, a Dresden, frente más vasto y activo de la Revolución. En Rusia, bajo el comando de Lenin, el proletariado consagraba su esfuerzo a las jornadas sin romanticismo y sin alegría de la NEP.⁶ Larisa amaba al proletariado alemán, desde los tiempos en que, durante un exilio de su padre, le tocó frecuentar la escuela de Zehlendorf.

La segunda parte de su libro está formada por sus escritos de esta etapa de agitadora “*En el país de Hindenburg*”. Faltan las páginas de su folleto “*Hamburgo en las barricadas*” que la justicia alemana condenó al fuego. No es la batalla proletaria lo que se describe en esta crónica de un viaje por la República Alemana. Larisa se propone, más bien, ofrecernos una versión del país de Hindenburg. Las páginas que dedica a la casa Ullstein, son un finísimo ensayo de psico-fisiología de la gran prensa. A través de las publicaciones de Ullstein –*Berliner Morgenpost*, La berlinesa práctica, *B. Z. am Mittag*, *Illustrierte Zeitung Sport*–, Larisa analiza sagazmente los gustos del gran público y la técnica del periodismo que lo informa y orienta. Luego, sus cabales bocetos ***Junkers y Krupp y Essen***, nos confirman su admirable y certero poder de representación de la Alemania de Hindenburg, mitad monárquica, mitad republicana. No hay en esos escritos una sola descripción panfletaria. La aguda mirada de Larisa ilumina todos los ángulos internos del caso Junkers y del caso Krupp. Y es imposible decir si la escritora acierta más en las dos rápidas biografías de la Alemania industrial y militar o en los patéticos retratos de tipos vistos “en los campos de la pobreza”.

El drama de la desocupación, de la miseria subvencionada por el Estado con un subsidio que “si es poco para vivir es demasiado para morir”, de la pobreza alojada en los viejos cuarteles de los suburbios de Berlín, está entera y terriblemente expresado en estos breves relatos de Larisa.

⁶ NEP: “*Nueva política económica*”, adoptada en la Unión Soviética transitoriamente. Consistió en un conjunto de medidas que perseguían una menor intervención del Estado.

Pero es la tercera parte del libro –**Carbón, hierro y hombres vivientes**– la que individualiza a la escritora. Sólo las mejores páginas de “*El Cemento de Gladkov*” son comparables a esta descripción potente de la epopeya obrera en la Rusia de los Soviets. El escenario de los hechos que Larisa escruta es mucho más dramático que el de *El Cemento*. No es el proletariado de la usina, de la industria, el que Larisa nos muestra, sino el proletariado de las minas. La tremenda fatiga de las muchedumbres que trabajan en los yacimientos de platino o en las galerías de carbón, es el tema de sus relatos. La mina, en la descripción de Larisa, no es sólo el averno negro y pétreo que la literatura corrientemente entrevé: el espíritu del hombre incansable en el descubrimiento de la belleza, sabe iluminarla también con su poesía. La lucha con una naturaleza mineral y violenta, consume aquí todas las energías de los hombres pero aun así, hasta estos oscuros y distantes cauces de la savia humana, llegan inflexibles la voluntad y el esfuerzo de crear un orden nuevo.

LARISA REISNER

por Karl Radek ⁷

Pronto retornará por décima vez el aniversario del día en que se alzó sobre las trincheras, derramando su cruda luz en la negra noche de la Humanidad, la estrella roja de los Soviets. Del fuego de los cañones, de la sangre de los caídos, del sudor de los obreros de las fábricas de municiones, de los tormentos que atenazaban el alma de millones de seres torturados con la pregunta del por qué y para qué de tanto martirio, nació la Revolución de Octubre. Fue en vano que el retumbar de los cañones pretendiese ahogarla, que la prensa burguesa y socialdemócrata se imaginase arredrarla con su vocerío: ahí estaba, erguida, soñadora, con las miradas del mundo entero clavadas en ella; unas, henchidas de simpatías y esperanzas; otras, imprecatorias y cargadas de maldiciones. Era la linde de dos mundos: uno que sucumbía en el lodo y otro que se alzaba, parido en el dolor. Fue la piedra de toque de los espíritus. Todo lo que se decía “espíritu” en el mundo burgués: los clérigos y los profesores, los literatos y los artistas, y con ellos, los “directores espirituales” del movimiento obrero; es decir, la gran mayoría de los intelectuales burgueses que se dignaban consagrarse magnánimamente a la “salvación del proletariado”; todos temblaron ante la faz de la revolución proletaria que se descubría. Personas como Kautsky, como Gúesde, como Plejanov, que se habían pasado la vida predicando y profetizando la revolución, huyeron aterrados al estallar el gran grito revolucionario de Octubre.

Y los intelectuales europeos que no la rehuyeron, fue porque veían en nuestra revolución el término de la matanza, el alzamiento contra la guerra. Algunos había entre ellos que presentían el alborear de un mundo nuevo, pero llenos de zozobras y aprensiones, clamando constantemente: ¿Qué saldrá de aquí? En Rusia, sólo un puñado de intelectuales se unió a los bolcheviques. Los representantes de la inteligencia rusa –aun aquellos que, como Gorki, simpatizaban abiertamente con los proletarios– no podían comprender que un país tan atrasado como el nuestro diese la batalla decisiva al capitalismo.

⁷ Karl Radek, *Larisa Reisner*, Moscú-Kremlin, 1 de diciembre de 1926.

Entre aquel puñado de intelectuales que se pasaron resueltamente a las filas del proletariado militante, y lo hicieron con la certera conciencia de la significación universal de su alzamiento, con una fe inquebrantable en el triunfo y con un júbilo incontenible estaba Larisa Reisner. Y esta mujer, que sólo contaba veintidós años cuando sonó la hora final de la Rusia burguesa, desapareció de entre nosotros sin alcanzar a vivir el décimo aniversario de la Revolución, en cuyas filas luchó valerosamente con las armas en la mano y cuyas gestas escribió como sólo podía hacerlo quien hermanase, como ella, fundidas, las dos grandes personalidades del artista y el luchador.

Larisa Reisner escritora sólo nos ha legado un par de tomos cortos de ensayos, cuyo tema único y constante es la Revolución de Octubre. Pero mientras haya hombres que luchen, que piensen y que sientan, deseosos de saber “cómo fue” el gran acontecimiento, estas páginas vivirán con vida perenne y serán afanosamente leídas, pues es el aliento vivo de la Revolución el que habla en ellas.

Sería prematuro que pretendiésemos trazar la biografía de esta mujer admirable, la cual no contendrá sólo páginas interesantísimas sobre la historia política de la Revolución de Octubre, sino que abrirá perspectivas muy íntimas en la historia de la vida espiritual de Rusia antes de la revolución; en esta historia, que es la del alumbramiento de una nueva Humanidad. Nos contentaremos con desgranar un par de pensamientos, con dejar aquí un par de trazos y sugerencias que puedan servir de cuadro para un estudio más detenido.

Larisa Reisner nació en Lublin (Polonia oriental) el 1 de mayo de 1895. Su padre desempeñaba allí una cátedra en la Escuela de Montes de Pulawy. La sangre germano-báltica paterna se mezclaba en ella a la ascendencia polaca de la madre; las viejas tradiciones de cultura de un linaje germánico al temperamento vivaz y agitado de Polonia. Su niñez discurrió en Alemania y en Francia, adonde el padre tuvo que trasladarse, primero, para seguir estudios, y luego, como exiliado político. El hogar paterno atravesó en aquellos años por duras tormentas de espíritu. De jurista monárquico y conservador, el padre se pasó a las filas republicanas y socialistas. El ambiente en que la muchacha se estaba formando cambió repentinamente. El contacto con los demócratas –Barth, Traeger– y socialdemócratas alemanes barrió el ambiente profesoral ruso. En las pupilas claras y vivaces de la muchachita se reflejaron más de una vez la figura de Bebel y la del jovial Carlos Liebknecht, con el que el profesor

Reisner hubo de mantener estrechas relaciones como perito principal en el proceso por el atentado zarista de Konigsberg, y en Larisa vivió siempre con la misma lozanía el recuerdo de sus visitas a “la tía” Liebkecht. Recordaba perfectamente, como si fuese cosa de ayer, la cafetera que humeaba sobre la mesa para agasajar a la visita y la torta con que la convidaba. Estos recuerdos fueron el fermento de la íntima devoción que sentía por Alemania Larisa. Los niños obreros de Zehlendorf, con los que fue a la escuela, los cuentos de Teresa, aquella obrera que ayudaba a su madre en las labores de la casa, todas estas sensaciones vivían en ella con tal fuerza, que, cuando en el año 23, estando en Berlín perseguida por la policía hubo de acogerse a la hospitalidad de una familia obrera, no echó de menos su hogar. Tanto la vieja camarada que le lavaba la cabeza, como su nieta, a la que le acompañaba a pasear por el Tiergarten, veían en ella a una hermana y no a una intelectual de lejanas tierras.

El oleaje de la revolución rusa, del que le llegaban salpicaduras a Alemania por encima de la frontera, encontró desde el primer día eco inteligente en esta muchacha. Sus padres mantenían constante trato con los rusos revolucionarios en el exilio. La pequeña no podía aún adivinar que aquellas cartas de Lenin que recibía el profesor Reisner serían posteriormente el orgullo de la familia. De seguro que más que las cartas excitarían su imaginación aquellos tipos raros que entraban y salían misteriosamente en casa de su padre. Vino la revolución de 1905, el padre pudo volver a Rusia, y su hija se instaló con él en San Petersburgo. A partir de este instante la senda de su vida marcha recta hacia la Revolución. Y fue verdaderamente milagroso que en este brusco viraje, al doblar de pronto la ruta de sus días, su existencia, no se estrellase contra algún árbol del camino.

El padre, profesor de Derecho en la Universidad de San Petersburgo y marxista, vive sordamente combatido por sus colegas liberales. El mundo excelso de la ciencia es, visto en la realidad, un sórdido mundillo de profesores, y no hay arma, por baja, por alevosa y ruin que sea, que estos ilustres sabios no esgriman contra sus enemigos. Sobre el colega socialista recayeron sospechas —¿de qué mejor podía sospecharse, tratándose de un socialista?—, por supuesto, de mantener relaciones con la reacción. Burzev, esa viejo traficante de chismes, se aferró a tal calumnia; tenía además sus propios rencores privados. El profesor Reisner hubo de batallar durante varios años por sostener su honor político contra los “tullidos” del Peer Gynt, contra todos esos infundios y chismorreos que no

hay por dónde acometer ni concretar. Al cabo, optó por retirarse de la vida política. En su hogar reinaba la miseria más espantosa, y, tras ella, no tardaron en venir la amargura y la desesperación. La muchachita, que vivía pendiente de sus padres con todas las fibras de su alma, sabía perfectamente por qué la casa estaba ahora solitaria y triste, por qué los pasos del padre eran cada vez más agitados y más largos sus silencios. Estos recuerdos dejaron profunda huella en su alma; pero aunque de momento la separasen de los círculos revolucionarios, no podían alejarla de las ideas socialistas.

No había salido aún del instituto –un tormento para esta muchacha llena de talento impetuoso y de orgullo– cuando escribió su drama *La Atlántida*, una obra juvenil que la Editorial Schipovnikv publicó en 1913, sin conocer a su autor; drama inseguro todavía en la forma, pero que revela hacia qué latitudes navegaba ya el espíritu de Larisa: es el drama de un hombre que quiere salvar a la sociedad con el sacrificio de su vida. Epopeya pueril, pues “el hombre” jamás puede torcer los destinos de la sociedad ni evitar que se hunda si debe hundirse. Pero la niña que la escribió pensaba en la Humanidad y en sus miserias, por las noches, al quedarse sola en la cama. *La historia del comunismo y el socialismo en las Antigüedad* de Poelmann, le había proporcionado la materia para esta su obra primeriza. Ya es notable que una escritora como Larisa Reisner, personalmente influida por Leónidas Andreiev, fuese a buscar sus sugerencias a semejante libro. El gran poeta individualista no solo fue su tutor literario, sino que quiso también influir espiritualmente en su obra. Pero era difícil torcer la senda de su vida. Ni Andreiev ni ninguno de aquellos otros poetas del círculo acmeista –como Gumilev, por ejemplo–, que ganaron cierto ascendiente sobre su forma y su estilo, pudieron evitar que, al estallar la guerra, aquella muchacha de diecinueve años, unida a su padre, abrazase sin un instante de vacilación el partido del socialismo internacional, mientras todos ellos y tantos más se convertían en corifeos y cantores de la matanza imperialista de los pueblos.

La familia empeñó lo último que le quedaba, para fundar una revista con el título de *Rudin*, que alzó su voz acusadora contra la traición a la causa de la solidaridad internacional. La hoja pudo publicarse gracias al aislamiento político de los Reisner, de quienes la policía llevaba buena cuenta. De otro modo, la sola vista de las despiadadas caricaturas en que se ridiculizaba a Plejanov, Burzev y Struve hubiera bastado para que las autoridades fulminasen su prohibición.

La encargada de luchar contra la censura y demás dificultades de orden material era Larisa, que, además, esgrimía la espada literaria en brillantes y pulcras poesías y en glosas satíricas de una gran agudeza. Pero esta guerra, como todas, exigía dinero y lo consumía con voracidad. Cuando ya no quedaba nada que empeñar, la revista murió. Larisa, entonces, empezó a colaborar en *Letopis*, la única revista internacionalista autorizada.

Al estallar la Revolución de Febrero, se entregó sin perder un instante al trabajo de agitación en los clubs obreros, y empezó a colaborar en la *Novaya Zhinz*, el periódico de Gorki, en el que, si bien no se decidía claramente a promover el poder soviético, se combatía la coalición con los partidos burgueses, que preconizaban Lunacharsky y otros muchos internacionalistas. Sus artículos contra Kerensky demuestran que Larisa supo ver inmediatamente, con el instinto certero del artista, todo lo que tenía de podrido y de hueco el Gobierno de los cadetes. Son también muy interesantes los ensayos y esbozos rápidos en que recoge sus impresiones sobre los clubs y teatros obreros en las jornadas de Octubre. Hay algo en ellos que nos cautiva en seguida, y es la inteligencia de su autora para sentir y percibir la aspiración creadora de las masas. Estos esfuerzos desmañados de los soldados y los obreros por plasmar la vida en la escena, que los intelectuales engreídos contemplaban con una sonrisa de desdén, revelan a su espíritu sensible la pugna de una clase nueva, de los nuevos estratos de la sociedad, por crear y entregar algo al mundo, del que no querían tan sólo recibir. Esta mujer, profundamente creadora, penetró en el sentido creador de la Revolución, y por eso la abrazó en cuerpo y alma.

Durante los primeros meses asesoró a las autoridades del nuevo Estado en la recogida y catalogación de los tesoros artísticos. Con sus grandes conocimientos de historia del arte, ayudó a salvar para el proletariado la herencia de la burguesía. Pero la contrarrevolución no tardó en asomar la cabeza. Se imponía la lucha por la vida escueta, desnuda; había que batallar hasta asegurar las condiciones de que dependía la obra creadora de la Revolución.

Larisa, ya afiliada al partido, se dirigió al frente checoslovaco. Una mujer como ella no podía limitarse a ser espectadora en la pugna entre el mundo naciente y el caduco. En su libro *El frente* nos cuenta los episodios y las acciones de la guerra civil en que intervino; no nos dice cuál fue su participación personal en los combates de la flotilla del Volga, ni cómo luchó en *Sviyazhsk*, donde el ejército rojo se encontró amartillado.

Pero tenemos el testimonio de un combatiente, el camarada Kremlev, que, con motivo de la muerte de Larisa, escribía lo siguiente en la *Krásnaya zvezdá* (*Estrella Roja*), órgano del Comisariado de Guerra:

“Sector de Kazan. Los blancos se juegan el todo por el todo. Averiguamos que a nuestra retaguardia, en Tyurlyama, han conseguido romper el frente y volar dieciocho vagones de munición. Nuestro sector se halla cortado. El Estado Mayor está aquí, pero no sabemos la suerte de las otras tropas. El enemigo se dirige hacia el Volga, a cubierto de nuestras fuerzas y de la flotilla. La columna de Trotsky se encuentra en las cercanías de Sviyazhsk.

Orden; introducirse en la falla del frente, establecer contacto con el ala truncada, averiguar todo lo que haya. Larisa se encarga de esta misión, acompañada por Vania Ribakov, un marinero, casi un niño, y por mí.

Cae la noche y tiembla uno de frío, de soledad, de indecisión. Pero Larisa avanza alegre y animosa por el camino desconocido. Cerca de la aldea de Kuroshino somos descubiertos; se entabla un pequeño tiroteo, y tenemos que huir, deslizándonos entre las sombras. Larisa nos anima. El miedo reprimido presta nuevos acentos de ternura a su voz. Ya estamos fuera del alcance de las balas.

– ¿No os sentís un poco cansados, Vania y tú?

¡Cuán por encima de nosotros estaba, en aquellos instantes! Hubiéramos besado sus manos cubiertas de lodo, las manos de aquella mujer maravillosa.

Larisa avanzaba rápidamente, a grandes pasos. Para no quedar atrás, teníamos que correr.

Llegamos con el alba. Incendios. Cadáveres. Tyurlayama.

De allí medio muertos, a Schirapy, donde estaba destacado un regimiento letón y desde donde podíamos ganar contacto con la columna de Trotsky. Ya está establecida la conexión de nuestro sector. Y esta delicada mujer es el nudo central del frente.

–¡Camaradas, atended a estos muchachos! ¿Yo? ¡Yo no estoy cansada!

Luego, las patrullas y descubiertas por tierras de Verjnii Uslon, por Morknaszy, hasta Piajij Bor. Ochenta verstas⁸ a caballo sin desmontar.

En aquellos tiempos, la alegría no abundaba. Pero la sonrisa de Larisa Reisner no nos faltó ni un momento en la negrura. Luego, Enseli, Bakú, Moscú.

No, no es Larisa Reisner quien ha muerto, sino una mujer de las barricadas.

Esto es lo que quería recordaros un antiguo marinero de la flota.”

Y si en campaña sabía ganarse el amor caluroso, fraternal, de los marineros, porque además de ser valiente hasta el heroísmo era sencilla, buena, humana, sin que esta actitud cordial de las masas hacia ella la colocase nunca en una falsa situación ni a nadie se le ocurriese pensar que no estaba en el frente como un soldado más, sino como la mujer del comandante de la flotilla –pues Larisa se había casado en 1918 con Raskólnikov–, cuando en 1919 fue nombrada comisaria en el Estado Mayor de la Marina en San Petersburgo supo mantener también excelentes relaciones de camaradería con los mejores especialistas de la flota, con los almirantes Altvater y Behrens. Su gran cultura, su tacto y su fina sensibilidad consiguieron que estos oficiales de la vieja marina zarista no tuviesen la sensación de hallarse sometidos a una persona de otro mundo.

En 1920 se trasladó a Kabul con su marido, designado para la Embajada de los Soviets en Afganistán. Pasó dos años en la Corte de un déspota oriental, obligada a alternar en las pomposas fiestas diplomáticas, a intervenir en las intrigas diplomáticas y en las sordas luchas por conquistarse la influencia de las mujeres del Emir.

Un trabajo “brillantemente” sórdido, muy a propósito para hacer perder a una persona de veinticinco años, aislada del proletariado militante, el contacto con la causa de la Revolución. Pero durante todo este tiempo, Larisa se dedica a leer seria literatura marxista, estudia el imperialismo inglés y la historia del Oriente, se documenta sobre las guerras de independencia de la India. Y allí, recluida entre las montañas afganas, se siente como una parte de la revolución mundial y se prepara para las batallas del porvenir.

⁸ “**80 Verstas**” (aprox. 80 kilómetros) **Versta**: (en ruso: *Верста*) es una unidad de longitud rusa, actualmente en desuso. Equivale a 1066,8 metros.

En sus páginas sobre el Afganistán se ven dilatarse los horizontes de esta mujer luchadora, que se remonta sobre la misión de la revolucionaria rusa para ascender a las cimas del proletariado internacional.

En el año 23 retorna a la Rusia soviética. En aquellos dos años, el país de los obreros y los campesinos ha cambiado de faz. Al severo comunismo de los tiempos de guerra, soldadesco y monacal, que muchos pudieron creer un salto directo de la sociedad capitalista al socialismo, sucedió la NEP. Larisa supo comprender como todos nosotros la necesidad de esta política de transición. Había que dejar un margen a la iniciativa del campesino, no sólo para obtener del campo las materias primas que necesitaba la industria, sino sencillamente para que el país no pereciese de hambre. Supo comprenderlo con la cabeza. Pero en el corazón le quedaban sus dudas: ¿Es esta la senda que lleva al socialismo? ¿No esconde un retorno velado al régimen capitalista? Las respuestas que le daba el Partido y ella misma se daba no lograban aplacar su desasosiego interior. Comprendía que el comunismo de los tiempos de guerra no podía perdurar; pero su alma apetece el esfuerzo heroico de lanzarse a mano armada al asalto de las murallas de la nueva sociedad. Las calles de nuestras ciudades hierven de movimiento y animación; los camiones ruedan arrastrando cargamentos de mercancías; las tiendas vuelven a abrir sus puertas; las sirenas de las fábricas suenan de nuevo, llamando al trabajo. Pero no es sólo el nuevo régimen el que gana con ello; los elementos burgueses agazapados vuelven a levantar cabeza y a florecer.

¿Lograremos exterminarlos? ¿No ganará la corrupción nuestras filas? Nuestros delegados económicos, que no tienen más remedio, dada su misión, que descender al mercado a traficar, ¿no sucumbirán devorados por la moral capitalista? ¿No empezará la defección a infiltrarse por entre las mallas del Partido?

Larisa pasó todo el verano del 23 escrutando la realidad, alerta, inquieta, con desazón. Por fin, en septiembre me pidió que la ayudase a conseguir un viaje a Alemania. Era después de la huelga en las fábricas de *Wilhelm Cuno*, cuando de pronto cien mil proletarios alemanes empezaron de nuevo a sacudir las cadenas de la opresión. Poincaré montaba la guardia en el Ruhr, el marco rodaba hacia una sima sin fondo, y el proletariado ruso seguía con indecible ansiedad, suspendida la respiración, la marcha de las cosas en Alemania. Larisa se sintió atraída en seguida por el deseo de luchar al lado de los proletarios alemanes, mezclada entre sus filas, para así acercar sus combates a los hermanos rusos.

Del mismo modo los trabajadores alemanes desde lejos no pueden formarse una idea clara de lo que pasa en Rusia, los obreros rusos, a través de los informes, sólo tienen una representación esquemática del movimiento socialista alemán. Nadie mejor que Larisa –y yo estaba firmemente convencido de ello– para establecer el contacto entre los dos frentes obreros. Pues esta mujer no era una artista expectante, sino poeta y luchadora a la vez, y poeta que veía el batallar interior y sabía modelar su dinámica en las vicisitudes del destino humano. Pero no se me ocultaba tampoco la que el viaje a Alemania, en aquellos momentos, representaba para ella: un modo de huir de dudas no disipadas del todo.

Larisa llegó a Dresde el 21 de octubre de 1923, al tiempo que las tropas del general Mueller ocupaban la capital de la Sajonia roja. Con su experiencia militar, comprendió en seguida la necesidad de la retirada. Pero al recibirse, un par de días después, las primeras noticias del levantamiento hamburgués, Larisa revivió. Se puso inmediatamente en camino para Hamburgo, y, obligada a detenerse en Berlín, no podía contenerse de rabia. Se pasaba mañanas y tardes enteras flaneando delante de las tiendas en que las masas pugnaban por dar varios millones de papel para obtener un trocito de pan, pululando entre los obreros sin trabajo, en los hospitales, sentada a la cabecera de las proletarias exhaustas, que se consumían allí con su dolor. Yo vivía por entonces clandestinamente, conspirando, sin más trato que el de otros camaradas directivos que tampoco podían acercarse directamente a las masas. Larisa era la encargada de mantener el contacto con el pueblo. Y dondequiera que se presentase, paseando y charlando por el Tiergarten con un obrero sin trabajo; en uno de esos funerales que los social- demócratas dicen todos los años a la revolución alemana, el día 9 de noviembre; en las fiestas de una boda de plata comunista: por todas partes se le abrían los corazones de aquellos a quienes se acercaba y a todos infundía un trozo de vida intensa. Larisa sentíase revivir entre las masas obreras berlinesas, tan caras para ella como las de San Petersburgo o los marineros de la flotilla del Volga.

Un día, volvió a casa orgullosa de aquella manifestación de la Plaza Imperial, donde los proletarios de Berlín hicieron saber al general von Seeckt y a sus vehículos blindados que el “suprimido” partido comunista seguía viviendo.

Al fin, pudo verse en Hamburgo, adonde la llamaba el afán por cantar y describir para la clase obrera alemana e internacional las luchas del proletariado hamburgués, “Después de tanto suelo pantanoso y grasiento, aquí pisa una ya, al fin, sobre roca viva, fuerte y dura”, escribía apenas llegar.

“Al principio no era cosa fácil vencer su extrañeza y recelo. Pero en cuanto le cobran a una afición y le consideran como camarada, se les arranca todo, todas sus vicisitudes, las simples, las grandes y las trágicas.”

Larisa acudía a confortar a las mujeres de los luchadores, en su abandono, y vivía con ellas; buscaba a los huidos en sus escondrijos, visitaba las salas de justicia, las reuniones socialdemócratas. Y por las noches leía los libros de Laufenberg sobre la historia de Hamburgo y del movimiento hamburgués. Tengo delante los cuadernos abarrotados de notas que reunió durante aquellas semanas, y nada revela mejor cómo trabajaba esta mujer, con ese sentimiento de arraigada responsabilidad de quien veía en el menor episodio de la campaña un poema maravilloso consagrado a la Humanidad. De vuelta a Moscú, todavía pasó largas horas con un camarada que había tomado parte en el movimiento desde un puesto directivo, viéndose luego obligado a huir: Examinó con él todos los materiales reunidos, escribió a otros camaradas para aclarar ciertos puntos dudosos, y de toda esta labor salió el librito *Hamburgo en las barricadas*, y no fue un artista simpatizante quien lo escribió, sino un militante y para militantes. De los cientos de batallas, combates y escaramuzas libradas por el proletariado alemán contra sus enemigos, ninguna se transmitirá a las generaciones venideras escrita con tanto amor y tanta devoción como este estallido de rebeldía de los proletarios hamburgueses. Larisa Reisner enriquecía generosamente a quien amaba. Y el alto Tribunal del Imperio que ordenó quemar la edición, supo bien lo que hacía.

Larisa volvió a Alemania sin rendir su espíritu indomable a la derrota. En Hamburgo había visto las brasas latir entre la ceniza, había visto cómo las derrotas hacen a los hombres fuertes para las batallas del porvenir. Pero traía también de su viaje la convicción de que no debía contarse con un triunfo rápido en Europa. Había que ahondar en las entrañas de la Rusia soviética y descubrir en ellas la luz, descifrar la verdad que late en el fondo de este país, en las masas, que son las que en última instancia deciden el curso de la Historia. Un ser de intuición directa como ella no podía arrancar esta luz a los libros ni a los debates.

Larisa se interna en las cuencas carboneras y metalúrgicas del Ural y el Don, recorre el sector de las industrias textiles de Ivanovo-Voznesensk, viaja por toda la Rusia blanca, con su población pequeño-burguesa. Pasa semanas enteras a caballo, en coche, en el vagón de ferrocarril, por caminos y calzadas. Vuelve a convivir con las familias obreras, baja a los pozos de las minas, se sienta en los desvuelto de las fábricas, interviene en los debates de los Comités de fábrica y los Sindicatos, habla con los campesinos, se pasa los días y las horas pulsando la vida, atenta a los latidos de la noche.

El ensayo que lleva por título *“Carbón, hierro y hombres vivientes”*, fruto de esta labor –una labor tan gravosa en lo físico como en lo espiritual, que pocos escritores habrían afrontado–, no contiene más que una pequeña parte de lo que la viajera vivió, meditó y sintió en aquellos días de trajinar.

Este ensayo señala, literariamente y por sus ideas, el comienzo de un nuevo período en la obra de Larisa Reisner.

En él, la propagandista hace ya pie en el terreno que conviene a sus principios y encuentra, como escritora, el estilo que cuadra a la materia. Este viaje disipa las dudas que la atosigaban, pues ve por sus propios ojos qué es lo que edifican los proletarios. Edifican el socialismo, bañados de sudor delante de los hogares de los hornos Martín, sepultados en los pozos de la mina, descalzos y desnudos no pocas veces, abominando de los míseros jornales, pero convencidos en lo mejor y más íntimo de su ser de que sudan y se atormentan por sacar adelante el socialismo. Y reconoce en nuestros esquinados y rudos delegados económicos a los antiguos camaradas del ejército rojo, que sostienen las bridas con la misma mano de hierro y han de auscultar a las masas con la misma finura de oído, para saber hasta dónde se puede ir y que es lo que puede exigirse de ellas. Ve las fuerzas inmensas que la revolución ha despertado en las capas más bajas del pueblo, y esto le infunde fe, le da la seguridad de que el régimen sabrá arrollar todas las dificultades que le oponga el renacimiento de las tendencias capitalistas.

Y Larisa tenía una mirada de lince para descubrir estas tendencias, que no sólo acechaba en la economía y en la política, sino en la ideología y el arte. Para ella, la pequeña burguesía era un pantano en que pueden hundirse hasta las más sólidas construcciones de hierro, un pantano en que florecen las más extrañas vegetaciones. Y no veía sólo los peligros: veía también lúcidamente los caminos bélicos por los que debía marchar,

para conjurarlos, la *República del trabajo*, los diques que pueden mantener en pie y los mantendrán al proletariado y al Partido.

Apenas hubo conquistado la claridad interior, que le decía que era preciso seguir batallando, se puso a afilar de nuevo las armas. Su arma era su pluma. Antes, Larisa no se había parado casi nunca a pensar para quién escribía. Familiarizada como pocos con la historia de la literatura y el arte, escribía en un estilo rico, consagrado por esa plasticidad que da el amor a la naturaleza y por la cultura de muchos siglos. El estilo en que están escritos *El Frente* y *Afganistán* es como un tejido hecho de los mejores encajes y filigranas. En sus nuevos ensayos, la escritora sacrifica gustosamente una parte de estos adornos, simplifica el modelo de sus bordados. Y no porque quiera escribir en un estilo “popular”, para obreros, sino porque se esfuerza en crear verdaderas obras de arte para el proletariado. La última parte del año 1924 y todo el 25 los llena una labor intensa. Larisa toma parte en los trabajos de la Comisión investigadora de Trotsky, encargada de examinar los medios propuestos para mejorar la calidad de las mercancías, aspirando a penetrar de este modo en la vida económica de los Soviets.

Lee una literatura copiosa acerca de los problemas económicos rusos y las grandes cuestiones de la economía mundial. No parece que sintiese gran predilección por los números. Después de estudiar un par de mamotretos fastidiosos, pedía encarecidamente que le diesen un “libro bonito” sobre los trigos o el petróleo, y se deleitaba leyendo la obra de Delaisis sobre los trusts petroleros o la epopeya triguera de Norris. Con estos estudios simultaneaba ahincadamente el de la historia de la revolución. Al preparar la conferencia que hubo de dar en la célula de escuela para automóviles blindados sobre la revolución de 1905, repasando los materiales de la época y los trabajos coetáneos de Lenin, descubrió toda la grandeza que encerraba la sencillez de estilo del maestro, y encontró la clave de sus obras, que hasta entonces le habían parecido tan secas y tan abtrusas.

Su arte expositivo salió enriquecido de aquí con nuevos elementos. Para convencerse, basta leer las dos grandes pinturas que traza de la fábrica Krupp y de los talleres de los Junkers, incluidas ambas en el tomo ***En el país de Hindenburg*** y el ensayo histórico sobre los decembristas.⁹ Los dos primeros estudios tienen un estilo técnico. El interés por la Economía dio al pensamiento de Larisa una educación técnica, y la máquina y el

⁹ *Hamburgo en las barricadas*

mecanismo administrativo ocupan desde ahora lugar preeminente en su cerebro y no solamente en su pupila.

En *Los Decembristas*, el estilo aparece influido por la perspectiva. No es tampoco el afán de modelar el estilo y arcaizarlo. La escritora ve a los hombres de la conspiración en su plano histórico. Y la historia y la economía no tienen para ella un simple interés absoluto, pues la autora investiga las relaciones humanas proyectadas sobre el fondo de cada época: ¿Cómo vivía la criatura humana y cómo luchaba bajo las circunstancias imperantes? He aquí por qué Larisa levanta, junto a los edificios gigantescos de Krupp, las barracas de la miseria, y nos presenta en el “decembrista” Kajovski al hombre “ofendido y humillado”, y nos pinta aquel cuadro incomparable de las amarguras del cameralista alemán, a quien la manía de organizar de la nada una burocracia modelo para el zar hunde en el polvo del ridículo y en el lodo de la miseria siberiana. En sus páginas viven las lombrices humanas arrastrándose entre los titanes de la técnica, aplastadas por las ruedas de la Historia.

Desde esta gran cima de su espíritu de artista y revolucionaria, Larisa Reisner se prepara para nuevas empresas.

Concibe una trilogía por la que han de desfilar los obreros de los Urales, primero trabajando en las fábricas serviles de la época del alzamiento de Pugatshev, luego estrujados en los molinos fabriles del zarismo, y por fin, bajo los Soviets, laborando por la emancipación. Proyecta una galería de los caudillos precursores del socialismo, en la que aparecerán, no sólo las figuras de Tomás Moro y Münzer, Blandisi y Babeuf, sino las de esos “hombres humildes” de la revolución, desde los primeros pasos de liberación del proletariado manual hasta nuestros combates gigantescos. Y aunque no pocas veces le acontecía retroceder aterrada ante sus propios planes —esta mujer era muy modesta y dudaba de la potencia de sus grandes dotes—, los hubiera realizado victoriosamente, pues sus fuerzas ganaban de día en día.

No le fue dado conseguirlo. Y la que no cayó guerreando contra la burguesía, en aquellos días en que la muerte le miró a los ojos más de una vez, sucumbió luchando contra la naturaleza, que tanto amaba. Sus últimas palabras, cuando recobró la conciencia por un instante, el postrero de su vida, fueron para alegrarse del sol que bañaba su ventana con los cálidos rayos de la despedida. Para decir qué hermoso sería poder ir a la Crimea a curarse y volver luego a la lucha, a llenar el cerebro, azotado por

la enfermedad, con nuevas ideas. En aquel claro de vida, juró luchar denodadamente por vivir, y no depuso las armas hasta que no hubo perdido para siempre la conciencia.

Sólo un par de volúmenes, y bien delgados, nos ha legado esta escritora. Pero sus páginas vivirán mientras viva el recuerdo de la primera revolución proletaria. Vivirán para proclamar ante el mundo que la nuestra fue una revolución internacional que abarcó el Oriente y el Occidente y alzó su grito en Hamburgo y en el Afganistán como en los Urales y en Leningrado. Esta luchadora llena de juventud, que abrazó todos sus latidos en su corazón y en su cerebro, sigue viviendo en sus libros aun después de muerta, testigo vivo de la gran revolución.

El frente

(1918-1921)



HOMBRES Y MÁQUINAS¹⁰

Hay en Moscú unos edificios grandes, espaciosos, destartalados, donde se instruyen miles de hijos de soldados, obreros y campesinos. En estos internados abarrotados de gente se vive mal, y el aire de sus aulas sucias es más sofocante, maloliente y húmedo que el que los estudiantes de antaño respiraban en las universidades, por cuyos pasillos, soleados e interminables, podían pasearse con paso indolente hacia arriba y hacia abajo...

Estos hombres nuevos, en formación, que en unos pocos años fugaces, a paso de carga, han de adueñarse de toda la vieja cultura burguesa y transfundir en nuevas formas ideológicas sus mejores y más aprovechables elementos; estos hombres que se están haciendo en las facultades obreras de Rusia, son los jueces del mañana, son los herederos y abogados de este decenio que se liquida.

¹⁰ Larisa Reisner, *El frente*, (sobre la guerra civil en Rusia, 1918-1921). Edición en alemán y ruso, 1923 Madrid; Ed. Cenit, 1929.

La Revolución maltrata a sus servidores de un modo cruel. Es un patrono inflexible con el que no hay que hablar de la jornada de ocho horas, de la protección a la maternidad o la subida de los salarios. Este déspota lo acapara todo: cerebro y voluntad, nervio y vida. Hiere, agota, chupa la sangre de generaciones enteras, para luego arrojarlas al estercolero y alzar nuevas levass, llenas de vigor y de entusiasmo, de las reservas inagotables que le brindan las masas del pueblo. Unos pocos años más, y apenas quedará en pie una sola de aquellas columnas de asalto que en Octubre del 1918 proclamaron la Revolución social en Petersburgo y en Kazán, en Yaroslavl y en Varsovia, en Perekop y en las estepas cáspicas, en Siberia y en el Ural, en Arkhangelsk y en el lejano Oriente.

Todas van cayendo, una a una, abono para las tierras, aceite para las máquinas, carbón y petróleo para las calderas y los motores de la República de los Soviets. Y no serán los soldados y los generales de la Revolución los que realicen la nueva cultura proletaria, nuestro esplendoroso Renacimiento; no serán sus caudillos y sus héroes: serán estos hombres totalmente nuevos, totalmente niños, que hoy se sientan en las sucias y asfixiantes aulas de las facultades obreras y digieren la ciencia, y venden la última camisa para absorber por todos los poros de su sedienta piel proletaria a Marx y a Ilyich y a Trotsky.

Estos hombres nuevos son unos materialistas salvajes e intransigentes. Han descuajado de su vida y su mentalidad, con un denuedo maravilloso, todos los "racionalismos" y todas las bellezas ideales, todas las dulzonerías y fórmulas místicas con que se consolaban la ciencia burguesa, la estética burguesa, el arte y la religión de la burguesía. Pronunciad delante de estos bárbaros de las facultades obreras la palabra belleza, y la carcajada será descomunal. Las palabras "sentimiento" y "espiritualidad" les bastarán para destrozar los bancos y abandonar, indignados, el aula. Perfectamente.

Perfectamente, amigos míos, que silbéis a los sentimientos burgueses y los pongáis en solfa. Pero vosotros, jóvenes proletarios, debéis guardaros de caer en la vieja trampa de vuestros enemigos, que ha sobrevivido magníficamente a estos años y vuelve a poner en acción sus antiguos muelles. Bien está que para nosotros no rija ninguno de esos sentimientos de amor, exaltación y poesía del individualismo burgués; pero nadie nos puede arrebatar la inmortalidad de nuestras gestas, salvadas a través de mares de llama, de tifus y de fiebres de hambre.

Fueron los estetas de la revista *Apolo*, aquellos refinados catadores y entusiastas del estilo ruso, los que con un ceño de desprecio se apartaron del imponente cuerpo desnudo de Venus. Los mismos que hoy se tapan las narices delicadas, para no oler... la Revolución. ¿Quién se atrevería a asomar hoy a los labios frases tan cursis y anticuadas como esas de “heroísmo, fraternidad de los pueblos”, “sacrificio admirable”, “morir luchando”? Y, sin embargo, no sólo se pronuncian, sino que hay quien puede y hasta debe fabricar estas cosas sencillas, magníficas, que hacen rechinar los dientes a los hombres bien educados. Imaginaos un puñado de barcos, como una docena de remolcadores y vapores blindados, unos dos mil marineros de las divisiones de Kronstadt y del Mar Negro, que forman su tripulación. Imagínenlos tres años seguidos, marchando fusil en mano, miles de kilómetros, desde el Báltico hasta la frontera persa, comiendo pan amasado con paja, pudriéndose en un sucio camarote, consumiéndose en un mísero lazareto lleno de piojos, venciendo, triunfando a la postre a un enemigo tres veces más fuerte y mejor pertrechado; luchando con cañones reventados y con viejos aeroplanos fuera de uso, que no pasa día sin que se estrellen por la mala calidad de la gasolina —y siempre recibiendo de los que se quedaron en casa cartas llenas de quejas irritadas y hambrientas...

¿Cómo explicarse todo esto, cómo haber podido soportar todo esto, si en el alma de aquellos hombres no hubiese alentado algún inmenso, sobrehumano impulso? Por fuerza hay que inventar palabras que se sobrepongan a la inevitable, innata cobardía de la carne, de esta carne y de esta fina piel humana que cualquier aguja cubierta de orín puede sin el menor esfuerzo atravesar.

El zumo rojo de la vida se derrama a escape, y luego, en un momento, todo ha terminado. Aquellos hombres tuvieron que tener ojos que supiesen ver sobre la sangre y la miseria, nervios que supiesen soportar las mesas de martirio de las salas de operaciones sostenidas por la nación, y que no tenían siquiera recursos para ofrecer una pierna de goma a los amputados, que hacían penar horas y horas en el gabinete de espera a la viuda del marino de un torpedero —el Karl Liebknecht—, al que un obús convirtió en una masa sanguinolenta desparramada sobre la cubierta de acero. ¡Y luego, la muerte! Morir sin Dios y sin diablo, espantados los dos por la Revolución; sin las mentiras consoladoras del cura. Sin grandes frases solemnes; con el tiempo justo para decir: *“Puedes quedarte con mis botas.”* Y todo se acabó.

¿Tiene o no tiene “belleza” aquel cuadro, cuando una batería emboscada a dos pasos, en la orilla, abre el fuego sobre el barco, y el comandante, a gritos, impone orden a su gente, de la que se ha apoderado un pánico salvaje, y de tal modo les grita que todos despegan sus cuerpos de la cubierta y de un salto se abalanzan sobre los cañones? “*¡En nombre de la República, fuego a babor!*” Y la batería de babor hace fuego, sin que falte un solo hombre.

E inventiva creadora; pero muy nuestra, no la de la burguesía. Vedla. Había que volar unos cuantos barcos especialmente sólidos de la flota de los blancos, magníficamente armados y pertrechados por los ingleses. Y un ingeniero comunista perfectamente desconocido inventa una cosa genial: una mina colocada bajo la quilla de una pequeña balandra, y arma con ese artefacto una cantidad enorme de barcuchos. Al momento se ofrecen, naturalmente, los hombres dispuestos a ejecutar esta empresa desesperada. Y el intento sólo fracasa por la delación de un muchachillo, hijo de pescadores.

La delación costó la vida al camarada Popoff, comunista de los viejos tiempos. Ya no volvimos a ver su largo capote, sus polainas claras de cinta, aquel blanco y alegre perro lobo que le seguía siempre, en *la Cheka*, en el Estado Mayor de la escuadra: nuestro camarada murió bajo la tortura, sin que los verdugos lograsen arrancarle una palabra de confesión. ¿Qué es esto sino psicología revolucionaria?

Dedico estas páginas a los estudiantes de las facultades obreras. Que se indignen y que me insulten todo lo que quieran cuando, a lo largo de ellas, se les atragante alguna de esas palabras heréticas que sacan de quicio a los jóvenes comunistas de hoy, con tal que las lean hasta el final. Para que sepan cómo se luchó en aquellos años, desde

Kazan hasta Enseli. Fueron victorias tumultuosas; fueron derrotas anegadas en mares de sangre. En el Volga, Kama y la ribera del mar Caspio, en los tiempos de la gran revolución rusa.



Larisa Reisner con "Merlin", su caballo favorito

SVIYAZHSK (Sviask)

Cuando dos camaradas que trabajaron juntos en el año 1918, que combatieron en Kazán contra los checoslovacos, y después en los Urales o en Samara y Tsaritsin, se encuentran muchos años después, tras intercambiar las primeras preguntas uno de los dos siempre termina por decir: "¿Te acuerdas de Sviyazhsk?" Y entonces vuelven a estrecharse las manos con fuerza.

¿Qué es Sviyazhsk? Hoy es una leyenda, una de esas leyendas revolucionarias cuya crónica nadie ha escrito aún, pero que se cuentan una y otra vez de un confín al otro de la inmensidad rusa. Ningún antiguo soldado del Ejército Rojo que haya estado entre los veteranos, entre los fundadores del Ejército Obrero y Campesino, cuando de vuelta en casa recuerde los tres años de la Guerra Civil, pasará jamás por alto la insigne epopeya de Sviyazhsk, esa encrucijada a partir de la cual la ofensiva revolucionaria comenzó a extenderse cual marejada hacia los cuatro

puntos cardinales. Al este, hacia los Urales; al sur, hacia el mar Caspio, el Cáucaso y las fronteras de Persia; al norte, hacía Arcángel y Polonia. No de golpe, claro está, no simultáneamente, pero fue sólo a partir de Sviyazhsk y Kazán que el Ejército Rojo se cristalizó para asumir esas formas militares y políticas que, tras una serie de cambios y perfeccionamientos, se han vuelto clásicas en la RFSSR [República Federal Socialista Soviética de Rusia].

El 6 de agosto [de 1918] numerosos regimientos formados a toda prisa huyeron de Kazán. Los mejores elementos entre ellos, el sector con mayor conciencia de clase, se aferraron a Sviyazhsk; ahí se detuvieron y resolvieron oponer resistencia, combatir. Para el momento en que las hordas de desertores que habían huido de Kazán se aproximaban a Nizhny Nóvgorod, la barrera erigida en Sviyazhsk ya había detenido a los checoslovacos; su general, quien intentó tomar por asalto el puente ferroviario que cruzaba el Volga, murió durante el ataque nocturno. Así, desde el primer choque entre los blancos, que acababan de tomar Kazán y por lo tanto venían con la moral más alta y mejor equipados, y el núcleo del Ejército Rojo que trataba de defender la cabeza de puente al otro lado del Volga, la ofensiva de los checoslovacos quedó decapitada; con la muerte del general Blagotic, perdieron a su jefe más capaz y popular. Ni los blancos, en el arrebato de sus victorias recientes, ni los rojos, replegados en torno a Sviyazhsk, sospechaban siquiera la importancia histórica que adquirirían aquellas primeras escaramuzas.

Es muy difícil transmitir la importancia militar de Sviyazhsk sin tener a mano los materiales necesarios, sin un mapa y sin el testimonio de los camaradas que formaban las filas del V Ejército en aquel entonces. He olvidado muchas cosas; las caras y los nombres van y vienen como en la niebla. Pero hay algo que nadie olvidará jamás: la tremenda sensación de responsabilidad por la defensa de Sviyazhsk. Fue eso lo que mantuvo unidos a todos los defensores, desde los miembros del Consejo Militar Revolucionario hasta el último de los soldados rojos en busca desesperada de su regimiento en retirada, perdido en algún lugar; el soldado que había dado media vuelta, hacia Kazán, dispuesto a combatir hasta el final con un viejo fusil en la mano y una determinación fanática en el corazón. Todo el mundo comprendía la situación así: otro paso atrás abriría el Volga al enemigo hasta Nizhny (Nóvgorod) y por tanto abriría también la ruta a Moscú.

Continuar la retirada habría sido el principio del fin, la sentencia de muerte de la república de los soviets.

Ignoro hasta qué punto esto era cierto desde el punto de vista estratégico. Si se hubiera replegado aún más, quizás el ejército habría podido consolidar un puño similar en alguno de los incontables puntos negros que salpican el mapa y, a partir de ahí, llevar su estandarte a la victoria. Pero desde el punto de vista de la moral del ejército era indudablemente cierto. Y en la medida en que retirarse del Volga significaba en ese momento el colapso total, en esa medida la posibilidad de resistir, con nuestras espaldas contra el puente, nos infundía una esperanza tangible.

La ética revolucionaria había formulado esta situación compleja de la manera más sucinta: retroceder significaba permitirle a los checos marchar hasta Nizhny y Moscú. En cambio, si Sviyazhsk y el puente resistían, el Ejército Rojo volvería a conquistar Kazán.

Me parece que fue al tercer o cuarto día tras la caída de Kazán cuando Trotsky llegó a Sviyazhsk. Su tren llegó a la pequeña estación con la obvia intención de permanecer ahí mucho tiempo; la locomotora jadeó un poco, la desacoplaron y partió a saciar su sed, pero no regresó.

Los vagones permanecían alineados, tan inmóviles como las sórdidas chozas de paja campesinas y las barracas que ocupaba el Estado Mayor del V° Ejército. Su inmovilidad subrayaba en silencio que no había a dónde ir, y que era inaceptable partir.

Poco a poco, la creencia fanática de que esta pequeña estación se convertiría en el punto de partida de una contraofensiva sobre Kazán comenzó a cobrar realidad.

Cada día que pasaba iba fortaleciendo y animando a aquel apartadero miserable y olvidado de Dios, que resistía frente a un enemigo tan superior. De algún lugar en la retaguardia, de las aldeas perdidas del interior, empezaron a llegar soldados, primero de uno en uno, luego diminutos destacamentos y finalmente formaciones militares en un estado de conservación muy superior.

Aún puedo ver aquel Sviyazhsk donde ni un soldado se batió "bajo coacción". Todo cuanto ahí había de viviente y se batía en defensa propia, todo ello se mantenía unido por las más fuertes relaciones de disciplina voluntaria, de participación voluntaria en aquella lucha que al principio parecía tan irremediabilmente perdida.

Aquellos seres humanos que dormían en el suelo de la estación, en chozas mugrientas llenas de paja y trozos de vidrio, apenas tenían esperanzas de victoria, y por ello no temían a nada. A nadie le interesaba especular sobre el momento y la manera en la que aquello “terminaría”. El “mañana” simplemente no existía; sólo había un breve espacio de tiempo caliente y humoso: el hoy. Y de él se vivía, como se vive en tiempo de cosecha.

Mañana, mediodía, tarde, noche: cada hora se explotaba al máximo; cada hora debía vivirse y utilizarse hasta el último segundo. Había que seccionar cada hora cuidadosa y finamente, como se siega el trigo maduro en el campo hasta la raíz. Cada hora parecía tan plena, tan diferente de toda la vida anterior que, no bien se desvanecía, cobraba la apariencia de un milagro. Y en efecto lo era.

Los aviones iban y venían, dejando caer sus bombas sobre la estación y sobre los vagones del tren. El detestable ladrido de las ametralladoras y las parsimoniosas sílabas de la artillería se acercaban por momentos para volver a alejarse.

Y, mientras tanto, un ser humano ataviado con un andrajoso capote militar, sombrero de civil y botas agujeradas que dejaban ver los dedos de los pies –en pocas palabras, uno de los defensores de Sviyazhsk– sacaba sonriendo un reloj de su bolsillo y concluía para sus adentros:

“Así, que es la una y media o las cuatro y media o las seis y veinte. Por lo tanto, sigo vivo. Sviyazhsk resiste. El tren de Trotsky sigue sobre las vías. La luz de una lámpara titila tras la ventana del Departamento Político. Bien. El día terminó”.

Los abastecimientos médicos faltaban casi completamente en Sviyazhsk. Dios sabe cómo hacían los médicos para vendar las heridas. Pero semejante pobreza no avergonzaba ni asustaba a nadie. Al dirigirse a la cocina en busca de su ración de sopa, los soldados pasaban junto a las camillas de los heridos y los moribundos, pero la muerte no les infundía temor alguno. Se la esperaba todos los días, a cada momento. Yacer sobre un capote militar húmedo, con una mancha roja en la camisa, un rostro sin expresión y un mutismo que ya no era humano era algo que se daba por sentado.

¡Hermandad! De pocas palabras se ha abusado tanto que se han vuelto patéticas. Pero a veces la hermandad llega, en los momentos de mayor

penuria y peligro: abnegada, sagrada, irreplicable en el intervalo de una sola vida. Y nadie puede decir que ha vivido o que sabe algo de la vida si nunca pasó la noche sobre el suelo con la ropa desgastada y llena de piojos, pensando cuán maravilloso es el mundo, ¡cuán infinitamente maravilloso! Que aquí lo viejo fue derrocado y la vida se bate a mano limpia por su verdad irrefutable, por los cisnes blancos de su resurrección, por algo mucho más grande y mucho mejor que este pedazo de cielo estrellado que se muestra a través de la oscuridad azabache de una ventana con los vidrios rotos: por el futuro de toda la humanidad.

Una vez cada siglo se establece contacto y se propaga sangre nueva. Esas hermosas palabras, esas palabras casi inhumanas en su belleza, y el olor de la transpiración viva, la respiración viva de los que duermen a tu lado sobre el suelo. No hay pesadillas ni sentimentalismo, pero mañana amanecerá y el camarada G., un bolchevique checo, cocinará una tortilla de huevo para toda la “banda”, y el jefe del Estado Mayor se pondrá una camisa vieja que lavó por la noche y estará tiesa por la helada. Amanecerá un nuevo día en el que alguno morirá, sabiendo en el último segundo que la muerte no es sino una cosa entre tantas otras y de ningún modo la principal, que una vez más Sviyazhsk resistió y que en la pared sucia sigue escrito con tiza *“¡Proletarios de todos los países, uníos!”*.

Así transcurrieron, uno tras otro, los lluviosos días de agosto. Las líneas débiles y pobremente equipadas no se replegaron; el puente seguía en nuestras manos, y de la retaguardia, de muy atrás, comenzaban a llegar refuerzos. Junto a las telarañas otoñales que surcaban el aire se tendieron verdaderos cables de teléfono y telégrafo, y una especie de aparato enorme, pesado y defectuoso comenzó a funcionar en la estación de ferrocarril olvidada de Dios; Sviyazhsk, ese punto minúsculo que apenas puede discernirse en el mapa de Rusia, ese punto del cual, en un momento de huida y desesperanza, la revolución se había aferrado. Allí se reveló todo el genio organizativo de Trotsky, quien logró restablecer las líneas de abastecimiento e hizo llegar a Sviyazhsk nueva artillería y algunos regimientos sobre vías férreas claramente saboteadas; se obtuvo todo lo necesario para la ofensiva inminente. Además, debe tenerse en cuenta que este trabajo debió llevarse a cabo en el año 1918, cuando la desmovilización aún estaba en su apogeo, cuando la aparición en las calles de Moscú de un solo destacamento del Ejército Rojo bien vestido habría causado verdadera sensación. Después de todo, esto exigía nadar contra la corriente, contra el agotamiento de cuatro años de guerra, contra

las corrientes impetuosas de una revolución que barría en todo el país con los vestigios de la disciplina zarista y el odio ciego a todo lo que hiciera recordar el ladrido con el que los antiguos oficiales transmitían sus órdenes, el odio a los cuarteles y a la vieja vida militar.

A pesar de todo ello, los pertrechos aparecían ante nuestros ojos. Llegaban periódicos, llegaban botas y capotes. Y donde se reparten botas –para que uno las conserve–, es que existe un mando firme, verdaderamente sólido. Ahí las cosas son estables; el ejército permanece sólidamente atrincherado y la idea de huir no le pasa por la cabeza. ¡Las botas son cosa seria!

En la época de Sviyazhsk no existía aún la Orden de la Bandera Roja, de otra forma se la habría concedido a centenares. Todo el mundo, incluso los cobardes, los nerviosos y los obreros y soldados del Ejército Rojo que eran simplemente mediocres, todos sin excepción llevaron a cabo hechos increíbles y heroicos. Todos se superaron a sí mismos. Igual que las corrientes desbordan sus cauces en primavera, así desbordaban ellos, alegremente, sus capacidades normales.

Tal era la atmósfera. Recuerdo haber recibido, por una casualidad extraordinaria, unas cuantas cartas de Moscú. En ellas se hablaba de cómo la pequeña burguesía se disponía a revivir, eufórica, las grandiosas jornadas de la Comuna de París.

Y, mientras tanto, el frente más avanzado y peligroso de la República pendía de un hilo, de una vía férrea, y ardía, poniendo en marcha una confrontación heroica y sin precedentes que marcaría tres años más de una guerra famélica, tifoidéica y errante.

En Sviyazhsk, Trotsky, quien logró dar al Ejército recién nacido una columna vertebral de acero, quien se enraizó en el suelo negándose a ceder un solo centímetro de terreno pasara lo que pasara, quien pudo mostrar ante el puñado de defensores una sangre más fría que la de cualquiera, en Sviyazhsk, Trotsky no estuvo solo. Ahí se habían congregado viejos obreros del partido, futuros miembros del Consejo Militar Revolucionario de la República y de los Consejos Militares de los diversos ejércitos a quienes el historiador futuro se referirá como los mariscales de la Gran Revolución. Rosengoltz¹¹ y Gussev, Iván Nikitich

¹¹ Arkadi P. Rosengoltz (1889-1938) entró al partido en 1905 y fue uno de los dirigentes de la insurrección de Moscú. Después de la guerra civil, ocupó funciones en la economía y fue comisario del comercio exterior a partir de 1930. Miembro de la Oposición de izquierda, la abandonó muy rápido pero sin embargo fue condenado en el tercer juicio de Moscú y

Smírnov, Kobozev, Mezhlauk, el otro Smírnov y muchos otros camaradas cuyos nombres he olvidado. Entre los marinos, recuerdo a Raskólnikov¹² y al difunto Markin¹³.

Casi desde el primer día, Rosengoltz hizo surgir de su vagón la oficina del Consejo Militar Revolucionario: extraía mapas desvaídos y hacía repiquetear máquinas de escribir –sabe Dios de dónde las había sacado–; en resumen, empezó a construir un aparato organizativo fuerte y geoméricamente perfecto, preciso en sus relaciones, inagotable en su capacidad de trabajo y simple en su estructura.

A partir de entonces, en cualquier ejército y frente, siempre que el trabajo empezaba a atascarse, inmediatamente se enviaba a Rosengoltz, como se traslada en una bolsa a una abeja reina para soltarla en una colmena destruida, e inmediatamente empezaba a construir y a organizar, formando células y haciendo zumbar los hilos del telégrafo. Pese a su capote militar y a la enorme pistola que llevaba al cinto, no podía discernirse nada de marcial en su porte, ni en su rostro pálido y un tanto suave.

No era ahí donde residía su tremenda fuerza, sino en su innata capacidad de establecer y renovar contactos, de acelerar un flujo sanguíneo estancado e infectado hasta hacerlo alcanzar velocidades explosivas. Al lado de Trotsky, era como una dinamo constante, bien aceitada y silenciosa, cuyas potentes palancas no dejaban de moverse día tras día, tejiendo la red indestructible de la organización.

ejecutado. Iakov D. Drabkin, llamado Sergei I. Gussiev (1874-1933) militaba desde 1897. Más tarde se unió a Stalin. Ivan N. Smirnov (1881-1936), mecánico de precisión, miembro del partido en 1899, fue apodado por Lenin "la conciencia del partido" y soviétizó Siberia antes de ser excluido y deportado como miembro de la Oposición de izquierda. Capituló en 1929, retomó una actividad sobre el Bloque de las oposiciones de 1932, fue arrestado. Condenado a muerte en el primer juicio de Moscú, rehusó apelar la sentencia, que fue ejecutada. Piotr A. Kobozev (1878-1941) fue arrestado por primera vez en Riga en 1898. Después de 1923, volvió a su actividad profesional de cartógrafo. Valery I. Meshlaouk (1893-1938) se unió a Stalin contra Trotsky pero cayó en desgracia y fue fusilado en 1938 sin juicio. El "otro" Smirnov es sin duda Vladimir M. Smirnov (1887-1937), bolchevique en 1907, dirigente en Moscú, "comunista de izquierda", también sirvió en el 5° ejército. Líder de los partidarios del "centralismo democrático" (cedemistas), fue excluido en 1927 y ejecutado sin juicio o muerto en prisión en 1937.

¹² Fiódor F. Ilin, llamado *Raskólnikov* (1892-1939), miembro del partido en 1910, oficial durante la guerra en la Flota del Báltico presidió en 1917 el comité del partido en Kronstadt. Más tarde fue diplomático, rompió con Stalin en 1939 y murió poco después, en septiembre..

¹³ Nikolai G. Markin (1893-1918), obrero electricista, bolchevique en 1916, movilizado por la marina, fue uno de los dirigentes marinos de Kronstadt en 1917 y un colaborador próximo de Trotsky

No recuerdo exactamente qué tipo de trabajo desempeñaba oficialmente I. N. Smírnov en el Estado Mayor del Vº Ejército, si pertenecía al Consejo Militar Revolucionario o si al mismo tiempo encabezaba el Departamento Político; pero, más allá del título o marco de su trabajo, él encarnaba la ética de la revolución. Él era el criterio moral supremo, la conciencia comunista de Sviyazhsk.

Incluso la masa de soldados sin partido y los comunistas que no lo habían conocido antes se percataban inmediatamente de su asombrosa pureza e integridad. Es muy poco probable que él mismo supiera hasta qué punto inspiraba temor, pues nada temía más un soldado que el mostrarse cobarde o débil ante los ojos de aquel hombre, que jamás le alzaba la voz a nadie y que simplemente era siempre él mismo, sereno y valeroso. Nadie imponía tanto respeto como Iván Nikitich. Todo el mundo percibía que cuando llegara el momento más grave, él sería el más fuerte, el más valiente.

Con Trotsky: era morir en batalla tras haber disparado la última bala; era morir con entusiasmo, sin sentir las heridas. Con Trotsky: era el sagrado sufrimiento de la lucha; palabras y gestos que recordaban las mejores páginas de la Gran Revolución Francesa.

Pero con el camarada Smírnov (así nos parecía entonces y así lo comentábamos murmurando entre nosotros mientras yacíamos acurrucados sobre el suelo durante aquellas noches, ya heladas, del otoño), con el camarada Smírnov uno sentía serenidad absoluta aun estando “contra la pared”, al ser interrogado por los blancos o al verse prisionero en sus mazmorras. Sí, así se hablaba de él en Sviyazhsk.

Boris Danílovich Mijáilov¹⁴ llegó poco después, me parece que directamente de Moscú, o de alguna otra ciudad del centro. Llegó con un abrigo de civil sobre los hombros y en el rostro la expresión brillante y variable de quien acaba de librarse de la prisión o de la gran ciudad. A las pocas horas, ya se había apoderado de él la salvaje intoxicación de Sviyazhsk. No bien se cambió de ropa, partió en una misión de reconocimiento por los alrededores del Kazán ocupado por los blancos. A los tres días regresó, fatigado, con la cara curtida por el viento y el cuerpo devorado por los omnipresentes piojos. Pero, en recompensa, estaba sano y salvo.

¹⁴ Boris D. Mikhailov (1894-?) era estudiante en San Petersburgo cuando se convirtió en bolchevique en 1912. Debí abandonar toda responsabilidad en 1923 y morir poco después.

La profunda transformación interna que sufren quienes llegan al frente revolucionario ofrece un espectáculo fascinante: primero se encienden como un cobertizo de paja al que se le prendiera fuego por los cuatro costados, para luego enfriarse hasta quedar convertidos en una única pieza de hierro forjado, uniforme, limpia y resistente al fuego.

El más joven de todos era Mezhlauk, Valerian Ivánovich. A él le había ido particularmente mal. Su hermano menor y su esposa se habían quedado en Kazán y, según se rumoraba, los habían fusilado. Después se supo que su hermano en efecto había muerto y que su esposa había sufrido horriblemente. En Sviyazhsk no se acostumbraba quejarse ni hablar de las desventuras propias, así que Mezhlauk guardaba un silencio honesto, hacía su trabajo y caminaba en su largo capote de caballería sobre el fango pegajoso del otoño, todo él concentrado en un único punto que le calcinaba: Kazán.

Entretanto, los blancos habían empezado a darse cuenta de que, con su resistencia fortalecida, Sviyazhsk se estaba convirtiendo en algo grande y peligroso. Las escaramuzas y los ataques intermitentes cesaron; comenzó un sitio regular con fuerzas numerosas y bien organizadas por todos lados. Pero ya habían dejado ir el momento oportuno.

El viejo Slavin¹⁵ –comandante del Vº Ejército que, si bien no era un coronel muy talentoso, conocía su oficio a fondo– se enfocó en un punto clave de la defensa, trazó un plan preciso y lo llevó a cabo con una obstinación verdaderamente letona. Sviyazhsk se mantenía firme, con los pies clavados en el suelo como un toro que enfilara la amplia frente contra Kazán, plantado inmoviblemente en su sitio y agitando con impaciencia sus cuernos afilados como bayonetas.

Una soleada mañana de otoño, llegaron a Sviyazhsk algunos angostos, ágiles y veloces torpederos de la flota del Báltico. Su llegada causó sensación. El Ejército ya se sentía cubierto por el lado del río. Una serie de duelos de artillería comenzó sobre el Volga, tres o cuatro veces al día. Cubierta por el fuego de las baterías que habíamos ocultado en la ribera, nuestra flotilla ya se aventuraba muy lejos.

¹⁵ Se trata de Piotr A. Slavin, que era coronel en 1917 y comandaba primero en Kazán una división letona. Comandó el 5º ejército de agosto a diciembre de 1918, volvió a Letonia en 1921 y allí fue arrestado.

De esas incursiones, una particularmente audaz fue la que emprendió la mañana del 9 de septiembre el marino Markin, uno de los fundadores y héroes más destacados de la Flota Roja. Tripulando un torpe remolcador acorazado, ese día se arriesgó a ir muy lejos, hasta los muelles mismos de Kazán; desembarcó, ametralló las baterías enemigas hasta poner a sus cuadrillas en fuga, y retiró los percutores a varios cañones.

En otra ocasión, a altas horas de la noche del 30 de agosto, nuestras naves se acercaron a Kazán, bombardearon la ciudad, prendieron fuego a varias barcazas cargadas de municiones y provisiones y se retiraron sin perder un solo buque. Trotsky, al lado del comandante, se hallaba entre los tripulantes del torpedero *Prochny*, al cual se le tuvo que reparar el mecanismo de dirección mientras la corriente lo llevaba al lado de una barcaza enemiga, ante la boca de los cañones de las Guardias Blancas.

Cuando llegó Vatzetis¹⁶, comandante en jefe del frente oriental, la ofensiva contra Kazán ya estaba en plena marcha. La mayoría de los nuestros, incluyéndome, carecía de datos precisos sobre el resultado de la conferencia. Pero no tardamos en enterarnos de algo que llenó a todos de satisfacción: nuestro viejo (así llamábamos entre nosotros a nuestro comandante) se había opuesto a la opinión de Vatzetis, quien quería atacar Kazán desde la orilla izquierda del río, la cual ofrece un terreno llano y expuesto; nuestro comandante, en cambio, decidió lanzar el asalto desde la ribera derecha, que domina la ciudad.

Pero precisamente en el momento en que la totalidad del V° Ejército se disponía a atacar, cuando sus principales fuerzas finalmente comenzaban a empujar hacia delante en medio de constantes contra-ataques y batallas que duraban días enteros, tres “luminarias” de la Rusia de las Guardias Blancas se reunieron para acabar de una vez por todas con la prolongada épica de Sviyazhsk. Al frente de una fuerza considerable, Sávinov¹⁷, Kappel¹⁸ y Fortunátov se lanzaron a un asalto desesperado contra la estación ferroviaria contigua a Sviyazhsk, con el fin de apoderarse de la propia Sviyazhsk y del puente sobre el Volga.

¹⁶ Ioakim I. Vazetis (1873-1938), oficial de carrera, coronel en 1917, se unió al Ejército rojo, ejecutado en 1938 sin juicio.

¹⁷ Boris V. Savinkov (1879-1925) era miembro del partido socialista revolucionario, terrorista de “élite” bajo el zarismo. Fue vicepresidente de la guerra bajo Kerensky. Tomado por la GPU durante un viaje clandestino con objetivo terrorista en 1924, fue condenado a muerte, su pena fue conmutada pero se suicidó en prisión.

¹⁸ Vladimir O. Kapell (1881-1920), oficial de carrera, era lugarteniente-coronel en 1917. Después de esta batalla, sirvió bajo Kolchak y fue muerto en combate.

El ataque fue brillantemente ejecutado: tras un largo rodeo, los blancos se precipitaron súbitamente sobre la estación de Shijrana, la acribillaron, ocuparon sus edificios, cortaron toda comunicación con el resto de la vía férrea y quemaron el tren de municiones que estaba estacionado ahí. La pequeña fuerza que vigilaba Shijrana fue masacrada hasta el último hombre.

Pero eso no fue todo: literalmente cazaron y exterminaron a todo ser vivo que habitaba la pequeña estación. Tuve la oportunidad de ir a Shijrana unas horas después del ataque y pude ver las huellas de esa violencia pogromista totalmente irracional que distinguía las victorias de aquellos caballeros, que nunca se sentían amos ni futuros habitantes de las tierras que accidental y temporalmente conquistaban. En un patio, una vaca yacía brutalmente asesinada (y digo “asesinada” a propósito, no “muerta”). El gallinero estaba lleno de pollos, a los que estúpidamente habían acribillado, ofreciendo un aspecto terriblemente humano. Al pozo, a la pequeña huerta y a las casas las habían tratado como a seres humanos capturados, que encima fueran bolcheviques y “sheenies”¹⁹. A todo le habían sacado las vísceras.

Había restos de animales y objetos esparcidos por todas partes: diezmados, profanados, espantosamente muertos. Al lado de estos vestigios de todo cuanto alguna vez fue una residencia humana, la muerte indescriptible e inexpressable del puñado de ferrocarrileros y soldados del Ejército Rojo que había sido tomado por sorpresa parecía encajar en la naturaleza de las cosas.

Sólo en las ilustraciones de Goya²⁰ sobre la campaña española y la guerrilla puede encontrarse semejante armonía entre los árboles azotados por el viento inclinándose con el peso de los ahorcados, el polvo de los caminos, la sangre y las piedras. De la estación de Shijrana, el destacamento de Sávinkov se dirigió a Sviyazhsk siguiendo la vía del tren. Nosotros enviamos nuestro tren blindado “Rusia Libre” a detenerlo. Si mal no recuerdo, iba equipado con armas navales de largo alcance. Su comandante, sin embargo, no estuvo a la altura de su misión. Viéndose rodeado por ambos flancos (o eso le pareció), abandonó su tren y se apresuró a regresar ante el Comité Militar Revolucionario para “dar parte”.

¹⁹ Este era un término peyorativo que se utilizó en Rusia durante siglos, para referirse a los judíos.

²⁰ Francisco José de Goya (1746-1828) no sólo dejó cuadros sino extraordinarios croquis sobre escenas de guerra.

En su ausencia, el “*Rusia Libre*” fue acribillado e incendiado. Su carcasa carbonizada y humeante habría de permanecer por mucho tiempo ahí, descarrilada al lado de la vía, en las proximidades de Sviyazhsk.

Tras la destrucción del tren blindado, el camino al Volga parecía completamente despejado. Los blancos se hallaban justamente delante de Sviyazhsk, a kilómetro o kilómetro y medio del cuartel general del V° Ejército. El pánico cundió. Una parte del Departamento Político, si no es que su totalidad, se precipitó a los muelles y abordó los vapores.

El regimiento que combatía prácticamente en las riberas del Volga, aunque río arriba, vaciló y luego huyó con sus comandantes y comisarios. Al alba, sus destacamentos frenéticos se encontraban a bordo de los buques del Estado Mayor de la flota de guerra del Volga.

En Sviyazhsk quedaron sólo el Estado Mayor del V° Ejército con sus oficiales y el tren de Trotsky. Lev Davidovich²¹ movilizó a todo el personal del tren: a sus oficinistas, telegrafistas y enfermeros, así como a la guardia al mando del jefe del Estado Mayor de la flota, el camarada Lepetenko (quien, por cierto, fue uno de los soldados de la revolución más valerosos y abnegados, cuya biografía podría darle a este libro su capítulo más brillante); en una palabra, a todo el que pudiera sostener un fusil.

Las oficinas del mando quedaron desiertas. Ya no había “retaguardia”. Se había lanzado todo contra los blancos, que habían avanzado casi hasta la estación. Entre Shijrana y las primeras casas de Sviyazhsk, todo el camino estaba labrado por los obuses y cubierto de caballos muertos, armas abandonadas y cartuchos vacíos. Y cuanto más cerca de Sviyazhsk, mayor era el caos.

El avance de los blancos sólo fue detenido después de que hubieron saltado sobre el esqueleto carbonizado del tren blindado, aún humeante y oliendo a metal fundido. Tras haber alcanzado violentamente el umbral mismo de la ciudad, su avance se detuvo y empezó a replegarse como resaca, pero sólo para arrojarse de nuevo contra las reservas de Sviyazhsk, movilizadas a toda prisa. Ahí ambos bandos se encontraron frente a frente por varias horas; ahí hubo muchos muertos. Los blancos se convencieron de que lo que tenían ante ellos era una división fresca y bien organizada que de algún modo sus servicios de inteligencia habían pasado por alto.

²¹ **León Davidovich** era el verdadero nombre de Bronstein; alias “*Trotsky*”, que tomó su pseudónimo de un carcelero.

Exhaustos por su asalto de 48 horas, los soldados tendieron a sobrestimar la fuerza de su enemigo, y no sospecharon siquiera que lo que enfrentaban no era sino un puñado de combatientes formado a toda prisa, y que detrás de ellos estaban sólo Trotsky y Slavin, sentados ante un mapa en una pieza insomne y llena de humo del cuartel general desierto, en el centro de un Sviyazhsk despoblado por cuyas calles pasaban silbando las balas.

A lo largo de aquella noche, como todas las anteriores, el tren de Lev Davidovich se quedó ahí, como siempre, quieto y sin locomotora. Aquella noche no se molestó ni a una sola de las secciones del V° Ejército que avanzaban sobre Kazán dispuestas a tomarla por asalto; ni una sola se desvió del frente para proteger a un Sviyazhsk prácticamente indefenso. El ejército y la flota no se enteraron del ataque nocturno sino cuando ya había terminado, cuando los blancos ya habían emprendido la retirada, firmemente convencidos de que frente a ellos había una división casi entera.

Al día siguiente, 27 desertores que habían huido a los buques en el momento más crítico fueron juzgados y fusilados. Entre ellos había varios comunistas. Luego, se hablaría mucho sobre el fusilamiento de aquellos 27, especialmente en la retaguardia, claro, donde nadie entendía cuán delgado había sido el hilo del que pendían el camino a Moscú y toda la ofensiva contra Kazán, llevada a cabo con nuestros últimos recursos y nuestras últimas fuerzas.

Para empezar, el ejército entero estaba inquieto con habladurías de comunistas convertidos en cobardes, de que las leyes no habían sido escritas para ellos, de que ellos podían desertar impunemente mientras que un soldado de base ordinario sería ejecutado como un perro.

De no haber sido por el valor excepcional de Trotsky, del comandante del ejército y de otros miembros del Consejo Militar Revolucionario, la reputación de los comunistas que trabajaban en el ejército habría sufrido un duro golpe y quedado arruinada durante mucho tiempo.

Ningún discurso, por bueno que fuera, habría podido convencer a un ejército que en las últimas seis semanas había sufrido todas las privaciones posibles, combatiendo casi a mano limpia, sin contar siquiera con vendajes, que la cobardía no era cobardía y que para el culpable podía haber “circunstancias atenuantes”.

Se dice que entre los fusilados había muchos buenos camaradas, incluso algunos cuyos servicios anteriores compensarían su culpa a cambio de algunos años de prisión y exilio. Es totalmente cierto. Nadie cuestiona que su muerte tuvo el propósito de fortalecer esos preceptos del viejo código militar de “servir de ejemplo”, mientras que al redoble de los tambores se aplica la divisa de “ojo por ojo, diente por diente”. Desde luego, Sviyazhsk fue una tragedia.

Pero todo el que haya experimentado la vida en el Ejército Rojo, que haya nacido y se haya templado con él en las batallas de Kazán, atestiguará que el espíritu de hierro de este ejército no se habría forjado nunca, que la fusión entre el partido y las masas de soldados, entre los simples soldados y las alturas del mando, no se habría consumado si en la víspera del asalto a Kazán, donde cientos de soldados habrían de dar la vida, el partido no hubiera mostrado claramente ante los ojos del ejército entero que estaba dispuesto a ofrendarle a la Revolución ese sacrificio enorme y sangriento; que el partido también estaba sujeto a las severas leyes de la disciplina entre camaradas; que el partido también tenía el valor de aplicar sin miramientos, incluso a sus propios miembros, las leyes de la República Soviética.

El fusilamiento de aquellos 27 cubrió la brecha que los famosos asaltantes habían abierto en la unidad del V Ejército y en su confianza en sí mismo. La andanada de fusilería que castigó tanto a comunistas y comandantes como a simples soldados, por cobardía y comportamiento deshonesto en batalla, forzó al sector de las masas de soldados con menos conciencia de clase y más propensión a desertar (sector que, desde luego, también existía) a sobreponerse y a cerrar filas en torno a quienes marchaban a la batalla conscientemente y libres de toda coacción.

Precisamente en esos días se decidió la suerte de Kazán y con ella la suerte de toda la intervención blanca. El Ejército Rojo recuperó la confianza, se regeneró y fortaleció durante las largas semanas de defensa y ataque.

Fue en esas condiciones de peligro constante y bajo las mayores pruebas morales que desarrolló sus leyes, su disciplina y sus nuevos estatutos heroicos. Por vez primera, el pánico ante la superioridad técnica del enemigo se disolvió.

Ahí se aprendía a avanzar pese al fuego de cualquier artillería. Y así, inconscientemente, a partir del instinto elemental de conservación, surgieron nuevos métodos de guerra, esos métodos de batalla específicos que ya se estudian en las más prestigiosas academias militares como los métodos de la Guerra Civil. Un hecho de la mayor importancia fue que en ese momento se encontrara en Sviyazhsk un hombre como Trotsky.

Independientemente de su vocación o su nombre, está claro que el creador del Ejército Rojo, el futuro presidente del Consejo Militar Revolucionario de la República, había de hacerse presente en Sviyazhsk, tenía que pasar por toda la experiencia práctica de aquellas semanas de combate, tenía que recurrir a toda su fuerza de voluntad y a todo su genio organizativo para la defensa de Sviyazhsk, para defender el organismo militar aplastado bajo el fuego de los blancos.

Además, en la guerra revolucionaria interviene otra fuerza, otro factor sin el cual no se puede obtener la victoria: el poderoso romanticismo de la Revolución, que permite a quien acaba de estar en las barricadas adoptar inmediatamente las férreas formas de la maquinaria militar sin perder el paso raudo y ligero obtenido en las manifestaciones políticas, ni la independencia y flexibilidad de espíritu conseguidos a lo largo de años de militancia en condiciones de clandestinidad.

Para vencer en 1918 hubo que tomar todo el fuego de la revolución, todo su calor incandescente, y unirlo al carro vulgar, repelente y ancestral del viejo ejército.

Hasta ahora la historia siempre había resuelto ese problema mediante trucos escénicos imponentes pero vetustos, convocando a escena a algún individuo “con sombrero de tres picos y uniforme de campaña” para que éste o algún otro general montado en un caballo blanco hiciera trizas la carne y la médula revolucionarias y formara con los pedazos repúblicas, banderas y consignas.

En la construcción de su ejército, como en tantas otras cosas, la Revolución Rusa siguió su propio camino. La insurrección y la guerra se fundieron en una, el Ejército y el Partido crecieron juntos, inextricablemente entrelazados, y en las banderas de los regimientos quedaron inscritos sus objetivos comunes, las fórmulas más tajantes de la lucha de clases. En los días de Sviyazhsk, esto aún no tomaba forma y apenas flotaba en el aire buscando un modo de expresarse.

De una u otra manera, el Ejército Obrero y Campesino tenía que hallar una expresión, asumir una forma exterior, producir sus propias fórmulas, pero, ¿cómo? Todavía nadie lo tenía claro. En ese momento, naturalmente, no había un curso, no había preceptos ni había un programa dogmático del que ese organismo titánico pudiera servirse para crecer y desarrollarse.

Al interior del partido y de las masas había sólo un presagio, un presentimiento creativo de esa organización militar revolucionaria que nunca se había visto y a la cual cada día de batalla le susurraba alguna nueva característica real.

El gran mérito de Trotsky reside ahí, en su capacidad de capturar al vuelo el menor gesto de las masas que llevase ya la impronta de esa fórmula organizativa única que tanto se buscaba.

Trotsky examinaba y aplicaba todas esas pequeñas prácticas a través de las cuales la asediada Sviyazhsk simplificó, aceleró y organizó su trabajo de combate, y no solamente en el estricto sentido técnico. No. Cada combinación exitosa de “especialista y comisario”, de quien da las órdenes y quien las ejecuta y asume la responsabilidad por ellas, cada combinación exitosa, tras haber sido puesta a prueba por la experiencia y formulada lúcidamente, se transformaba inmediatamente en una orden, una circular, un reglamento. De este modo se impidió que la experiencia revolucionaria viva se perdiera, se olvidara o se deformara.

La norma que regía en todas partes no era la mediocridad, sino su contrario, lo mejor, las cosas geniales que las masas mismas concebían en los momentos más explosivos y creativos de la lucha. Tanto en las cosas pequeñas como en las grandes –ya se tratara de asuntos tan complejos como la división del trabajo al interior del Consejo Militar Revolucionario, o del gesto rápido, vivaz y amistoso que intercambiaban a manera de saludo un comandante rojo y un soldado cuando se cruzaban, ambos atareados y con prisa por llegar a algún lugar–, todo se tomaba de la vida misma, se asimilaba y regresaba a las masas en forma de norma para su uso universal. Y siempre que las cosas dejaban de avanzar, cuando se atascaban o salían mal, había que averiguar qué había fallado, había que ayudar, había que tirar como tira la partera del recién nacido durante un parto complicado.

Se puede ser un orador muy articulado, se puede dar a un nuevo ejército una forma plástica impecablemente racional, y a pesar de ello hacer su espíritu estéril, permitir que se evapore sin poder mantenerlo vivo en la

almadraba de las fórmulas jurídicas. Para evitar lo anterior hay que ser un gran revolucionario; se debe poseer la intuición de un creador y un potente transmisor de radio interno, sin lo cual no hay forma de mantener el contacto con las masas.

En última instancia, es precisamente ese instinto revolucionario lo que constituye el más alto tribunal, lo que depura con exactitud su nueva justicia creativa de todo cuanto tenga un fondo contrarrevolucionario profundamente oculto. Ese instinto revolucionario deja caer el puño de su violencia sobre la falaz justicia formal en nombre de la suprema justicia proletaria, que no permite a sus elásticas leyes osificarse, aislarse de la vida ni poner sobre los hombros del Ejército Rojo cargas mezquinas, irritantes o innecesarias.

Trotsky tenía ese sentido intuitivo. En él, el revolucionario nunca se dejaba marginar por el soldado, el dirigente militar o el comandante. Y cuando, con su voz terrible e inhumana, enfrentaba a un desertor, le temíamos como a uno de los nuestros, un gran rebelde que aniquilaría a cualquiera por cobardía, por traición no al ejército, sino a la causa de la revolución proletaria mundial.

Era imposible que Trotsky hubiese sido un cobarde, pues de lo contrario el desprecio de aquel extraordinario ejército lo habría aplastado, y jamás le habría perdonado a un debilucho el derramamiento de la sangre fraternal de aquellos 27 con que roció su primera victoria.

Cuando ya no faltaban más que unos cuantos días para que nuestras tropas ocuparan Kazán, Lev Davidovich tuvo que dejar Sviyazhsk; las noticias del atentado contra Lenin exigían su presencia en Moscú. Pero ni el asalto de Sávinkov contra Sviyazhsk, organizado magistralmente por los socialrevolucionarios, ni el intento de asesinar a Lenin que el mismo partido llevó a cabo casi simultáneamente, podían ya detener al Ejército Rojo. La marejada final de la ofensiva inundó Kazán.

A altas horas de la noche del 9 de septiembre, las tropas abordaron los buques y al amanecer, hacia las 5:30, aquellos lerdos transportes de varios puentes, escoltados por los torpederos, llegaron ante los muelles de Kazán. Era extraño navegar bajo la luz de la luna frente al molino medio derruido de techo verde, detrás del cual había estado una batería de los blancos; frente al casco medio quemado del "Delfín", que yacía desvalijado y encallado en la ribera desierta; por aquellos meandros, lenguas de tierra, bancos de arena y ensenadas que nos resultaban tan familiares y sobre

los cuales la muerte había estado paseando del amanecer al crepúsculo durante tantas semanas, a los cuales habían cubierto nubes de pólvora y donde habían fulgurado los haces dorados de la artillería. Navegamos con las luces apagadas y en absoluto silencio sobre la gentil corriente negra y fría del Volga.

Detrás de popa, una ligera espuma vibra sobre la susurrante estela que se desvanece entre unas olas que nada recuerdan y que fluyen indiferentes hacia el Caspio. Y, sin embargo, apenas el día anterior, el lugar por el que nuestro gigantesco buque se desliza en silencio había sido un remolino desgarrado y surcado por la explosión continua de proyectiles. Y aquí, justo donde el ala de alguna ave nocturna acaba de golpear sigilosamente el agua, de la cual asciende una ligera bruma hacia el aire frío, ayer mismo se habían levantado torrentes de espuma blanca; ayer, las órdenes habían resonado incesantemente y los delgados torpederos se habían abierto paso bajo una lluvia de esquirlas, entre el humo y las llamas, con los cascos vibrando por la impaciencia comprimida de los motores y por la retroacción de sus baterías de dos cañones que disparaban una vez por minuto con un ruido que hacía pensar en un hipo de hierro.

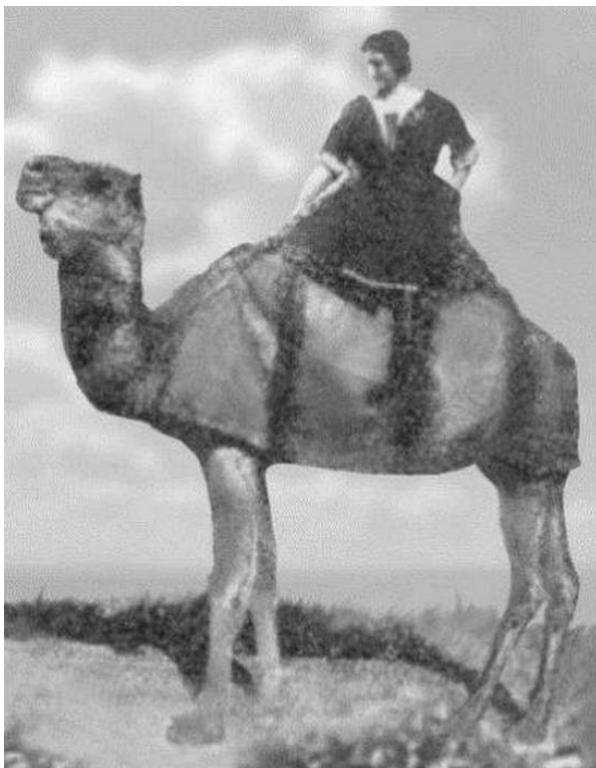
La gente disparaba, se dispersaba bajo la estruendosa tormenta de obuses, trapeaba la sangre de las cubiertas... Y ahora todo es silencio; el Volga fluye tal como hace mil años y como seguirá fluyendo durante siglos.

Alcanzamos los muelles sin disparar un tiro. Las primeras luces del amanecer encendían el cielo. En la penumbra gris y rosa empezaron a aparecer fantasmas jorobados, negros y calcinados. Grúas, vigas de las construcciones quemadas, postes de telégrafo destrozados... cada cosa parecía haber soportado una pena infinita y haber perdido ya la capacidad de sentir, como un árbol con las ramas secas y retorcidas. Era el reino de la muerte cubierto por las rosas heladas del amanecer septentrional.

Los cañones abandonados con las bocas hacia arriba parecían en la penumbra figuras abatidas, congeladas en una desesperanza muda; con las cabezas apoyadas sobre unas manos frías y húmedas de rocío.

Niebla. La gente empieza a temblar de frío y de tensión nerviosa. El olor del aceite de las máquinas y de las cuerdas con alquitrán invade el aire. El cuello azul del artillero gira con el movimiento de su cuerpo mientras contempla con asombro cómo la ribera despoblada y silenciosa reposa en un silencio mortal. Esto es la victoria.

Afganistán



LA CASA DE LAS MÁQUINAS

Afganistán, 1921

Como dos cejas ceñudas se tocaban en otro tiempo las antiquísimas murallas de la fortaleza, sobre la angosta salida del valle de Kabul. Luego, el tiempo, los grandes conquistadores y el comercio se encargaron de abrir amplias brechas en los muros seculares. Y un buen día, a ambos lados del camino, donde yace por tierra, rasgada y maltrecha, la línea culebreante de la muralla, brotó la primera fábrica del Afganistán.

No pocas piedras de la antigua fortaleza están hoy enterradas en los cimientos del nuevo edificio; aquellas mismas piedras que antaño rodaron por la abrupta ladera arriba manos de esclavos, para aprisionarlas, argamaseadas con el rojo zumo de vida, entre las costillas de la montaña.

La fábrica es obra de los ingleses, y sus ventanales refulgentes en la noche irradian en esta tiniebla el fantasma de otra civilización; mas en el viejo cementerio indígena los fuegos fatuos cambian guiños con las nuevas estrellas eléctricas, y en las silenciosas madrigueras de la montaña tiemblan secretamente unas llamas; y la cadena rota de la muralla se siente hoy tan bien guardada por esta Casa de las Máquinas como en otro tiempo por las patrullas de la fortaleza y por aquellos centinelas que trepaban a lo alto de los muros con el cuchillo entre los dientes y de tanto en tanto caían derribados a tierra con las rodillas sangrantes y los escudos de cuero destrozados.

Los cimientos de esta fábrica están empapados en sudor de esclavitud; las viejas piedras enmohecidas que la ciñen guardan en sus poros todavía el veneno de los tiempos pasados.

El valle de la *Casa de las Máquinas* palidece días enteros bajo la brasa calcinante del sol. Pasan soldados, caminantes, jornaleros. Asnos y camellos levantan torbellinos de espeso polvo, y el viento que se encañona frenético por la angosta puerta de Kabul sopla al polvo en sus grises velas. Es inútil que los hortelanos se molesten en echar, con sus palas de madera, un poco de agua bajo los pies de los transeúntes; el olor del polvo húmedo y el fresco olor a cebolla de los sembrados de hortalizas hacen todavía más espeso, más insoportable el aire que se respira en la carretera. Los huertos y los campos trigueros tocan a los muros vigilados de la fábrica. Cultivos medievales y olor de maquinaria.

El agua que refresca la cebada y el centeno, el maíz y los plantíos de albaricoques va a verterse, más fresca y más limpia, más perfumada, en los canales de la fábrica, en las turbinas y las calderas.

En la sección de lanas impera un olor graso de ovejas, establos, estiércol y leche fresca. Morosa y cansadamente reclinado sobre su cayado pastoril, cerca de la máquina, un Jacob cargado de años, un pastor bíblico con el pecho desnudo y la cabeza envuelta en un turbante blanco. Simple, desnudo y sumiso a su destino, está ahí, delante de la dinamo, como los patriarcas del Antiguo Testamento debieron de estar junto a su grey.

El Oriente es todo él, en el fondo, una tierra muda. La algarabía de los bazares, el tráfico de las grandes calzadas, igual que los cementerios con sus tumbas de piedra, lisas y aguzadas como los cuchillos mellados del hombre prehistórico: todo es allí silencio germinativo de color, masas de luz y cálida energía, remolinos de polvo escalando los rayos del sol.

Todo es visual y huidizo, mudable e inmóvil, en el movimiento; sí, quieto como la muerte. Y del seno del día abrasador, de la mudez oriental, de las casas ceñidas por piedras venerables, de las murallas cálidas y desnudas donde no hay sombra viviente que haga llevadero el trabajo de los esclavos, ni una gota de agua ni una mancha de verde, de las que acaso pende una codorniz prisionera en su jaula de mimbre y pía desesperada y suplicante por un poco de frescor; de esta masa informe de fábricas y establos y puertas bajas por donde se desborda el olor del ganado y el sudor de los trabajadores, se levanta de pronto, inesperadamente, un estrépito ensordecedor de martillazos y chirriar de máquinas, y, atada al yugo de madera del labriego primitivo, la electricidad arrastra por el surco, bufando de ira, el tosco arado.

Este estrépito, esta respiración jadeante de las máquinas en medio de la siesta indolente de los campos abrasados, produce una impresión profunda: se diría que una conspiración contra las viejas montañas, contra las mezquitas, contra el cielo mahometano, contra la inacción, la humildad y la miseria perezosa.

Ya habíamos perdido el recuerdo de este humo, olvidado el rumor de estas cálidas máquinas vivientes. Y de pronto, una fachada gris de ladrillo, el marco ahumado de una puerta, se alzan ante nuestros ojos. Parece cosa de magia, esta evocación de Petrogrado, de Kronstad, de los suburbios fabriles de Wyborg.

Y una extraña sensación, un gozo ardoroso y anhelante se apodera de nuestro espíritu: por esas puertas se desbordará dentro de pocos instantes la muchedumbre de los trabajadores, y entre ellos acaso veamos irradiar la faz del gran conspirador que forja el porvenir en este polvoriento valle de Kabul.

Ya estaba uno cansado de tanto funcionario afgano y de tanto extranjero cortés y amable, de tanto correcto inglés, con su impecable sonrisa siempre a mano; esa sonrisa que atraviesa los rostros como las puntas de las balas de máuser; ya ansiábamos respirar aire de fábrica, tragar a bocanadas el odio puro de los proletarios. ¿Quién es ese montón informe de grasa que lleva ya un buen trecho de tiempo delante de nosotros, haciendo profundas reverencias y apretando la mano sobre el sitio donde, debajo de sus mantecas y sus franelas, debiera tener el corazón?

Es el director de la fábrica. Saludos, corteses inclinaciones, las amables averiguaciones de rigor por el estado de salud de las dos partes.

“¿Cómo está usted? ¿No le fatiga la masa de carne y de grasa que está usted condenado a arrastrar sobre su cuerpo?” “No, no, a Dios gracias...”

Un vigilante armado de un bastón dispersa a un grupo de obreros junto a nosotros.

En las primeras dependencias triunfan todavía el pueblo, el establo. Unos muchachuelos sentados por tierra distribuyen la lana de la esquila en montoncitos negros, blancos y pardos. No son obreros de plantilla, sino jornaleros que hoy trabajan aquí, mañana se contratan para la recolección, al día siguiente, en las obras de la carretera. Hijos de labriegos sin tierra a quienes la fábrica da trabajo por unas semanas, para luego desprenderse de ellos como de la mugre, sin imprimirles un sello profesional ni dejarles más herencia que la sarna y la amarilla palidez allí adquiridas.

En la *Casa de las Máquinas* –traducción fiel del nombre afgano “*Maschin-Chanei*”– estos parias no pasarán jamás de este patio de entrada y de los trabajos de limpieza. El vigilante azota sus espaldas desnudas, como si fuesen asnos que trotasen flemáticamente camino del mercado con su carga de hortalizas.

El contacto con la primera máquina rompe ya la fisonomía de la vida patriarcal. Las púas del telar mecánico van peinando los vellones de lana desgredada, y entre ellos se quedan los nervios, los músculos y las formas de la existencia campesina. La respiración ardorosa del vapor avienta por el aire los blancos y suaves copos de la lana, que quedan adheridos a las vigas del techo y a las paredes como el rocío matinal o los carámbanos de hielo del invierno. Las golondrinas llevan a sus nidos estos copos, que han perdido ya el olor del campo. El polvo de blanca pelusilla que desprende la lana va depositándose en los pulmones de los obreros. Rostros exangües, cubiertos de sudor, apesados estúpidamente en la trama de las correas de transmisión. Hombres a quienes traga y digiere la primera máquina. Y cuanto más complicados son los aparatos que trabajan la lana y la hilan y entretejen en anchas cintas suaves, más espantoso aspecto cobran las caras de los antiguos pastores y aldeanos condenados a entregarse a esta pesadilla incomprensible de la fábrica.

Mordaz caricatura, este cuadro: Un obrero, desnudo de la cintura para arriba, seco, marchito, chupado por el fuego del trópico y el fuego artificial de las máquinas, limpia con una hoz los restos de hilos que han quedado prendidos a la gran canilla del telar. A su lado, el gordo director, tan

inverosímil, tan indecentemente gordo y lleno de pliegues y dobleces, que una vez, bañándose, una rana quedó enterrada y se ahogó entre las frazadas de grasa de su vientre, sin que notase nada hasta que, pasados algunos días, se descubrió por el hedor del batracio descompuesto. ¡Cuántas generaciones de trabajadores tendrán todavía que pudrirse, vivos, entre los pliegues de tocino oriental, antes de que esta bola inmunda de grasa cumpla su destino en el estercolero!

Otra estampa: Un aparato apoyado contra la pared comprueba la resistencia de la hilatura, sometiéndola a un peso que aumenta gradualmente hasta que la hebra se rompe. Sobre la esfera graduada se lee, en frías letras inglesas, la palabra “Manchester”. Al lado, la cabeza de un viejo, tocada de blanco turbante y con ojos tan sombríos y tan profundos como los boquetes que abren los necróforos en la tierra estéril de las tumbas, observa atentamente las hebras, que se tienden y tiemblan tensas hasta rasgarse. Le han enseñado a leer los números, a seguir las oscilaciones circulares de la manecilla sobre la esfera. Pero ¿descifrarán algún día, estos ojos enrojecidos por el polvillo de la lana, la palabra mágica, el nombre del gran emporio industrial del Occidente? ¿Captarán algún día el mensaje misterioso que esta máquina envía desde la capital del reino de las máquinas y de la explotación a los desiertos de Kabul; este mensaje en que resuena la voz del mundo donde el Trabajo y el Capital riñen una lucha de vida o muerte?

“Manchester”, que quiere decir: venceremos. “Manchester”, que dice: no desespere; aquí estamos nosotros, hermanos tuyos, y acudiremos en tu auxilio dentro de cincuenta, de cien, tal vez de doscientos años... ¡No importa! Nuestras manos se encontrarán un día. Y la máquina rezonga maliciosamente: “¡Sí, sí! –¡Sí, sí!”; aunque nadie la oiga ni nadie, aquí, pueda entender su enigmático lenguaje.

La máquina es una escuela cruel. De cada cien aldeanos que la sirven y se queman en su crisol, saca un obrero. Devora, chupa, extermina pueblos enteros para crear un puñado insignificante de proletarios. En una fábrica de Kabul, donde los vigilantes descargan sus bastones sobre las espaldas desnudas de los trabajadores; donde hay un taller de corte en que trabajan hombres que más semejan a cadáveres vivientes, manejando unas tijeras fantásticas, inmensas, con las que parecen cortar sus propias mortajas; donde el patrono es todavía señor feudal, general, comisario de policía y monarca absoluto en una pieza... hasta en esta fábrica ha ido fermentando un foco proletario que germinará la historia futura del país.

Los tejedores son obreros de primera calidad, contratados en todo el país para el sostenimiento y desarrollo de la industria local.

Nadie como ellos sufre de este curioso régimen de vida, por mitades feudal y europeo. Los telares en que trabajan son una mezcla extraña de los siglos XIX y XX: la electricidad no interviene más que para ayudar al maestro, cuyas manos hábiles siguen siendo, como en los buenos tiempos pasados, el instrumento principal de producción. La bobina se pone en marcha por medio de una cinta, atada por uno de los lados a la muñeca izquierda del tejedor, que con los pies ha de ir combinando incesantemente los colores de la trama con arreglo al modelo. Este trabajo exige gustos cultivados, ritmo y atención concentrada. Y únicamente se echa de ver el régimen industrial de trabajo en la absurda mecanización de este arte, verdaderamente manual, en la imposición de jornadas interminables y demás etapas de ese consabido proceso que acaba por convertir al hombre, al maestro viviente, con sus aptitudes, capacidades y métodos individuales, en una máquina de dos patas.

En esta sección de la fábrica se ha borrado instantáneamente el insolente bastón del vigilante, y hasta el mayestático vientre. ¿El director echa de menos los honores acostumbrados? Nadie alza aquí la vista de su trabajo, nadie sonrío. Sólo las bobinas, acuciadas por una rara impaciencia o por una especie de irritación, vuelan de un lado para otro. Si es verdad que los objetos llevan a sus dueños la dicha o la desgracia, yo no envidiaría a los futuros propietarios de estas mantas y estos abrigos, empapados en un sano odio de clase. No pasará mucho tiempo antes de que todos estos artistas humildes hayan sido impiamente exterminados. Ellos achacan la ruina de su vida morosa y pintoresca, bañada por el tibio sol de los bazares, a la fábrica y a la electricidad. ¿Cuándo acabarán de comprender que la máquina es su único aliado, la que, andando el tiempo, los convertirá de esclavos en señores del Oriente?

Mas llegamos, al cabo de nuestro recorrido, al corazón de la Casa de las Máquinas. Un antro negro, donde el calor es tan sofocante que apenas entrar allí los vestidos se pegan a la piel, y la cabeza vacila con el sentimiento del vértigo; el olor del aceite de engrasar se mezcla extrañamente con un perfume de vainilla. En algún sitio cercano, pegando al muro, florece un almendro joven.

Grandes calderas que llegan hasta el techo; hogares que de vez en cuando abren sus fauces rojas cercadas de hierros candentes; infinitas correas de transmisión, y una respiración jadeante y sofocada, como si llenando todo este imponente espacio palpitase el ansia enfebrecida de un mar de agua fresca, de un inmenso nevero azul traído de la cima de alguna montaña. Y, dibujándose en la penumbra, el vigilante fiel de este sagrario, el que manda sobre la luz, las llamas y las energías. Un rostro de trazos finos y suaves líneas de hindú, simétricamente ceñido por su turbante como una estatua de Buda.

Apenas vernos, en el instante mismo de volverse a nosotros para saludarnos, su cara se cubrió de un velo muy fino de palidez, de esa palidez especial que vela los metales al alcanzar su grado culminante de combustión. Su rostro cobraba, así velado, una expresión extrañamente tierna, transfigurada, fraternal.

En aquel infierno de ruido no hubiera podido articularse una palabra. Pero tuvimos la sensación de que el obrero nos había musitado al oído algunas muy humanas, extraordinariamente humanas, que jamás podríamos olvidar. Era como si todo un siglo, año tras año, junto al fuego infernal de su caldera, soñando con la primavera de la vida, hubiese estado esperando el instante fugaz de nuestra visita para decirnos que su cavile se consume en este averno.

¡Qué soledad la que debe de sentir este hombre, aquí enterrado, entre el bastón del vigilante, el vientre del director y las masas azotadas y sumisas cuya conciencia de clase no se ha remontado todavía sobre el odio primitivo del artesano arruinado contra su espíritu atormentador: la máquina!

Al director no se le pasaron inadvertidos la sonrisa y el desasosiego de su apreciadísimo, costoso y peligroso esclavo; dio unos pasos hacia nosotros y aguzó el oído.

Mudo en medio del estrépito de las máquinas, cohibido por la presencia del amo, el obrero no encontró palabras que decirnos. No hizo más que apretarnos la mano enérgicamente, y se alejó con pasó rápido, quién sabe si para toda la vida; una vida que se consumirá aquí, aislada, en este presentimiento solitario y casi místico de la revolución.

Berlín, Octubre de 1923



EN EL REICHSTAG

¡Qué Parlamento! Si hay algo en él que pueda infundir respeto, deben de ser únicamente las enormes botas de mármol de Guillermo I irguiéndose en medio del vestíbulo. El viejo soldado, al que con tantas dificultades se le arrancó una Constitución en su época, está ahí, de pie, con una mirada desaprobatoria, esperando el momento en que se le permita echar de esa mansión a los rebaños parlanchines de diputados. Los miembros del Parlamento pululan tranquilamente alrededor de sus famosas y pesadas botas, paseándose individualmente y en parejas, exactamente igual que las muchachas en el bulevar. De vez en cuando, a esta muchedumbre despreocupada la interrumpe un anciano funcionario, guía de unos cuantos jóvenes con gruesos calcetines de lana y botas de suela claveteada que llegan, sudando por este acto de homenaje, a ver la Cámara del pueblo alemán. Alzando sus gorras escolares, clavan servil y turbadamente su mirada en los dorados ombligos de las doncellas de roble que soportan el techo, en los torrentes de levitas y en esos viejos lacayos tan meritorios que representan, cual encumbrados personajes escribiendo sus memorias, a los únicos portadores de las viejas tradiciones parlamentarias.

¡Ay, ni rastros, ni apariencias de la antigua grandeza! Ni una sola figura importante que pueda atraer siquiera el odio respetuoso de todos los partidos. Ni un solo hombre que se distinga por su integridad personal o por tener tras él unas cuantas décadas de juego político sin mácula. Cuando el viejo Bebel cruzaba este vestíbulo sus enemigos se levantaban y hasta los intransigentes junkers prusianos se alzaban torpemente de sus apoltronados sillones rindiendo así homenaje a su nombre sin tacha; hoy, nadie, ni un solo rostro, ni un solo nombre. Allí, en medio de la nube del humo del tabaco, está el insignificante perfil de Levi, un rostro gris y reservado, que se ha ido adiestrando para resistir, sin la necesidad de maquillaje teatral, la curiosidad de aquellos que lo escudriñan pensando para sí en la traición que cometió. Todo pertenece al pasado: miembros de anteriores ministerios convulsionados por la indignación pública, hombres de Estado eructando, personajes del ayer que conservarán para siempre las manchas de una suciedad indeleble en las colas de sus fracs de diputados.

En términos generales, es fácil distinguir entre la multitud varios tipos básicos de la fauna parlamentaria. En primer lugar, están los que ya han sido utilizados, ocupando cargos ministeriales y arreglándoselas para inscribir sus oscuros nombres en algún documento internacional o en una de las lacrimosas súplicas dirigidas a la Entente. Aquí están los socialistas, famosos por disparar a los obreros, miembros del gabinete que asumió la responsabilidad de expoliar las reservas de oro de la República Alemana: en resumen, nombres que corren de boca en boca.

Todo jugador asiduo conoce perfectamente el dibujo del reverso de los naipes. Cuando se esté formando un gabinete, la mano de un gran tahúr nunca más escogerá estas cartas, así como tampoco volverá a extender sobre la mesa grandes coaliciones. La carta que ya se ha tomado una vez de la baza de un jugador y se le ha arrojado a la cara, una carta gastada y maltratada, continúa sobreviviendo en los escaños traseros. Pero ya pasaron sus grandes momentos. Esparcido por la alfombra roja del Reichstag, hay un extenso surtido de estos naipes descartados. Continúan votando, pero los jóvenes entusiastas que aún no han perdido su virginidad política los adelantan en pos de los honores; a espaldas de los viejos bucaneros que transitan por allí, recuerdan con envidia y veneración las sumas de dinero que aquéllos recibieron, sus imaginativas traiciones y deslumbrantes escándalos. Una galería de fisonomías ignominiosas y ajadas que, no obstante, alcanzaron a beber un sorbo en la copa del dulce

poder a su debido tiempo. Ellos, indigentes entre los indigentes, se pasean sin ningún sentido del pudor. Entre estas glorias pasadas, los más móviles, estúpidos y persistentes se reúnen en enjambres: son los gobernantes del mañana. Toda una bandada zumba y se arremolina alrededor de Breitscheid, a quien le rodea la flor y nata de sus partidarios políticos. Zumban muy levemente como en un mercado negro pero en su gran mayoría son melifluos, fragantes y comedidos. También aquí el orgullo y ornato del Reichstag –casi su única mujer política, un diminuto engendro negro envuelto en la hoja de un indecente boletín cambiario– pace sosegadamente. Los de derecha se pasean como en el hipódromo. Polainas blancas, brillantes anteojos dorados bajo sus arqueadas cejas y el triángulo de un pañuelo en el pecho. Deambulan arriba y abajo por medio de su buffet, completamente separado del comedor del partido demócrata, como si estuvieran en un salón donde no se corre el riesgo de encontrar nada innoble. No obstante, justo al lado de las aristocráticas, envaradas, horribles y arrogantes damas genuinamente prusianas que tienen la costumbre de tomar su té de las cinco entre el tufo del chismorreo político, tropezándose con sus abrigos de pieles y arrastrando sus colas marchitas como viejas lagartijas, también rondan los rechonchos patriotas banqueros e industriales, tan gordos y locuaces que las páginas del negro *Boletín del Cruzado* que asoma por los bolsillos de los diputados de derecha les impiden pasar. Éstos son ahora, ay, los que tienen las bolsas del dinero, y los almuerzos con los que se atiborran en los intervalos de las sesiones, son más copiosos, nutritivos y caros que los que alimentan a los junkers de raza.

En las mesas del partido socialdemócrata hay salchichas, café y ansiedad. Todas las entradas y salidas del Reichstag han sido acordonadas. La policía agarra por el pescuezo a los transeúntes; en las puertas están los lacayos más antiguos, eunucos del harén político, quienes, conociendo la cara de cada una de las esposas legales y cada una de las concubinas favoritas, revisan con sus propias manos y permiten el paso a los representantes del pueblo. En el interior, junto al kiosco de periódicos, hay un tipo robusto y jovial, el jefe de la policía de Berlín, que clava una mirada decididamente escrutadora en el rostro de todos los diputados, tratando de detectar el elemento criminal. Los señores delegados fingen un semblante franco y honesto y pasan rápidamente ante él, dirigiéndose a sus asuntos. Aun así, a pesar de todas las precauciones, los comunistas armarán de repente algún escándalo.

Un miedo completamente absurdo a que Remmele irrumpa de repente, provoque un altercado, lance una bomba y haga estallar todo el Reichstag. El nombre de Remmele se repite como una obsesión. Se espera su aparición como un disparo en un teatro. Se mastica, se traga, se eructa y se engulle de nuevo. Si este Remmele apareciera ahora con solo una bocina de gramófono o si el sargento de piedra tosiera desde su pedestal de mármol, este parlamento se dispersaría vergonzosamente. El general Seeckt también lo sabe y, por lo tanto, de momento no hace el clásico movimiento de rodilla, gesto descrito por Voltaire con maravillosa vivacidad en *Candide*.

El juego parlamentario no guarda relación alguna con el destino de Alemania y su revolución. La Historia, como las enormes estatuas que se yerguen junto a la fuente frente al Reichstag, hace mucho que le ha vuelto su espalda de hierro.

Y así conspiran, regatean y luchan por el poder.

Por el poder. ¿Se ríe usted, general Seeckt? ¿O no? Hace mucho que el poder ha abandonado esta encumbrada mansión; pero los incansables, implacables e indestructibles enjambres de filisteos politiqueros todavía se reúnen alrededor de las grasientas huellas que dejaron, sobre las páginas de la Constitución, las manos sucias de los anteriores diputados. Como moscas. Ha quedado una tira de papel negra, retorcida, rechazada que, aun así, ellos siguen embarrando, por la que siguen arrastrándose y zumbando...

La cámara de debates. Alguien habla. Estallan carcajadas. Le contestan de la derecha: risas prolongadas y jubilosas. Gritos de la izquierda: risas cínicas y huecas. Es la apertura del Reichstag alemán, su gran día.

LOS HIJOS DE LOS OBREROS

Berlín se muere de hambre. En las calles, en los tranvías y en las colas, todos los días se recoge a gente que cae desmayada de agotamiento. Conductores muertos de hambre manejan los tranvías, maquinistas muertos de hambre aceleran los trenes a lo largo de los túneles infernales del metro, hombres muertos de hambre salen a trabajar o vagan desocupados, sin rumbo, días y noches, por los parques y las zonas periféricas de la ciudad.

El hambre se agarra en los autobuses, cierra los ojos en la escalera de caracol que lleva al piso superior del vehículo mientras los anuncios, la desolación y las bocinas de los coches pasan tambaleándose como borrachos. El hambre monta guardia tras los mostradores majestuosos de Wertheim²² y recibe veinte mil millones por semana, cuando una libra de pan cuesta aproximadamente diez mil millones. El hambre presta sus servicios ajetreada y atentamente en los cientos de tiendas desiertas, atiborradas de bienes, doradas a la luz y tan pulcras y respetables como bancos internacionales. Esta joven señorita en cuyo rostro triangular y puntiagudo sólo quedan unos nichos azulados en vez de ojos, un poquito empolvada y de sonrisa servicial, apunta como un perro de caza a un par de botas de 10 dólares y a una alfombra de 30. Mientras se desmaya de hambre, se está vendiendo por un pfenning y medio a la antigua cotización y aun así puede calcular, con cabalidad puramente germana y a la velocidad del rayo, los billones y trillones del especulador, ingresarlos en la cuenta con esa exquisita caligrafía que posee toda esta nación de gente con un grado tan alto de alfabetización; mientras espera la próxima ronda de reducciones de personal, se desabotona resignadamente su bata de empleada sin atreverse todavía a desprender de su rostro la sonrisa hambrienta y servil.

Las paredes de los enormes edificios que vuelven sus espaldas desnudas al paso fugaz de las ventanillas de los trenes, están cubiertas de anuncios en los que el excedente acumulado de producción de ayer exclama y exulta engullendo la grasa dulce de una lata de leche condensada, mientras gigantescos niños de mejillas redondas y rosadas como nalgas y

²² Grandes almacenes. En su momento fueron los mayores de Europa. Fundados por el empresario de origen judío Georg Wertheim (1857-1939), fueron "arianizados" y expropiados por los nazis en 1937. Los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial acabaron con ellos.

rubicundas sonrisas, alzan tabletas de chocolate que parecen postes de luz sobre la ciudad. Pero los niños de carne y hueso han dejado de ir a la escuela por el hambre; las madres los llevan y piden al maestro que los deje regresar a su casa si empiezan a sentirse mal durante las clases. Porque ¿cómo puede un niño pequeño resistir durante todo el tiempo de clase si no ha comido nada aquella mañana o la noche anterior?

En los últimos meses, la mortalidad infantil ha dado un salto repentino en las negras curvas gráficas de las estadísticas alemanas. Una gruesa flema tuberculosa se adhiere a la vida de distritos como Wedding, Rixdorf y Oberschöne weide, sedes de poder de la compañía eléctrica aeg y de las empresas automovilísticas, escenarios de los *lock-out* más masivos, llevados a cabo con la cobertura de la artillería, y de los primeros mítines con miles de asistentes en los que en estos días de octubre, tan diferentes de los nuestros, los obreros alemanes están aprendiendo a cantar la Internacional. Esta última parte del otoño europeo, que tan lentamente se extingue y tan vacilantemente congela las claras noches berlinesas, se ha llevado consigo a miles de hijos de obreros. En ningún momento desde la guerra, ha devorado tantas vidas la neumonía lobular, vidas que se escupen y tosen gota a gota en las colas del pan o se debaten en horas de fiebre, asfixia e inanición durante las interminables caminatas del desempleo.

¡Desempleado! No semanas ni meses, sino un año o incluso más. Y con el desempleo, claro está, la esposa, los tres o cuatro hijos y las ciento y una desgracias que irrumpen en la vida de un hombre cuando ya está vencido, agotado y hecho pedazos; enfermedad, incapacidad para el trabajo o alguna debilidad involuntaria en el momento crucial de la contienda salvaje por agarrar la oportunidad de un pedazo de pan. Pero por mucho que se quejen, las capas más bajas de la pequeña burguesía, completamente arruinadas y privadas de todos los medios de subsistencia, aún se las arreglan para encorvarse y tratan de adaptarse en un intento por superar de alguna manera los “malos tiempos”. Restringiéndose de todas las maneras posibles aunque sólo sea para mantener la apariencia de una vida de fatigas pobre pero decente, ahorran y atesoran el dinero que mañana se habrá convertido en un montón de basura. Viven en la pobreza, trabajan por absolutamente nada y, no obstante, cuando se agarran a los barrotos de la reja del cajero de la que cada tres días se les escape una suma irrisoria, veneran el silencio reconfortante de la caja fuerte, a prueba de incendios y repleta con el dinero del jefe, que se

interpone entre ellos y la amenazante revolución. Dispuestos a lo que sea con tal de evitar la revolución social. De ahí ese puñado de dictadores, esas largas discusiones en los periódicos sobre el verdadero distintivo de un dictador y esos retratos de generales con pómulos altos, malencarados de la época guillermina. El pequeño burgués espera todavía que uno de esos idiotas de mármol, que se encuentran presentando armas en la Siegesallee, vuelva para salvar al pueblo alemán de la anarquía de izquierda, de los *putschs* de derecha y de la ruina económica. Aunque en medio de las refinadas y civilizadas ciudades alemanas alfombradas de asfalto, se haya instalado una desesperación tal que el alma del insignificante escribiente, del oficinista y del burócrata esté dispuesta a caminar a cuatro patas y aullar como un animal, en el último momento, él o ella no saldrán a las calles sino a la cafetería. Sí, a la cafetería por un dedal de café a cambio de las sobras de dinero de toda la semana, para enturbiar su cólera con un vals húmedo, pomposo y bamboleante, el dorado de las mesitas barrocas de patas abombadas y las ilusiones del humo del tabaco, la sacarina y los sombreros de cortesanas.

Todo oficinista, por muy humilde que sea, e incluso el obrero cualificado de más alta categoría, poseen invariablemente muebles propios en su vivienda, reunidos a lo largo de una vida de riguroso ahorro y sacrificio. Varios sillones confortables, tapices estampados con las Sagradas Escrituras, un ángel alado, ramos de hierbas secas y siempre un *Vertiko*, especie de vitrina trunca, ese altar a la intimidación de la clase media en el que se exhiben los retratos familiares, una estatuilla que es indecente si se mira desde abajo y el ramo de bodas en una campana de cristal. Pero hasta que llegue el momento en que la política usurera de la burguesía se lleve el *Vertiko* y los cinco sillones de respaldo acolchado, y le quite las pesadas cortinas que cuelgan de las ventanas como enormes pantalones de terciopelo, el propietario no saldrá a la calle ni abandonará la esperanza del derrocamiento pacífico y sin derramamiento de sangre, que durante cincuenta años ha estado invocando el partido socialdemócrata a expensas del proletariado alemán.

Pero donde no hay *Vertiko* no hay tampoco dinero ni pan porque en los verdaderos fondos de la clase obrera, mientras el marido mata las horas del desempleo deambulando por las calles, la madre se traslada de una institución filantrópica a otra. Si además está embarazada, el médico le examinará cuidadosamente el pesado vientre y una enfermera, igualmente hambrienta pero altamente respetable, inscribirá al niño no nato en el

registro de los pobres, le dará un número e informará a la madre que en aproximadamente dos meses quizá le sea posible obtener leche para el niño con el veinticinco por ciento de descuento respecto al precio en el mercado.

La esposa de un obrero desempleado que ahora está embarazada, en el invierno de 1923 será un cadáver.

Yace abatida en una silla, sobresaliéndole el vientre de su oscuro, hambriento y deteriorado cuerpo como si, por alguna razón, se hubiera escondido la cabeza redonda de un niño en el regazo, bajo el vestido. Ni siquiera la joven dama filantrópica se queda tranquila ante la visión de esta mujer y su niño ya visible, cuando ambos ya no estarán ciertamente con vida en cuestión de tres meses; sin la menor probabilidad de pasar este invierno en un país donde el desempleado recibe sesenta mil millones por semana, en tanto una libra de pan costaba ochenta mil anteayer, ciento sesenta mil ayer, y puede que mañana llegue a los trescientos mil. Ella y su marido han estado desempleados desde enero pasado, es decir, diez meses completos. El próximo enero, justo en la época más fría y terrible del año, él dejará de percibir todo tipo de ayuda económica. Y esto con cuatro hijos.

– ¿Por qué no fue su marido a trabajar al campo durante el verano en la cosecha de patatas?

– Sí fue, pero se lastimó el pie. Pasó todo el verano en el hospital con envenenamiento de sangre.

En estos casos la desgracia no conoce fronteras ni límites razonables, sino que se desploma y amontona de un modo absurdamente irremediable sobre las cabezas de los ya desfallecidos. Sin duda esta mujer tiene tuberculosis: respiración sonora y dificultosa, como si estuviera dormida.

– Entonces, ¿dónde quiere tenerlo? ¿En el hospital o en casa?

– En casa.

Al principio, el doctor, prudentemente, trata de disuadirla arguyéndole la limpieza, el calor y la comida.

Al final, con una sonrisa bastante insólita e irresistible, ella dice:

– Doctor, quiero morir en casa. Quiero que mi marido vea al niño y lo arrope él mismo en sus pañales.

Otra mujer: dos trenzas como espigas de centeno alrededor de la cabeza, cuello blanco y un chal amarrado cubriéndole todo el cuerpo.

Una mujer jovial, tan limpia y fuerte como el lienzo tejido a mano y extendido a secar al sol de las montañas de la Selva Negra o de Bavaria. Sin trabajo durante un año y dos meses. Su marido, que la acompañó hasta aquí, espera en el vestíbulo. Lleva una blusa asombrosamente pulcra, lavada en agua fría sin jabón; sus dientes, grandes y sanos, brillan en medio de una generosa sonrisa de labios de cereza.

En respuesta a la pregunta que le hace una monja marchita y surcada de arrugas como una caligrafía gótica pasada de moda:

– ¿De qué va a vivir en el invierno?

Ella dice:

– No sé. O nos morimos o todo cambia.

Dos muchachas. Ambas desempleadas. Ambas embarazadas. Una de ellas hinchada por las lágrimas que acompañan los reproches y el hambre. La más joven, una niña de aspecto franco e indiferente a todo, entra acompañada por su minúscula y encolerizada madre que luce un sombrero de fantasía y una bolsa. La monja frunce los labios delgados y quiere cerrar la puerta que comunica con la sala de espera para evitar que se difunda la desgracia.

– *Quatsch!* [¡Tonterías!] No es necesario. Sólo estamos haciendo obreros para remplazar a los que aniquilan.

La más pisoteada obrera alemana mantiene a sus hijos, su casa arruinada y saqueada y su familia depauperada y desempleada con una fuerza inconcebible.

Toda la familia ha estado muriéndose de hambre; ha pasado hambre durante meses. Pero mientras quede la menor posibilidad, el niño, tendrá un cuarto de litro de leche y cincuenta gramos de papilla. En una sola habitación viven cinco o seis personas, dos con tuberculosis, pero el niño, al que la madre lleva sin falta cada quince días a una revisión, está inmaculadamente limpio y envuelto en un pedazo de tela impecable. Sólo muy gradualmente, después de seis meses y cuando la familia que lo ha estado sosteniendo con los brazos abiertos muy por encima de su propia pobreza, se hunda finalmente en el marasmo del hambre, sólo entonces quedará sin color en la cara, sus huesos debilitados resaltarán más

agudamente debajo de la piel fina y grisácea y los dedos del doctor palparán la abertura de un cráneo blando, hinchado y que se cierra lentamente bajo la fina pelusa de cabello. En todos los hospitales para obreros (y hay docenas de ellos) el fiel de la balanza marca la pérdida incesante de peso de miles de hijos de obreros, todos los días. En estas balanzas reposa toda una generación proletaria que chilla, agita al aire sus delgadas piernitas y retuerce sus frágiles bocas desdentadas de un lado a otro; a medida que va adelgazando y empalideciendo, se disipa entre lágrimas de niños enfermos y la amarillenta espuma diarreica de la inanición. La clase obrera alemana no ha sido ni será derrotada. Pero hoy, precisamente cuando está todavía reuniendo fuerzas para formar un fuerte puño comunista, la lucha en su contra se libra con los medios más despreciables, esto es, golpeando sobre todo el futuro de los obreros, sus hijos. Y aquí, la mujer proletaria alemana se ha levantado con toda su talla en defensa de ellos.

Muy a menudo, el hombre simplemente no puede soportar los estragos del hambre, el llanto de niños sin comer, la inanición y la suciedad. Miles de mujeres obreras son abandonadas por sus maridos y amantes después de unos cuantos meses de desempleo. Es fácil distinguir, entre la multitud, a la mujer que prosigue una lucha frenética por la supervivencia contra viento y marea por su rostro particularmente ceniciento, crispado por el exceso de tensión y la cabeza sucia y sin sangre, reducida al tamaño y la forma de un puño. Por ella, y únicamente por ella, puede determinar un ojo experto si el desempleo empezó hace tiempo o recientemente, y si ha sido interrumpido por ingresos ocasionales de dos o tres días o de cuatro a seis horas. Porque el niño de la mujer que acaba de empezar a pasar hambre y el niño cuya cabeza cuelga hacia un lado de debilidad mientras le han empezado a aparecer las siniestras llagas del agotamiento detrás de las orejas, en las axilas y entre las piernas, están idénticamente limpios, acomodados en almohadones y cubiertos con el chal caliente de sus madres. Aunque, finalmente, con sólo los consejos del médico y los penosos cuidados no se llega a ninguna parte. Los niños tienen que comer y hay que comprar leche. Cuando empiezan a aparecer en su débil cuerpo las primeras llagas, se han de comprar medicinas.

Empieza con pequeñas menudencias: inflamaciones escrofulosas, un pedazo de piel húmeda que se tiene que desinfectar y empolverar. La enfermedad se extiende e invade todo el organismo.

Acostado en pañales, hay un viejito de siete u ocho meses con la boca inflamada, el arco de la nariz hundido, las piernas torcidas y el vientre hinchado. Su excremento es fétido.

Y este es el final de muchos meses tras lucha heroica. Un esperpento en vez de un niño sano, fuerte y bien formado.

Toda madre desempleada que acude invariablemente al hospital cada semana sabe que, tarde o temprano, va a terminar así. Lo sabe y, a pesar de todo, lucha con todos los medios técnicos que prescribe la ciencia para la combatir la inanición y la degeneración.

Con todas las fuerzas de la juventud y el amor y toda la entereza y cultura de la única clase obrera en el mundo en cuyas filas no hay ni hombres analfabetos ni madres analfabetas.

Cuando ha terminado de examinar al niño, el doctor se dirige a la madre:

– Muéstreme sus pechos.

Bajo el vestido no lleva siquiera una camiseta. Pero al primer tacto, del alto y sobrecargado pezón brota sangre blanca y cálida que rocía los papeles, los anteojos y la bata del doctor.

UNA FAMILIA OBRERA PRÓSPERA

El elefante asoma su trompa entre los barrotes de la reja y, por unos segundos, mira a nuestra Hilda con ojos sabios y hambrientos. No, la niña no va a darle nada.

El sabio de los sabios se retira al fondo de la jaula entre el crujido de su piel seca y blanquecina por la edad y batiendo sus orejas con desaliento. El zoológico está vacío y frío y los animales, igual que las personas, se mueren de hambre. El elefante morirá pronto, es evidente por las costillas y la flacidez de su trompa. Un esqueleto consumado, un cabal espécimen zoológico de un animal salvaje que ha pasado cien años exhibiéndose en medio de un museo, pero que todavía puede caminar y comer un poco de forraje. Este ejemplar, al que todavía no le llega el momento de expirar, aún está envuelto en los pliegues crujientes de su vieja piel, hasta que quede despojado de ella. Al principio, Hilda está muy asustada y cierra los ojos. Pero después de mirarlo por el rabillo del ojo, pregunta: “Dime, ¿tiene cara?” Entonces, toca la fría baranda de metal y se siente bastante a salvo cuando se da cuenta de que la montaña está en una prisión.

– ¡Qué lindo es, tío!

Frente a la jaula de los monos, unos emigrados rusos ofrecen cajas de cerillas vacías, pedazos de basura y sobras al viejo y avisado mandril. El animal está profundamente molesto. Cuando percibe el sonido de alguna disputa familiar dentro del pabellón, aguza los oídos con curiosidad humana y se apresura a unirse al alboroto, cerrando de golpe la puertita y exhibiendo la parte morado-azulada de su anatomía a nuestros compatriotas rusos.

– Vayamos un poco más rápido, Hilda, si no llegaremos tarde a la cafetería. ¿Has visto este animal?

– Sí, pero ¿me invitarás a un pedazo de pan con mantequilla?

Hilda nunca ha pasado hambre. Su padre es obrero calificado de alta categoría. Su madre hace calcetines, suéteres y guantes abrigados en una máquina de tejer. La suya es una de estas pocas familias obreras en cuya mesa nunca faltan el caldo, el pan, las patatas, la manteca y el café. Y así como todo el sistema planetario de las preocupaciones domésticas, conversaciones, deseos y miedos gira alrededor de un *Stulle* (sandwich) caliente embadurnado con una gruesa capa de margarina blanca y firme,

sacos de patatas escondidos debajo de la cama y comida colgada o almacenada en la alacena, del mismo modo el alma de Hilda se ha ido formando de ricas y gruesas salchichas que rezuman manteca; cuando este espíritu crezca, tendrá la fuerte y lustrosa grupa de un caballo de tiro y el aroma tosco y nutritivo de la cerveza.

Hilda no quiere fijarse en el ibis ni en ninguna de las aves egipcias de aspecto escéptico y largas plumas, que portan en su contorno y en cada pliegue de su plumaje gris el estilo y las convenciones de pasados milenios. El ibis se pavonea arriba y abajo con la calva cabeza y la larga nariz de un viejo sensato luciendo capa pero sin pantalones; tan largas y desnudas son sus piernas. De pronto, el éxtasis y la íntima complacencia:

– ¡Mira, mira, las plumas de la cola son como las del sombrero de tía Guillermina! Tía Guillermina esta mañana pasó a visitar a mamá para tomarse una taza de café gratis. La gente se está volviendo muy descarada.

Una noche de nevada. En la Puerta de Brandemburgo sopla una ventisca cortante como un cuchillo a través del asfalto. El Tiergarten reposa en las negras sombras, parece un oscuro mar azotado por el viento. Estacionados junto a las aceras vacías, como a lo largo de un muelle, hileras de automóviles con los faros encendidos y mojados.

A las cinco y media hay una manifestación del partido comunista. Por Unter den Linden marchan los desempleados. Resuenan los instrumentos musicales en las bolsas que llevan cargando en las espaldas, las orejas enrojecidas por el frío asoman por debajo de sus gorras, van con los cuellos de las chaquetas alzados, bajo ellos destacan sus pechos desnudos. El viento golpea sus caras. En las oscuras callejuelas la policía arranca los pequeños carteles que por un día habían cubierto todo Berlín. Y en las calles laterales carga con porras de caucho y penetra en la manifestación, pero de entre la multitud sacan a rastras policías con la cara partida. En esta tarde azotada por la ventisca, los diez mil obreros que inundaron el Lustgarten y Unter den Linden hasta Friedrichstrasse, recibieron con risas un vehículo blindado, los policías no lograban hacer acopio de valor para disparar un solo tiro contra la manifestación comunista. Esta tarde la madre de Hilda remienda calcetines a la luz de la lámpara.

Hilda come pan y manteca y, cuando ya está bastante llena, se rocía con agua la panza satisfecha.

– Hilda –le dice su madre–, cántanos la Internacional.

Hilda canta la Internacional y después una canción de un árbol de Navidad y un famoso *popurrí* de salmos.

– Hilda –le dice su madre–, dinos cómo saludan los niños buenos a su tío el día de su santo.

Tía Guillermina, esposa de un obrero desempleado, asiente envidiosamente y prodiga calurosos elogios.

– Hilda –le pregunto–, ¿qué te gustaría para Navidad? ¿Una muñeca, un libro de imágenes o un camello de verdad como en el zoológico?

– ¡Oh tío, dame un poco de salchicha de hígado!

– Tonterías –dice la madre de Hilda a tía Guillermina–, yo ahora no creo en ningún tipo de manifestación. Lo que necesitamos es un levantamiento armado, una verdadera revolución, y no estas procesiones en la calle como la de ahí fuera.

La cafetera borbotea muy quedamente en la estufa, un viento furioso bate los postigos de las ventanas y brama endemoniadamente.

– No –dice la madre de Hilda, golpeando el mantel blanco de hule con su aguja de zurcir–, ha sonado la hora décimo primera. Ya no nos van a convencer de que salgamos a la calle por muy atractivas que sean las frases que nos digan. Lo que necesitamos es una batalla decisiva y no una manifestación. ¡Todo lo que hemos hecho durante cinco años ha sido pasearnos arriba y abajo!

Tía Guillermina está indecisa:

– Mi marido ha salido. Dios santo, ¡qué terrible noche de invierno!

– Ven a nuestra fiesta de bodas de plata, Guillermina. Lo celebraremos. Habrá pastel de queso, de carne, ensalada de huevo, patatas frías y manzanas. Y morcilla de sangre, aunque tuve que vender la máquina.

– ¡Oh, mamá, morcilla! ¿Me darás un poco?

– Todo está cada vez más caro y la vida se está volviendo imposible. De todas maneras, es un poco culpa tuya, Guillermina. Todo depende de la mujer. Si ella es prudente, frugal y ahorradora, la casa nunca llega a derrumbarse del todo. Tienes que vigilar tus cosas, necesitan un cuidado constante. Mira este armarito para la vajilla o la cama por ejemplo. Tienen

veinticinco años, quién lo diría. No se nota para nada. Lo único que hay que hacer es quitar el polvo a los estantes todas las mañanas, cuidar con esmero las patas laqueadas y no sentarse muy a menudo en los sillones delicados.

– Mamá, ¡el hijo de tía Guillermina acaba de robarse un terrón de azúcar de nuestro azucarero azul!

– Lo principal es llevar los contratiempos con valor, no dejarse destrozar y en ningún caso vender los muebles. Mientras tus cosas permanezcan intactas, la familia todavía aguantará. Es más, no hay que caer en las provocaciones del gobierno. Hasta que no tengamos una batalla decisiva, nada de estupideces como estas manifestaciones. Un poco más de paciencia, de resistencia y de solidaridad. Tenemos que apoyarnos unos a otros. Mira el tío Kurt por ejemplo. Llevaba sin trabajo más de un año, claro, y toda la familia tuvo que vivir en cabañas de verano fuera de la ciudad. Su pobre Minna había sufrido achaques durante dos años hasta que al final murió de cáncer. En su caso puede verse cómo el hogar, a fin de cuentas, depende mucho de la mujer. Sin ella quedó deshecho. Absolutamente todo acabó en la completa ruina. Bueno, como es natural, nosotros los parientes cooperamos y le arreglamos un funeral decente. Los obreros tenemos que ayudarnos unos a otros. Yo le presté al pobre viejo el antiguo sombrero de copa de mi marido. Al menos pudo ir en el cortejo fúnebre vestido adecuadamente.

La pequeña Hilda duerme en un rincón de la cama con su camisoncito blanco y sus pantuflas blancas y un pedazo de pastel de huevo a medio comer en el regazo. Para Hilda disfrutar es eso, correr un poco de un lado a otro, jugar un rato, comer hasta llenarse y después silbar dichosamente por su naricita rosada mientras el espléndido lazo rosa que lleva en la cabeza resbala suavemente hasta caer en el hombro del tío Franz. La celebración de las bodas de plata resultó verdaderamente bien. ¡Y qué regalos! Jabón, margarina, flores y dos libras de mantequilla. Los parientes se juntaron para regalarles seis cucharitas y una vajilla para seis personas. Hubo que vender la máquina de coser y los muchachos rompieron uno de los jarrones con hierbas secas que estaba en el anaquel bajo el espejo. Pero, con todo eso, el bloque entero se enteró de que la madre de Hilda celebraba el veinticinco aniversario de bodas realmente bien y toda la calle habló de ello.

– Los sindicatos se han doblegado, claro. ¿Para qué siguen existiendo, de dónde sacan sus fondos? Del patrón, del industrial. Pero nosotros hemos sido más listos que la empresa ¿no?

Y esos caballeros se imaginan que los antiguos dirigentes sindicales van a defender verdaderamente sus intereses sólo a cambio de los miles de millones que a duras penas les ha repartido la dirección.

El tío de la pequeña Hilda guiña disimuladamente el ojo.

– Oh, no. Estos tipos no se dejan comprar. Puede que reciban su salario de los capitalistas pero nos están ayudando a nosotros, no a ellos. Estamos más cerca de ellos; por Dios, hemos trabajado juntos treinta años y nos conocemos unos a otros. Van a conseguirnos esos salarios a la cotización del oro, no te preocupes.

Una de las tías de la pequeña Hilda es viuda de un comunista asesinado el año pasado. No podía regalar nada, de modo que lavó los platos durante toda la tarde en casa de los parientes ricos. Se seca las manos enrojecidas por el agua caliente, se quita el delantal, se detiene junto a la mesa de la cocina para beber un vaso de café y comerse los dos últimos sándwiches que han sobrado; después, pide al sobrino que dirige la banda de música de la familia (guitarra, violín y mandolina):

– Toquen “Fuiste víctima”.

En el cuarto de atrás, los mayores habían apagado la luz y, al reflejo del alumbrado de la calle, cantaron una y otra vez sus canciones de juventud con voces roncadas y descoordinadas, “El vals de la luna” y “La rosa en el claro del bosque”; aunque ahora todo está callado y sólo se oye el tintineo de las tazas de café. Pero aquí, en la habitación delantera, realquilada generalmente a algún huésped, los jóvenes se apretujan estrechamente unos con otros y bailan al ritmo, primero lento y cada vez más acelerado, de la trágica marcha fúnebre de la revolución. La menuda Hilda duerme. Está soñando con margarina y en cómo tía Guillermina se esconde un pastel de pasas y manzana bajo el delantal.

9 DE NOVIEMBRE EN UN BARRIO DE CLASE OBRERA

Aniversario de la revolución de noviembre. Un vasto salón como una cueva, medio vacío. Varios cientos de obreros más angustiados, taciturnos e inmóviles que de costumbre, miembros del partido socialdemócrata (SPD).

Sobre el estrado, en una lívida claridad, inscripciones doradas en lienzos rojos. Recuerdan versículos, imitan la forma de esos proverbios devotos que decoran las paredes de las tabernas, las tarjetas de felicitación o los tirantes del novio.

“Viva la Internacional.” (No se dice cuál.)

“Abajo la tiranía del capital.”

“Libertad y trabajo.”

Nadie mira, nadie cree. Tras esos sagrados estandartes mancillados, del percal rojo que refleja el color de la sangre fresca y de esos inofensivos e inocuos extractos de las Sagradas Escrituras, ninguno de los cuales ha marchado a la batalla encabezando al proletariado revolucionario, se alzan los cinco años de una república burguesa vil y disipada que ha disparado a los obreros alemanes y los ha chupado hasta dejarlos secos bajo la cobertura de frases revolucionarias diluidas y emasculadas.

No se ve ni en una mesa la redonda tapa de una jarra de cerveza vistosamente boca arriba. Sólo de vez en cuando algunos jirones de humo de tabaco se mezclan con el frío húmedo y gris. Un pedazo de pan duro sacado furtivamente del bolsillo basta para celebrar el acontecimiento.

Los obreros han acudido a este inhóspito aniversario con sus esposas e hijos. Parecen emigrantes sentados en los bordes de algún muelle, desalentados ante la desesperada empresa de conseguir un pasaje. Los maridos charlan con sus esposas; los niños, cabizbajos e instintivamente aburridos, se acurrucan junto a las madres.

Mientras tanto, los fascistas han planeado su golpe para este mismo día, 9 de noviembre. Se han propuesto realizar vastas manifestaciones para la mañana siguiente, posiblemente con luchas callejeras, matanzas masivas de obreros y *pogroms*; en suma, un golpe Blanco. Esta lastimosa celebración de noviembre puede que resulte ser la última reunión entre los dirigentes del partido socialdemócrata y las masas en las que se apoyan y

cuyos intereses se han comprometido a defender; el último encuentro entre el alto mando de la burocracia dirigente y el proletariado contra el cual los blancos han prometido desencadenar a sus asesinos en las próximas veinticuatro horas. Pero ¿qué es lo que este “partido obrero” consideró necesario decirles la víspera del *putsch*? ¿Les dio armas? ¿Un plan elaborado de combate? ¿Puntos de reunión, consignas, liderazgo político y militar? ¿Qué hubiera costado organizar una defensa revolucionaria en una ciudad inundada por cientos de miles de desempleados, todo un ejército de mujeres lanzadas a la calle, de incapacitados a los que el gobierno paga una indemnización miserable y, finalmente, de multitudes de obreros organizados, de los cuales más de veinte mil están ya condenados a morir de inanición? ¿Qué otra cosa, en verdad era posible que dictaminara en este mitin, sino un llamamiento a la movilización y al alzamiento, el partido que se dice obrero y socialista y que acaba de ser expulsado ignominiosamente del poder pateado por la bota de un soldado?

Las personas congregadas esperaron al representante socialdemócrata desusadamente inquietas y lo saludaron en absoluto silencio con la pregunta tácita: ¿qué vamos a hacer ahora?

Había llegado: un refinado intelectual, escéptico y despectivo, miembro del grupo que forma el ala izquierda del SPD (ningún socialdemócrata de derecha había reunido el valor necesario para participar en alguno de los numerosos mítines que se celebraban ese día). Habló con elocuencia y extensamente durante casi dos horas. ¿Acerca de qué? Es difícil recordarlo. En cualquier caso, ni una sola palabra sobre los blancos. Nada en absoluto sobre el golpe planeado para el día siguiente. Sobre la amenaza que representaba para el proletariado un golpe de este tipo, cómo impedirlo, cómo organizar la defensa, evitar provocaciones y un baño de sangre, nada. Sólo un tranquilizador y comedido panfleto parlamentario.

Unas cuantas frases plañideras sobre cómo esta celebración se había convertido en algo poco alegre aquel día, y que Alemania no tenía en realidad ningún motivo de regocijo el 9 de noviembre. El pan estaba cada vez más caro y el desempleo aumentaba, perversos generales estaban conspirando contra la República y los campesinos no querían entregar su buena cosecha a cambio de pedazos de papel falsos, embarrados con tinta de imprenta sólo por un lado.

Para entonces reinaba en el salón un silencio totalmente fúnebre. El rostro del delegado era a tal grado objeto de fría hostilidad, confusión y desesperación, que decidió salpicar el final de su discurso con unas cuantas conclusiones idealistas e, inmediatamente después, mandar a sus casas a este proletariado desmoralizado que sólo unas horas después debería enfrentarse a las ametralladoras, la artillería y las bayonetas del Reichswehr con las manos vacías, sin fe en sí mismo y sin siquiera el derecho a tenerla.

¡Ah, qué brisa filosófica tan arrebatadora pudo hacer flotar de repente en el aire de ese frío, hambriento y vigilante mitin, este Doctor en Leyes! Una esperanza vulgar y miserable pero seductora, que no puede engañar a nadie y que ninguno ha defendido, pero que a pesar de todo logra penetrar en el corazón proletario como un piojo en la costura sólo para ser aplastado por la uña de hierro de la dictadura burguesa. Y, no obstante, este traidor de un partido que se pudre en vida a hombros del proletariado, envenenándolo con su tomaíña azucarada, tiene aún otra oportunidad de esquivar los claros y simples lemas combativos de una ruptura con el gobierno burgués y en pro de esa odiosa revolución social.

Simplemente escuchen.

“Nuestra vil burguesía nos ha golpeado, desarmado, desempleado y expoliado. Esta celebración podría denominarse con todo acierto la colación fúnebre de la revolución. Pero, queridos proletarios, no se entristezcan ni irriten: el tiempo, la Historia y el destino social están de nuestro lado. No es posible dar marcha atrás a la rueda de la Historia y, por lo tanto, a pesar de que carecemos totalmente de preparación para la lucha, los fascistas no triunfarán; vayan en paz y no teman a Ludendorff . Él tiene las armas, pero nosotros tenemos la lógica de la Historia. Buenas noches y hasta que nos encontremos de nuevo, no en las barricadas sino en el próximo jubileo que, con la ayuda de la providencia social, resultará más feliz que el de hoy.”

Eso es todo. Después, un coro de por lo menos cincuenta o sesenta personas canta canciones sentimentales durante una hora y media; en el escenario, una impecable compañía de obreros, divididos en dos filas por el vuelo de los faldones de un sacristán socialista, escudriña a través de sus gafas las lindas e intachables partituras, y con celo y fervor canta exultaciones de bienaventuranza idílica y amor puro.

“¡Oh, golondrina!”: un obrero de la construcción de aspecto sano y anchas espaldas inicia el canto, sobresaliéndole penosamente la nuez por encima del sudado y tieso cuello postizo. Su voz suena como si le apretaran las botas.

“¡Oh, aquellas flores de mayo!”, responde tiernamente un pelotón de ensambladores y estibadores desde el coro de la izquierda. Las ajustadas chaquetas crujen sobre sus magníficos y protuberantes músculos. Ni un balbuceo ni una sola nota desafinada. Es evidente que estos hombres han estado ensayando la representación conjunta por lo menos dos meses, a pesar del hambre, el desempleo, los alaridos de niños sin comer y los preparativos fascistas para la guerra. No, nada puede desviar al spd de los pacíficos ejercicios culturales y educativos.

A continuación, un verdadero manicomio. Han arrastrado al escenario a los hijos de todo un vecindario obrero, una multitud de adolescentes y un destacamento de mujeres y niños. Con la más total dedicación se entregan a la declamación de una obra nauseabundamente lúgubre.

A la señal de la batuta del director, los hijos hambrientos de los obreros se quejan y lloran ante un auditorio de obreros hambrientos:

“¡Mamá, quiero pan!”

Y después, hombres, mujeres y niños juntos:

“¡Hermanos, nos morimos!”

En el salón, lágrimas y sollozos histéricos de las mujeres.

La multitud se dispersa desfallecida, irritada e impotente. Por la cloaca de un pseudo arte debilitador se ha hecho desaparecer toda su saludable rabia y su enorme descontento, el arsenal de la revolución. ¡Astutos, esos socialdemócratas! Hacia el final, el mismo coro que heroicamente había llegado al Do alto, canta, entre otras canciones líricas, la Internacional. Con ello se cultiva en el proletariado la impresión de que esta música no está indisolublemente vinculada a la acción revolucionaria, y que sus tambores no tienen que resonar únicamente entre la sangre y el humo de la pólvora.

No, hay que domesticar de antemano este peligroso grito de batalla y enjaularlo en el gallinero general de canciones de modo que, el día de la guerra, antes del ataque, no agite los oídos del proletariado ni se despliegue en su cabeza como una bandera nueva ondeando al viento.

Otro mitin del spd. Hertz, miembro del Reichstag, trata de hablar. Los obreros, en la medida de sus posibilidades, se lo impiden. Del lado del miembro del Reichstag: la campanilla del presidente, estadísticas, historia, economía política y lógica. Del lado de los obreros: estridentes silbidos, desempleo, hambre y un instinto social sano. Hertz considera que en los últimos cinco años, el SPD ha cometido algunos errores pero no merece la pena hablar de ellos ahora. El auditorio, por otra parte, no quiere hablar más que de estos errores y en docenas de notas que se le envían al doctor Hertz se le dice en blanco y negro: "El spd es un cadáver pestilente que ya es hora de enterrar". Cuando el miembro del Reichstag muestra con la mirada que no puede leer en público lo que está escrito, se le repite en voz alta.

La mesa no quiere conceder a un comunista el derecho a responder. Los obreros votan firmemente a su favor y el comunista habla durante cuarenta minutos con el permiso del presidente de la mesa, y otros cuarenta a pesar de su orden en contra. Entonces el diputado Hertz, abriéndose paso de algún modo a través del ruido, el pataleo y las interrupciones sarcásticas, hace un esfuerzo frenético, se agarra de repente a algo y sale triunfalmente a flote. Ha descubierto aliados y nombres, nombres que convierten a los obreros en estatuas de sal.

"Cualquier resistencia a los blancos es inútil. (Chiflidos.) Durante los cinco años que se ha sentado con ellos en el gobierno, la socialdemocracia ha tratado de defender los intereses de los obreros. (El ruido aumenta.) La socialdemocracia hizo lo que pudo, pero los ministros de las *Centurias Negras* presionaron tanto a Stresemann y Ebert que estos desafortunados camaradas difícilmente podían rechazar un cuantioso subsidio mensual al gobierno de la Guardia Blanca de Kahr en Baviera. (Insultos al orador.) Lenin... (silencio profundo; Hertz puede tomar aliento.) Lenin demostró que Alemania no existe como entidad política y económica autosuficiente. Su destino está ligado al de la revolución o la reacción en Francia, Bélgica, Inglaterra e Italia. Basándonos en la opinión de Lenin, podemos determinar con toda seguridad que en el momento actual queda absolutamente excluida, en Alemania, la posibilidad de una revolución social..."

Se ve por el movimiento de su boca, que el doctor Hertz aún sigue hablando. Pero ya no pueden oírse sus palabras.



Plano de Hamburgo. Localización de las barricadas y de los distritos en los que los combates fueron más intensos.

IDENTIDADES EN “HAMBURGO EN LAS BARRICADAS”

Rádek, en el artículo que se publica en este volumen, relata las peculiares circunstancias en las que se escribió *Hamburgo en las barricadas*. Debido a la persecución policíaca de los comunistas e insurgentes, Larisa protegió la identidad de la mayoría de los participantes a los que se refiere en sus escritos, mencionándolos únicamente por las iniciales de sus nombres. La primera edición alemana, en la que se utiliza solamente la X o “un camarada” para denotar individualmente a los combatientes, era incluso menos específica. Se omitieron también de esa edición, presumiblemente por razones de seguridad, las anécdotas personales de K y la escena de la tregua en una taberna de Barmbeck.

De los tres hombres que componían el estado mayor efectivo de Barmbeck, T., C. y Kb., sólo se identifica a T. como Ernst Thalmann en posteriores ediciones soviéticas. Ruth Fischer en su obra *Stalin y el comunismo alemán* (Nueva York, 1948), menciona como líder del ataque frustrado a la comisaría de Von-Essen Strasse a Hans Botzenhardt, el hombre al que Larisa se refiere como C. Kb. podría ser Hans Kippenberger, jefe de la organización militar del Partido Comunista en Hamburgo, y el relato que hace Kippenberger del ataque a la comisaría de Von-Essen Strasse y del curso de los acontecimientos durante el levantamiento,²³ nos sugiere que Kippenberger podría haber sido el líder no mencionado con quien, según nos dice Rádek, Larisa revisó su material de regreso a Moscú, a principios de 1924. Kippenberger se había refugiado en esta ciudad y escribió su relato en mayo de ese mismo año.

La figura principal del levantamiento en Shiftbek fue, según un relato posterior, Fiete Schulze; posiblemente es a él a quien Larisa se refiere como S.

Las memorias de Richard Kres (Jan Valtin, *Rompiendo la noche*) desafortunadamente no aclaran la identidad de ninguna de estas figuras. Las otras memorias publicadas de un insurgente²⁴ están, según Ruth Fischer, excesivamente noveladas y son poco confiables en los detalles, aunque su autor, efectivamente, tomó parte en el asalto a Von-Essen Strasse bajo el alias de Burmeister.

Otros trabajos eruditos más recientes resultan de poca utilidad. La monografía de Heinz Habedank, *Zur Geschichte des Hamburger Aufstandes 1923* (Berlín, 1958) se concentra en el papel supuestamente decisivo de Thalmann y también de Stalin²⁵ (*sic*), pero no menciona ni una sola vez la participación de Kippenberger y mucho menos la de cualquier otro individuo en concreto. Werner T. Angress en su obra *Stillborn Revolution* (Princeton, 1963) está exclusivamente interesado en averiguar cómo llegó a darse la orden del levantamiento. Declara también, incorrectamente, que Larisa Reisner fue testigo presencial de los hechos.

²³ Véase: A. Neuberger; [La Insurrección Armada](#)

²⁴ W. Zeutschei, *Im Dienst der Kommunistische Terror-organisation*, Berlín, 1931

²⁵ Una interesante visión del papel que jugó Stalin en los hechos de Hamburgo se puede leer en "La crisis de 1923". Enlace electrónico: marxists.org

Hamburgo en las barricadas



HAMBURGO EN LAS BARRICADAS

En las grandes ciudades, un levantamiento pasa sin dejar rastro. Una revolución ha de ser grande y victoriosa si ha de conservar sobre la piedra y el hierro, aunque sólo sean durante algunos años, las huellas de los estragos, sus heroicas abrasiones y las cicatrices blancas de las balas dejadas por las metralletas sobre los muros.

Dos o tres días o dos o tres semanas después, junto con los periódicos hechos jirones y los carteles vueltos guiñapos, arrancados a punta de bayoneta o deslavados por sucios chorros de lluvia, el breve recuerdo de las batallas callejeras, las convulsionadas avenidas y los árboles lanzados cual puentes a través de calles como ríos y callejones como arroyos, también se diluye.

Las puertas de la cárcel se cierran tras los convictos en tanto que otros compañeros de lucha, expulsados de sus fábricas, se ven obligados a buscar trabajo en otra ciudad o en un distrito lejano; los que están desempleados, después de la derrota se refugian en los escondrijos más distantes y anónimos; las mujeres permanecen calladas y los niños, precavidos ante las preguntas zalameras de la policía de seguridad, lo niegan todo. Así pues, la leyenda de los días de la insurrección se esfuma, olvidada y ahogada por el ruido de la vuelta al tránsito y la reanudación del trabajo. En los rincones de los talleres, un nuevo grupo de obreros, que ha

venido a ocupar los puestos que otros han dejado vacíos, puede que todavía repita uno o dos nombres y recuerde los golpes especialmente afortunados, pero esto también va diluyéndose.

Para un obrero no hay historia dentro de los confines del Estado burgués, la lista de sus héroes la guardan los consejos de guerra y el vigilante de la fábrica perteneciente al sindicato menchevique.²⁶ La burguesía, una vez que ha vencido con las armas, ahoga la indeseable memoria del peligro al que ha escapado tan recientemente.

Ya han pasado varios meses desde el levantamiento de Hamburgo. Pero, por muy raro que parezca, su recuerdo se resiste tercamente a desaparecer; no obstante, las huellas de las barricadas se han allanado cuidadosamente en todas partes, los trenes corren tranquilamente a lo largo de viaductos que sirvieron de parapetos defensivos u ofensivos y las gaviotas se posan nuevamente en ellos.

Tres consejos de guerra improvisados lanzan mecánicamente, como molino de carne, a los combatientes callejeros a la cárcel; médicos e inspectores carcelarios hace ya tiempo que devolvieron, a los parientes más cercanos, los últimos cadáveres brutalmente mutilados e irreconocibles. Y todavía perdura el recuerdo de aquel temerario octubre. No hay ninguna cantina ni reunión de obreros o familia proletaria en la vieja ciudad libre de Hamburgo, en donde no se vuelvan a relatar, con el orgullo del participante o al menos con la involuntaria admiración del observador, las asombrosas escenas que tuvieron lugar en esas calles de las afueras.

La explicación de esta obstinación con la que el proletariado de los muelles vela la memoria de los días de octubre reside en el hecho de que la insurrección de Hamburgo no fue aplastada en un sentido militar, político o moral. Las masas no se quedaron con la hiel íntima de la derrota.

El prolongado proceso revolucionario que las había impulsado a las barricadas en octubre, no fue interrumpido ni el 24, cuando toda la fuerza policíaca y una unidad de élite de las *Centurias Negras* formada por marinos y fuerzas del Reichswehr fueron movilizadas, ni el 26, cuando formaciones compactas de la policía, destacamentos de caballería e infantería constituidos por miles de soldados y pelotones enteros de vehículos blindados irrumpieron finalmente en los suburbios revolucionarios

²⁶ En *Hamburgo en las barricadas* el calificativo "menchevique" se utiliza en un sentido general, coloquial, de "dominado por la derecha" o "reformista".

que varias horas antes habían sido voluntariamente abandonados por las centurias obreras. Por el contrario, el movimiento que salió a la superficie en octubre para gobernar la ciudad durante sesenta horas, aplastando la cabeza al enemigo donde quiera que se atreviere a lanzar un ataque a las hábilmente emplazadas barricadas, sólo costó diez muertos a los obreros, contra decenas y cientos de muertos y heridos de la policía y de las tropas, y después condujo tranquilamente fuera de las líneas de fuego a sus combatientes, salvó y escondió sus armas, llevó sus heridos a refugios seguros en una retirada planeada y volvió a la clandestinidad para poder resurgir al primer llamamiento a la revolución en toda Alemania.

El comienzo del movimiento revolucionario ha de empezar a contarse no a partir de octubre sino de agosto del año anterior, cuando Hamburgo se había convertido en el escenario de batallas sucesivas y amargamente libradas en defensa de la jornada de ocho horas, salario basado en el equivalente en oro y toda una serie de demandas no sólo económicas sino también estrictamente políticas: gobierno obrero, control de la producción, etc. Estas batallas sindicales fueron acompañadas por una creciente fiebre huelguística y por turbulentos estallidos en los que se puso de manifiesto un odio revolucionario creciente: asaltos a almacenes de alimentos y ataques a policías y esquirolas. Fue especialmente en estos meses cuando las mujeres obreras de Hamburgo se distinguieron por ser, como todas las mujeres de los grandes puertos y centros industriales de Alemania, mucho más ingeniosas y maduras políticamente que sus camaradas. Ella fueron las que impidieron, en ese agosto, la vuelta de sus maridos y compañeros de trabajo en los astilleros en huelga. Ni las bayonetas de la policía, ni las pusilánimes muchedumbres de obreros dispuestos a reconciliarse con sus patronos, cualesquiera que fueran las condiciones, pudieron hacer retroceder a esta cadena humana más allá del túnel del Elba. Uno de los enfrentamientos terminó desarmando y apaleando a un destacamento de la policía y, en especial, al teniente que lo dirigía; éste se ahogó en las frías y sucias aguas del Elba.

Este movimiento, que comenzó en agosto, no podía haber terminado en un fiasco como alardeaba la burguesía. Tampoco podía haber caído con la brillante demostración militar del 23 al 26 de octubre, sino únicamente con la derrota o la victoria de toda la clase obrera alemana. En esta continuidad y en este constante y prolongado crecimiento que marca la labor de los camaradas de Hamburgo, está la distinción crucial entre un levantamiento armado y el denominado "*putsch*" político.

Un “*putsch*” no tiene pasado ni futuro, sólo victoria total o una derrota igualmente irrevocable y fútil. Una revolución, si ha de ser poderosa y estar guiada por un partido fuerte y flexible dispuesto a la batalla, tiene que ser capaz de brotar, retroceder y retirarse aun después de la avanzada más temeraria. Pero un proletariado débil, políticamente desentrenado y sin temple, vivirá sólo con la esperanza de un golpe breve, un estallido y un esfuerzo muy incisivo, sangriento pero no sostenido. Un golpe así de breve puede que cueste enormes sacrificios y el más profundo esfuerzo, pero las masas frágiles y sin cohesión se enfrentarán a cualquier cosa con tal de que más allá del ataque momentáneo se vislumbre alguna esperanza de una victoria final efímera pero incontestablemente total. Si después de un intento tal de toma del poder viene, por una u otra razón, un contratiempo, estas masas desertarán de las filas, abandonarán cualquier organización y reforzarán su derrota con una autocrítica mordaz. Por el contrario, si las masas están políticamente maduras, sus cuadros organizados regresarán, después de una operación de asalto fallida, a sus viejas trincheras con la misma actitud firme respecto al largo, agotador y lento asedio, al trabajo de zapa en la clandestinidad y a las operaciones diarias de hostilización. El levantamiento de Hamburgo, en virtud del prolongado proceso político que condujo hasta él y, aún más, en virtud del trabajo absolutamente brillante llevado a cabo en los días y semanas inmediatamente posteriores a su liquidación, constituye el clásico ejemplo de insurrección genuinamente revolucionaria, en la que se desarrolló una notable estrategia de batallas callejeras y una retirada impecable, única en su género, y que dejó a las masas con un firme sentido de superioridad sobre el enemigo y la conciencia de la victoria moral.

Sus resultados son indudables: hasta estos días de octubre, nunca había alcanzado proporciones tan grandes el derrumbe de las viejas organizaciones sindicales. Del 25 de octubre al 1° de enero, abandonaron las filas de los sindicatos mencheviques más de treinta mil miembros, todos con muchos años de antigüedad. Después abordaremos con más detalle el tímido papel desempeñado por la burocracia sindical y su ala derecha durante los días de octubre. La Unión Republicana y las Ligas para la Defensa de la Patria actuaron en calidad de guardia menchevique doméstica y prestaron, públicamente, su ayuda a la policía en los distritos más tranquilos, permitiendo así que ésta se concentrara en sojuzgar los barrios de Hamm y Schiffbek. Hablaremos más tarde de esto; aquí únicamente observaremos que todas estas proezas belicosas de la

socialdemocracia, motivaron que se rompieran muchos carnets de partido y que se arrojaran por montones a las puertas de sus oficinas de reclutamiento.

Los carnets se amontonaban en las puertas de entrada y cientos de obreros, corriendo el riesgo de ser arrestados o asesinados por las patrullas del Reichswehr, se abrieron camino hasta llegar al local de los sindicatos y lanzar su carnet a la cara de la burocracia manchada por la traición. Toda una serie de importantes sindicatos de la región costera como, por ejemplo, el sindicato de Obreros de la Construcción y Conexos, reventó por todas sus costuras después del levantamiento de octubre. Era físicamente imposible conseguir que los miembros se abstuvieran de un elocuente abandono masivo de los sindicatos. Yo logré asistir al mitin de uno de los ramos de la construcción en el que se había decidido, los ochocientos miembros en pleno, abandonar el sindicato y organizar una asociación propia. Había entre los presentes, hombres de edad madura, no todos ellos miembros del partido, maestros en su oficio y que no carecían de ofertas de trabajo, hombres que habían pagado sus cuotas durante décadas.

En este mitin, viejos sofocados por la furia exigieron una ruptura total e inmediata con los “bonzos”. Ningún comunista hubiera podido odiar más fuertemente o percibir más profundamente la inconmensurable decadencia del viejo partido. Los miembros del Partido Comunista (KPD) hacían vanos esfuerzos por disuadir a la reunión de que formara un “sindicato disidente” e insistían en socavar la burocracia desde adentro, formando una sólida oposición que pudiera ir extendiendo cada vez más su influencia...

Los obreros consideran al sindicato como algo profundamente sucio a cuyos fondos no hay que contribuir ni con un solo pfennig. Están ya profundamente convencidos de que el obrero que sigue un día más en un sindicato menchevique hipoteca su honor proletario y se convierte en cómplice de los engaños, crímenes y traiciones del SPD. Después de octubre, permanecer en el sindicato, incluso para un obrero de edad madura que no perteneciera al partido, equivalía a prestar servicios en la *Sipo* o en la *Unidad A*.²⁷

²⁷ **Sipo** (*Sicherheitspolizei*, Policía de Seguridad, creada en 1919 con elementos de los Freikorps, y especializada en la represión de motines y huelgas. Fue el embrión de las SS nazis). La “Unidad A” era la rama que actuaba vestida de paisano, embrión de la Gestapo.

El Partido Comunista y las masas que lo siguen se han fortalecido infinitamente, tanto externa como internamente. Su actividad no ha disminuido a pesar de los numerosos arrestos (incidentalmente, hay que decir que la mayor parte de los camaradas no fueron arrestados durante el levantamiento sino únicamente después, a raíz de denuncias voluntarias hechas por obreros y vecinos pertenecientes al SPD). Por el contrario, todos los muros de Hamburgo están decorados con inscripciones imborrables. En todos los cruces de calles y en la esquina de cualquier edificio público invariablemente está pintada esta inscripción: *“El Partido Comunista está vivo. Nadie podrá prohibirlo”*.

Quizá el Parlamento vote a favor de una *Ermächtigungsgesetz* (Ley de emergencia); Seeckt puede gozar de poderes especiales y una dictadura blanca tal vez se trague las últimas heces de las minúsculas libertades contenidas en la legislación laboral, pero las paredes de todas las barracas para el registro de desempleados están recubiertas con los nuevos cartelitos comunistas como si fueran papel tapiz. Se lanzan como copos de nieve desde el auditorio en todos los mítines del SPD y están pegados en los muros de las tabernas, en los tranvías y en las ventanillas del metro. Las mujeres de los barrios periféricos, en los que toda la población masculina está prófuga o encarcelada, piden que se les envíen carteles y octavillas y, si de algo se quejan, es de la falta de un periódico comunista barato. Todo esto se asemeja tan poco a una derrota, que los jueces de las cortes marciales improvisadas, bajo la presión de la silenciosa amenaza de las masas, tratan de mitigar las sentencias. Los convictos van a la fortaleza o a un campo de trabajos forzados con el orgullo y la tranquilidad de los vencedores, con la inexpugnable certidumbre de que la revolución nunca permitirá que cumplan los cinco, siete o diez años de sus condenas, y con el más profundo y burlón desdén hacia las leyes del Estado burgués, la cobarde brutalidad de su fuerza policíaca y el peso aparentemente triunfante de los muros de sus cárceles. Una fe así no puede errar.

¿Por qué, pues, no apoyó todo el país la insurrección de Hamburgo? En los días de octubre, toda Alemania estaba dividida en dos campos que se confrontaban uno al otro esperando la señal para la ofensiva. Pero para entonces. Sajonia ya había sido inundada por la policía y el Reichswehr. Por lo tanto, en el momento del levantamiento de Hamburgo, una de las principales cabezas de puente de la revolución había dejado efectivamente de existir. Numerosos grupos de desempleados aún llenaban por la noche las calles de Dresde, pero, marcando fuertemente el paso, a los lados y

enfrente de ellos, las unidades del Reichswehr, armadas, insolentes y provocadoras, machacaban el asfalto con sus botas claveteadas. Si en ese momento se hubiera dado en Sajonia la señal para la batalla, ésta se hubiera convertido probablemente en la señal para la matanza masiva de los obreros sajones. Durante esos mismos días, en Hamburgo, una asamblea de obreros empleados en los grandes astilleros de Hamburgo, Lübeck, Stettin, Bremen y Wilhelmshaven, exigía la declaración inmediata de la huelga general y los líderes de esta conferencia, convocada únicamente para decidir políticas, a duras penas pudieron conseguir que ésta se pospusiera unos días; no obstante, la asamblea de obreros en Chemnitz se negó a aceptar la huelga general. Para entonces, Sajonia estaba en apuros y el proletariado, entregado al ala izquierda de la socialdemocracia hasta el fin, se alejó instintivamente de una colisión desfavorable que quizás hubiera podido ser fatal para la revolución.

¡Berlín! quien haya visto Berlín en los días de octubre, guardará con seguridad un sentimiento de asombrosa ambivalencia o, mejor dicho, de ambigüedad como el rasgo característico de su agitación revolucionaria. Las mujeres y los desempleados conferían a las calles un tono especial. En las colas del pan y frente a los escaparates de las carnicerías, golfillos espabilados silbando la Internacional se abrían camino a empujones entre los nudos de mujeres desesperadas. La caída del marco, las irrisorias indemnizaciones que se pagaban a desempleados, incapacitados y viudas de guerra, las tasas inflacionarias, los precios asombrosos de los productos básicos, la ruina de la pequeña burguesía, la total desvergüenza de la Gran Coalición, la ventosa en que se había convertido el Ruhr, la represión de los franceses, las calladas fechorías cometidas por los capitalistas alemanes que la prensa había sacado a la luz y, eclipsando todas las columnas de los periódicos, el espectro del Ruhr ensangrentado y cubierto de carbonilla, todo ello era claro presagio de una revolución al alcance de la mano. Los automóviles de los ricos procuraban evitar el paso por los suburbios y la policía hacía la vista gorda ante el saqueo de las panaderías. En las afueras de la ciudad, la artillería avanzaba retumbando sobre los adoquines, acercándose cada vez más a las fábricas en huelga; el rugido de los camiones cargados cada uno con dos hileras de policías en perfecta formación, no aminoraba sino que inflamaba aún más la furia de las multitudes que asediaban los mercados y los puestos de periódicos.

Pero al mismo tiempo, vastas masas de obreros absolutamente pasivos se adherían aún a la socialdemocracia; ocultas tras las espaldas de los desempleados y de los comunistas estaban las extensas capas del proletariado aburguesado, aferrándose codiciosamente a un pedazo de pan, al confort doméstico y a una libra de margarina por muchas que fueran las horas que costara ganar todo esto. Una mayoría cobarde, chillona, disgustada, dispuesta a quedarse sentada dos o tres días en casa, junto al fuego, frente a una taza de escaso café y el último folletito del *Vorwärts*, hasta que se apaciguara el tiroteo en la calle, se retirara a los muertos y heridos, se dismantelaran las barricadas y el vencedor, quienquiera que fuera –bolchevique, Ludendorff o Seeckt– hubiera encarcelado a los vencidos y ocupara el poder un gobierno legal. Junto a una vanguardia sumamente activa estaba esta retaguardia distendida, apática y expectante dispuesta a denunciar, en caso de derrota, al vecino comunista que se hubiera agazapado en una trinchera bajo la ventana de la casa de algún funcionario socialista benemérito oculto tras sus cortinas de tul.

En Berlín, como en Hamburgo (exceptuando únicamente algunos barrios con una población sólidamente obrera), el proletariado tuvo que resistir a la gendarmería y a las tropas del general Seeckt en un aislamiento total y sin el apoyo activo de las amplias masas, sin la esperanza de recibir refuerzos en los momentos más difíciles y, a veces, como en Hamburgo, virtualmente sin armas. A pesar de todo, el levantamiento emprendido en Hamburgo en las mismas condiciones desfavorables, o casi las mismas, no sólo no llevó a la derrota sino que produjo resultados bastante asombrosos.

Lo cierto es que detrás del levantamiento estuvo toda la Alemania obrera que, *invicta después de haber librado una batalla abierta contra la contrarrevolución*,²⁸ pudo cubrir material y moralmente la heroica retirada de los pioneros de Hamburgo.

De todas maneras, la labor de un partido que sale a la conquista, no consiste simplemente en mantener una febril vigilancia respecto al momento histórico, la llamada “décimo segunda hora de la burguesía”, cuando las manecillas del reloj de la historia vacilan por un instante y mecánicamente empiezan a contar los primeros segundos de la era comunista.

²⁸ En cursiva en la traducción de la editorial Era (México, 1981).

Una vieja leyenda alemana cuenta que un valiente caballero pasó toda su vida en una cueva mágica esperando que una gota de agua, que se iba engrosando lentamente y brillaba en la punta de una estalactita, cayera finalmente en su boca. En el último momento, siempre sucedía algo absurdo que le impedía captar la gota agónicamente esperada y ésta caía inútilmente en la arena. Lo peor de todo esto no es, obviamente, el momento real del fracaso sino la pausa muerta y vacía de las expectativas frustradas entre un intento y otro.

En Hamburgo no esperaron a que el rocío les cayera del cielo. Lo que aquí ellos llaman tan pulcra y concisamente *Die Aktion*, se vincula a una fuerte cadena de lucha ininterrumpida, enlazada con lo que había sucedido antes y encontrando su punto de apoyo en un futuro, cuyos días, ya sean de éxito o de derrota, están bajo el signo de una victoria que aplastará el orden establecido como la cabeza de un martillo pilón.

Además, el levantamiento no tuvo lugar en la provincia de Brandenburgo, ni en Prusia, ni en el Berlín del Parlamento, del Siegesallee y del general Seeckt, sino en el *Wasserkante*: a la orilla del mar.

HAMBURGO

Hamburgo se extiende a orillas del mar del Norte como un gran pez mojado que, al ser alzado recién sacado del agua, todavía coleara.

Sobre los puntiagudos y escamosos tejados de sus casas se posa una niebla eterna. Ni un solo día es fiel a su caprichosa, pálida y borrascosa mañana. Al flujo y reflujo de la marea le siguen sucesivamente humedad, tiempo apacible, sol, frío gris de mar abierto y la interminable e implacable lluvia que empapa el reluciente asfalto, como si alguien en la playa recogiera del mar una vieja cubeta de barco –similar a las que se utilizan para achicar el agua de los botes agrietados cuando se inundan tras una fuerte marejada– y la desparramara por encima del alegre Hamburgo. Hamburgo, impermeable como el chubasquero de hule de un timonel, rezumando humedad, humeante como cachimba de marinero, chamuscada por las combustiones en los espigones y, aun así, firme bajo la lluvia torrencial con las piernas separadas como en cubierta, plantada sobre las márgenes derecha e izquierda del Elba.

A lo largo de las playas de este excelente estuario industrial, la naturaleza ha sido erradicada de todas partes como si se tratara de algún prejuicio que el siglo XVIII hubiera excluido de nuestras vidas. No hay ni un centímetro de terreno vacío. En una franja de aproximadamente veinte millas sólo se alzan dos árboles, que asemejan más mástiles después de un incendio en el mar que los inútiles seres vivos que son. El que hay en el muelle está encorvado como una anciana caminando contra un viento que arrojara espumarajos de rabia sobre sus gruesas medias de lana y piernas temblorosas. El otro está en las oficinas de los astilleros más grandes de Hamburgo, Blohm & Voss.

Éste se mantiene derecho únicamente por miedo; debajo de él hay un asqueroso canal negro en el que las bocas abiertas de las tuberías vierten los desechos de las fábricas como vómito manchado de tinta. Un puente, la garita del vigilante y, en la margen opuesta, a la pálida luz de las cinco de la mañana, nada excepto las ventanas iluminadas de bloques invisibles, sin paredes ni techos, remontándose fila tras fila por todo el puerto como tratando de alcanzar a tocar la misma aurora.

Pero las mayores de todas estas maravillas, las formas más proporcionadas en este reino de metal bien cincelado, son los ligeros y sombríos pescantes de las grúas más grandes del mundo arqueándose sobre el puerto. A sus pies, como juguetes, están los trasatlánticos de las compañías marítimas, equipados con sus hileras de ojos de buey iluminados, ocultando, como cisnes, sus partes vergonzosas y horribles bajo la línea de flotación.

Aquí se suceden tres turnos de trabajo convulsivo y despiadado.

Aquí, exprimiendo a los obreros como a la ropa lavada, la burguesía alemana lleva a cabo sus últimos y vanos intentos por superar la crisis que la paraliza: construye, crea nuevos valores y puebla los océanos con sus buques blancos de chimeneas negras en cuyas popas ondean los viejos estandartes imperiales negros, blancos y rojos con postillas republicanas apenas perceptibles en una de sus franjas.

Como dicen ellos, Hamburgo lo tiene todo: el humo de las chimeneas de las fábricas, las trompas de las grúas con las que los mamuts de hierro hacen estragos en las bodegas de carga y llenan los depósitos de piedra, los puentes ligeros y suavemente inclinados que cruzan los barcos recién construidos en sus diques húmedos, el ulular de las sirenas, los estridentes alaridos de los silbatos, la marea alta y baja del océano que juguetea con pecios y gaviotas que se posan en el agua como boyas, y las nítidas y cúbicas masas de ladrillo rojo oscuro de los almacenes, oficinas, plantas industriales, mercados y agencias de aduanas, todas edificadas en línea recta semejando montones oblongos de carga recién apilada por los estibadores.

Ejércitos y legiones enteras de obreros trabajan en los astilleros, en la carga y descarga de barcos, en las innumerables plantas de ingeniería, refinerías e industrias químicas, en las grandes empresas manufactureras y en las vastas instalaciones industriales que se extienden por esa pantanosa y arenosa región interior cubierta por un caparazón inquebrantable de cemento y acero que es la parte posterior de Hamburgo.

El Elba, viejo y sucio garaje de agua cálida para vagabundos del mar, crece continuamente construyéndose sobre sus patios posteriores de cemento.

Aquí los caballos de mar descargan su bagaje, tragan petróleo y carbón y se dejan limpiar y lavar mientras los capitanes entregan sus sobornos en la aduana, arreglan las facturas y se afeitan antes de ir a tierra a ver a sus familias. Mientras tanto, los miembros de la tripulación desembarcan en el puerto y son atrapados en masa en Sant Pauli, un barrio de bares, pandillas, ropa confeccionada, casas de empeño en las que el mismo vestido de mal gusto, corte pretencioso y caro, puede empeñarse a la mitad de su precio y, finalmente, los burdeles más sorprendentes. Desde la época medieval, las callejuelas del barrio de Sant Pauli han estado separadas de la ciudad por fuertes rejas de hierro que se abren sólo en la noche. Están finamente trabajadas con todo tipo de adornos concebibles y detalles caprichosos, orgullosamente decoradas con los emblemas y el escudo del gremio de artesanos. Al anochecer, sobre todas las puertas que dan a los callejones, se abre una ventana iluminada y allí, en exhibición, sonriendo en medio de la oscuridad y la lluvia interminables, están las reinas de estos paraísos marinos. Lucen vestidos escotados, ceñidos en la cintura y ribeteados con lentejuelas y plumas, vestidos en los que, como en los envoltorios de los bombones, han perdurado hasta nuestros días las modas de finales del siglo pasado y que, en la imaginación de los marineros ávidos de mujeres, siempre han representado la encarnación del gozo supremo de vivir.

Esta hilera de carne viva se vende con la mayor simplicidad. Los clientes pasan de una ventana a otra, examinan las mercancías en exhibición y desaparecen dentro para salir volando poco después a la calle refunfuñando y maldiciendo: los porteros de Sant Pauli son famosos por su musculatura.

En las pequeñas tabernas de este barrio resuenan todas las lenguas y se mezclan todos los países. Son famosas por su ingenio salvaje, sus bebidas alcohólicas con huevo (*grog*) y una inmunidad total frente a la intervención de la policía. En resumen, una maravillosa mezcla de valor, alcohol, fervor revolucionario, humo de tabaco y el último pecador irremediabilmente caído y abatido, en la que la mujer se mece sentada al borde de una mesa empapada de cerveza amarga y, mientras come un pedazo de pan con mantequilla, repite apresuradamente a algún Adán borracho sin rostro ni nombre la mentira más inefable de todas, la del amor.

La lengua que se habla aquí es, por regla general, la de Hamburgo.

Totalmente remojada en el mar; salada como el bacalao; redonda y jugosa como un queso holandés; áspera, picante y festiva como la ginebra inglesa; resbaladiza, rica y ligera como las escamas de un grande y extraño pez de altamar que jadease lentamente entre las carpas y las regordetas anguilas, agitando sus húmedos tornasoles en la canasta de la esposa de algún pescador. Sólo la letra S, aguda como una pínula y garbosa como un mástil, testimonia el gótico antiguo de Hamburgo, la época de las ligas hanseáticas y la piratería de los arzobispos.

No sólo el lúmpen proletariado sino toda la ciudad está impregnada del animado y bullicioso espíritu del puerto. Rodea por todos lados, formando un anillo cerrado, los barrios burgueses situados alrededor del Alster, un lago formado por las mareas en el que todavía puede sentirse el pulso de este flujo y reflujo del Báltico. Las villas abrazan estrechamente la orilla dejando apenas espacio para sortear las canchas de tenis y los pulcros jardines recubiertos de flores como trajes de baño.

El aliento excitado e impuro de los suburbios resopla por todas partes hacia las casas de los patricios. Un anillo de trenes eléctricos ciñe firmemente los suburbios estrujándolos contra los barrios elegantes como una banda de acero; a lo largo de su trayectoria, llenando los vagones con olor a sudor, alquitrán y aliento alcohólico, un turbio torrente de obreros emerge dos veces al día partiendo en dos la ciudad camino de los muelles.

En consecuencia, todo Hamburgo está igualmente atento a la sirena que anuncia la hora de comer en los astilleros, al silbato del contramaestre y a la lectura de la lista de presentes por la mañana y la tarde a orillas del Elba, lo mismo que el estanque más pequeño y las charcas de ranas más diminuta y atiborrada de niños escuchan los estremecimientos del distante océano, el océano que envía a Hamburgo su riqueza y sus vientos elásticos como velas.

El burgués, el digno ciudadano, está tan poco asegurado contra el contacto y la proximidad de los proletarios como lo está su casa. La dama que va al teatro se encuentra aplastada entre dos trabajadores portuarios que con toda la naturalidad colocan sus bolsas grasientas en los mullidos asientos.

Una joven preciosidad de Sant Pauli se sienta fríamente junto a la esposa de un funcionario, hace guiños a sus vecinos y se baja en su parada del brazo de uno de ellos; el obrero acaricia a su esposa o a su novia; el estibador ahúma a todos los que están a su alrededor con un tabaco increíble; a un marinero lo acompañan sus amigos camino de casa después de una parranda y todo el vagón se ríe con ellos, pensando, hablando y carcajeándose en el *Plait* (dialecto) hamburgués más puro, que puede convertir cualquier lugar en un jovial castillo de proa.

Nada de esto resulta, desde nuestro punto de vista, de mucha relevancia. Pero después de Berlín, donde un obrero con sus herramientas sólo tiene derecho a viajar en un vagón particularmente sucio y decrepito; donde la superioridad de la primera y segunda clases es casi defendida por la policía; donde un obrero desempleado, frotándose las orejas moradas por el frío, no osa sentarse en ninguno de los innumerables bancos siempre vacíos del Tiergarten; después del exultante Berlín burgués, el aire mismo de Hamburgo, con su espíritu libre y natural, huele a revolución.

A las cuatro o cinco de la mañana, el lumpen proletariado está durmiendo, dondequiera que sea, o es conducido a la comisaría.

A las seis menos cuarto, todavía con las luces eléctricas encendidas, comienza la primera oleada de obreros.

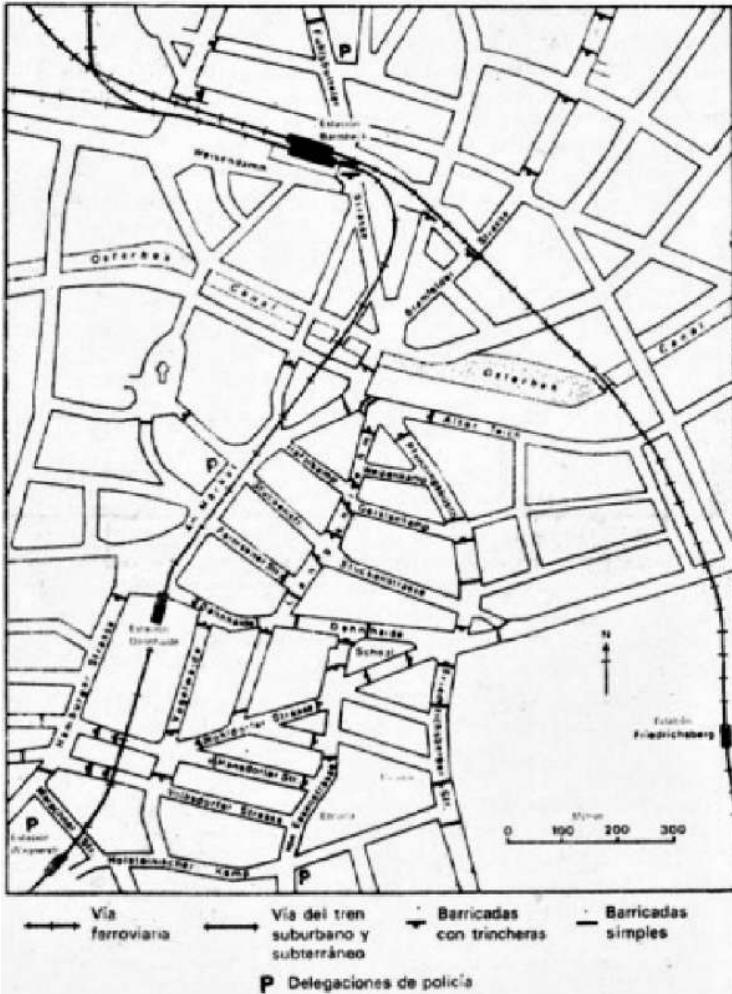
Por encima de las líneas de tranvías, marcha suspendido en la oscuridad un ferrocarril y, encima de éste, las cintas brillantes y fugaces de los trenes eléctricos: todos ellos lanzan al pavimento un ejército de trabajadores portuarios, cientos de miles de obreros y cientos y miles más de desempleados que asedian los muelles con la esperanza de algún trabajo casual.

Cada cuadrilla se reúne alrededor de su capataz; en la negrura de chaquetas alquitranadas y por detrás de las espaldas encorvadas por el peso de los sacos de herramientas brillan lámparas de aceite como si estuviésemos en una mina de carbón superpoblada. Después de pasar lista, los regimientos de obreros se dividen entre los cientos de buques de vapor distribuidos en los astilleros y en las plantas industriales. Atravesando cuatro puentes entran y se desperdigán en la ciudad industrial.

Las tropas y la policía están ojo avizor vigilando que ningún “paisano” penetre en las islas industriales. Pero ni los puentes ni los cientos de buques de vapor que, como en un carnaval único en su especie, juegan moviendo sus lámparas y reflectores sobre las aguas de esta Venecia negra y oleaginosa, bastan para el denso oleaje del turno de la mañana. Para bombear a las legiones de obreros de una orilla a otra cada mañana y cada tarde, se ha construido un conducto brillante y seco que atraviesa en la profundidad las aguas del Elba.

En cada uno de los extremos de este túnel, cuatro elevadores elefantinos suben y bajan a este torrente humano, llevándolo y trayéndolo de las salidas de cemento.

Estos elevadores se mueven chirriando sobre sus torres parecidas a tornillos, como cuatro palas que alimentaran incesantemente con combustible humano los cientos de fábricas semejantes a hornos. En esta fragua se forjó el levantamiento de Hamburgo



BARMBECK

Distribución de las barricadas en el barrio de Barmbeck

BARMBECK

Los obreros de Hamburgo viven a gran distancia de las fábricas y los astilleros en un distrito de la ciudad denominado Barmbeck. Este barrio es un enorme cuartel para obreros donde todas las viviendas tienen el mismo aspecto, dormitorios comunes en barracas alquiladas, unidas unas a otras por los sucios, vacíos y húmedos corredores de las calles. A los extremos de estas calles, abriéndose como resquebrajaduras, se encuentran unas lóbregas plazas que parecen más bien cocinas o servicios públicos y en cada una de ellas una triste fuente bajo el cielo de hojalata. A través de este suburbio inmundo y asqueroso, se arrastra la oruga gigantesca del viaducto del ferrocarril describiendo un semicírculo de acero. Sus piernas ligeramente arqueadas se aferran al asfalto con ventosas de cemento. Una cabeza de serpiente de cascabel que encaja perfectamente entre dos bloques de edificios, se desvanece por la parte posterior de casas agrietadas, paredes cerradas y barrancos repletos de vertiginosos balconcitos en los que revolotean sábanas y cabos de hiedra marchita saturadas de tizne y humedad. El edificio de la estación planta un enorme pie plano sobre la cola de la línea del ferrocarril, dejando una rendija para que pueda pasar el torrente de pasajeros.

Exactamente enfrente de la estación, detrás de una alambrada espinosa de la que cuelgan jirones de viejos decretos, se erige una de las comisarías; sus lóbregas ventanas asemejan las gafas ahumadas de un detective. Un guardia de servicio, esa monotonía picada de viruelas de las comisarías y el abrumador aburrimiento y despecho del oficial, masticando una y otra vez como una colilla recogida del suelo que ya se ha fumado y tirado dos veces.

El puerto está abierto a los obreros sólo a ciertas horas. Al amanecer, absorbe un ejército de obreros y por la tarde los escupe a todos y cada uno.

Las tropas permanecen en esta fortaleza industrial abandonada para custodiar los puentes giratorios, los torniquetes y los pasadizos subterráneos por los que el denso torrente de obreros se vierte hacia el muelle. En el recinto del puerto no vive ni uno solo de ellos. Únicamente los viejos servidores de confianza de los señores de la industria gozan de este privilegio; las luces dispersas y obsequiosamente rutilantes de sus viviendas se acurrucan tímidamente bajo las gigantescas sombras de los edificios de las fábricas, que exhalan lentamente a la noche y la niebla el

calor humano que han tragado durante el día. Los guardias se pasean por los muelles arriba y abajo, enfilando sus bayonetas a cualquier desconocido del que quieran cerciorarse e iluminando su rostro con las linternas:

“¿Quién es usted? ¿A dónde va? ¿Por qué?, Contraseña.”

En Barmbeck la inquietud comenzó una semana antes de la insurrección. El miércoles 17 de octubre, las obreras y las esposas de los oficinistas toman los mercados y obligan a trabajar a los comerciantes saboteadores.

El jueves y el viernes, forman una cadena enfrente de los astilleros y envían de regreso a casa a sus avergonzados maridos. Ese mismo día, quince mil desempleados, hombres y mujeres, se manifiestan en el campo Heiligen Geist. El sábado, tiene lugar un mitin impresionante en la sede de los sindicatos, de donde parten miles hacia la alcaldía y penetran en la zona restringida que la rodea.

Esa misma tarde decenas de miles de obreros se pasean interminable y tercamente, resueltos y furiosos, por las aceras. La policía arresta a más de un centenar de personas, pero las sombrías caminatas no cesan. La noticia de la matanza de obreros en Sajonia a manos del Reichswehr se extiende como una fiebre. Una terrible excitación se apodera de las masas. Es la víspera de la revolución.

El domingo 21 de octubre, hay una conferencia de obreros portuarios provenientes de toda la costa del Báltico: Bremen, Stettin, Swinemünde, Lübeck y Hamburgo. La mayoría de los delegados pertenecen al spd, pero muchos han ido en representación de industrias que llevan ya varios días en huelga.

Estos obreros ya habían devuelto sus carnets de afiliación al sindicato de metalúrgicos que había declarado “salvajes” estas huelgas. Hubo un fuerte enfrentamiento entre un antiguo *SPD-Mann*, delegado de Stettin, un hombre recubierto de musgo y humus tras veintiocho años de ocupar cargos en el sindicato socialdemócrata, y T.,²⁹ un obrero robusto, de poderoso esqueleto y cejas pobladas, que golpeaba con su puño cerrado como un astil e iba a tomar las riendas de la insurrección de Hamburgo en sus manos de hierro.

Aquí, en esta conferencia, T. tenía que incitar y contener simultáneamente.

²⁹ Ernst Thalmann. Por motivos de seguridad, Larisa Reisner ocultó los nombres de casi todos los insurrectos que aparecen en estas páginas.

Como un viejo cochero acostumbrado a conducir sus pesados y cargados vagones por las empinadas y heladas pendientes de los puentes, T. tenía que atizar y desanimar a la vez, manteniéndose apenas en su pescante mientras azotaba a los socialburócratas con lacerantes latigazos, aguantando las bridas espumosas con todo el peso de su autoridad y dominando a los militantes encabritados que ya no discutían, ciegos como estaban por la ira.

La conferencia apenas si permitió que la huelga general se pospusiera unos cuantos días. Sólo gracias a esta resolución se pudo llegar a convencer a la turbulenta reunión de funcionarios a tiempo completo.

El domingo por la noche un mensajero trae noticias (falsas) de un estallido en Sajonia. Se transmite inmediatamente la orden de iniciar la huelga general por los diversos barrios. Los trabajadores de decenas de empresas importantes apoyan a los los astilleros *Deutscherwerft* que están en huelga desde el sábado.

El segundo turno de obreros abandona los talleres, rompe los cordones de la policía y regresa al centro de la ciudad. A las cuatro, el puerto queda paralizado. Una multitud de cien mil personas deambula por las calles de Hamburgo confiriéndole el aspecto de una ciudad que ya es presa del levantamiento.

Un segundo correo: habla de los mítines de Altona y Neustadt y transmite noticias totalmente fantásticas según las cuales el ejército ruso se está movilizandoy sus submarinos han zarpado para acudir en ayuda de Hamburgo.

En plena noche, una conferencia de los “jefes” da la orden de combate a los dirigentes de la organización militar, quienes la reciben con un sentimiento de profunda e íntima satisfacción. T., que ha estado peleando durante varias horas por un aplazamiento, tapando todos los agujeros por los que el movimiento podría haberse derramado prematuramente a las calles, ahora levanta todas las compuertas y abre todas las llaves que aún retienen el torrente de la insurrección.

K. también estaba complacido. Hablemos un poco de él.

Obrero. Sargento instructor en la guerra, que abominaba con todo su ser, de lo que se denomina *der preussische Drill* (instrucción del ejército prusiano) en las trincheras.

Había sido ascendido a oficial por su valentía. Después, en una de las ciudades de la Galitzia ocupada, le sucede un importante incidente que casi le cuesta sus bonitas y flamantes charreteras. Cuatro semanas de cárcel por sacudir en público las orejas de un comandante. En 1918 K. es miembro del consejo de representantes obreros de Hamburgo. Toma parte en la Acción de Marzo. Ya se había afiliado al KPD, después del Congreso de Unificación. Se convierte en uno de los miembros más activos de la organización de Hamburgo. En suma, adiestramiento militar, valor, rudeza, la jovialidad de un portuario, la velocidad precisa y abrupta del viejo sargento instructor y el tino para dar severas reprimendas, todas estas excelentes cualidades le conquistaron popularidad entre las masas y una cauta, casi remilgada reacción de *die Intellektuellen*. Y no podía ser de otra manera, ya que a los filisteos no les gusta la gente sonriente con un invariable aroma a Kom (licor de Kümmel) y el lenguaje marcadamente soez del puerto.

La alegría, la rudeza y una ligera intoxicación en la sangre se consideran incompatibles con la vocación de “propagandista” en un partido europeo.

Después de los disturbios de agosto, el partido sufrió literalmente un diluvio de espías. Uno de ellos, con el tacto de un viejo provocador, se ofreció para suministrar una caja de armas cuya recepción hubiera llevado al desmembramiento de la organización militar. K. fue el encargado de desenmascarar esta trampa de la policía. Salió con el agente a recoger las armas. En uno de los puentes, agarró fríamente al hombre por el pescuezo y lo columpió sobre la baranda.

– Ahora canta, hijo de puta.

Cantó, recibió su merecido y desapareció.

En los periodos de calma, la salvaje energía del camarada K. lo convierte en un camorrista de taberna y un tirano, terror y orgullo de todo el vecindario.

Se encuentra con un grupo de socialdemócratas en una cantina; el soberbio *Kom* de Hamburgo, mezclado con la excelente cerveza, agudiza sobremanera la dialéctica de K.

Finalmente los mencheviques, enardecidos por las mofas silenciosas de este gigante de ojos estrechos, benignos y astutos, se levantan de un brinco buscando pelea. Agarrando al cabecilla, K. lo saca violentamente de entre sus correligionarios y lo lanza sobre un gran piano. Un incidente, la

policía, narices rotas y los inimaginables acordes del desafortunado instrumento. La inactividad es terriblemente peligrosa para la gente como K. Pero en la lucha activa avanza hasta ocupar un puesto en las primeras filas.

Durante el levantamiento fueron este mismo K. y el funcionario comunista Kb. [Kippenberger] quienes salvaron a

Barmbeck del desastre mediante una red de asombrosas barricadas. Después hablaremos más acerca de ellos.

A medianoche, los líderes se dispersan para dar instrucciones y reunir a los miembros de las centurias obreras. La totalidad del partido, lo mismo que las amplias capas de obreros que no pertenecían a él, no se enterarán del levantamiento hasta la mañana después de la toma de todas las comisarías por los comandos de la organización militar. El asalto a los *Polizeibüros* estaba programado para la madrugada del 23 de octubre, es decir, simultáneamente en toda la ciudad a las 4.45. E inmediatamente después de la toma de las comisarías se debía proceder a la captura y desarme del cuartel de Wandsbeck. Hasta ese momento, los líderes militares que habían movilizado a sus hombres y debían pasar el resto de la noche con ellos, no podían permitir que nadie se fuera a su casa, prendiera una luz ni que bajo ningún pretexto saliera a “despedirse de la familia”. Sólo gracias a estas precauciones se pudo sorprender a la policía verdaderamente desprevenida y desarmada, con las manos vacías. Hay que rendir homenaje a K. y a los demás camaradas que elaboraron este plan de batalla con él. La mitad de la partida estaba ganada, preludiando el levantamiento masivo con este golpe silencioso e inesperado de la organización militar, el cual: 1] dejó al enemigo sin los puntos de apoyo que tenía en las comisarías; 2] armó a los obreros a expensas de la policía; 3] produjo en las masas la conciencia de una victoria ya garantizada, atrayéndolas más fácilmente a unirse a una lucha que apenas había comenzado. El gobierno rindió tributo a este descoyuntamiento causado por la revuelta. A continuación transcribimos las declaraciones del *Polizeisenator* (jefe de policía) de Hamburgo, Hense, un socialdemócrata, sobre los acontecimientos:

“Lo peor de este levantamiento no fue en modo alguno la inferioridad numérica ni la incompetencia de las fuerzas puestas a nuestra disposición. No, lo terrible [*schrecklich*] fue que esta vez, a diferencia de los “*putsch*” anteriores, los comunistas pudieron

llevar a cabo sus prolongados y minuciosos preparativos en tan absoluto secreto que no nos llegó ni una sola delación sobre los mismos. Generalmente, solemos estar informados de todo lo que se trama en el campo comunista. Esto no quiere decir que tengamos que mantener espías especiales en sus filas. No, *el público observante de la ley, en el que incluyo a obreros miembros del partido socialdemócrata,*³⁰ generalmente nos mantiene informados de todo lo que sucede entre los comunistas sin ninguna coerción.”

Esta vez, los mencheviques “observantes de la ley”, mostraron ser incapaces de prevenir a las autoridades acerca de la insurrección que se estaba preparando. Éstas no sabían nada de él, al punto que el estado de sitio que había mantenido a la policía en alerta total durante la semana anterior, había sido levantado por el gobierno el domingo, o sea, la víspera del levantamiento.

Pero retrocedamos unas cuantas horas. He aquí algunas trivialidades que reflejan el estado de ánimo del partido en el momento de la movilización, cuando se toma desprevenida a la gente, se la saca de la cama repentinamente y, agarrándola por el pescuezo, se la conduce quién sabe a dónde.

Es la hora entre dos luces cuando, tumbado medio despierto y con un frío insoportable, uno quisiera volver a dormirse y todo está teñido de un color pardo y turbio; en resumen, no es exactamente el momento en el que uno se levanta para adoptar una postura heroica. Todo está, como dicen, pronto pero duro.

Uno de los líderes del levantamiento va recorriendo a sus *Bezirksleiter* (dirigentes de zona) para pasar la orden de la operación de la mañana.

Una calle sin vida, una casa dormida, una vivienda somnolienta, mal ventilada, con ronquidos. La familia de un obrero pobre. Se levanta y se viste sin preguntar, sin demorarse un minuto. Un tranquilo apretón de manos y la lumbre de un cigarrillo retirándose lentamente en la oscuridad. Otro escondrijo, en uno de los barrios obreros. Abre la puerta la esposa, quien ayuda a su marido a recoger sus cosas y sostiene un cabo de vela sobre la mesa de la cocina, en la que hay un mapa extendido. Él reflexiona por unos instantes y después, del fondo del corazón, con un sentimiento del más profundo alivio, dice:

³⁰ En cursiva en la edición mexicana de Era.

“Endlich geht’s los...” (Finalmente comienza.)

En una tercera guarida la esposa de un hombre que se demora en los preparativos:

“Nu mock di man jertig” (Apúrate ya.)

Finalmente, el distrito de Sant Georg. Aquí no están dormidos. En una habitación trasera hay una lámpara prendida deshaciendo la trama del humo del tabaco. La dueña contesta evasivamente: el hombre por quien preguntan está y no está en casa y ella no sabe nada. Pasos precavidos en la escalera y, de repente, el camarada R. aparece en el umbral, con la cara tiznada, descalzo, una ristra de rifles bajo el brazo y los bolsillos repletos de todo tipo de municiones. En la sombra puede verse la fisonomía alegremente sonriente de un personaje conocido en las tabernas del muelle por *Rowdy* (rufián). ¿Qué es esto? Ha desmantelado toda una armería. Este *Genosse* (camarada) no es, claro está, exactamente un *Genossesino* sólo un simpatizante. Pero la velocidad y la destreza con la que destrabó el cerrojo y levantó la puerta de la tienda... *Rowdy* se enorgullece de la simplicidad de un gran ejecutor.

Entretanto, un camarada que ha recibido la consigna y el plan para la toma de la comisaría del barrio y todas sus armas, dice en un tono de profundo disgusto:

“Mensch, den har ick dat jo nicht mehr neudig hat!” (¡Diablos, esto ya no me sirve de nada!).

Toda la batalla de Barmbeck, de tres días de duración, estuvo dirigida en su primera fase contra la línea de ferrocarril, columna vertebral de la zona, que los obreros no pudieron aplastar debido a la insuficiencia de armas y, principalmente, a la falta de explosivos. La posición la complicaba el hecho de que una de las comisarías más difíciles, Von-Essen Strasse, estaba situada en la retaguardia de los insurgentes y no había sido tomada por ellos; resistió e inmovilizó a un número considerable de fuerzas insurrectas a lo largo de la lucha. Esta comisaría permaneció intacta por accidente. Cuando C., un hombre de gran tamaño que se distinguía por una sangre fría fuera de lo común, tan impenetrable y bien emparejado como asfalto fresco, había irrumpido con dos camaradas por la entrada principal, había golpeado fuertemente la mesa pidiendo la rendición inmediata, y los azules y los verdes³¹ ya habían empezado a desabrocharse vacilantemente las

³¹ Los azules son la policía de seguridad uniformada de este color. Los verdes son probablemente soldados del *Reichswehr*.

sólidas hebillas de sus cinturones, en ese momento, un segundo destacamento de la misma unidad llegó por la parte posterior del edificio, penetró en el patio y, desconcertado por el profundo silencio reinante en la ratonera, abrió fuego sobre las ventanas de la delegación. Los *Sipos* y los hombres del *Reichswehr* volvieron en sí, vieron a tres obreros desarmados frente a ellos, cogieron a C. desprevenido y tiraron al suelo a los otros dos, se encerraron en el sótano y bombardearon a los invasores con granadas de mano. La unidad de obreros emprendió la retirada. Pero en la primera bocacalle, Kb., que ya había colocado su pertinaz red de barricadas para recibir a las tropas, la detuvo.

¡Un oficial para todo el levantamiento de Hamburgo, pero cuánto hizo por él! En Barmbeck no había una sola calle, callejón, grieta o hendidura que no estuviera bloqueada con un par de tapones. Las barricadas parecían brotar de la tierra y multiplicarse a una velocidad increíble. Cuando no había serruchos y palas, se buscaban. Se indujo a los residentes a encargarse de este trabajo de excavación: sudorosos, cargaron piedras, rompieron el pavimento y talaron los árboles sagrados de los parques públicos; estaban dispuestos a hacerse polvo ellos mismos con tal de salvar sus armarios, consolas, camas y baúles de esta frenética obra de construcción.

Sólo una anciana, jalando de la manga a Kb., le hizo ademán de que subiera con ella a llevarse la cómoda grande y sólida de su lavamanos, sumamente útil para una barricada, orgullo de toda la casa. El mueble se utilizó y resistió vigorosamente hasta el final aunque sólo fue una excepción. En general, la vieja y romántica barricada ya pasó a la historia desde hace tiempo. La muchacha de gorro frigio ya no iza sobre ella una bandera harapienta, la versallesa con polainas blancas ya no abucea al valiente *gamin*, ni el estudiante del barrio latino amarra su herida fatal con un pañuelo de encaje, en tanto un obrero dispara la última bala del largo y anticuado tambor de la última pistola. ¡Ay! El arte de la guerra ha relegado todas estas maravillosas y románticas chácharas a las páginas de los libros de texto, en donde perduran coloreando las leyendas y el humo de la pólvora de 1848. Hoy la lucha es diferente. Como muralla fortificada entre los rifles revolucionarios y el cañón del gobierno, la barricada ya hace tiempo que se convirtió en un espectro. Ya no sirve de protección a nadie, sino únicamente de impedimento. Es un muro ligero hecho de árboles, piedras y vehículos volcados que se cubre a sí misma con una profunda zanja, foso o trinchera para obstaculizar el paso a los enemigos más

peligrosos en un levantamiento, los vehículos blindados. Es en esta trinchera donde se encuentra el significado de la barricada moderna. Pero la barricada de los viejos tiempos, ahora respaldada por la trinchera que ha emigrado a la ciudad desde los muertos campos de batalla de la guerra a gran escala, sigue prestando sus servicios a los insurgentes con toda su buena fe, aun cuando lo hace de una manera muy diferente a la de sus heroicos bisabuelos de 1793 y 1848.

Apilada a través de las calles e impidiendo una visión adecuada de lo que está sucediendo en realidad más allá de sus alas amenazadoramente dentadas, consigue que la atención del enemigo se concentre en ella como el único blanco visible. La barricada recibe valientemente en el pecho todo el fuego desencadenado y ciego que las tropas lanzan copiosamente sobre su invisible enemigo.

Sí, aquí encontramos de nuevo otra característica que ha cambiado completamente tanto el paisaje de la guerra civil como de todas sus estrategias y tácticas. Los obreros se han vuelto invisibles, elusivos y casi invulnerables. El nuevo método de la guerra ha ideado para ellos una cobertura de oscuridad que ningún arma de fuego rápido puede alcanzar. Raras veces los obreros luchan en las calles, que dejan enteramente a la policía y las tropas. Su nueva barricada, una piedra enorme con millones de pasadizos secretos e intrincadas cavidades, la constituye todo el barrio obrero con sus sótanos, buhardillas y viviendas; en esta fortaleza inexpugnable toda ventana a ras del suelo es una aspillera, toda buhardilla una batería y un puesto de observación. La cama de todo obrero es una camilla con la que puede contar un insurgente en caso de que caiga herido. Esto es lo único que explica las desproporcionadas pérdidas del gobierno, en tanto que los obreros de Barmbeck apenas contaron con una docena de heridos y entre dos y cinco muertos.

Las tropas se vieron obligadas a avanzar por las calles abiertas. Los obreros se unieron a la batalla desde sus casas. Todos los intentos hechos por las fuerzas regulares para tomar Barmbeck el martes, fueron desbaratados por esta misma formación dispersa, invisible y evasiva de rifles que podían escoger sus blancos a sangre fría desde alguna ventana en un primer piso, mientras abajo la multitud de policías, indefensamente expuesta, inundaba literalmente de fuego las barricadas vacías.

Previendo un asalto armado, Kb. planeó la voladura de un puente que se creía que iba a estar allí para siempre, sin dinamita ni pólvora. Los obreros sondearon su arteria vulnerable, el conducto de gas, lo destaparon y le prendieron fuego.

Uno de los vehículos fue a dar por error a una calle tranquila y abandonada. Se detuvo para arreglar algo en el motor. Frente a él surgió una barricada. Se dio la vuelta; las copas caídas de los árboles talados estaban ya allí volcadas cruzándose en el camino.

El vehículo número M-14 avanza cautelosamente por debajo del puente del ferrocarril. En él van el conductor y cinco Sipos. Desde detrás de una taberna o desde una esquina, no se sabe de dónde pero de muy cerca, un disparo y después otro. Muere el conductor y también un policía. El vehículo queda hecho trizas y las juventudes comunistas esparcen los restos.

Las batallas verdaderamente campales siguieron todo el martes. Los primeros ataques fuertes pueden localizarse alrededor de las once. La pelea más dura tuvo lugar cerca de la comisaría de Von-Essen Strasse y a lo largo de toda la línea de barricadas situada enfrente del terraplén del ferrocarril por ambos lados. La policía conquista rápidamente la estación de ferrocarril. Sus destacamentos corren a lo largo de la vía tratando de abatir, uno a uno, a los combatientes desde arriba. Han logrado rebasar tranquilamente las dos primeras emboscadas. Sobre el tercer tramo del viaducto estalla una descarga mortífera. Están disparando no sólo desde la cobertura sino también desde todas las buhardillas del vecindario. Por todas las azoteas se han desparramado hombres provistos de rifles que mantienen calles enteras, cruces y plazas bajo su fuego.

Abajo, una zanja y una barricada. Hace ya varias horas que aguanta. Un destacamento de Sipos avanza contra ella más salvajemente todavía. La posición se vuelve insostenible. Pero desde arriba gritan: "*Die Barrikade frei*" (Despejen las barricadas). La gente no se da cuenta de lo que sucede. Un tirador baja hasta ellos, un obrero de unos veintitrés años aparentemente herido pues sangra por el hombro, el cuello y la cintura. Da la orden de despejar la barricada porque el pelotón oculto en la azotea teme disparar sobre los de su propio bando. El obrero desaparece por una entrada y unos cuantos minutos después desde las azoteas obligan a la policía a retirarse.

Otra barricada que mantuvo una tenaz resistencia durante horas. Un cuarteto de francotiradores baja de una buhardilla. Desde su torreta de observación han divisado un vehículo blindado que se aproxima a lo lejos. Deciden que lo más conveniente es emboscarlo abajo. Con un disparo afortunado uno de ellos consigue perforar el radiador y paralizar el vehículo. Los hombres de los rifles regresan una vez más a su palomar.

Entretanto, las batallas en la estación de ferrocarril son aún más encarnizadas. Los obreros no sólo logran desalojar del terraplén a varias columnas blancas una tras otra, sino que tratan de pasar a la ofensiva. Pero los carros blindados bombardean el espacio abierto frente al viaducto. Es imposible el paso. No importa, los obreros enfrentan el fuego cubriéndose tras unos enormes tablonos que han sacado de una maderera de los alrededores. Toda una selva de mástiles se alza y avanza hasta formar un perfecto fortín desde el cual los tiradores continúan su constante y metódico trabajo.

En ese momento se desencadena abajo el primer ataque masivo. Dos vehículos blindados cubren a seis camiones que descargan toda una horda de verdes a la calle. Esta unidad consigue desconectar al camarada K. de Kb. y sus hombres que avanzan desde el otro lado del viaducto. No sólo eso. Kb., que ha dejado atrás a sus soldados, a unos doscientos metros, es capturado. Lo registran y encierran en el edificio de los ferrocarriles. ¡Si la policía hubiera sabido que en la figura de este hombre diminuto, con los ojos inofensivos de un joven maestro capaz de ser lo suficientemente temerario como para salir a pasearse entre las barricadas, tenía en sus manos el corazón de la revuelta de Barmbeck! Sentado junto a una ventana, callado y tranquilo, Kb. llevó a cabo una revisión general de las fuerzas enemigas.

Observó el tránsito de tropes enardecidos de policías, incitados por unos cuantos valerosos oficiales. Esos desventurados mercenarios se daban ánimos con disparos y gritos, se lanzaban cuerpo a tierra a cada cuatro pasos, hacían señas desesperadas hacia un flemático vehículo blindado que se había retrasado unos cuantos metros de su "vanguardia". Desde esa misma ventana, Kb. también pudo observar la fría tranquilidad de varios obreros, y especialmente al pequeño D., de cuyo trabajo personal podía darse cuenta por las caras aterrorizadas de los ordenanzas saliendo del fuego ocho veces seguidas con camillas pesadamente cargadas. Finalmente, entre violentos gritos y disparos, el último pelotón de verdes desapareció por las calles desiertas del barrio insurgente, calles extrañas,

absolutamente vacías, desprovistas de cualquier signo de vida como si hubieran sido abandonadas por sus ocupantes y defensores. La espera dura cuatro interminables y angustiosas horas.

Alrededor de las cinco de la tarde, la ola de soldados y policías se repliega ruidosamente. Sufren enormes pérdidas.

Ay, la comisión directiva que tenía que haber dirigido el levantamiento en Barmbeck (encabezada por tres intelectuales comunistas, miembros del consejo de la ciudad) está ausente. Durante dos días nadie puede encontrarlos por parte alguna. Dirigen las batallas Kb., C. y, cómo no, T., quien se instala con su equipo de radiocomunicación a cielo raso en uno de los parques públicos.

Cerca de las seis de la tarde Barmbeck sigue todavía en pie, ensordecido por la quietud. Una pausa. Kb. se abre camino hasta llegar a una taberna amiga donde D., el pequeño tirador, recostado en un sofá sorbe el café caliente que le ofrecen. W., y ese espléndido tirador que es C., llegan también buscando un respiro. Y el impetuoso K. aparece tan jovial y cálido como si hubiera estado jugando a los bolos en un apacible descanso después de la comida o como si llegara de una de sus caminatas de veinte millas arrastrando tras él a una esposa quejumbrosa y exhausta; elige este lugar para dar instrucciones a sus centurias obreras.

Resumiendo: todos los valientes del reducto de Barmbeck llegaron a este lugar para darse un apretón de manos, lavarse la sangre y decidir: ¿y ahora qué? ¿Qué significa esta calma interrumpida sólo ocasionalmente por el golpeteo de una ventana abierta de la que cuelga una bandera blanca, llamado de algún herido o moribundo?

Mientras tanto el silencioso Barmbeck, con la luz del crepúsculo descendiendo sobre él como una sábana de niebla que cubre las camillas formadas por las mutiladas calles, permanece calladamente dividido en dos mitades. Mil quinientos soldados separan el sur del norte del barrio. Los puntos fuertes, en Wagnerstrasse, la 46ª comisaría, la estación de Friedrichstrasse y Pfenningsbusch, extienden silenciosamente sus brazos tratando de alcanzarse unos a otros en la oscuridad, como un cordón de policías empujando hacia atrás alguna inocua manifestación callejera.

De repente, el anillo se cierra con un chasquido; un anillo de músculos elásticos en el que las pesadas moles de los vehículos blindados, formados como sombrías piedras en un brazaletes, avanzan de nuevo

impetuosamente contra las barricadas. Una masa compacta sube rodando y penetra en la garganta de Barmbeck. Es cierto que nuestras guarniciones están todavía en sus puestos. Pero el tiempo juega en su contra. El enemigo gana ventaja con cada gota de oscuridad que la noche fuerza entre los dientes firmemente apretados del barrio.

Al final, los blancos son tan invisibles como los insurgentes y por lo tanto tan invulnerables como ellos. Y son más.

A ambos lados de una de las calles, pegada contra los muros, avanza una patrulla en dos hileras. En uno de los portales el oficial al mando agarra a un hombre de aspecto inocentemente intelectual y le hunde un revólver en las costillas. No ve a un segundo hombre que, con un rifle en las manos, ha retrocedido escondiéndose en la oscuridad y está inmóvil como una piedra. Por segunda vez en este día, los *Landsknechte* (mercenarios) se han apoderado del foco principal del furioso Barmbeck y lo han dejado escapar entre los dedos. Una hora y media más tarde, Kb. daba órdenes a sus tiradores de disolverse y desaparecer de Barmbeck ya entonces rodeado, medio estrangulado y medio inundado por torrentes de enemigos invisibles.

Cada quien se abrió independientemente su propia línea de retirada; uno emprendió el sendero montañoso de los canalones y las crestas rocosas de los tejados de esos Alpes urbanos hechos por el hombre. Ninguno dio un paso en falso, no atraparon a nadie.

A la mañana siguiente ya se habían vuelto a reunir los treinta y cinco en el norte de Barmbeck y decidieron abrir trincheras en el amplio semicírculo del terraplén del ferrocarril. Y, de nuevo, durante varias y largas horas hubo combates, tiroteos desenfrenados, obstáculos taponando las calles aledañas, barricadas y muchas, muchas bajas del enemigo. Entran en servicio cincuenta rifles nuevos... desgraciadamente, armas de juguete provenientes de un club local; y con ellos, este levantamiento comprimido en ambos flancos por el terraplén, logra rechazar tres ataques, tres jaurías de sabuesos son obligadas a retirarse con la cabeza destrozada; ese día costó cuatro hombres a los rojos. Cuatro camaradas excelentes: y el viejo Lewien pagó por ello con el precio de una sangre extremadamente dolorosa. Esos sonajeros infantiles, los rifles de los deportistas del club fueron hallados en su jardín. A la anciana señora Lewien, que vivía en su casita con una cómoda anticuada, un gato, una cabra blanca, el retrato del viejo Liebknecht, la más vieja, casi centenaria tradición de un ateísmo

valeroso y del viejo partido de la época de la ley antisocialista, le devolvieron primero el abrigo manchado de sangre del viejo y después un cuerpo completamente desangrado.

El hijo mayor, un filisteo socialdemócrata, llegó a escarbar entre los cajones, vender los enseres y pedir a la anciana señora Lewien que firmara unos papeles. Pero ella tan sólo recuerda una cosa: al viejo de pie sobre el camión, sólo entre una multitud de verdes, y lo pálido que estaba.

Aquí, en la tarde del día 24, los camaradas se enteraron casi simultáneamente de la caída de Schiffbek y de la calma reinante en el resto del país.

Ese miércoles, el 24, no habiendo recibido noticias del comienzo de la revolución alemana, el grupo dirigente tuvo que tocar a retirada. No porque los obreros hubieran sido aplastados, sino porque ¿cuál era el objeto de seguir la lucha sólo en Hamburgo, de relampaguear aislados con un derrumbe general por telón de fondo?

No fue tan fácil ordenar la retirada en una ciudad ebria de victoria, donde la defensa está dispuesta en cualquier momento a pasar a la ofensiva y cientos de barricadas y decenas de miles de obreros están preparándose para un ataque resuelto y para el terrible acto de clausura de la guerra civil, la toma triunfante del poder. El primer mensajero que llevó a las barricadas la orden de replegarse fue derribado de un furioso puñetazo. Era un viejo y honesto obrero que, junto con su familia, había mantenido el peligroso servicio de correo a lo largo de todo el levantamiento. Pensando en este terrible puñetazo que tan injustamente le habían propinado sus compañeros, el camarada P casi se moría y los ojos se le inyectaban de sangre tanto como su mejilla golpeada. Exactamente del mismo modo, toda la clase obrera de Hamburgo apretó las mandíbulas cegada por el dolor cuando recibió la orden de liquidar la insurrección. Era necesario disfrutar de confianza en las masas como T., que había crecido con sus organizaciones, y estar tan inextricablemente vinculado al meollo del proletariado, para poder dar tan impunemente como él esta abrupta vuelta de timón hacia la desmovilización.

De acuerdo, se retiraron. Contrariados y refunfuñando, despidiéndose por última vez a pesar de haber rechazado al enemigo de sus barricadas durante muchas horas. Aprovechando la confusión, los tiradores abandonaron las zanjas, barricadas y puestos de centinela sin hacer ni un solo ruido. Partieron con sus armas, llevándose consigo a muertos y heridos; borrarón todas las huellas que iban dejando atrás y se dispersaron

gradualmente en los suburbios ahora silenciosos. Esta retirada planeada se llevó a cabo al amparo de tiradores distribuidos por los tejados. Ninguno de ellos abandonó su puesto de combate hasta que, cinco pisos más abajo, el último insurrecto había dejado su trinchera y el último herido, apoyado en los hombros de sus camaradas, se había ocultado tras la entrada de alguna casa segura. Aguantaron todo el día, contuvieron a los blancos sin cesar, corrieron de un lugar a otro a lo largo de cornisas asomadas sobre barrancos y propicias para un resbalón fatal, atravesando huecos de escaleras abiertos como trincheras, pasando pozos y ventanas de buhardillas a través de las cuales la policía, olfateando el vacío y la derrota tras las desiertas y acalladas barricadas, se abría paso cada vez más decididamente.

La lucha se había convertido en una persecución. Toda la población escondió y puso a salvo a la heroica retaguardia del octubre de Hamburgo, mientras aquellos solitarios heridos, renegridos y acosados todavía disparaban desde algún lugar y se enterraban inmediatamente después en una familia obrera desconocida; vestidos con harapos, las manos ensangrentadas, las bocas negras y reseca, esquivando una jauría de cazadores que pasaba corriendo, bramando y profiriendo maldiciones, ante la puerta que apenas acababa de cerrarse.

Uno de los últimos en retirarse fue el viejo camarada de partido W., quien tambaleándose de cansancio y ebrio de ganas de recostarse y dormir, no lograba ya aferrarse a las resbaladizas tejas o al canto de una cortante chimenea. Finalmente, cuando allá abajo se abrió ante él una salida a la libertad en las sombras de alguna entrada lóbrega, se detuvo de nuevo para montarse el rifle y descargar los últimos cartuchos con un júbilo malicioso. La esquina en la que se estaba apoyando había sido lacerada por las balas. Por pura suerte ninguna de ellas le había rozado la cabeza, ahora, una sombra contra el muro de piedra coronada de rasguños y agujeros. Lograron llegar a tiempo de ponerlo a salvo. Alrededor del cuello, sobre una camisa abierta y un torso velludo y sudoroso, llevaba anudada una corbata deslumbrantemente elegante.

“¿Por qué llevas puesta esa Schlips [corbata], compañero?”

“*Ich wollte festlich sterben.*” (Quería morir como es debido.)



SCHIFFBEK

Distribución de las barricadas en el barrio de Schiffbek.

SCHIFFBEK

Extendiéndose un poco a las afueras de Hamburgo, donde una monótona hilera de postes de telégrafo emprende el camino en dirección a la plana, arenosa y demudada Prusia, se encuentra una pequeña población obrera con el nombre de Schiffbek. Está situada entre el Bille, un riachuelo lóbrego y liso como hojalata, y colinas en las que crecen árboles desparramados que se han quedado medio calvos y desgrefiados por el viento y también una serie variada de casitas de dos pisos de una colonia obrera.

En el centro, la iglesia evangélica se yergue vacía como una sombrilla oxidada, clavada en la tierra, puesta a secar después de la lluvia y olvidada allí para siempre. Como no cree en Dios, la población cosmopolita de esta colonia obrera no la visita. Hoy, después de los combates, ahí está con un ojo amoratado, sin vidrios en las ventanas ni puertas: un sacerdote que se ha extraviado en el camino y ha acabado metiéndose en luchas ajenas.

Una gran fábrica de productos químicos se levanta sobre una pequeña isla en la parte más alejada del Bille; fría, ponzoñosa y llena de cristales que se van depositando en las negras y heladas aguas. Una venenosa naftalina verde cubre el lecho del río como una película de musgo fresco y corrosivo. En esta fábrica trabajan unos mil obreros.

En el interior de los hornos siempre en combustión, un fuego denso como de planetas fundidos se vierte hacia afuera. Se observa a través de unas ventanillas diminutas. A veces, el calor blanco está recubierto de una ligera bruma carbonosa pero generalmente es tan blanco e inmóvil como la ceguera. Desnudos hasta la cintura, los obreros se abalanzan desde los hornos flameantes hacia el frío de la nieve o la lluvia intentando escapar de una atmósfera asfixiante. Las gigantescas colas de yegua de las marismas de antaño se hacinan ahora en los rincones como montones de carbón.

A lo largo de ambos lados de un estrecho corredor de piedra se encuentran una enorme caldera de vapor y un gigantesco horno de fundición. La noche de Navidad, su chimenea, más alta que las demás, parece un hurafío fumador que de repente se hubiera quedado sin tabaco.

Las “chozas de hojalata” se extienden al borde de las manchas de desperdicios blancos ahora congelados. Estas instalaciones, como un largo cuerpo sin piernas, aprietan el vientre contra el suelo y tienen siete chimeneas todas de la misma altura, colocadas en fila como minaretes, desde los cuales cada mañana un estridente almuecín³² llama al trabajo.

Trabajar en esta fábrica es sumamente nocivo para los pulmones. Los más fuertes no resisten más de cuatro años. Hay que ser como S.,³³ un héroe de la insurrección de Hamburgo, para salir ileso después de trabajar varios años en este infierno. Pero S. es un gigante de cuya constitución está orgulloso todo Schiffbek.

Pregúntese a cualquier golfillo y contestará que S. puede levantar en el hombro a seis hombres agarrados a una barra de hierro, que sus manos son mucho más grandes y de mayor cabida que los monederos que las buenas amas de casa de Schiffbek llevan al mercado, y que por la mañana, cuando columpia sus extraordinarias piernas fuera de la cama, todo el vecindario cruje y se tambalea al grado que las vecinas sin reloj saben que ya es hora de despertar a sus maridos para ir al trabajo. De modo que, según hemos dicho, como S. es un coloso tal, un espíritu audaz, bolchevique y generalmente diabólico, las “chozas de hojalata” no le han perjudicado mucho. Pero el pequeño C. salió de ellas con una pierna chamuscada hasta el hueso y K. escupiendo flemas rojas en su sucio pañuelo.

Más arriba del Bille se encuentran las torres humeantes de Jute, una de las plantas manufactureras más grandes de Hamburgo. Allí trabajan de forma predominante mujeres mal remuneradas y escasamente organizadas, el partido ha llevado a cabo año tras año una dura lucha contra el patrón, contra los sindicatos mencheviques, contra la inercia de las propias mujeres –notablemente clamorosa e inflamable pero fácilmente intimidable– y contra el sacerdote.

Las mujeres de Jute se resistieron tenazmente a cualquier organización estable. Siempre que se presentaba la ocasión, se quejaban de sus salarios y, después de los primeros días de huelga, iban quejumbrosamente a hacer las paces con el gerente, al principio rompiendo los cristales

³² El almuédano, **almuecín** o muecín es, en el Islam, el miembro de la mezquita responsable de convocar de viva voz a la oración o adhan, con una frecuencia de cinco veces al día, desde el minarete o el alminar.

³³ La figura principal del levantamiento en Schiffbek fue, según un relato posterior, Fiete Schulze; posiblemente es a él a quien Larisa se refiere como S (según Richard Chappell, en la nota a la edición inglesa de *Hamburgo en las barricadas*, México: ed. Era, 198, p. 15).

de su oficina y después informándole sobre quiénes eran los instigadores. No obstante la fábrica, en el desarrollo de su actividad capitalista, está entresacando de esta masa de mujeres imprecisa y fácilmente explotable los primeros cabos de una fuerte solidaridad proletaria.

Por muy dóciles que hayan podido ser, los salarios no han parado de caer. Uno tras otro, los departamentos han sido sometidos a la frenética carrera inflacionaria de precios y salarios. Aunque limitadas a los confines de sus propios hogares, de su economía doméstica y de su fábrica, las mujeres siguen tan unidas como indiferentes son a los movimientos políticos que trascienden esos confines. Puede que no se enteren de una huelga general, pero nunca abandonarán a sus compañeros de la sección vecina. Así pues, hace ya más de un año ahora, Jute, básicamente apacible, afortunadamente no ha trabajado más de tres días de cada seis, ya que el resto del tiempo la fábrica sale a la calle a apoyar a la sección que en aquel momento está en huelga.

“¡Oh, ha!” (Expresión favorita de todo verdadero hamburgués).

“¡Oh, ha!” dicen los obreros que han estado haciendo labor de propaganda en la fábrica Jute durante meses y años, “el hambre las está convirtiendo en buenas comunistas”.

He aquí a una de las asombrosas mujeres que han salido de Jute. La llamaremos Elfriede y diremos que es hija de un vigilante nocturno de Schiffbek. El padre era conocido en la población por ser un menchevique ortodoxo, propietario de una espléndida carabina con la que mantenía en orden y tranquilidad las zonas abandonadas y los edificios a su cargo llamados *Hundebuden* (perreras) por los trabajadores.

Pero mientras el vigilante defendía fielmente la ley de la propiedad privada con su carabina, Elfriede trastornaba y pisoteaba, en todos los sentidos, estos bastiones sagrados con su asombrosa belleza.

Elfriede no sólo era una perfecta comunista, una excelente compañera de trabajo y una muchacha heroica que luchó en las barricadas poniendo en pie a toda la población femenina de Schiffbek para organizar cocinas de campaña y llevando ella misma en pleno tiroteo café caliente y cartuchos nuevos amarrados alrededor de su delgada cintura a los tiradores en las trincheras: encerró con sus propias manos a su viejo padre bajo llave, incrementó con su rifle anticuado el escaso material de guerra del partido y fue capturada finalmente por la policía en plena actividad criminal, a saber,

cuando estaba pelando patatas para los insurgentes, con las mangas arremangadas en medio de montones de peladuras recientes; no sólo fue una mujer valiente y activa dedicada indisolublemente al partido, sino también uno de los primeros ejemplos quizás de un nuevo tipo de valentía, tan desafortunadamente falsificado en las páginas de la novela neoproletaria y en las homilias de los revolucionarios de salón.

Con ella llegó al distrito de Schiffbek, azotado por la pobreza, el espíritu de destrucción y libertad. Elfriede se negó a convertirse en la esposa de nadie. Su nombre evocaba el tímido respeto y el odio furioso de las esposas legales a cuyos maridos ella se llevaba por un día, un año o una vida, y de los padres y amantes.

Conquistaba a quien se propusiese, hacía el amor mientras en ese amor no hubiera mentiras y después devolvía arrogantemente la libertad a su cautivo. Pero a nadie pidió apellidos, escudo o ayuda para ella o su hijo. Nunca, ni en la debilidad ni en la enfermedad, buscó apoyo en la ley que toda su vida había despreciado. Del banquillo fue a la cárcel.

Pero primero una escena, una asombrosa escena que de hecho tuvo lugar en un pasillo de la alcaldía de Hamburgo de cuyo balcón fue cuidadosamente arrojado el doctor Laufenberg en 1918 y a donde fueron conducidos los comunistas detenidos el 23 de octubre.

En ese día siniestro, se encontraban alineados en el patio principal de la estación de policía de Schiffbek en filas de tres, cuatro o cinco, camiones cargados de obreros arrestados, tendidos boca arriba y amontonados unos encima de otros.

¡Los rebeldes! Habían peleado en una batalla abierta siguiendo todas las reglas de la guerra honesta, arriesgando vida por vida frente a un adversario cien veces más fuerte y, aun así, apiadándose de los prisioneros y dejando ir a los heridos. Después de la derrota fueron tratados, claro está, como bandidos cazados, renegados fuera de la ley.

La policía descargaba puntapiés sobre esas hileras de cuerpos ensangrentados, jadeantes, amontonados unos encima de otros. Hombres agonizantes, estrujados, con los rostros aplastados contra los tabloncillos tiznados de carbón, mientras que los camaradas que yacían sobre ellos eran violentamente arrastrados por los *Wachtmeister* (alguaciles) del Reichswehr, que los sacaban jalándolos del pelo y golpeándolos con las culatas de sus rifles en las nuca hasta dejarlos inconscientes.

Había tres hombres abatidos. S., ese roble entre los hombres, un superhombre por su asombrosa fuerza física, vomitó sangre y perdió el sentido. K. estaba agonizando y el pequeño y ágil L., debajo de la bota de su apaciguador, se aprestaba a abandonar de un brinco su destrozada existencia, igual que un ojo se sale de la órbita cuando se llena de fuego y lágrimas. Hablaremos después sobre esto; no quiero referirme a Schiffbek empezando por la fase de las atrocidades de la policía. Éstas son meramente un sangriento y sucio epílogo a tres días de insurrección que no podrán ser borrados de la historia de una nueva humanidad obrera por la bota de un soldado. Porque, en verdad, qué inalcanzable es la resplandeciente cumbre sobre la cual se alza la lucha de los obreros de Hamburgo por encima de la porquería sangrienta de los suelos de las comisarías, de las viles oficinas de los tribunales donde se escribieron y se rompieron, se rompieron y reescribieron los procesos, de los apestosos excusados de esta alcaldía ahora ilustre, en los que se obligó a los arrestados a lavarse e incluso a ducharse, de tal modo que los miembros del ayuntamiento y los señores diputados socialistas que habían llegado para convencerse del trato amable y humano de la policía hacia sus prisioneros de guerra, no tuvieran náuseas al ver la sangre desparramada por todas partes o al sentir el hedor de la ropa de un adolescente, miembro de las juventudes comunistas de Hamburgo, apaleado hasta perder el control de sus esfínteres.

Y así fue como metieron en este largo y blanco pasillo, en el que la soldadesca ebria mantenía contra las paredes a hombres acobardados por el látigo y el olor a caucho y sangre, a esta pieza viviente de la revolución capturada tras sus líneas. En ese pasillo, Elfriede que tan celosa y laboriosamente había defendido su vida digna y solitaria, libre del báculo de cualquier moralidad oficial, y a pesar de todo tan pura y recta como una flecha, en ese pasillo la hicieron zozobrar con el abuso y la burla más obscena y vil.

Cada cuarto de hora irrumpía en el vestíbulo un nuevo grupo de Reichswehr, levantaba del suelo a los que ya se habían derrumbado, golpeaba de nuevo a los que ya habían sido golpeados, revivía a los que se habían desmayado para derribarlos otra vez y, después, cada una de esas escuadras arremetía de nuevo contra ella, parada ahí como desnuda en medio de fieras salvajes.

– *Perra comunista* –gritaban.

– *Puta* –gritaban.

– *No eres una mujer alemana, eres un animal* –gritaban.

Y en esa horrible e interminable cámara de tortura que duró un día, una noche y otro día, esta muchacha recordó: sí, había habido una gran mujer alemana, grande como una estatua de mármol, y nada desde su espantosa muerte había sido tan perfecto y cuerdo en la revolución alemana.

Y, lo que es más, había dejado tras ella un pequeño libro de cartas. Portada blanca con letras rojas. *Cartas desde la cárcel*.

Elfriede resistió en este satánico corredor, gritando sobre Rosa Luxemburgo hasta que la oyeron. Cuando una muchacha se arma con el nombre de Rosa es tan poderosa y temible como un hombre armado; es una guerrera y nadie se atreverá a tocarla.

Es imposible recoger lo que dijo y cómo o cuáles fueron sus palabras.

Pero algún sargento pidió disculpas.

Una de las escuadras salió con el rabo entre las piernas diciendo que “ellos no se habían enterado”. Quizás fue aprovechado este intervalo para apartar de los soldados a uno de los hombres heridos y arrastrarlo con los brazos fuera de la jauría.

Ésta es la historia de Elfriede de Schiffbek.

RETRATOS

1. UN PAR

Una pareja. En Schiffbek cuentan cómo vivía ese par, marido y mujer, ambos viejos e intachables comunistas. Hacía varios años que se habían separado, llevaban vidas independientes, habían formado nuevas familias y no se veían el uno al otro. Soberbio tirador, en octubre él se hallaba luchando tras una de las trincheras que cruzaban las estrechas y desnudas callecitas. Aconteció que su antigua esposa también estaba allí, luchando junto a él. Como antes, en los días del levantamiento espartaquista y el “putsch” de Kapp. Capturaron al obrero y su esposa se entregó al día siguiente. Y de este modo, esta pareja de combatientes se reunió muy naturalmente al primer disparo, bajo el fuego. Juntos enfrentarán el juicio.

2. UNA CASA PROPIA Y EL LEVANTAMIENTO

Ella era miope, normal, una enfermera católica y devota con la vista defectuosa. Hoy, después de la guerra, él es comunista. Un obrero excepcional, diligente y rápido. Se insertó en el partido como una de esas diminutas baterías domésticas que pueden proporcionar luz, hacer girar un rodillo para afilar cuchillos o, cuando son ocho, pueden impulsar un tren eléctrico en miniatura y, no obstante, no siguen siendo más que miniaturas o un milagro enorme de energía, el motor de toda una era de máquinas sólo que a escala minúscula. Cuando es necesario, la pequeña batería puede emitir verdaderas chispas incendiarias, mayores que ella misma.

Este obrero de mentalidad práctica y altamente especializado fue atacado por una dolencia bastante especial y poco frecuente que afecta a una de cada diez mil personas y que es, en consecuencia, incurable; los poseyó un gran y atormentador amor por la devota, huesuda y desgarrada enfermera.

Como es normal en estos casos, el sentimiento fue mutuo y al momento estaban transidos.

Se casaron saltando por encima de las creencias políticas de él y el catecismo de ella e incluso se olvidaron de ambos durante un tiempo. Después, el camarada L., que nunca flaqueó y jamás se separó del partido, empezó a ahorrar dinero para construir su casita en las afueras de

las afueras, más allá del oasis de casitas blancas con tejados rojos que los miembros de la autoridad local, cinco viejos mencheviques, se habían donado a sí mismos con los fondos oficiales. Todos en un mismo lugar, exactamente igual que una gran familia.

El viento sopla alrededor de ellas y la población escupe cuando pasa por allí. De todos modos, estas gentes viven bien y tranquilamente.

L. trabajó; trabajó horas extraordinarias y noches y, en sus días libres, corría a su terreno para ir alzando su casa con gran paciencia y afán, ladrillo a ladrillo, pedacito a pedacito, azulejo por azulejo.

Llegó el primer hijo y también el segundo. El partido se esfumó en la bruma y se convirtió en una perspectiva teórica sobre la vida, una idea encerrada con llave en un rincón desocupado.

A veces, en los momentos de descanso doméstico, L. oía su paso monótono y lo sentía esperar ahí parado escuchando a la puerta de su conciencia.

La esposa miope e industriosa finalmente pudo empezar a vivir en su propia casa, coser junto a su chimenea pulida y brillante, dormir en su cama, criar a sus hijos, limpiar los azulejos holandeses de la estufa, lavar los cochinitos y fregar los relucientes suelos. Los domingos L. leía ahora en voz alta algún romance cortesano sobre el hijo inconvenientemente mal criado de un conde con boda al final.

La mañana del 23 de octubre, L. acababa de sacrificar el cerdo para la Navidad. Ya lo había desangrado, dejando escurrir la sangre en un barril para hacer morcillas. En aquel momento empezó el tiroteo. A pesar de la casa que había levantado con sus propias manos y pintado pedazo a pedazo con el sudor de su frente, a pesar del extraordinario amor por su mujer, el comunista tomó el rifle y partió. ¿Y qué pasó después?

Lo capturaron, lo golpearon y lo pusieron en libertad. Un juicio en unos cuantos días. ¿Qué hacer? ¿Quedarse en casa o huir?

El mismo instinto revolucionario que había llevado previamente a L. a las barricadas, ahora condujo a este obrero alemán bien establecido, aburguesado y domesticado, a las calles en medio del fuego cruzado de las balas que pasaban silbando por las esquinas de las viviendas obreras y los miserables cobertizos; a enfrentar el contingente de tropas regulares de dos mil soldados que bombardeaban este avispero para tomarlo vacío.

Ahora imperaba el despiadado instinto de clase: no abandones nunca más el partido, no te atrevas a desertar, tienes que pasar a la clandestinidad y continuar el trabajo.

Pero si huye, al día siguiente la casa y sus pertenencias, hasta Lumpi el perro guardián, serán confiscados por el gobierno. La esposa, dos niños y el tercero recién nacido se encontrarán en la calle. Además, por alguna razón, su mujer se está quedando ciega y ha empezado a rezar con frecuencia y largamente.

A pesar de todo, una noche llegaron a casa de C. –ella no llevaba sombrero ni gafas– y relataron toda su vida al camarada incluyendo esa maravillosa primera mirada que había decidido en otro tiempo su destino.

Al día siguiente L. desapareció.

3. EL SIGLO XVIII, LA ALEGRÍA DE VIVIR Y LA INSURRECCIÓN

En realidad este retrato no atañe a la historia de la insurrección. Pero en toda galería hay invariablemente, como algo consabido, un *“Das Bildnis eines Unbekannten”* (Retrato de un hombre desconocido) y esos trazos tan anónimos pueden decirnos más sobre las peculiaridades inimitables de su periodo que todos los cuadros firmados.

Tenemos que dibujar una casa, barco hundido que se posa lentamente en algún lugar del fondo del mar, en un callejón oscuro donde de vez en cuando la iluminan la luz de ojos blancos de un automóvil que pasa a la deriva. El farol sobre la verja irradia una luz semejante al resplandor de un árbol podrido.

Una entrada hedionda y ventanas próximas al suelo fisgándose siempre unas a otras.

El dormitorio, frío como el polo norte –los cristales de las ventanas entumecidos, el armario y el lavabo bostezando– se caldea con una bolsa de agua caliente embutida debajo de un helado cobertor de plumas. En el comedor –que es también sala y taller–, el calor denso aunque huidizo de una estufa de hierro; sobre la lámpara una oropelada pantalla de seda que parece las enaguas de una prostituta barata; en la cocina, un fregadero apestoso, gas y un fuerte olor a humedad. Todo el contexto testimonia la indudable prosperidad de un obrero aristocrático; pertenece al camarada K., un artista de la madera.

Está empleado en una de las mayores fábricas de muebles dedicadas a imitar antigüedades. Su especialidad es el siglo XVIII al que, aunque nunca ha leído nada sobre arte, siente en las puntas de los dedos.

Con los ojos cerrados el maestro puede serrar impecablemente la fina capa teñida de color cerezo con incrustaciones de metal y concha de tortuga y, esforzándose tan poco como en el taller del famoso Boulle, construir muebles cuyos contornos decadentes, intrincados y graciosamente curvos emergen del pesado pedazo de madera húmeda que ha caído entre sus manos asombrosamente creativas.

En cada uno de los escritorios antiguos en los que supuestamente nuestras abuelas escribían sus cartas de amor, y en cada una de las mesas de juego en las que los Werthers rompían la tiza garabateando los nombres de sus amadas después de haber colocado una vela junto a las pesadas pistolas, K., el artesano, ajusta, en aras al estilo, cajones secretos, pequeños recovecos y resortes ocultos que, cuando se presionan accidentalmente, entregan en las manos del admirable burgués un par de cuartillas amarillentas, un manojo de no me olvides secos y ese aroma tan precioso del secreto ajeno. Todos estos elementos han sido recogidos por ese mismo artesano, K., con un gusto y un sentido de la proporción inmensos.

El comunismo, para él, ha quedado guardado como un cofrecito lleno de ideas, palabras y generalidades totalmente inaplicables a la vida práctica que constituyen lo más valioso e íntimo de la vida, el estilo político.

Huelga decir que K. no tomó parte activa en la insurrección, a menos que, claro está, se cuente la amplia hospitalidad que dispensó a los camaradas después de los combates.

K. es un epicúreo. Un verdadero hombre del Renacimiento en su efervescente e irreprimible amor por la vida, sus placeres y su palpable y cálida belleza humana; su percepción de todo ello es tan infalible como su habilidad como ebanista. K. cree que el proceso mismo de la vida, con todas sus funciones fisiológicas y profundamente mundanas, se convertirá algún día en la base de la más grande y verdadera belleza. Esta estética social le confiere una afinidad con las cosas sobre las cuales escribiera Edgar Allan Poe: esos jardines y palacios todavía no existentes que serán habitados por hombres sabios, y que K. ya puebla de obreros.

“Si el reino del futuro llegara repentinamente” (concepto puramente germano: sólo un utopista que no cree en sus fantasías podría expresarse de esta manera) él elaboraría maravillosos estantes, camas, mesas y sillas para los palacios de los obreros. Éste es su “cofretillo” comunista ideal.

Pero ahora, la práctica. ¿Por qué no se unió a la lucha en octubre? ¿Por qué sonríe cuando se habla de huelgas y de distribuir panfletos? Dadas esa pasividad deliberada e indiscutible deserción del campo de la guerra civil, ¿de dónde provienen esa arrogancia y esos modales provocadores de un vencedor sobre la burguesía? ¿Por qué a fin de cuentas este hombre, que fue creado para grandes placeres espirituales y físicos y que creía que el comunismo era el único camino mediante el cual él y su clase podrían alcanzar esos placeres, no levantó un solo dedo ni arriesgó el cuello una sola vez durante la insurrección?

Resulta que está robando y saqueando a su burgués. Roba casi abiertamente, atesorando grandes sumas para los estándares de la industria artesanal, llevándose al bolsillo ganancias inimaginables, mientras mira provocativamente a su amo a los ojos y vigila a los cobardes cómplices que lo asisten. Así, después de una semana de la más ardua tarea, trabajando diez horas diarias en tensión continua, aparecen varias botellas de cerveza excelente, su menuda esposa, Elsa, luce ropa interior de seda negra y, desde el rincón mugriento donde el corcho de la Roederer golpea el bajo techo como un hombre alto que entrara errante y se tropezara con el borde de este banco, a través de la bruma de un cigarro puro, a través de la niebla de la humedad sofocante, a través de las doradas ilusiones que estallan en burbujas diminutas sobre la superficie de la jarra de porcelana en la que bullen en efervescencia uvas centenarias, el camarada K., con la sonrisa burlona de un conquistador, contempla a la burguesía a la que ha engañado tan astuta y descaradamente.

Estos son sus momentos de gloria.

Las viejas canciones de Hamburgo son más antiguas y joviales que las nuestras. Hay una sobre la hija de un artesano que amaba a tres bulliciosos aprendices despedidos por su padre, otra sobre caballitos de mar y mujeres, otra más sobre riñas y tabernas portuarias. Él las canta maravillosamente.

¿Cómo decirle a K. que a cambio de las migajas que el amo le permite arrebatarse de su abundante mesa, de la gota de vino robado y de esas pocas horas de bendito olvido, él, insustituible artesano, está dando a su enemigo la médula de los huesos, su vida y esas misteriosas y temblorosas fibras del cerebro en las que reside el talento, igual que cualquier trabajador da su sudor, sus músculos y sus huesos?

SOBRE SCHIFFBEK DE NUEVO

La comisaría de Schiffbek, las oficinas del ayuntamiento, el correo y, en general, todas las instituciones y edificios públicos que personifican el poder del Estado en esta pequeña ciudad de clase obrera con su población cosmopolita, fueron tomados por los comunistas al amanecer del 23 de octubre con la ayuda de una carabina y un cuchillo de monte de hoja dentada con mango de hueso.

Al igual que en el resto de Hamburgo, la comisaría de Schiffbek, repleta como estaba de *Sipos* armados, fue tomada por sorpresa con las manos vacías, rápidamente y sin ruido. A la cabeza de todo el levantamiento y de la organización militar que elaboró y llevó a cabo su plan estaba S., un hombre gigantesco y valiente, uno de esos obreros verdaderamente revolucionarios de los que la Alemania moderna puede sentirse orgullosa. Quizá debido a esta misma fuerza física y a la conciencia de que con un solo movimiento de sus músculos de acero podía aplastar a cualquier adversario, había desarrollado dos valiosas cualidades como líder: el sentido de la cautela y la capacidad de calcular el efecto preciso de cada descarga de fuerza. Podía caer como un martillo de vapor sobre un yunque partiendo cuidadosamente una cáscara de nuez sin dañar el fruto y un minuto después doblar una barra de hierro.

Su patrulla armada, formada por miembros selectos de la organización local, resistió y luchó como hubiera luchado el mismo S.: cuando se vio rodeado por una chusma invasora que lo acorralaba contra un muro, empezó a derribar a aquellos hombrecillos uno a uno sin detenerse a comprobar el efecto del increíble alcance y poder de sus puños de hierro.

Después de haber ocupado la comisaría, los insurgentes de Schiffbek no permanecieron allí sino que, apoderándose de dieciséis rifles y otros tantos revólveres, abandonaron el edificio que podría haberse convertido para ellos en la misma trampa que había sido para la policía a la que acababan de sorprender y desarmar.

Un reducido grupo de buenos tiradores, ocultos tras los arbustos, los cobertizos de los jardines y las esquinas de las barracas de los obreros, esparcidas a lo largo de las colinas que se encuentran al lado izquierdo de la carretera central que une Schiffbek con Hamburgo, podía mantener bajo el fuego, y así lo hicieron, la carretera, el puente y el terraplén del ferrocarril y contener a una distancia respetable a un enemigo diez, cien, y,

finalmente, durante los últimos ataques de la mañana del 26, mil veces más fuerte.

Un francotirador o *Scharfeschütze* como los llaman aquí, trataría, manteniéndose a salvo tras su escondite y disparando a largos intervalos cada cinco, diez o quince minutos, de alcanzar por lo menos a un hombre y frecuentemente a dos con una sola bala. A estos disparos aislados y siempre mortales, la policía respondía barriendo manzanas enteras con el fuego graneado de sus ametralladoras, segando las vidas de una multitud de mujeres y niños que habían caído accidentalmente en la mira de su impotente rabia. A pesar de todo, tras una breve tregua, un disparo proveniente de un ojo agudo, frío y calculador, zumbaba de nuevo, alcanzando al conductor de un vehículo blindado que, quitándose sus guantes de piel para encender con alivio un cigarro, acababa de asomar su cabeza por la escotilla de acero; a un verde que había salido de un brinco de una esquina; a un soldado del Reichswehr agazapado detrás de un buzón, que acababa de detener en medio de la calle a la esposa de un conductor de tranvía cuyo rostro y la hogaza de pan que llevaba bajo su chal, le habían parecido sospechosos.

El Reichswehr recluta a sus soldados entre torpes mozos del campo. Se trata de los hijos menores de campesinos ricos, una generación que maduró después de la guerra y la revolución. En el campo representan una carga para sus padres; manos campesinas, codiciosas, perezosas, consentidas, que no invertirán suficiente energía en la tierra, puesto que no cuentan para la futura herencia. Esos muchachos, cuadrúpedos políticos, se convierten fácilmente en *Landsknechte* y ven la guerra civil como un pogromo en el curso del cual tienen la oportunidad de ganar mucho arriesgando poco. Pero en vez de mujeres desarmadas y niños aterrorizados en las colas del pan y esa chusma urbana cobarde de la que el cura del pueblo hablaba con tanto fervor, desbordándole la papada por encima de su alzacuellos blanco, esos pequeños campesinos bien alimentados, se tropezaron con las *centurias obreras* y con los impecables disparos a sangre fría de viejos soldados que habían regresado de la Guerra Mundial con todas las insignias de distinción en precisión de tiro y en labores de zapa, bajo el fuego de las ametralladoras enemigas.

Los papeles se han invertido. En Alemania, la revolución se hace con antiguos soldados que defienden sus barricadas de acuerdo a todas las reglas de la ciencia militar, mientras el gobierno tiene numerosas unidades pero totalmente inexpertas y sin foguear, cobardes en combate aunque

brutales cuando se enfrentan a un prisionero maniatado. No es casual que un oficial considerara necesario arrastrar revólver en mano a todo su destacamento de toscos reclutas con el único objetivo de eliminar a un tirador solitario parapetado en la buhardilla de su casa, quien estaba derribando con perfecta precisión a un soldado tras otro; mientras incitaba a su carne de cañón a proseguir el ataque, este teniente profería en voz alta ante toda la ciudad:

“¡Escoria de la tierra, cobardes...! ¡Con veinte de esos [señalando la ventana de la buhardilla] podría reemplazar a miles de ustedes!”.

Pero incluso sin la ayuda del oficial, los obreros de Schiffbek bajo el mando de S. y su jefe de operaciones y jefe de estado mayor, el incomparable Fritz, resistieron la embestida de las tropas regulares. Adaptándose a las características de la localidad, cambiaban constantemente sus tácticas. Allí donde las colinas dominaban la ciudad o donde las casas se alzaban como oasis en medio de terrenos baldíos, dividían sus fuerzas y se agrupaban en pequeñas formaciones de combate, cada una de las cuales se defendía por su propia cuenta y riesgo, avanzaba, se resguardaba y pasaba de una emboscada a otra. Pero allí donde los terrenos blancos y vacíos fluían entre las márgenes estrechas de las calles de la ciudad, se confiaban a la antigua y comprobada técnica de las barricadas, bloqueando los cursos de agua de las calles con firmes diques y excavando zanjas para impedir que los vehículos blindados se abrieran paso hacia los bloques de casas centrales.

A las once y media, la policía, ya entonces en posesión de su abandonada comisaría, inició su primera ofensiva contra Schiffbek. Un destacamento de cincuenta hombres se internó confiadamente en la calle principal: derribando a unos cuantos transeúntes casuales, avanzó hasta llegar a un edificio blanco con una escalera que sobresalía. Minna, belleza de ojos oscuros, pasó junto a los soldados mostrando sus dientes brillantes y haciendo un recuento de los invasores. Éstos ni siquiera se dieron cuenta del distintivo rojo que lucía sobre su pecho generoso. Su pañoleta amarrada en la nuca desapareció tranquilamente calle abajo. Un muchacho, alumno de la escuela local, que había ido corriendo junto a ella, se volvió, empezó a hipar y se sentó en la banqueta. Una bala le había alcanzado el entrecejo.

En el campo de los insurgentes reinaba todavía un profundo silencio hasta que, a una distancia de sólo veinte pasos, varios disparos derribaron al sargento instructor y a la mitad de los soldados del destacamento invasor.

Una hora después, la policía, que en ese momento sumaba unos doscientos, avanzaba no en una sola línea sino desde varios puntos simultáneamente. Los obreros la hicieron retroceder desde sus barricadas y zanjas; desde todos los escondrijos esparcidos por las colinas rociaron a los invasores con ráfagas de fuego. Fritz, el tirador, disparó a la policía, desde la esquina de su propia casa, rodeado de mujeres que llevaban los cartuchos en delantales desgarrados. Una imagen clásica: una gorra de tela con visera larga y puntiaguda amarrada con una pañoleta en la barbilla, una chaqueta hecha jirones y, debajo, un grueso suéter gris de estibador. Su pelo, el cual la bella Minna hasta hoy no puede recordar sin reírse, parece el de un bandido. Después de cinco minutos de espera, un disparo, solamente uno: con él, Fritz había alcanzado a cuatro hombres.

Hay que decir que Schiffbek es rico y renombrado por sus Fritz. Otro de ellos dirigió la defensa de las barricadas y las zanjas. Junto a S. parece casi bajo. Pero mientras S. creció al azar, ramificándose por todas partes con una copa bondadosa, poderosa y voluble, allá arriba en el cielo, Fritz es un arbusto rechoncho, firmemente agarrado a la tierra en algún lugar entre las piedras bajo una fuerte brisa de mar. Talones juntos, pecho como un tambor, con las manos en los bolsillos y los hombros un poco avanzados, hombros de boxeador entrenado, de atleta. Un silbido, pullas insolentes y la capacidad de hacer sonrojar tanto a una mujer como a una policía mirándolos de arriba a abajo. Además poseía una audacia que le había ganado el intraducible apodo de *Didlein*, mote tanto despectivo como halagador que significa “compañero”, “pícaro”, “vivales”, “temerario”, “mentiroso”, “pistolero”, “bellaco” y “pastelero”, pero en general un buen tipo. En tiempos de paz, este Fritz había desconcertado bastante a los sosegados funcionarios del partido con su fuerte olor a muelle y su espíritu provocativo fuera de lo común, pero durante los días de combate hizo milagro tras milagro. Corría de ventana en ventana, incitaba, se contenía, reponía fuerzas, profería juramentos y daba órdenes como un centro nervioso entre todos los nudos errantes de los insurrectos.

A la una y media el gobierno atacó Schiffbek con quinientos hombres y un escuadrón de vehículos blindados. La refriega duró hasta las seis de la tarde. Dos tiradores de primera pueden ser perfectamente capaces de resistir duramente un largo rato, pero al final el valor y la tenacidad tienen

sus límites. A fin de ganar tiempo, los combatientes abandonaron sus zanjas muy silenciosamente, se sumergieron en el portal más cercano y, hora y media más tarde, las narices de acero de sus rifles se asomaban por encima del borde de otra barricada, uniéndose sucesivamente al combate en las zonas más apuradas.

Entre tanto, el enemigo todavía inundaba con fuego la emboscada ahora silenciosa. De vez en cuando la vehemencia amainaba; paraba el fuego ciego de la artillería y un explorador gateaba por la banquetta. Pero entonces, desde algún lugar en una buhardilla cercana, zumba un disparo solitario y se reanuda el bombardeo con mayor intensidad contra el foso repleto sólo de cartuchos vacíos, escombros y tierra carbonizada. Finalmente, el teniente, blandiendo su revólver en un gesto heroico, condujo a sus mosqueteros al asalto. Disparando ciegamente al aire y profiriendo gritos de guerra cayeron dando tumbos en el foso vacío.

Caía la tarde. Como un centinela, la puesta de sol hundía sus sombras puntiagudas como de bayonetas a través de las calles. En los tableros de avisos de Schiffbek, ya había aparecido un cartel proclamando la huelga general y saludando al gobierno soviético. Los treinta y cinco comunistas, asediados por miles de soldados, estaban convencidos de que toda Alemania se alzaba tras ellos. No obstante, incluso sin llamamientos, toda la población apoyaba a los comunistas. Ocho mil personas salieron a las calles y si no tomaron parte en la lucha fue simplemente debido a la falta de armas.

¡Pero la sagrada *intelligentsia!* Vale la pena recalcar que en el pequeño Schiffbek, lo mismo que solía suceder en Rusia y en todas las demás partes donde la revolución social acaba por alzarse en armas, los intelectuales disparan al lado de la Policía y de los soldados. Ni un solo profesor, –¡porque qué profesores hay en Schiffbek!– ni un maestro –los maestros tienen buenas intenciones pero son tímidos– ni siquiera una comadrona –en Schiffbek las mujeres paren a sus hijos sin la menor ayuda médica–, tan sólo un anciano conserje de escuela, que se declarara a favor de los frutos de la Ilustración europea. Abandonado en sus locales desiertos, el miserable sesentón, con la cabeza saturada de sabiduría escolar, un obrero que había aprendido a despreciar los callos, el tufo de la pobreza y la ignorancia musculosa y joven, tan profundamente como él mismo era despreciado por los pizarrones implacables, los uniformes de los maestros y los sabios de yeso sobre la estantería del despacho del director, este anciano conserje agarró su pistola y decidió disparar contra

su propia clase, los alumnos que estaban estudiando el desorden en las calles en vez de caligrafía y las Sagradas Escrituras.

Afuera, llaman a la puerta. El conserje se esconde. Lllaman de nuevo y las puertas se salen de sus goznes empujadas por el hombro airado de S. Entonces, levantando un brazo como en el monumento a Schiller, con aspecto cómico y amenazador y el cabello revuelto, el anciano disparó apuntando al amplio pecho del obrero y erró el tiro. Aquí finalizó la postura majestuosa. El conserje corrió hacia las escaleras perseguido por S. Éste subía a pesar de la pistola desenfundada y vociferando por todo el edificio:

– ¡Viejo *Karnikel* (conejito) loco! Lo único que haces es vaciarles los orinales para apoyar sus conocimientos.

– ¿De qué le sirves a nadie?

Y le quitó el revólver al tío Paulus.

El viejo sollozó amargamente, porque tantos años de borrar el álgebra franca y los horarios de los pizarrones lo habían convertido en un verdadero intelectual; el desesperado y frenético martirio y, después, las lágrimas de impotencia lo demostraban.

S. le dio con los nudillos en la cabeza y lo dejó marchar. La situación era la siguiente: S. reía y blasfemaba horriblemente, sujetando al viejo y su infeliz arma con una mano, en tanto se limpiaba el tizne de la cara chamuscada por el tiro. Paulchen entre sollozos fue obligado a hacer pedazos su viejo y profanado carnet de partido.

Alrededor: niños, disparos, muerte y risas.

En la tarde, los combates habían amainado. Los obreros tuvieron que retirarse –S., hoy todavía, habla de esto con profunda vergüenza y vejación infantil–, retirarse quinientos pasos respecto a sus posiciones anteriores. Esto en el flanco de Hamburgo. Pero en la retaguardia los soldados habían logrado penetrar hasta la plaza principal donde los ricos residentes les arrojaron salchichas, margarina y felicitaciones en profusión. El cerco se cerró y amenazaba en convertirse en un estrangulamiento. Un pelotón de insurgentes llegó al rescate procedente del destrozado Barmbeck y no pudo abrirse paso a través del bloqueo de la policía. Para entonces, los vehículos del mando militar atravesaban las calles de Hamburgo: los oficiales del Estado Mayor corrieron a inspeccionar la red de barricadas y se dieron cuenta de que sus posiciones eran magníficas.

Al romper el día, los obreros estaban de nuevo tirados en las trincheras, las buhardillas y detrás de todo posible escondrijo. Pero el enemigo, al que el día anterior se había rechazado en tres asaltos, no dio señales de vida. Desde unas cuantas fábricas comenzaron a aullar las sirenas continua e inútilmente. Al final de todas las bocacalles que iban a dar a los campos, las patrullas se paseaban arriba y abajo relevándose regularmente. Desde lejos, estaban montando guardia sobre las barricadas como sobre un prisionero cautivo. Después, una amenazadora quietud. Al principio, esto los alentó. Después, los perturbó. Y más tarde percibieron que un enorme peligro serpeaba hacia Schiffbek desde estos eriales silenciosos y se dispusieron a enfrentarlo.

Treinta y cinco contra cinco mil.

Alrededor de la una, apareció una unidad de cuatro vehículos blindados y seis camiones por la dirección de Horn y descargó un gran contingente de Sipos en la carretera. Desde Uhlenfeld, al norte, veintiséis camiones cargados de verdes. En dirección a Eimsbüttel, caballería. Un aeroplano descendió muy bajo y voló sobre Schiffbek barriendo con una cortina gris de balas sus muros ya acribillados.

A pesar de haber sido abatido por los aliados, el ejército alemán va galantemente a la guerra contra sus propios proletarios. Pero el ejemplo es evidentemente contagioso, porque ahora son los obreros los que agujerean a las fuerzas gubernamentales. Caballería, infantería, vehículos blindados, aviación y, sobre el contaminado riachuelo Bille, toda una flota compuesta por cinco lanchas de policía fluvial, mientras un puñado de obreros, mofándose de esta tecnología y del hinchado y podrido caparazón de este ejército asalariado a expensas de las jugosas propinas de los patronos, sigue resistiendo hasta las cuatro de la tarde. Finalmente, después de haber rechazado a las tropas a lo largo de frentes desparramados y desprotegidos, el sitiado Schiffbek, arremetiendo contra columnas contraídas y rotas de azules, verdes y de otros soldados valerosamente coloreados, irrumpe a través del anillo de emboscadas y emerge armas en mano hacia la libertad a través de esta sangrienta brecha. Es cómico relatarlo: tres hombres con rifles forman la retaguardia de este ejército obrero en miniatura. Mantienen a las "Fuerzas Navales de la República" a respetable distancia, mientras S. y sus hombres se abren camino hacia el campo por la estrecha brecha entre el río y la carretera principal.

Después, la celebración de los vencedores. El pandemonio de denuncias, registros, brutalidades, arrestos y servicios eclesiásticos. Todo esto durante casi dos meses. Decenas de obreros se encuentran fuera de la ley. Muchos están detenidos y esperan juicio. Sus familias siguen escondiéndose en las húmedas barracas; una a una, las mujeres de los insurgentes son despedidas de las fábricas y puestas en la calle. De vez en cuando, aparece por sus casas un líder sindical, mensajero seguro: hinchado y amarillento por el yodo y la cabeza envuelta en blancos vendajes. Durante la insurrección, la Policía, por un error, lo había capturado y molido a golpes, cerca de los "tugurios de hojalata". Ahora se está arreglando la dentadura, lleva a cabo labores de espionaje y funge de enlace.

Hambre, nevadas, camas sucias y heladas, la renta, los gritos del casero y el invierno, abatiendo sus blancas varas de abedul sobre la carretera, entre el diminuto cuchitril que huele a gas, el retrete, la porquería fangosa y la oficina de empleo. La oficina es un edificio gris que se alza saludando al campo abierto. La parte posterior de este edificio, que se ha quedado como dormido en servicio, está recubierta con nuestras proclamas.

De vez en cuando, las mujeres que han estado sometidas a todo tipo de presiones y a toda clase de privaciones son interrogadas por una partida policiaca o por un gendarme con papel y lápiz, que también las increpa. Y entonces, toda esta impotente pobreza eriza sus espinas y presenta la más rígida y valiente resistencia tanto al poder civil como al militar que bate sus sonoros espadones en la escalera de entrada, resbalosa por el agua sucia congelada.

La esposa de un insurgente de Schiffbek aprieta los brazos a ambos lados del cuerpo, el rostro rojo de ira, cerca de la estufa o el fregadero y gritándoles a sus hijos que lloran y al perro de áspera pelambre que ladra furiosamente debajo de la banca desvencijada; alza la voz en tono estridente, irritante, y aleja los papeles que le han puesto delante, echando a un lado los obstinados y sudorosos cabellos que le caen sobre la ceja; niega vehementemente y se escabulle: se niega a firmar ningún documento. Como si los arrojara desde un balde de basura, así lanza sus insultos sobre las cabezas de los funcionarios, que optan por la retirada. Estas mujeres, para las que no hay nada que comer y que al día siguiente serán expulsadas de sus cuchitriles, hostigan públicamente a la Policía mofándose despectivamente de ella con sus cáusticas burlas.

La noche de Navidad se reúnen a coser docenas de muñecos para los hijos de los comunistas que han huido. C. se las ingenia para hacer una casa de muñecas con viejas cajas, recubriéndolas con periódicos y reyes y reinas raídos de naipes descartados.

Vecinos hambrientos acuden con regalos, una pastilla de jabón, una muñeca o un par de calcetines calientes.

Finalmente, en la noche, un destacamento de obreros llega de Hamburgo con una carretilla de harina y margarina de parte de los camaradas norteamericanos. Cincuenta kilos de manteca y veinticinco libras de azúcar para setenta familias, cada una con tres o cuatro bocas que alimentar.

El hambre alcanza su apogeo varios días antes de la Navidad. Respondiendo a una oferta de la sección holandesa de la Ayuda Internacional Obrera, Schiffbek se dispone a enviar cincuenta de sus niños a Holanda para que se alojen en casas de camaradas extranjeros.

Llaman a la puerta; llegan unos obreros con expresión apenada en sus rostros; sólo miran la ropa tendida sobre la estufa apagada o la pared sifilíticamente verde y preguntan por el tiempo, la salud, esto y lo otro.

Indagan la mirada vacía de la madre: ¿a quién se llevarán, un niño, una niña, de qué edad? Un cuarto de hora para prepararse. Sin equipaje. Unos cuantos minutos de dolorosos chillidos sobre las rodillas temblorosas de la madre. Pero las calcetas ya están bien ajustadas, todos los botones debidamente abrochados y la madre peina la mata de pelo alborotada de la hija con gestos bruscos y perentorios que son al mismo tiempo dilatorios y secretamente lentos. Un cuarto de hora después la criatura es arrancada para siempre de sus raíces en el desgarrado Schiffbek.

Dos madres no quisieron renunciar a sus hijos.

Una, cargada con cuatro muchachos y dos niñas; su marido está arrestado y a ella la han despedido de la fábrica; en su ventana, en vez de cristal hay papel de periódico; mantiene las seis bocas justo por encima de la línea de flotación, mediante economías inconcebibles. La otra ha llegado al máximo de suciedad, despreocupación, jovialidad y deterioro físico. Niños de todos los colores de piel, de muchos padres ardientes aunque brevemente amados. Las niñas vinieron al mundo sin que nadie les preguntara pero esplendorosas, igual que un maravilloso girasol amarillo dorado brota de una semilla caída accidentalmente en una franja de tierra sembrada de basura.

Los niños son robustos y listos y cuando se tengan que desenvolver solos serán como las firmes y verdes puntas del arce agarrándose al moho y a la carne de algún viejo muro de fábrica con su tronco rechoncho. Entre lágrimas, maldiciones y juramentos contra su involuntaria fecundidad, en medio de niños chillando y repartiendo tirones de orejas, siempre en medio de las corrientes de aire con su ligera falda que se le pega a las rodillas y un bebé chupando un rato el borde de un sucio suéter y el pecho exhausto y desnudo otro, esta madre se negó a enviar a ningún miembro de su animosa y hambrienta cuadrilla al exilio.

Entre esas familias desesperadas que viven en la agonía del Schiffbek ahora sometido, hay una tan feliz que las mujeres del vecindario acuden por las tardes a disfrutar de su inusual tranquilidad. Una mujer menuda, morena, envejecida prematuramente pero de ojos negrísimos y color muy oscuro y algo sureño en su voz que crepita y recuerda el crujir de las castañas bien asadas y cubiertas de cenizas bajo las ascuas. Sus hijos, cuatro, parecen planeados: dos rubios con ojos azules, dos de piel aceitunada y ojos negros. Pequeños checos y pequeños alemanes alternativamente. Su marido es el camarada R., un antiguo comunista que había sido golpeado en el ejército debido a su apellido polaco y a sus modales peligrosamente taciturnos, tras los cuales el sargento instructor percibió a un pacifista; miembro del grupo *Espartaco*, uno de los combatientes más antiguos del kpd y herido en el “putsch” de Kapp.

En la vida de todo hombre hay periodos en que el pus se acumula y se ulcera. Cualquier aspereza –la enfermedad del hijo más pequeño, un intercambio desagradable con el jefe, encontrar a un chivato justo al salir de una reunión ilegal–, todo adquiere un carácter sórdido y maligno. El camarada R., extranjero y cargado con una familia, sin trabajo la mitad de la semana y conocido desde hace mucho como comunista, sintió agudamente que él y los suyos podían caer en cualquier momento bajo la rueda. Estaban todos exhaustos, cada vez con más hambre y más frío.

Después, los combates. Y octubre no había traído la victoria en la que Schiffbek, este Verdún del levantamiento de Hamburgo, había creído tan fantásticamente. Pero la policía no había logrado capturar a R., quien había participado tan enérgicamente en el movimiento.



Desde el extranjero envió a su esposa una carta y una visa. Uno de esos raros milagros que todavía ocurren.

Todo el mundo en la vivienda de R. suspiró, se relajó, respiró hondo y empezó a hablar en voz baja.

Esta carta llegada del extranjero fue como la raspadura de una pala distante que excavara para sacar a esos cinco seres humanos de la avalancha que había caído sobre su techo.

HAMM

El barrio de Hamm. Este distrito no es nada adecuado para la lucha callejera a causa del trazado de las calles, anchas y rectas.

Es difícil atar sus expansivas avenidas con un cinto de barricadas. Las partes frontales de las barracas obreras, lisas y desnudas, caen a pico sobre el resbaladizo asfalto. Los muros no proporcionan ningún escondrijo a los tiradores solitarios que se sienten más seguros tras las crujías, vanos de los portales y elevados portones de entrada de las viviendas al viejo estilo. Las palas y las barras se mellan al tratar de excavar esta lava apisonada. Se necesita talar unos cuantos árboles muy crecidos para sellar una calle así. Pero en los bajos suburbios no crecen árboles. Es más, las calles rectas, vacías y lisas de Hamm, semejantes a canales de piedra, puede ser fácilmente dominadas por una ametralladora empotrada en un cruce. Hay kilómetros de espacios al descubierto que delatan sin piedad a los binoculares cualquier figura agazapada que trate en vano de buscar refugio y protección en la magra sombra de esas fachadas inhumanas: una figura con gorra encasquetada hasta los ojos, una bufanda de lana enrollada hasta la barbilla y un rifle en las manos.

Todas estas características desfavorables no impidieron que Hamm se convirtiera en un campo de combates breves pero muy intensos. Ni siquiera la heterogénea naturaleza pequeño burguesa de su población pudo mitigarlas: como un solo hombre, los estudiantes que constituían una considerable parte de esta población ofrecieron sus servicios a la policía, no en su propio territorio sino después de haberse escabullido a zonas más seguras de la ciudad.

Un levantamiento armado presupone la presencia de gente en posesión de armas. La insurrección de Hamburgo fue un levantamiento de obreros desarmados que se enfrentaron sobre todo a la necesidad de armarse a expensas del enemigo.

En la zona de Hamm había cinco comisarías ocupadas permanentemente por unidades de Sipos; aparte de las armas que estos llevaran encima, la organización militar esperaba apoderarse de los pequeños arsenales existentes en cada una de ellas.

Así pues, en Hamm, lo mismo que en otras partes de la ciudad, la lucha empezó con obreros desarmados apoderándose de las pequeñas fortalezas de la policía, custodiadas por centinelas y abarrotadas de contingentes militares y municiones de todo tipo.

Una de las comisarías más duras de roer fue tomada por doce obreros armados únicamente con una pistola anticuada.

En la misma puerta de entrada de la comisaría el destacamento pareció titubear. Entonces, uno de los camaradas cuyo nombre, Rolfshagen, puede mencionarse con orgullo –acaban de cerrarse tras él las rejas de un campo de trabajos forzados– hizo un ademán animado a sus hombres: “*Nun man los!*” [Bien, ¡vamos!] y, sin detenerse a ver si alguien lo seguía, saltó los tres escalones con sus inmensas piernas e irrumpió en la comisaría. Tras él llegó su amigo, un joven cajista, pero nadie más. El único revólver, descargado en aquel momento, apuntaba a la multitud de Sipos. Al ver su indecisión, Rolfshagen bramó con una voz irreal y golpeó significativamente la mesa con su puño. Los papeles empezaron a volar, los sagrados óleos de los tinteros se esparcieron por todas partes y el poder estatal se tambaleó sobre sus cimientos.

“Man los, hier wird nicht lange gefackelt!” [Vamos, ¡no es momento de quedarse ahí parados!].

Los policías se rindieron, alzaron las manos y fueron desarmados y encerrados bajo llave por los camaradas que los habían atrapado. ¿Qué iban a hacer ahora? ¿Resistir en el capturado *Revier* (comisaría), salir a la calle y esconderse bajo tierra, o correr en ayuda de Barmbeck desde donde llegaba a sus oídos el incesante ruido de las ametralladoras? Y no había ningún contacto con el centro.

Cuando permanecía sentado en un rincón en las reuniones del partido, chupando silenciosamente su pipa y acurrucándose en su hirsuta y acolchonada indumentaria impermeable de estibador, Rolfshagen nunca charlaba. No gustaba de las frases plateadas como los rayos de la rueda de una bicicleta, ni de los llamamientos a la lucha a los que son tan aficionados los intelectuales del partido. Concebía un levantamiento como algo simple y directo, sin retiradas, sin la menor vacilación ni desviación, como el barrido de una grúa agarrando su presa, la rectitud de la aguja de un compás y el infalible curso de un barco.

Y así, sin recibir instrucción alguna, Rolfshagen cargó su rifle, apiló los cartuchos en montones prácticos y se dispuso a luchar afuera y morir junto a una ventana cuyo alféizar proporcionaba una ligera cobertura.

Sus camaradas trataron inútilmente de arrastrarlo con ellos, convenciéndolo de todo el peligro que implicaba una posición que podía ser rodeada y aislada. Rolf decidió quedarse.

“Dat is Befehl ick blieb” [Es una orden, yo no me muevo de aquí], y se quedó. Una hora después comenzó el duelo de este hombre con la policía que había inundado el distrito. Después de haber disparado su último cartucho, finalmente cayó, herido en la cabeza, el pecho y el estómago, y perdió el sentido de una terrible patada en las costillas.

Rolfshagen no murió en el hospital, en el que se le extrajeron seis piezas de plomo del cuerpo. Confiado en la rápida victoria de la revolución, rehusó escapar y aceptó con una sonrisa sarcástica los diez años de trabajos forzados que se le adjudicaron por “gracia” de Scheidemann. Aún a la salida del tribunal, se volvió hacia la multitud y gritó a los amigos esparcidos entre la densa maraña de burgueses del público:

“No se olviden de mantener limpio mi revólver. Pronto regresaré a recogerlo.”

Ésta fue la captura de la comisaría de Fort Street.

Ahora, Mittelstrasse. Para empezar, Charli Setter, miembro del parlamento provincial a quien se le había confiado el liderazgo de una unidad de combate, no se presentó sino hasta justamente al final del conflicto y mostró apocamiento, pusilanimidad y una vergonzosa falta de resolución.

En segundo lugar, un obrero, ya no joven pero sumamente ágil y *aufgeweckt*, como dicen en alemán, cuyo largo rostro anémico estaba enmarcado por una barbita negra como un sobre de luto y crispado por el vago temblor de un dolor neurálgico. Había pasado toda la guerra sentado en las trincheras y salió de ella cojo, gravemente herido en la cabeza, sujeto a dolores angustiosísimos, ataques epilépticos e histeria. Su incapacitación no le había impedido, sin embargo, que su dañada cabeza revisara y reconsiderara sus viejas convicciones como socialdemócrata y funcionario del partido. Maldiciendo la guerra y el partido obrero que había actuado como proveedor de vidas humanas para la misma, rompió valientemente con la organización a la que había pertenecido durante más de quince años.

Los camaradas temían fiarse demasiado de K. a quien, tras comprender los engaños del spd, simples discusiones sobre el partido le habían llevado a auténticos accesos de cólera. Pero durante la *Aktion* no sólo aguantó en los combates corriendo los mayores peligros, sino que nunca se dejó llevar por sus nervios alterados. Su conducta fue irreprochable de principio a fin.

En el ataque a la comisaría n° 23, dos extraordinarios hermanos marcharon junto a K. Rott, un gigante de cabeza ensortijada, de oficio obrero de la construcción. No puedo recordar la descripción exacta de su *Branche* (ramo profesional). En cualquier caso era una corta fórmula que incluía hierro, cemento y carbón. Tenía un sonido orgulloso como el lema de una cofradía laboral. En respuesta a todas mis preguntas este camarada sacudió meramente su cabeza sigfridiana y se negó tercamente a dar cualquier informe sobre la función que él cubría personalmente en el negocio. De modo que sobre este rostro severo y regular sigue posándose una larga sombra: una sombra parecida a la de las cariátides que mudamente sostienen toda una estructura. Junto a él estaba L., un carpintero altamente especializado y hombre de cultura y valor excepcionales. El color moreno de su cara, la vivacidad meridional de sus ojos y el romanticismo burlón con el que desenmascara y vacía los planos y laqueados lugares comunes de la jerga política (lo mismo que el artesano prueba la hoja de su herramienta en el borde de su banco de piedra), parecen denotar sangre esclava y posiblemente judía. Provisto de un fogoso temperamento político y una fría sobriedad interior, que lo convierten en uno de los mejores y más destacados combatientes de Hamburgo, L. no olvida ni un solo instante que las palabras más ardientes de la revolución están escritas en realidad con tosca pintura de aceite sobre percal barato rojo. Es un entusiasta con un pequeño congelador en su corazón herméticamente sellado. Su consciente abnegación y la furia con la que puede, en el momento en que se hace necesario, dejar a un lado la fría racionalidad que le importunaba, son mucho más valiosas que cualquier valentía innata.

Tres hermanos anarquistas lucharon junto a Rott y L. Hombres valientes, que habían dejado el partido unos meses antes a causa de su inactividad, pero que tan pronto como circuló la consigna del levantamiento tomaron sus rifles. Toda su familia está compuesta por comunistas. La madre de sesenta años, las hermanas y los dos cuñados también participaron en la insurrección.

En resumen, una célula familiar, un nudo soviético de los que hay bastantes en el fondo de los obreros alemanes. De forma brillante, este grupo (veintiocho obreros con dos revólveres y una porra de caucho) asaltó la comisaría tras cercarla por ambos lados, desarmó a la policía y se apoderó de las armas que allí había.

Alrededor de las siete comenzó a despuntar el día. En las calles, el tráfico se había detenido (por cierto, sólo unas horas en esta parte de la ciudad) y destacamentos de obreros armados paraban a los colegas que salían de sus casas en dirección al trabajo sin sospechar nada.

– ¿Qué sucede?

– Se ha declarado la dictadura del proletariado.

– *Dat kun jo sen, ook io nich wieder gohn.* [Puede ser, pero no durará mucho.]

– *Dan got wi werra nochüs.* [Entonces, vámonos a casa.]

No a las barricadas, no a ayudar a las centurias obreras, sino a casa.

También muy típico.

A pesar de la ausencia de órdenes ulteriores provenientes de su Estado Mayor, la mayoría de los insurgentes abandonó las comisarías saqueadas y se dirigió a Barmbeck, envuelto en humo y donde no cesaba el frenético tiroteo. Se había llegado a la única táctica sensata por instinto. No había forma de perforar el asfalto. No había casi árboles. No disponían de armas suficientes para incorporar a masas más amplias. En consecuencia, los grupos armados se dispersaron en diferentes direcciones para infiltrarse individualmente en la zona de combate.

Rott, L., y el destacamento de hermanos anarquistas (nueve rifles y doce revólveres en conjunto) se encaminaron en dirección a las más fuertes refriegas. En uno de los corredores de piedra fueron salpicados por el fuego de una ametralladora desde un camión. Los que llevaban rifles se tiraron al suelo y después, bajo un fuego cada vez más cerrado, se refugiaron en un callejón. Uno de los camaradas se apoyó sobre una rodilla y alzó el rifle sobre el hombro. Cayó instantáneamente de sus manos. L. recuerda un arroyo de sangre que escurría por el pavimento arrastrando hacia la alcantarilla alguna colilla que alguien había dejado caer. Por un lado llegó el estruendo de un segundo vehículo.

Sin percatarse de los partisanos, se quedó muy confiadamente en una pequeña bocacalle ofreciendo su pesado e indefenso flanco hacia el interior de la misma. Los insurgentes lo barrieron cabalmente con ráfagas de carabina. A continuación, el pequeño destacamento adoptó una formación de cuadro móvil y fue saltando de un lado a otro durante muchas horas, librando finalmente una verdadera batalla sobre el puente del Canal Central. Formaban un cuadro flexible desparramado que, en el momento requerido, se aglutinaba y desaparecía como el agua en la arena. En el centro, tres o cuatro tiradores de primera. Ocupan una encrucijada o el cruce principal de varias calles importantes. En cada una de las esquinas adyacentes hay apostados observadores armados con revólveres, cada uno de ellos resguardado por un kiosco de periódicos, una cabina de teléfono o un tronco de árbol.

Disparan únicamente a corta distancia durante las escaramuzas mano a mano y advierten a los tiradores de un inminente cerco. Precipitándose de un lugar a otro, defendiendo y abandonando puntos nodales sucesivos, este veloz pelotón de tiradores acaba consolidándose junto al puente del Canal Central, donde las estrías de piedra de las calles de alrededor convergen formando un amplio abanico. El puente arquea gentilmente su amplia espalda para pasar remilgadamente sobre la corriente de un descolorido y menguado canal de fábrica que es como una espina en su carne. Los tiradores permanecen cuerpo a tierra de modo que sólo sobresalen, por encima de la joroba del puente, los cañones de sus rifles. Creciendo dentro de corsés de barras de hierro más gruesas que sus troncos, hay unos cuantos árboles miserables que no han huido de este lugar únicamente porque el asfalto ha apesado sus raíces; ellos y un macilento poste de luz son la única cobertura de que disponen los combatientes distribuidos a derecha e izquierda de los tres cazadores más certeros.

A lo largo de toda la orilla, edificios inhabitables caen lóbregamente en el agua. Sólo ocasionalmente, algún tragaluz de bodega se abre en un muro empapado de humedad. Parece una boca bostezante y temblorosa que sale a la superficie para tomar un trago de aire y desaparece una vez más. Esta es una Venecia obrera; donde los palacios de algodón, grasa y hierro no tienen amplias escalinatas de mármol, ni diques; donde el ladrillo y el cemento lamidos por las venenosas aguas de albañal están cubiertos por depósitos de belleza regia, capas de tintes verdes pálido, gris y café rosado, más caprichosas y variadas que el pórvido, el mármol y la

malaquita; sangre, perlas y ceniza del alto *Quattrocento*. La grandeza de los escabrosos callejones cerrados está acentuada no por el tiempo sino por el carbón resplandeciente. Sus sombras son más trágicas que las que pintara la mano de Tintoretto para la floreciente Venecia. Esta laguna que rodea y baña el industrial Hamburgo no sabe de góndolas ni de noches románticas. Acarrea hasta el mar deshechos fabriles, humedad, frío y todas las enfermedades que empapan y traspasan las paredes, metiéndose en la vida, en los sueños, el trabajo y sangre de millones de obreros. Como duque veneciano, las chimeneas de las fábricas se miran entre ellas en espejos nebulosos. El humo desciende desde sus hombros como un atavío esplendoroso y contraen esponsales con su gris, frío y contaminado mar, no por el anillo dorado del Adriático sino por el aullido de las sirenas de los barcos que anuncian la llegada de materias primas preciosas. Las nereidas hace mucho tiempo que murieron en la fría suciedad de los canales. De vez en cuando, algunos chiquillos pescan del agua el cadáver blanco de un pez que flota con el vientre hacia arriba y las agallas dolorosamente distendidas.

Sobre este canal se entregaron a la lucha. De repente, los observadores informaron de la llegada de vehículos. Tuvieron que cambiar de nuevo de posición. Una vez más los mejores tiradores en medio del cuadro y los exploradores en los vértices. Un camión repleto de soldados aparece inesperadamente por una esquina. Con un tiro certero Rot logra darle al motor. Los Sipos abandonan el vehículo y se llevan a los heridos. El destacamento hace de nuevo un esfuerzo desesperado y ocupa el eje del barrio contiguo. Esta vez es atacado por un vehículo blindado bajo cuya cobertura se esparce una línea de verdes. Los partisanos alcanzan con sus disparos al teniente, un denodado pero estúpido teniente que se había lanzado hacia adelante vociferando animosamente para conducir a sus hombres al ataque. Pánico entre los Sipos seguido de una quietud enmudecedora; una quietud bastante apropiada para este fantasmagórico reino de canales abandonados, salpicada por los estandartes silenciosamente ondeantes del humo de las fábricas y las salvas lejanas de la insurrección que está siendo sofocada.

Los insurgentes continúan avanzando por calles vacías, junto a ríos inmóviles y vidriosos, por fábricas ociosas, cerradas como monasterios, y casas sin ojos con las bocas hostilmente apretadas; en los cruces de calles rompen su formación, tan ligera y conveniente como la tienda de un nómada. Finalmente, en medio de una total ausencia de vida, se acercó de

nuevo el estruendo de unas ruedas por la calzada muerta. Esta vez era únicamente una camioneta cargada de periódicos. Olvidándose del peligro, meten las manos en los fardos firmemente amarrados con correas y echan una ojeada a las suaves páginas del *Fremdenblatt* sin encontrar en ninguna parte las únicas palabras que han estado esperando a lo largo de todo este día con más tensión y tormento que su propia victoria: noticias de la revolución en toda Alemania y de la nueva *República de los Soviets*. Rott estrujó un periódico y agarró bruscamente otro. L. lo leyó y palideció, Otto envolvió su mano herida en este trapo sucio negándose a creer sus informaciones y moviendo despectivamente la cabeza. Mentía. Sí, acallaba deliberadamente el levantamiento victorioso en Berlín, Sajonia y en todas partes. No podía ser de otra manera.

Después, echaron los fardos al asfalto y les prendieron fuego. El viento arrebató las páginas flameantes arrastrándolas hasta el canal. Allí flotaron a la deriva como pájaros en llamas, cisnes ardientes.

Sonaban descargas en las calles cercanas. El destacamento emprendió lentamente la retirada, iluminado por el resplandor rojizo de la enorme hoguera que los soldados estaban tratando vanamente de sofocar con las culatas de sus rifles.



POSTDATA: LOS MENCHEVIQUES ALEMANES DESPUÉS DE LA INSURRECCIÓN.

Durante del reciente levantamiento de Hamburgo, los estibadores, que ya habían estado en huelga varios días, no unieron sus fuerzas a las de las masas en lucha. Deambulaban por las calles con las manos metidas en los bolsillos y preguntaban con inocente curiosidad a los camaradas que regresaban de las zonas cercadas por la policía: ¿qué sucede?, ¿por qué? Organizados por los socialdemócratas, miles de obreros se mantuvieron como espectadores pacíficos de los acontecimientos de Hamburgo. Los obreros portuarios (con excepción de los astilleros y plantas procesadoras de desechos del petróleo, en donde los salarios han descendido a niveles ridículos) son aristócratas comparados con la masa del proletariado de Hamburgo.

Ganan más que los obreros más calificados del interior como, por ejemplo, los especialistas de la construcción, los mecánicos o los ferroviarios y, por supuesto, varias veces más que esos parias del puerto de Hamburgo, los empleados en los astilleros. Durante la guerra, esta capa satisfecha trabajó celosamente para el departamento de guerra recibiendo pagas excelentes; estaban exentos del servicio militar y entraron en la revolución como una corriente fría y reaccionaria que combinaba perfectamente su modo de

vida fofo, acomodado, satisfecho y pequeño-burgués con un inofensivo carnet socialdemócrata. En 1918, esa masa de obreros acomodados, organizada por los mencheviques, luchó a más no poder contra el *Consejo de Representantes Obreros* (Soviet), por escurridiza y ambivalente que fuera su política. A las manifestaciones de desempleados, la prohibición de los periódicos burgueses y el desastre del periodicucho del SPD, *El eco de Hamburgo*, que había salpicado sus páginas amarillistas con difamaciones diarias contra el Soviet, estos obreros habían respondido con una poderosa contra-manifestación reaccionaria, el arresto del presidente del Soviet, la restauración del Senado burgués y una huelga de ferroviarios que impidió la expedición de fuertes unidades de voluntarios, movilizadas por el proletariado de Hamburgo para acudir en ayuda de la ciudad de Bremen, sitiada por la división de oficiales del general Herstenberg. En suma, no era la primera vez que los estibadores y otros obreros empleados en los innumerables almacenes del puerto prestaban un valioso servicio a la contrarrevolución alemana.

Y bien podían hacerlo. Los barcos mercantes procedentes de todas los lugares del mundo convergen en el conveniente puerto de Hamburgo. Los navieros no tienen tiempo que perder, no tienen tiempo para estar regateando unos cuantos irrelevantes pfennigs. Por cada día de retraso tienen que pagar estadía; las fechas de entrega no pueden esperar; los fletes convenidos y las tarifas de ferrocarril caducan. Debido a todas estas circunstancias, los estibadores y los empleados de los almacenes gozan de privilegios económicos incuestionables mientras que otras categorías de obreros hace mucho tiempo que perdieron estas dos: la jornada de ocho horas y la mitad del salario de la preguerra. A lo largo de los dos primeros años de la revolución, nunca dejó de hacerse sentir la influencia reaccionaria del puerto.

Estaba en contra de la socialización de los complejos industriales, de la restricción del comercio privado y de cualquier conflicto que pudiera debilitar el valor del crédito de la Ciudad Libre en el extranjero, fortaleciera a sus competidores en otros países y descongestionara la población de un puerto que vive del flujo y reflujo del mercado mundial.

Ya en 1919, los mencheviques de Hamburgo se imaginaron que Inglaterra perdonaría a la capital de la *Uferland* [región costera] a cambio de su virtuosa supresión del comunismo. Hoy no queda nada de esas esperanzas. La *Entente* ha masticado concertadamente las sobras de la Alemania socialista-burguesa y ha arruinado totalmente no sólo a los

comunistas sino también a los mencheviques más moderados. Su bienestar se ha tambaleado, sus sindicatos reúnen limosnas y sus líderes, ahora expulsados de la Gran Coalición, votan por la dictadura de la burguesía; pero las viejas tradiciones tardan en morir. El puerto está pauperizado, aunque todavía es el mejor alimentado de los indigentes y se alimenta sin penosas interrupciones. La agradecida aristocracia laboral ayuda a la policía a retirar las barricadas y asiste a los mítines y concentraciones del SPD en masa.

Ayer fue un día de campo para ellos. La Ciudad Libre de Hamburgo fue honrada con la visita de un eminente berlinés, el director de *Vorwärts*, Genosse Stampfer. Cientos de obreros acudieron a escucharlo. Ni un solo obrero ruso,

probablemente, tendría la paciencia de leer hasta el final un artículo en el que se detallan todas las deformaciones del pensamiento marxista que el experimentado menchevique tuvo la temeridad de exponer frente a un auditorio de clase obrera; y esto en una ciudad en donde se acaban de rellenar las trincheras que habían zigzagueado los suburbios en todas direcciones, donde las viviendas de los barrios obreros están laceradas por las balas, donde los policías muertos se pueden contar por docenas y los obreros heridos, detenidos y golpeados por cientos. Y aun así, hay que tener un concepto claro de todo el deterioro y la vertiginosa decadencia de la Alemania obrera y pequeño burguesa, corrompida por medio siglo de pseudo-socialismo castrado y amputado, para apreciar el tremendo acto de heroísmo que representó, en estas condiciones, el levantamiento armado de Hamburgo. Alzarse en esta ciénega, en este lodazal cobarde y profundamente reaccionario, era mil veces más difícil que bajo la vieja bota de nuestros soldados zaristas o frente a un renegado camisa negra fascista, clara y fácilmente reconocible.

El doctor Stampfer no trataba de ser particularmente lógico. Después de todo, sentía que estaba en provincia, donde el avisado jugador puede permitirse usar una carta claramente marcada para realizar, sin apuro, sus trampas. En primer lugar, todos los infortunios de Alemania emanan de la interminable multiplicidad de parlamentos regionales. Deberían ser abolidos y centralizados. En segundo lugar, sólo un poder estatal fuerte es capaz de proteger a la clase obrera de la ofensiva del capital. Sólo el Estado (gritos: “¿qué clase de Estado? ¿burgués?”) puede defender la jornada laboral de ocho horas. Hasta los meritorios, corpulentos y canosos miembros del sdp empezaban a sentirse en cierta manera incómodos,

pero los mencheviques alemanes tienen el remedio ingenuo y siempre efectivo del orador: en cuanto el auditorio empieza a silbar y los viejos comienzan a mirarse unos a otros impacientes y a murmurar: “¿Oh, de veras? ¡Nunca me lo hubiera imaginado!”, el orador saca a rastras al escenario a Guillermo. Vivo, con bigotes y de uniforme militar.

Lo único que necesita el orador es pellizcarle la nariz, contar un par de anécdotas sobre la estupidez del ex-emperador y tener el valor sin precedentes de insultar a Guillermo tratándolo de tonto, idiota y maniático para que los filisteos se estremezcan en éxtasis ante una blasfemia tal y el público quede conquistado. Después de haber escupido a Guillermo, el miembro del SPD pasa a los comunistas.

Resulta que son ellos los que han hecho pedazos el sagrado cáliz de la República.

Desprovistos de todo tipo de estima por las formas legales de la democracia y por los nobles y filantrópicos métodos de la lucha parlamentaria, han mancillado las faldas de esta doncella inocente, la República, con la sangre de sus propios hermanos proletarios. En medio de un gran silencio, Stampfer lanza su acusación:

“En Prusia los comunistas torturaron brutalmente a dos oficiales de la policía. ¿Es que este pobre Schupo [policía] no es tan proletario como nosotros?”

Desde algún lugar de la parte de arriba un lamento burlón muy penetrante sofocado por virtuosos gruñidos: “¡Abajo Scheidemann! ¡Cuelguen a Ebert del poste!”, “Ebert”, dice el director del *Vorwärts* golpeándose su almidonado pecho: “Ebert, ese hijo del pueblo, ha llegado a las supremas responsabilidades del Estado gracias a su propio talento. El proletariado alemán puede estar orgulloso de que un hijo de sus entrañas haya alcanzado tal encumbramiento.”

El Papa Ebert aparece encumbrado en las nubes del parlamentarismo. La República se inclina para ponerle la corona de la victoria y señala a la urna electoral: sólo uno entre millones puede ganar doscientas mil libras o llegar a presidente. La divina lotería de la democracia. Stampfer admite algunos errores del partido con franqueza desarmante. El partido ha ido aprendiendo. No se consigue nada sin penas ni sufrimientos.

“Pero ¿por qué nosotros siempre condenamos únicamente a nuestro partido? Esto nos debilita. Deberíamos hacer las críticas en privado, cara a cara. Vean por ejemplo lo que sucede entre el doctor Hertz, Breitscheid y yo.”

Una nota de confianza e íntima simplicidad.

“Ellos votaron en contra de la moción de confianza en el gobierno de Marx pero yo estaba a favor. ¿Y qué pasó? ¿Nos peleamos por eso? ¡Claro que no! Viajábamos en el mismo compartimento y no hablamos de política; estábamos ya hasta aquí de política [gesto de estar harto] y en la estación nos comimos juntos unas salchichas. Pero imagínense cómo habíamos discutido sobre esto en la facción, casi llegamos a los golpes.”

Los electores siempre se sienten halagados cuando se les permite echar una miradita por el ojo de la cerradura y ver la cocina de la política a lo grande. Diez o doce oradores, uno tras otro, hablaron contra el meritorio *Vorwärts*. Pusieron de manifiesto las siguientes verdades elementales: 1] los socialdemócratas han dado a luz sin riesgo alguno a la dictadura de la burguesía; 2] esta dictadura se dirigirá exclusivamente contra la clase obrera; 3] el SPD es responsable no sólo moral sino también formalmente de esto.

Todos aquellos oradores que en sus diez fugaces minutos de turno, puntuados por la campanilla del presidente, trataron tortuosamente de dar consistencia a su más profunda decepción con el partido y la rabia que les inspiraban sus crímenes, fueron recibidos con aplausos, gestos de asentimiento y fuertes ovaciones preparadas de antemano. Después, con uniformidad excepcional y una mayoría abrumadora, se concedió una moción de confianza a la facción parlamentaria del SPD.

Tras haberle dado a su representante una buena repasada, haberle metido la nariz en los pecados de los socialdemócratas y haber revelado la plena comprensión de sus trucos de tiburón, los electores limpiaron la nariz rota de Stampfer y lo dejaron ir a casa con un voto de plena confianza. Un tahúr no debe embaucar a su propio compañero porque perderá el juego. Pero hacer trampa en beneficio de la dilecta clase media y ningunear a la odiada revolución, eso sí puede y debe hacerlo.

En el país de Hindenburg³⁴



Larisa en 1923

ACOTACIÓN PRELIMINAR

He viajado por Alemania, por “el país de Hindenburg”, y lo he contemplado con la mirada clara del que viene del país de los obreros y los campesinos, del país de Lenin. Los alemanes tienen castillos y museos, palacios que albergan a sus ministros, Avenidas de la Victoria y columnas de Triunfo, manicomios, monumentos a la guerra, cuarteles, escuelas, presidios y fábricas, millones de hombres minados y una burguesía rodeada de cultura, de técnica y de todo el confort y el bienestar apetecibles.

pero yo no quería ver solamente las calles alemanas y la multitud que mendiga, padece hambre, pasea o anda en auto por ellas, sino también los sitios desde donde la gobiernan poderes invisibles, los centros de donde irradian los millones de hilos y de cables, los focos potenciales de la opinión pública, los talleres donde se fraguan el espíritu alemán, la cultura alemana y los cañones alemanes.

He buscado a Alemania en los santuarios de su nación.

³⁴ Alemania, 1923

EN LOS CAMPOS DE CONCENTRACIÓN DE LA POBREZA

EL CUARTEL Y LA MUJER DEL ZAPATERO

En Alemania, los obreros sin trabajo no están expuestos a la dura suerte de morir de hambre. El subsidio que les pasa el Estado, si es poco para vivir, es demasiado para morir. Los sin trabajo vegetan en la miseria más espantosa. Y gracias que puedan comer pan, que es lo único que está a su alcance. Si son casados, carecen de recursos para pagar el alquiler del cuarto, por pequeño y mísero que éste sea. Ya se sabe: lo primero que hace el obrero despedido, automáticamente, es dejar la vivienda, abandonar el barrio en que ha habitado una serie de años seguidos. El Municipio se encarga de alojarle en cualquier suburbio, en un cuartel vacío, abandonado, en las cuadras de cualquier regimiento, en un barracón, en cualquier antiguo parque desmantelado de artillería. He aquí los campos de concentración de la pobreza, desoladas guaridas de piedra que el Imperio construyó para sus tropas y que la República aprovecha, ahora que se han quedado vacías, para albergar a las gentes que le infunden sospechas.

En estos campos de maniobras, bien apisonados por los zapatos de los reclutas de Prusia, no crece una brizna de hierba. Unos cuantos niños harapientos juegan en las alcantarillas entre aguas fecales, junto a las garitas abandonadas.

Esos inmensos pabellones que prepararon a ejércitos enteros para morir en los campos de batalla se alzan desmantelados, ceñudos, sombríos, como heridos en su amor propio por el abandono en que se les tiene. Más de un oficial, transmigrado a los vecinos cuarteles de la *Reichswehr*, se crispará de rabia al ver cruzar el carrillo de mano de un obrero, cargado con sus míseros trastos, traqueteando y gimiendo por el feo y desolador descampado.

Las mujeres atan las cuerdas de la ropa a los antiguos postes blasonados que todavía se yerguen delante de las puertas; ponen a secar sus trapos en el alféizar de las ventanas ungidias antaño por la presencia de los oficiales que moraban en aquellos aposentos. Un zapatero tullido y pelirrojo, que lleva ya dieciocho meses sin trabajo “por culpa de la política”, se prepara para el duro invierno y “repara” un viejo hornillo de cañón que ha encontrado en no sé qué cuartel medio en ruinas.

Las pobres gentes se esfuerzan en vano por hacer habitables y un poco humanos estos edificios muertos. Los objetos arrancados al habitual recogimiento de los antiguos cuartos forman una triste línea de combate, arimados a estas terribles paredes desnudas. No vale querer llenar con cuatro pobres trastos salvados del naufragio de una vida estas crujiás imponentes, construidas para compañías enteras. El vacío es tan inmenso, que se traga las cosas. Un niño patizambo y descalzo se arrastra por el suelo sin tarima, pues las tablas fueron casi todas a parar al fogón el invierno anterior, cuando empezó a notarse en las inmensas ventanas la falta de la mitad de los cristales. Un hermanito menor ha muerto.

Dos camas, una junto a otra, en que duermen el padre, la madre y dos hijos –el muchacho y una hermana de catorce años–. Un perro triste, sentado en medio del cuarto, bosteza.

La mujer del zapatero, llevada por un sentimiento de miedo y en la esperanza de ablandar al caserón hostil, cuyas paredes repercuten en voz alta y sombría cada palabra, cada pisada, lava todos los días el corredor interminable. Lo hace para mover a piedad a la casa y trabar amistad con ella; entrega al cuartel una parte de su calor humano, y estos muros soeces lo reciben indiferentes, como los antiguos sargentos recibían los regalos candorosos de los reclutas.

A la pobre mujer del zapatero le basta con levantar la vista para perder las últimas esperanzas. Las paredes del caserón, con los rasgos muertos de su cara, repiten en grandes caracteres, implacablemente, la única verdad que aún no han olvidado de los viejos tiempos: *“¡Aprende a sufrir sin lamentarte!”* *“¡No olvides que el orden gobierna el Mundo!”*.

Y a dondequiera que la pobre mujer se vuelva con su cubo y su estropajo, a cada paso que dé, a cada movimiento que haga, le cae en la cara el puñetazo de la inflexible virtud cuartelera.

¡Siete marcos a la semana por cuatro personas! ¡Y encima la maldición de tener que vivir en esta isla de los muertos! Y la pobre mujer sabe, además, que la muchacha se pasa gran parte de la noche sin dormir, convulsivamente atenta a cada movimiento, a cada suspiro que viene de la cama de los padres... Pero lo peor es este eterno eco del pasado, cuya lengua de plomo habla sin cesar de bravura y obediencia, de amarillos hulanos y húsares fieros que se pudren hace varios años Dios sabe dónde, en los campos del Marne o en las estepas rusas.

Tampoco el otro crío raquíftico saldrá seguramente de este invierno. Ni el mismo zapatero, el cabeza de familia, resistirá tampoco mucho tiempo recorriendo en sus muletas, bajo la lluvia y las temperaturas despiadadas, el largo camino que separa al cuartel del Socorro Obrero. Desaparecerán todos, exterminados; pero estos espectros malditos sobrevivirán para seguir aterrorizando a otra familia proletaria a quien toque venir a perecer a esta cárcel abierta a todos los vientos, cuyas puertas fueron arrancadas de los goznes y cuyos corredores se cubren, en días de ventisca, de nieve o de arena. También ellos serán recibidos con ululantes redobles óseos de tambor por estas viejas guardias fridericianas de ultratumba: *“¡Juremos luchar y morir por Dios, por el Emperador y por la Patria!”*.

Sólo una ventana luce en la tiniebla de las negras filas de pabellones: un diente de oro relumbrante en las fauces del gran dragón cadavérico.

Cuando caen las sombras sobre la ciudad y hace mucho frío, las águilas pintadas arriba, en el frontispicio, bajan al suelo, se deslizan furtivamente en el patio y picotean en las basuras, con un hambre de años, buscando los desperdicios que se les han escapado a las gallinas del zapatero.

Hunden sus cabezas de raza, adornadas con las lacias plumas piojosas del Imperio, en los sucios despojos...

FRAÜ FRITZKE

Frau Fritzke se ha quitado los zapatos, para no hacer ruido en los largos y resonantes corredores. Frau Fritzke es la Ninón de Lenclos de estos desiertos de pobreza: las experiencias amorosas han ido depositando en su cara grandes bolsas de carne de color amarotado.

El aire de este caserón es dañino para su vida: el moño se le desgrefía constantemente y los polvos no aciertan a sostenérsele en la cara. Las perneras de los largos y estrechos pantalones le asoman en la penumbra por las aberturas del vestido desgarrado.

Madame Fritzke perdió a su marido durante la guerra. Cuando obliga la necesidad, todo el mundo procura vender lo que posee. En los pechos de la viuda se posaron miles de manos ávidas, sobándolos y zarandeándolos como se zarandea la cadena del retrete. Naturalmente, esto no aumentó su belleza. Parecía como si, al abrir la blusa, estos pobres pechos lacios fuesen a desparramarse como dos charcos de carne pálida. De este modo, Frau Fritzke pudo salvar de la muerte, durante los años de la guerra y la inflación, a sus niños famélicos. Pero el listado, después de arrebatarle el marido y entregar a Krupp y Stinnes el socorro debido a los huérfanos, creyó conveniente separar de ellos a la desvergonzada madre, en castigo a su liviandad. Dentro de unos días vendrá el agente y conducirá al asilo católico al niño gordo de angosta frente y a su hermanita de doce años.

Para salvar a la familia, Augusto, el último amigo de Frau Fritzke, tuvo la resolución heroica de casarse con estos despojos del amor venal. Allá van, con paso solemne, como lo requieren las circunstancias, camino del Registro Civil. Ella, pisando sobre el polvo como en zancos, con sus zapatos de charol, que le aprietan; él, con su cuello y su pechera de cartón, oliendo a bencina, derecho y solemne como el Destino. Pero el heroico sacrificio, maduramente deliberado por todo el campamento de la pobreza, resultó estéril.

En vano Frau Fritzke presentó referencias de sus antiguos señores, para demostrar que no vivía exclusivamente de entregar su cuerpo, que era también honrada jornalera, y si la celosa policía de las costumbres hubiera reunido en un montón toda la basura que esta mujer había barrido de las casas donde sirvió, podría alzar con ellas una pirámide imponente en honor de su antiguo oficio. Pero la policía es severa e inflexible. Frau Fritzke llora. Y alrededor de sus ojos van dibujándose negros anillos de melancolía...

LA CRUZ DE HIERRO

Si das con tus huesos en uno de estos caserones, siéntate donde puedas y no molestes. Frau Fritzke puede llevar vestidos de crepé Georgette y forrar sus ojos de gallo con anillos de goma para que no le agujereen los zapatos, pues Frau Fritzke tiene su profesión...

La mujer del zapatero tiene derecho a revolver con sus tenacillas en el fogón común, para luego hundirlas en la cabellera polvorienta y hacerlas humear y crepitar con sus piojos, pues esta mujer —todo el mundo lo sabe— se casó con el zapatero estando ya tullido, es decir, por puro afecto y con absoluto desinterés. En este pequeño mundo nadie tiene nada que echarle en cara a los demás ni por qué jactarse de sus rentas o situación. Aquí todo el mundo vive en una desnudez paradisíaca, sin hipocresía, como los caracoles pisoteados en el camino que todavía mueven débilmente sus cuernos con los ojuelos escrutadores.

Y es sencillamente indignante que todavía haya alguno como Herr Boss, por ejemplo, que se recata pudorosamente para que no le vean las papeletas del Monte de Piedad y no deja a nadie entrar en el cuarto por temor a que se fijen en el edredón y en las almohadas de percalina roja sin fundas, ¡cuando todo el mundo sabe que se les salen las plumas por mil agujeros!

Esta casa es como un paraíso. El pudor, esa virtud pequeñoburguesa, se queda en el umbral del caserón, guardado por el ángel de la pobreza con su espada flamígera. Y si a uno de los inquilinos le da por mostrarse recatado, no hace más que llevar la desazón a los demás, obligándoles a malgastar sus fuerzas en hojas de parra, que a nadie engañan. Por eso la casa entera desprecia a Herr Boss, con su cuello de cartón sin camisa con su medalla sobre el pecho y su modo de hablar, tan aplomado como si hubiese comido a mediodía.

¡Ah, si supiesen cuánta quemante humillación y cuánta amargura ha tenido que soportar este hombre en su antigua vivienda de suboficial! Si hay alguien que duerma sobre puntas afiladas y se espolvoree ceniza en la cabeza, es sin duda alguna este Herr Boss, empleado durante treinta y cuatro años en una de las fábricas de pólvora del Estado.

Este hombre vivió toda una vida separado de los demás por un juramento. El que había prestado a la patria el juramento militar del silencio no podía ingresar en el Sindicato, ni entrar en el Partido, ni siquiera presentarse alguna que otra vez en la taberna. A los oficiales les pagaban el silencio en estrellas y entorchados y cascos brillantes y largas filas de cruces; los obreros de las fábricas de pólvora y cañones lo guardaban gratis, y aun habían de mostrarse agradecidos a la prueba de confianza con que se les distinguía.

Esta distinción exaltábales, en cierto modo, de simples jornaleros a aliados del Gobierno de su país. Hasta el propio Emperador en persona les estaba, por decirlo así, un poco obligado. Y adoraban a la dinastía como esos pobres diablos a quienes un millonario dispensa el honor de pedirles un par de cuartos prestados. Y, en efecto, cuando estalló la guerra y todo el oro del país fue poco para fundirlo en cañones y obuses, el Gobierno hizo a Herr Boss el alto honor de apoderarse de los ahorros de su cartilla.

Un día, una dama encopetada, la señora del director de la fábrica, se presentó en casa de Herr Boss con sus hijas y su criado a brindar al viejo obrero con unas cuantas obligaciones del empréstito de guerra, ¡y con qué devoción y admirable espíritu de sacrificio el pobre Herr Boss puso a los pies de la dama todos sus ahorros!

Apenas había tenido Herr Boss tiempo a secarse las lágrimas emocionadas, cuando el marco empezó a esfumarse como la neblina mañanera en un día de verano. Y las piezas de oro –Boss conservaba 132– iban rodando tan silenciosamente a la sima de la inflación, que no se las oía sonar siquiera. Pero Boss era feliz.

Pasaron, desde aquel día, cinco, es decir, más: siete años.

El mundo, desangrado, hacía esfuerzos convulsos por incorporarse, y al cabo pudo cubrirse un poco con la delgada capa de la estabilización, en la que abrían sus fauces los negros agujeros de la inflación y el hambre.

Cuando vio salir de su cuarto el espejo, la mecedora y aquel hermoso reloj que la fábrica le había regalado para premiar sus veinticinco años de trabajo intachable, todavía creía Herr Boss en Dios y en la justicia.

Cuando su mujer volvió de la casa de empeños con la papeleta, después de dejar allí el reloj de plata con las iniciales del Kaiser, Herr Boss era todavía aquel hombre fuerte que no toleraba que se hablase a la mesa doloridamente de su hijo mayor, muerto por la patria.

Pero cuando ya no quedaba nada que empeñar y del pobre Boss, siempre sumiso, se apoderó ese gran desaliento que conoce todo obrero al pasar la sesentena; cuando sus ojos empezaron a velarse y sus manos a temblar, y la saliva, envenenada por el éter, a escapársele de la boca, Boss fue despedido de la fábrica. Con dos billones de billetes y un cuarto en el caserón muerto de la pobreza por compensación. Y Herr Boss comprendió de pronto lo que jamás había creído: que también él era un simple obrero. ¡Qué espanto, esta soledad! Hecho trizas, aniquilado por la máquina, el pobre Boss, como un granito de arena más, como una astilla más, se hundió en el mar inmenso de la clase obrera, en sus simas más profundas, allí adonde no llegan ya la luz ni la esperanza.

Sobre el mar encrespado cabalgaban potentes olas espumantes: era el año 1921. Boss, inmóvil, contemplaba cómo iban hundiéndose, uno tras otro, los barcos combatientes de la revolución y venían lentamente a unirse con él en el fondo abisal. Con sus banderas en los mástiles rotos y en la cubierta montones de cuerpos muertos. La sal de la Humanidad, los pájaros mensajeros de la tempestad revolucionaria: Rosa Luxemburgo, Karl Liebknecht.

En aquellas largas horas de desolada inactividad, Boss solía sacar de debajo de la cama un cajón repleto de dinero desvalorizado y se pasaba mirándolo, los ojos clavados en él, días enteros.

El cuarto del antiguo obrero está empapelado de gris con rasgaduras rojas que el tiempo ha hecho palidecer –como si un día hubiese brotado en este recinto un manantial de vida humana, cegado de pronto...

En las piernas de Boss se abrieron las venas: su sangre, marchita y cansada, buscó el camino de retorno a la tierra.

Largo y flaco, envuelto en un chaquetón de color café y con una medalla colgando de la cadena del reloj, sale casi todos los días, apoyado en dos muletas, al encuentro de su mujer, que gana un jornal en la fábrica de tabacos, a pesar de su pelo encanecido. No hay nadie en el barrio que no conozca a su Minna, pues en el mundo entero no se encontraría otra cara como la suya. Una máscara blanca, de tan mágica belleza, que quien la ve se siente instintivamente impulsado a doblar ante ella la rodilla. Después del trabajo, este rostro resplandece como blanco mármol con las perladas gotas de sudor en la frente. En sus años mozos, Boss era imperioso, testarudo, gruñón; se consideraba obligado a atormentar a su mujer y a humillarla delante de su familia.

Por encima de los muros de los sótanos y las buhardillas, las cárceles y las fábricas, fluyen y rebosan, formando arroyos, ríos y mares, las aguas silentes y tranquilas de la solidaridad de clase del pueblo obrero. Y con paciencia infinita van lamiendo y socavando los barrotes y las piedras, amontonando grano tras grano de arena, hasta que llega el día en que la marejada de la rebeldía rompe los diques minados.

También para Boss llegó este día. El zapatero tullido de abajo subió renqueando hasta el primer piso, descansó un rato, siguió trepando hasta el segundo, llamó a la puerta y entró. Venía a ofrecer a Boss el *Diario Obrero*.

Se hizo un gran silencio. La pálida cara de Minna palideció todavía más, y fue a refugiarse junto al fogón. El zapatero tomó asiento. El periódico costaba veinte pfennigs. Boss, sofocado, ahogándose casi, arroja sobre la mesa los céntimos, y de propina un objeto de acero, de color gris.

– Llévatelo... Es todo lo que he sacado de la vida. La cruz de hierro. "*Por servicios auxiliares de guerra.*" ¡G. R. –Guillelmus Rex– y encima una corona!

ZAPATILLAS

Zapatillas cómodas y calientes, de pelo de camello, cuatro marcos cincuenta el par.

Frau Kremer vive de confeccionar estas zapatillas y gana cuatro marcos por cada cien piezas. Cose cinco en una hora. Su hija, que sólo lleva dos años en este oficio, remata siete zapatillas cada cincuenta y cinco minutos. Después de cuarenta años de trabajo, la pobre vieja queda rezagada de un golpe ante la superioridad puramente mecánica de la juventud. Lo mismo que un caballo de punto. Su arte no gana nada por muchos años que lleve trotando sobre el asfalto. La aguja, sostenida entre los dedos con el callo nacido expresamente para esto, es enhebrada con la rapidez del rayo; de nada te sirve, pues eres un jamelgo viejo, caduco, y cualquier potrillo recién llegado de la aldea te pasará, por el solo hecho de tener veinte años menos.

El jornal no aumenta porque el obrero ponga en tensión sus fuerzas con vehemencia desesperada. Cuanto más rápida vuela la aguja, con más frecuencia se rompe la ruin hebra, de la que también saca su provecho el patrono. Todo está calculado hasta por fracciones de céntimo, sin dejar el menor resquicio para el ahorro.

Las zapatillas con forro *guateado* son encantadoras, y se pagan mejor. No hay obrera joven, inexperta en el oficio, que no caiga en la trampa. Pero Frau Kremer conoce bien el negocio. Que otras se quemen los dedos, si quieren, en esta clase de confección; ella sabe perfectamente que el quid está en las agujas. La suela doble no es tan fácil de atravesar con la puntada como la sencilla.

Y el industrial entrega el mismo número de agujas para los dos trabajos. Tres por cada cien zapatillas. Es evidente que los 15 pfennigs que paga el fabricante por las “guateadas” —por las corrientes sólo abona 10— no bastan para cubrir el coste de las agujas suplementarias. Pero no es esto sólo. Hay mil ardidés y sutilezas más de que el patrono se vale para estrujar al obrero hasta sacarle la última gota de sus energías. Es más fácil timonear un barco dando la vuelta al cabo de Buena Esperanza que coser la suela de una zapatilla de modo que no se conozca una sola puntada. ¿Cuántas “corrientes” podemos calcular que remata la jornalera en una hora? Cinco. ¿Y de las “forradas”? Sólo tres. Hay que descontar un pfennig para las agujas, mientras que el fabricante, por los mismos

sesenta minutos, abona 10 pfennigs menos. ¿Qué extraño, pues, que esta Frau Kremer, con sus espaldas agobiadas, su mísero vestido negro y el algodón en el oído, que le mana sangre, parezca una estatua viva del dolor y la desconfianza? Si la vida le saliese al paso en este momento brindándole la dicha a manos llenas, arrugaría todavía más los pliegues de su cara, volvería la espalda y correría a poner a salvo la carga de zapatillas terminadas.

Este cuarto con el armario sin vajilla, con sus edredones encarnados y llenos de manchas, con el orinal a la vista de todo el mundo, con la cocina y su techo húmedo y desconchado; toda la “vivienda”, en una palabra, en la que no se ha hecho la menor reparación ni puesto un brochazo de pintura desde hace quince años, que no tiene agua ni retrete... la vivienda y su moradora, Frau Kremer, ese ratoncito caído en un hormiguero y ya medio devorado, sólo tiene un arma defensiva contra las asechanzas del mundo: la más absoluta desconfianza. Recelo de todo y de todos. Frau Kremer masculla: *“Estos socialistas son unos canallas, y cada una de sus palabras una mentira”*. *“Estos comunistas son unos cobardes que en el año 23 se tumbaron a dormir.”* No se para a pensar si el Partido estaba o no preparado para la lucha y cuántos meses o cuántos años de labor callada y tenaz tendrían que pasar antes de que pueda guiar al proletariado a la victoria.

Ella necesita una mano que la ayude, pero ahora, inmediatamente, o nunca, pues las fuerzas de Frau Kremer tocan a su fin.

Cuando un ratón lleva un susto de muerte, rompe a sudar, se empapa de miedo. ¿Cómo va Frau Kremer a confiar en la revolución, si su cuerpo caduco está ya cubierto por el sudor del agotamiento final?

– No puedo ingresar en la organización. Me prohibiría trabajar por un jornal tan mezquino y exigiría que abandonase el trabajo.

Sin embargo, la casa de Frau Kremer está animada hoy por un aire de fiesta, una gran fiesta obrera: su único hijo –un mozo de quince años, empleado en una fábrica de embalajes para cigarros– *está en huelga, en huelga por primera vez en su vida*. Hace tres semanas que empezó el paro, en el que toman parte 135 obreros. Sin esperanza de triunfar, pues los esquirols afluyen a la fábrica, en tropel, de todos los barrios vecinos.

La vieja calla. Ni una palabra de reproche, ni una queja. Para no hacerse traición, hace como si nada ocurriese, como si el hijo no estuviese delante. Ella no cree en las huelgas, ni en el socialismo, y su recelo escéptico es tanto, que ni siquiera cree en las viruelas. Lo único de que está segura es de que todo lo que viene *de los señores* es engaño. Todo un año se pasó escondiendo a su pequeño nieto del médico de la beneficencia. Al fin, uno de estos días le llevaron a rastras al hospital, donde le pincharon el brazo, y... ¿no tenía sobradas razones la pobre mujer? Hoy, el niño tiene el bracito cubierto de pústulas horribles. Cualquiera que arremangue el sucio brazo de la criatura puede verlas.

Pero ¡hay que ver cómo alarga Frau Kremer a su hijo el plato por encima de la mesa, con qué ojos contempla, extasiada, sus espaldas fuertes y varoniles! Con guiños muy significativos, en voz muy bajita, como replegándose sobre sí y presta a saltar defendiéndose, les dice a las vecinas :

—¡Mi hijo está en huelga!

Se diría un árbol viejo y seco pronto a derrumbarse que saludase, agitando su última rama verde, a la bravura de la juventud que sabe olvidar todas las derrotas, a esta magnífica solidaridad de la clase obrera.

ÉL, COMUNISTA; ELLA, CATÓLICA

La mayoría de los obreros despedidos por políticamente peligrosos, no pertenecen a la generación joven, sino a la vieja. El mozuelo aldeano que se siente cohibido por el aire de la casa paterna, entra en la fábrica y acepta cualquier jornal y cualquier jornada, con tal de sacar un par de marcos para cerveza, para comprar una bicicleta a plazos y un traje entallado para los domingos. La comida y la bebida no le cuestan nada, pues se lo mandan de casa de su padre. La antigua generación obrera que tiene tras sí veinte años de luchas sindicales y revolucionarias, es –a pesar de las condiciones tarifadas relativamente favorables en que trabaja y de su situación privilegiada respecto a los demás– mucho menos transigente, y no se resuelve fácilmente a desalojar sin lucha sus últimas posiciones.

El resultado final de esta campaña de resistencia –por muy prudente y moderada que sea– es siempre el despido. Al principio, el obrero no se preocupa gran cosa de su situación. Tiene magníficas referencias, veinte o veinticinco años de experiencia en el trabajo; además, ocurre que precisamente en este momento se advierte una cierta intensificación de actividad en la rama de su industria: es seguro que hoy mismo, o mañana a más tardar, encontrará trabajo. Y en último término le consuela pensar que no se quedará sin comer, pues su mujer trabaja de asistenta en una casa rica, donde le dan una buena paga.

En los primeros días, aun no se deja advertir la cruel legislación que rige para los sin trabajo. Pero, poco a poco, van entrando en vigor estas leyes. La jefatura de la casa corresponde al cónyuge que sostiene la familia. Al volver a su hogar después de rendir el duro trabajo del día, el obrero desea encontrar un cuarto limpio y sentarse a una mesa bien arreglada. Quiere que los niños estén lavados y peinados para cuando él vuelva, que sus narices estén limpias de mocos y corregidas las tareas del colegio. Pero estas exigencias no rigen ahora. Una mañana, a los tres días de estar sin trabajo, el obrero cierra la puerta por la que acaba de salir su mujer a sus ocupaciones, se ciñe sumisamente el mandil casero y se dispone a arreglar la casa. Limpia el polvo, bruñe los cristales, lava los cacharros y retuerce después las bayetas, saca afuera el cubo de la basura, friega el suelo de la cocina, hace las camas, saca al balcón las sábanas y los edredones y, después de tenerlos un momento aireándose, vuelve a colocarlos en su sitio con pedantesca meticulosidad.

¿Quién podrá formarse una idea del culto a la limpieza y al orden que rinde diariamente entre las cuatro paredes de su casa hasta la mujer del obrero más humilde? Podría uno estar sentado las horas muertas, viéndola frotar, lavar, rascar, secar, bruñir todo lo imaginable: los cacharros, la ropa, los muebles, las paredes, el piso. Ni los rincones más recatados y oscuros, detrás o debajo de los armarios, se libran de su furia doméstica.

Y todo esto tiene que hacerlo ahora el marido. Y lo que él hacía en los buenos tiempos, cuando miraba inquisitivamente sobre el fogón para convencerse de que no había quedado ni un solo granito de polvo, sin perdonarle a su mujer ni el menor descuido, lo hace ahora ella; ella, a quien el marido tiene que dar cuentas, como dueña y señora del hogar que sostiene.

¡Él, el sumiso, el obediente jornalero, reducido a lavandera en su propia casa! En el fondo de su alma, todo alemán tiene a su mujer como una esclava y desprecia las labores caseras. Piénsese lo infinitamente humillado que se sentirá este alemán con el rodillo en la mano, gimiendo agachado por todos los rincones o pelando patatas con una fuente en las rodillas. El obrero contempla estas cosas con la misma mentalidad que el pequeño burgués. Un excelente trabajador que estuvo sin ocupación durante varios años, me decía con honda amargura, apuntando a sus brazos arremangados, con el cepillo en una mano y en la otra los zapatos sucios de su mujer:

– Vea usted a qué miseria y humillación me ha traído la falta de trabajo. ¡Yo, un hombre, tenerle que limpiar los zapatos a la señorita de mi mujer!

Herido y dolido en su orgullo de hombre, busca el modo de recobrar en otro terreno la dignidad perdida. Los días de paga, cuando la mujer, con fingida modestia, pone encima de la mesa el jornal de la semana, el hombre anda de acá para allá desde que se levanta, irritado y sombrío. A la mesa, estalla una violenta disputa:

–¿Quién manda en casa, tú o yo? Y descarga un feroz puñetazo sobre la mesa. Un viejo látigo es descolgado de la pared. Los niños aúllan. La madre se rinde. Termina la comida. Los padres se encierran en la

alcoba. Él se hace de rogar largo rato. Ella se desnuda, lo mira con ojos húmedos, suplicantes... Y al cabo, cae sobre la mujer como un salvaje, en un arrebato de odio, y le arranca gritos que llegan a la calle. Luego la manda a buscar pitillos.

Jamás, en los tiempos mejores, amó a su mujer con amor tan ardiente y celoso; jamás la mujer suspiró por nuevas caricias como ahora, que son, en el fondo, caricias compradas.

Y el marido va gradualmente degenerando hasta convertirse en el chulo de su mujer.

– Pronto acabaré siendo su chulo –me decía el pobre Kamm, aquel a quien vimos limpiando los zapatos. Y lo que complicaba tremendamente su situación era que la mujer descendía de una antigua familia de aldeanos católicos, de una de esas familias con retratos del Káiser y la Kaiserina, con misa todos los domingos y con un abuelo abanderado del famoso 166, el regimiento de los hulanos amarillos y azules. El viejo se había opuesto siempre a este matrimonio. ¿Cómo era posible que una muchachita tan honrada, tan bonita y de tan buena figura como su nieta fuese a estrellarse contra este ruin herrero inestable que cambia todos los meses de amo? ¡No, este hombrecillo no sería nunca capaz de sostener una familia!...

Ahora que Kamm depende materialmente de ellos, los suegros se las arreglan para modificar a cada paso el orden constitucional de la familia en favor de la mujer y de los hijos y en excesiva desventaja del marido fracasado. Liseta, la nietita, puede pasar todo el verano al lado de sus abuelos sin que les cueste un céntimo a los padres. Los sábados les mandarían del pueblo tocino, tortas y un ganso, pero para ello es necesario que la nieta vaya a misa. Y si quieren ser ayudados los dos, el padre tiene que decirle a la hija que existe Dios y que todos los que le niegan van al infierno. ¡Qué remedio! ¡Hay que vivir! Pero, felizmente, Liseta ha heredado la vena escéptica del padre y su irónica malicia. Se entienden a la maravilla los dos.

– Liseta –le dice el padre, sentándola en las rodillas–, ¿te acuerdas de lo que te decía que no existe Dios y que eso del paraíso es un cuento estúpido que han inventado para las criaturas? Liseta, mírame a los ojos: tu papá estaba en un error; aquello no era verdad. La verdad es que hay un Dios sentado en el Cielo, que lo ve todo y lo sabe todo.

Los viejos, que están al lado, miran recelosos a los labios del yerno, como se mira a las manos de un jugador tramposo. La pequeña asiente con la cabeza:

– Sí, papá.

El padre reconoce en ella la estirpe, y piensa: ¡qué suerte que se le dé una higa³⁵ de todas esas tonterías!

Kamm lleva tres años sin trabajo. Lava, amasa el pan y ha aprendido a reparar medias. Reproches interminables. Eternas murmuraciones: que si ha hundido a la familia en la desgracia, que si el Partido explota a los afiliados mientras trabajan, para luego abandonarlos en la miseria... Era como para volverse loco.

¿Qué has sacado de todas tus privaciones? Ni siquiera te ofrecen, ahora que estás en la calle, un puesto insignificante en el Partido. Y así el día entero.

El herrerillo huye a los pueblos, recorre el campo como agitador peregrinante, sube a las montañas, se extravía por los caminos. Y es el primero que se aventura a predicar la doctrina en un pueblo de la Selva Negra formado por antiguos guerrilleros de las guerras de campesinos que hoy han venido a convertirse en ricos granjeros a quienes la avaricia aísla de todo trato con los hombres. Apenas habrá alguno que posea menos de cuarenta fanegas³⁶ de tierra, pero sin animales ni criados para trabajarla. La inflación ha devorado todo el dinero, y sin maquinaria ni abonos, que son muy caros, ¿cómo arrancar la cosecha a la tierra dura y fría? Defraudado en la fe de sus mayores, el pueblo arrojó de la parroquia al cura, y con él a los agentes electorales de todos los partidos que habían ido a sacar votos para la elección de presidente. Hasta ahora, Kamm no ha ganado ningún prosélito entre estos amargados aldeanos ortodoxos, pero por lo menos ha conseguido que los duros rostros de estos hombres, con sus sombreros medievales de ancho vuelo, y las mujeres, con sus tocas blancas almidonadas, que a lo lejos parecen cometas, le saluden afectuosamente. No hay pueblo en la montaña, ni el más remoto –estos pueblos donde las lluvias torrenciales arrastran el mantillo de la tierra–, en que no conozcan familiarmente a este hombre que representa dieciocho años y tiene cuarenta y va peregrinando de lugar en lugar con su cartera de periódicos al hombro.

– Este mozo no sabe lo que son las judías, ni las patatas –dicen, al verle pasar, los jornaleros de las canteras de basalto, hombres feroces y salteadores de caminos. Y es verdad, pues Kamm no tiene un huertecillo

³⁵ s.f. 1) **HIGA**: gesto despectivo que se hace cerrando el puño con el dedo pulgar entre el índice y el cordial. 2) **dar higa coloquial** Hacer burla de alguien, mofarse de él. 3) **no importar o “no valer una higa”**, *coloquial*. No importar nada en absoluto.

³⁶ s.f.: **Fanega**

donde sembrar sus coles, ni uno de esos emparrados³⁷ en que el obrero alemán gusta de solazarse las tardes de fiesta. El pastor protestante de Griesheim, con el que indefectiblemente se lía a discutir todos los domingos después del sermón, decía de él: “¡Esta araña venenosa tiene un pico maligno!”

Los senderos de la montaña van a parar todos, a la postre, por más vueltas que den, al valle. Después de mucho peregrinar, no hubo más remedio que volver, mal que bien, a casa. Pero en casa reina y gobierna la perversa devota, la linda aldeanita con la mirada siempre baja detrás de la que se esconde su avaricia dominadora. Veinte veces ha salido Kamm de su casa para no volver, y las veinte ha vuelto atraído por el recuerdo de su Liseta. Pues ¿quién, si no es su padre, la guardará de los curas, de las tías y del falso amor materno?

Lo peor comienza cuando los niños se quedan dormidos y las puertas se cierran y se arriman los postigos de las ventanas; cuando toda la casa pequeño-burguesa calla, sumida en un silencio pérfido.

Ya se desviste la mujer. El corsé acerado cae al suelo y en la cara de la hembra acechan pensamientos hostiles en que se lee el odio hacia todos y cada uno de los sentimientos del hombre, hacia los libros posados en la mesa. Y él lo sabe: sabe que su mujer se alegra de su derrota, que siente secreta simpatía por sus enemigos, pero en la cama es descocada y lasciva como no lo sería una de la calle. Ninguna prostituta llega en refinamiento inventivo a esta mujer devota y virtuosa que quiere gustar, detrás de las celosías, el placer que consume, que esgrimiendo la ley exige de su hombre que al menos la ame y la sacie, ya que sus “idiotas ideas comunistas” no le permiten servir para otra cosa.

Y cuanto más desenfrenado el combate que se libra en el lecho, más grande la derrota. La mujer cae sobre las almohadas como una sanguijuela harta, pero inmediatamente se recobra y le da a entender al hombre por modo inequívoco, sin aguardar siquiera a arreglarse un poco el pelo y a estirarse la camisa apelonada, que, naturalmente, “esto” no altera en nada sus relaciones. Todo sigue lo mismo.

– Recuérdame mañana, Hans, que tengo que comprarle una Biblia a Liseta, ¿oyes? *El Antiguo y el Nuevo Testamento...*

³⁷ Se llama **emparrado** o **enrejado** a un conjunto de palos y travesaños puestos y atados uno sobre otro, de manera que formen bastidores y cuadros pequeños para hacer con ellos bóvedas, empalizadas o espalderas en los jardines.

KRUPP Y ESSEN

Las ciudades del Ruhr, las calles, las fábricas y las minas de toda esta región, llevan grabado sobre la frente el nombre de *Krupp*, como las cucharillas de té o las sábanas de Holanda de una familia rica las iniciales de su propietario. Essen es una especie de feudo, una propiedad familiar que va transmitiéndose de generación en generación. Cuando muere un miembro de la familia, se le levanta su correspondiente monumento en la plaza pública o en el parque: todo pertenece a la casa. La anciana abuela encarga su estatua, y los sobrinos, hijos o nietos construyen otra por su cuenta, para que las haya de todos los gustos. No falta en ningún cruce de calles un Federico-Alberto, un Alberto-Francisco, un Francisco-Federico, fundido en bronce. Y las casas, los tranvías, las máquinas y los hombres se apartan respetuosamente de su bronceo dueño y señor. En estos grandes centros industriales, los más poderosos de Europa, impera el culto al antepasado. Ya lleva mucho tiempo debajo de la tierra el último varón de la dinastía reinante, y el mundo ha olvidado el escándalo grotesco que le acompañó a la sepultura. Los miles de millones de su fortuna pasaron por imperio de la ley a manos de hijas y de viudas que nadie conoce, convertidas por el azar en soberanas absolutas de cientos de fábricas, minas, astilleros, puertos y ferrocarriles. Estas realezas toman o aceptan los maridos que les son indispensables para asegurar la continuidad de la dinastía, y los príncipes regentes –salidos de modestos empleados de la casa– adoptan el nombre de sus esposas, se multiplican y se cuidan de que en la ciudad de Essen no se extinga la raza pura sangre de sus señores, para que los cientos de miles de obreros y los millones de máquinas del feudo puedan trabajar con la conciencia tranquila para los retoños de la casta de los Krupp. La vida de hoy ha dejado muy atrás aquellas formas patriarcales de explotación que el viejo Adolfo Krupp implantó hace medio siglo. Ya no es el señor y monarca fabril quien regenta en persona los negocios, pues de eso se encarga la dirección de la s.a. El gigante Krupp sigue marchando, guiado por un ejército de expertos funcionarios, por el camino que trazaron para siempre los antiguos conquistadores; pero ya hace mucho tiempo que se extinguió la voluntad de aquel organizador y arquitecto genial que se llamó Krupp II.

• • •

Donde hoy se levanta la ciudad de Essen y trabajan, hacinados en una estrechez de espacio que da espanto, los gigantes metálicos; donde las minas se tocan hombro con hombro y las chimeneas de las fábricas alargan sus escuálidos pescuezos innumerables; donde se riñe una batalla por cada veta de carbón en las profundidades de la tierra; donde los imponentes altos hornos jamás se apagan; donde las ciudades del Ruhr se han fundido para formar una sola fábrica gigantesca, se extendía en otro tiempo, hace treinta, cuarenta años, una sucesión de campos desolados que sólo poblaban unas cuantas familias de labriegos. El trazado de las calles ha sancionado los senderos retorcidos que antaño hollaron las botazas de los primeros mineros entre la fábrica y la taberna. La ciudad hubo de pactar con los bárbaros e inadaptables edificios, rebeldes a toda disciplina. Ahí están, como vagabundos convertidos de la noche a la mañana en millonarios, tumbados a la pata la llana, con la pipa en la boca, sin el festón de un jardín ni cosa que lo valga, y el viento resbala sobre su pecho pétreo y desnudo. Agobiada por la riqueza, mareada por el perfume del dinero, la ciudad se resigna a todo; aparenta como si todo guardase allí la mejor de las armonías, y construye puentes en los sitios donde las fábricas le obligan a sortear sus muros.

De aquellos tiempos le viene a Essen su sed de construir, su pasión por las grandes e inútiles obras del suelo. A cada paso, brigadas de obreros remueven las losas de quintales de peso que forman la piel de las calles, y el olor de la tierra soterrada años y años se extiende por toda la ciudad. Mas, pronto entra todo de nuevo en sus cauces, los tranvías vuelven a circular y los faroles tornan a encenderse. Las viviendas del centro de la población se insinúan entre las fábricas, se aprietan a lo largo de los vallados; ni un palmo de tierra puede edificarse sin permiso del Sindicato del Carbón. Y al fondo de cada callejuela habitada se yergue como un centinela alerta la chimenea de una fábrica, tremolando su bandera de humo, y parece gritar su consigna:

– ¡Alto! No pasar adelante. ¡Aquí, *“Rhein Stah!”* ¡Aquí, *“Hércules!”* ¡Aquí, *“aeg!”*

Y esta es la causa de que las pobres casitas se compriman y apelonan y presenten un aspecto tan mísero. Negruzcas, con sus hombros raquíticos y los sombreretes de sus tejados, se refugian tímidamente contra los muros de los bancos, de las fábricas y de las casas de comercio. Son minas sacadas a la superficie de la tierra, donde el pueblo obrero se hacina: la espantosa estrechez aflora también a la superficie.

Las fábricas de Essen pertenecen todas a Krupp; las viviendas, a Hugo Stinnes. El estado indescriptiblemente mísero de éstas entraba entre las causas justificativas de los legendarios ingresos de este consorcio. Y las fábricas no abandonan sus prerrogativas de soberanía ni aun en el terreno que se ven obligadas a ceder para el trazado de calles o de vías; las fajas que la ciudad logra arrancar a sus garras son tan angostas, que las mujeres pueden tender las cuerdas para la ropa entre sus ventanas y las de la casa de enfrente. Pero, en realidad, tampoco queda sitio para estas cuerdas, pues los cables, las tuberías y los puentes de las fábricas acaparan todo el espacio. Las instalaciones industriales avanzan como gigantes fabulosos sobre los tejados y las calles de un pueblecito de liliputienses. Y estos gigantes no se recatan para nada: escupen sus detritus, el humo, la ceniza, el agua, el hollín, en plena calle.

Los peatones están siempre en guardia, caminan siempre mirando angustiosamente para arriba, con los ojos puestos en las ventanas abiertas de los edificios de cemento en que el gigante riñe su violenta lucha con el acero. Los niños se despiertan en la cuna con los gritos angustiosos del metal. Pues los metales, como parturientas sujetas a dolores terribles, exhalan noche y día quejidos desgarradores. En las viviendas obreras, los objetos tiemblan como yunques, aunque los golpes vengan de lejos. El corazón y el reloj del obrero ajustan sus latidos a la sirena de la fábrica. Todo se somete al mismo ritmo. Los ejércitos de mineros y metalúrgicos, formados por cientos de miles de hombres, se mueven, duermen, trabajan, se despiertan y comen al unísono con la gran columna del trabajo; y en este camino no hay alto ni tregua: siempre en marcha, adelante, a los sonos de la música obrera dirigida por el diapasón de la fábrica.

Pero hay en Essen un sitio, un solo sitio donde reina una paz profunda, imponente. No es por cierto en las “colonias obreras”, cogidas ya hace mucho tiempo por los tentáculos de la industria y digeridas con sus macizos de flores y las abejas de sus colmenas, envenenadas por el polvo del carbón. Ni es tampoco en el club de las afueras, paraíso de los funcionarios de sexta clase, donde estos probos empleados y sus niños se pueden recrear en un trocito de naturaleza con yerbas, follaje y un poco de agua. No; la verdadera paz, la paz del aislamiento absoluto, la paz separada del mundo exterior por paredes hechas de luna de espejo, hay que ir a buscarla a las oficinas y la dirección de la fábrica, que más que la dirección de una industria es un verdadero Ministerio, un auténtico

Gobierno. Roble, cuero: salas que serían adecuadas para las ceremonias de una coronación. No faltan aquí, naturalmente, los retratos de monarcas, pero más que ellos destacan en este recinto los modelos y maquetas de cañones en tamaño de *bibelots*, las muestras de acero y los diplomas de exposiciones internacionales. Y dominándolo todo, bañando estos claustros de seriedad y virtud oficinescas, flota un no sé qué difuso que hermana estos salones con el “*Quai d’Orsay*” y el “*Foreign Office*” y con ese caserón sombrío junto al canal en que se aloja el Ministerio alemán de la “*Reichswehr*”. Los postulantes respiran este aire extraño durante dos minutos y se convierten en figuras inanimadas de panóptico. Casi todos, incluso ingenieros que vienen con referencias de primera clase, son despedidos con una negativa. Una crisis. Hay que proceder con extremada meticulosidad. Son muy pocos los iniciados en los misterios de la vida interior de la Empresa. Hasta los altos empleados fallan muchas veces en sus suposiciones.

– ¿Puedo hablar con el señor *Comandante* von R.? –Y el viejo empleado a quien va dirigida esta pregunta, sonrío desdeñoso:

– ¿Quiere usted referirse sin duda al señor *Coronel* von R.?

Estos hombres continúan trepando por las escalas honoríficas, como si no hubiese habido en el mundo un nueve de noviembre; trepan por ellas a paso de oca y guardando el orden establecido, o a saltos, empujados por misteriosos valimientos. De cadetes pasan a oficiales, de tenientes a capitanes, de aquí a comandantes, y así sucesivamente.

Y un tropel de hombres jóvenes está siempre en puerta, dispuesto a alimentar las nuevas hornadas de ascensos en este ejército sin soldados.

Krupp tiene un Estado Mayor para sus operaciones y tiene también su diplomacia propia. Mas esta diplomacia ha venido muy a menos en estos últimos años. Ya hace tiempo que el rey de los cañones ha retirado a sus embajadores de todos los países. Y hoy los antiguos ministros del omnipotente moran en las pequeñas villas construidas por madame Krupp para sus servidores jubilados; cobran un sueldo mísero, se alimentan de arenques servidos en magníficas bandejas de plata y se reúnen en sus salones –donde por todas partes asoma la cabeza equina del Kronprinz– a añorar aquellos bellos tiempos pasados en que una sola palabra del agente de la Casa Krupp en Pekín pesaba más que todas las protocolarias seguridades del Gobierno oficial. Juanchikai era asiduo visitante del palacete chino aquel, alejado del odioso barrio europeo, donde compraba

consejos y encargaba cañones. Pero vino la guerra y se hundió todo. Sin embargo, todavía hoy son asombrosas las relaciones mantenidas desde este centro y la constante información que afluye aquí de todo el orbe. Las noticias breves de la *Essener Zeitung* sobre política extranjera, principalmente la oriental, son índice de la inmensa labor que calladamente se está realizando.

Y mientras el Ministerio del ramo anda tanteando trabajosamente nuevas salidas para el comercio de exportación, la casa Krupp tiene ya una visión de las posibilidades que supone para la industria alemana el mercado chino. Las gestas revolucionarias del lejano Oriente son seguidas desde aquí con la más vigilante atención. Se reanudan relaciones interrumpidas, se observa, se espera. Tuve ocasión de discutir sobre China con uno de los directores de la casa. Para dar a sus argumentos una fuerza de inapelable veracidad, tiró con gesto impaciente del cajón de una mesa de escritorio, extendió sobre ella un reciente informe, me leyó algunas cifras y luego unas cuantas páginas: en ese informe se describía la actuación del camarada Karachan en Pekín, sin que faltase una sola de sus palabras ni se perdiese el más insignificante de sus movimientos...

La torre cuadrangular que remata el edificio más importante de la Dirección sobresale, en su ambición de escalar el cielo, por encima de todas las fábricas y deja chicas hasta a las agujas del viejo convento, que hace esfuerzos sobrehumanos para enviar al paraíso sus repiqueteos y sus lamentaciones contra las máquinas:

“¡Oh, Dios del Cielo! ¡A quién se le va a ocurrir venir a postrarse ante nuestro Cristo conventual del siglo iv, con su frente rociada de sudor, si al lado, tocando casi con nosotros, arde un horno de 25.000 toneladas? ¡Haz, oh buen Dios, que esto cambie!”

Pero el cielo de Essen ya no es hoy más que la gigantesca marquesina de una fábrica interminable. De vez en cuando, por algún cristal roto, asoma acaso un pedacito de cielo azul...

El ascensor del imponente macizo de la Casa Krupp vuela hacia las alturas. Los postulantes se apelonan rebañegos, desfilan en rápida sucesión los pisos inferiores, y al fin se llega a la parte alta del edificio, cuyos pasillos son grises y silenciosos como las circunvoluciones de un cerebro. Una muchachita de amarilla tez que sube y baja, veloz, en su ascensor durante diez horas diarias, abre las puertas. Y ante nuestra vista se presenta –cosa rara– un comedor capaz como para diez personas,

anegado de luz como la torre de un faro, azotado por todas partes por el viento, pero un viento que no baña los cristales de agua, sino de hollín.

Mi acompañante –un antiguo oficial del ejército, de labios aguzados como filos de navaja y un negro guante en la mano de madera– me musita al oído:

– Aquí comen los semidioses.

Desde esta mesa, sentados a ella, su mirada abarca todo Essen, todo el vasto reino de Krupp. Es la historia del imperialismo alemán; se lee en las líneas formadas por la escritura de los grandes complejos de edificios, en los que las chimeneas ponen la puntuación. El viento, como un agente de Bolsa, se encarga de borrarlas a cada instante con la esponja de la lluvia, para escribir sobre el tablero nuevos signos y nuevas cifras. Las nubes de humo se apelotonan en franjas largas y cambiantes como los números de los dividendos anuales de la Casa Krupp. Es el cielo que juega en Bolsa, comprando y vendiendo.

Abajo, enterrada entre el cemento y el granito, se divisa la casuca de dos ventanas en que el primer Krupp empezó a trabajar hace cien años. Su intención era aprovechar la crisis de producción de la industria inglesa en la época de la guerra de la independencia de los Estados Unidos y forjarle sobre los yunques alemanes un rival temible. Pero el precursor murió arruinado en esta casita, después de haber consumido toda su fortuna sin haber podido arrancar la menor victoria sobre el acero inglés, señor del mundo. La burguesía alemana estaba todavía en mantillas, y su profeta, que no tenía fortuna ni disponía de crédito bastante para correr la aventura, murió aplastado por sus planes y bajo el único alto horno que logró levantar.

Mas su hijo volvió a la carga. Veinticinco años trabajó hasta imponer el triunfo del acero sobre el hierro. El triunfo de los cañones de acero de una pieza sobre los antiguos morteros de bronce. En el año 1851 envió a la Exposición de Londres un monolito de acero de la mejor calidad que pesaba 2.000 kilos. El envío ganó la medalla de oro: entonces nadie entendió la advertencia. Treinta años más tarde, la industria francesa de guerra moría aplastada bajo aquel bloque de acero. De los miles de espectadores que lo admiraron en la Exposición, ninguno sospechó que en sus entrañas se ocultaba un nombre preñado de historia: Sedán.

El modelo de los modernos cañones de acero estaba listo antes de estallar la guerra franco-prusiana. El nombre de Krupp se hizo famoso en el mundo entero. Este nombre –contundente y de una pieza, como sus cañones– resonaba por todos los ámbitos de Europa y Asia. “Krupp” quería decir “guerra”; una nueva guerra cuyos horrores no podía sospechar todavía la Humanidad, con nuevos procedimientos de muerte, con una estrategia nueva, totalmente diferente de la antigua. Del lado de acá de la frontera alemana, en el Ruhr, las chimeneas humeaban y los altos hornos llameaban noche y día, y el metal corría en ríos de fuego, cuajando los crisoles, modelando cañones, fusiles, morteros, obuses –destinados a todo el que tuviera bastante dinero para pagarlos. Era el arsenal del mundo.

Krupp había nacido alemán y patriota, todo lo patriota que un fabricante puede ser. Quiere decirse que el Káiser era recibido en el palacio de Krupp con más frecuencia y mayor intimidación que ningún otro soberano y cliente. Y los nuevos inventos se le sometían siempre a él antes que a nadie. La Patria gozaba de las prerrogativas del mejor comprador. Pero si la Patria no podía pagar o suplicaba un plazo, la mercancía iba a parar sin dilación a manos de sus enemigos. “Por aquel tiempo, cuando Krupp empezó a lanzar al mercado sus magníficos cañones de acero de impecable construcción, nadie se preocupaba de saber a manos de quién iban a parar, ni si eran amigos o enemigos. Se vendían a todo el mundo, sin distinción. “Las guerras de Bismarck –dice Pinner– le brindaron a Krupp la ocasión ansiada para probar la calidad de sus productos.”

Si el Gobierno francés, reconociendo a tiempo las excelencias de este material, hubiese renovado con él el armamento de sus tropas, los resultados de la guerra del 70 hubiesen podido ser muy otros.

Los cuarenta años que siguen son el período de incubación de la industria alemana y de su imperialismo. Krupp toma las proporciones de un verdadero Estado. Su industria fue una de las primeras que reorganizaron la producción con arreglo al principio de la verticalidad. Todo convergía en una mano, desde las minas de carbón hasta la maquinaria y la central eléctrica. Asegurada de este modo la retaguardia, hubo que librar una dura guerra por las materias primas –el hierro, el carbón, los materiales químicos– con los intermediarios y sus consorcios. Los altos hornos, talleres y fábricas de Krupp llegaron a tener una red de colonias propias. Su amo conquistó para ellos países enteros y mares de petróleo.

Los vecinos, débiles, no opusieron gran resistencia; unos fueron devorados sin más contemplaciones, otros atados codo con codo a la empresa mediante las ligaduras de la sociedad anónima.

Poco antes de la guerra, en el año de 1913, si mal no recuerdo, Krupp pronunció en un banquete de periodistas aquella frase genial, que pasó tan inadvertida como cuarenta años antes el monolito de acero:

“Una fábrica tiene que crearse ella misma la salida para sus productos.”

Los productos de Krupp eran los cañones y la guerra fue su comprador. En 1914 estalló la conflagración mundial...

Jamás el auge de la fábrica fue tan floreciente como en los primeros años de la guerra. 130.000 obreros trabajaban incesantemente en la fabricación de armas. Los comedores de la fábrica podían dar abasto a 40.000 obreros a la vez. Las obras de los edificios comenzados se remataban con inaudita rapidez, a la par que se iniciaban otras con el mismo ritmo acelerado. En el primer año de la guerra, en 1914, los ingresos de la casa subieron de 33,9 millones que habían sumado en 1913, a 64,4 millones de marcos oro. En el cielo del Ruhr se encendió una brasa gigantesca de color rojo oscuro que hacía temblar a la Tierra noche y día. Era la fábrica de cañones más grande de Europa, eran los Talleres Hindenburg, organizados con arreglo al célebre *plan* de militarización de las industrias, que tuvo por autor al mariscal.

El *plan* no podía ser más sencillo: consistía en arrojar a las fauces de la industria los últimos recursos del país, hasta el último céntimo, para hacerla rendir más que todas las de los aliados juntas. Krupp perdió la partida. No pudo desbancar a la “*Armstrong and Whickers*” ni a la “*Bethlehem Steel Corporation*”. Y el día en que comenzaron a ponerse por obra los planes de Hindenburg se considera hoy como el comienzo de la catástrofe del marco, de la bancarrota y de la era de la inflación.

A nadie enriqueció la guerra tanto como a Krupp. A nadie infirió la paz de Versalles tan mortal herida. Toda la maquinaria destinada a la fabricación de material de guerra fue volada por los Aliados. Los tornos especiales de los talleres de cañones fueron inutilizados o transportados al extranjero.

Barrios enteros de fábricas enmudecieron y docenas de chimeneas cesaron de respirar. Una parte considerable de las minas de Alsacia, Luxemburgo y la cuenca del Saar fue a parar a manos de industriales

franceses, dispensándosele a Krupp el trato que en caso de vencer él hubiera reservado indudablemente a sus enemigos.

Mas Krupp no cejó en su empeño, y, desmantelada su antigua fortaleza, se obstinó en seguir trabajando sobre los carriles de la paz. Objetos, en el verdadero sentido de la palabra, no los habían producido sus fábricas nunca, pues lo que de ellas salían no eran artículos de consumo, sino instrumentos de producción. Los talleres de Krupp son un semillero inmenso de maquinaria instrumental que, a su vez, parirá generaciones innúmeras de nuevas máquinas. Sus telares mecánicos tejerán millones de metros de tela; sus grúas levantarán millones de toneladas; sus ruedas para vagones son rodaderas que darán la vuelta al Globo.

Vagones de descarga automática, motores diesel, cremalleras para funiculares, maquinaria agrícola, aperos para cavar patatas o abonar la tierra, tanques para gasolina, calderas de vapor, máquinas sembradoras: gérmenes todos de nuevas fábricas, retoños de nuevas líneas aéreas y nuevas ciudades, alimento para flotas enteras que transportarán la cosecha de decenios a través de los mares...

Hoy, no hay para Krupp objeto despreciable, por insignificante que él sea. ¿Se le prohíbe fabricar cañones? Muy bien. Pues fabrica dientes artificiales, dentaduras ligeras, permanentes, inoxidables, inodoras e insípidas. Diez veces más baratas que las de platino y de tan buen resultado. Luego se lanza sobre las lecheras, les quita de las manos los trapos y el tamiz y por veinte marcos las pone en posesión de una magnífica maquinilla desnatadora. El grande y poderoso Krupp traba amistad con los cines más humildes y tenebrosos, esos pobres establecimientos en que la hija del dueño se sienta al piano a amenizar la velada, y les vende su aparato de proyecciones, y como el nombre de "Krupp" tiene una hermosa resonancia, sólo le compran a él. Y poco a poco va reduciendo a las porterías, a los pequeños empleados de Correos, a las viejas solteronas, maestras de escuela y mancebos de botica, hasta colocarles a todos su pequeña linterna de cine. Y a los tenderos de ultramarinos les sirve por miles sus prácticos aparatos queseros.

La fábrica de máquinas, tan maltratada por las circunstancias y puesta a media producción —la mayor de Europa— abarca una superficie de 47.000 metros cuadrados. El último encargo de consideración que ejecutó fue un pedido de locomotoras para Rusia. De esto hace ya una buena temporada: hoy, Rusia sabe construirse en casa las locomotoras que necesita.

Hacia Occidente, están situados los hornos Martín, con sus limpios patios, su gran cuadrado de agua gris, sus torres con las ruedas girantes de los montacargas, gasómetros, cocheras para cientos y miles de autos, el laboratorio en que acaba de descubrirse el acero inoxidable, nuevos hornos Martín, altos hornos, fábricas químicas y textiles, agrupadas por especialidades... Unas muertas, otras medio desiertas, otras trabajando medias jornadas y batiendo *records* de producción con un mínimo de salario y un máximo de jornada.

Todo se divisa desde esta atalaya. Y todas estas industrias, todas estas fábricas y talleres, es como si no estuviesen sujetas al suelo, clavadas e inmóviles. Se diría que se mueven, con movimientos rigurosamente coordinados, como los de los peones en tablero de ajedrez de una carta militar. Hay grupos de edificios que sobresalen por encima de sus vecinos yertos, que avanzan por sobre patios y talleres vacíos, otros que se lanzan al asalto llenos de furia combativa, otros exangües, que han perdido su acometividad y son evacuados por etapas, para armarse de nuevo y volver a lanzarse al ataque con fuerzas redobladas. Sus espaldas se liberan del pesado bagaje, que pasa a hombros de otros más fuertes, hechos a soportar el doble. Y las columnas de humo tremolan sobre los ejércitos de Krupp como los estandartes flameantes de los regimientos.

¿Crisis? Sin duda. Para todo lo que vive de puertas afuera. Para la prensa, para los acreedores, para los obreros a cuyas expensas se realiza la callada revolución técnica –la revolución palaciega de las máquinas–. Crisis del carbón: es la consigna, para los extraños. El carbón alemán no puede, por lo visto, competir con el inglés. Todos los periódicos del Ruhr vienen llenos de historias sobre el carbón ruso que hasta ahora nadie tomaba en serio y que por lo visto está desplazando al inglés y al alemán en los Balcanes y en el cercano Oriente. Y todas estas razones obligan, naturalmente, a disminuir el coste de extracción, para que no sufra quebranto la economía nacional. Toda la prensa de la derecha, la democrática y la socialdemócrata predica la salvadora solución. No hay otro remedio, sintiéndolo mucho: urge suprimir las pensiones a los mineros, los días de fiesta y las licencias, dejar en suspenso las leyes y los reglamentos que prescriben las medidas de salvaguardia obligatorias en la industria minera; urge abolir todos los derechos arrancados por el proletariado en quince años de luchas y que son otros tantos estorbos en el camino del resurgimiento de Alemania. Para hacer patente a los ojos del obrero el apremio de esta hora crítica, la familia Krupp empieza dando el

ejemplo con sus heroicas economías: despide nada menos que a cuarenta criados de su palacio, y, abandonando este gigantesco y pesado edificio, traslada sus cuarteles a una confortable vivienda de la ciudad. Los magnánimos señores quieren compartir con sus obreros los días de privación como los de prosperidad. Después de poner en la calle a un par de mozos de cuadra pueden, con perfecta tranquilidad de conciencia, dejar sin pan a diez mil trabajadores.

El cuerpo de la industria del hierro se agita convulso, malherido. Concentra su producción, arroja por la borda todo lo que es superfluo o de rendimiento escaso. Solamente en Essen y sus alrededores se quedaron sin trabajo, en los últimos meses, 40.000 obreros. Y Krupp no se recata para decir que en el próximo invierno seguirán la misma suerte otros 100.000. El Estado –léase: el contribuyente; léase: el obrero– se encargará de mantener a sus expensas a este ejército de sin trabajo y a sus familias, para que Krupp, libre de cargas inútiles, pueda volver a levantar sin pérdidas la industria del acero. El carbón: he aquí el blanco contra el que esta rebelión se dirige. Contra el carbón, el pan cotidiano de la producción mundial que ha tenido al orbe más de cien años sujeto al conjuro de sus precios y su calidad. Hoy, para no verse derrocado inapelablemente, el antiguo tirano no tiene más remedio que aceptar una Constitución, hacer concesiones, disolverse, volverse fluido, deponer su orgullo ante el lignito, antes tan menospreciado.

La paz de Versalles voló y redujo a la nada la mitad de las fábricas de Krupp. Pero respetó a la burguesía alemana la espléndida e inagotable fuerza de riqueza que son los musculosos lomos de los mineros y metalúrgicos de la cuenca del Ruhr. Apoyado en ellos, Krupp hace esfuerzos sobrehumanos para sobreponerse a la crisis. Y no se contenta con remendar de cualquier modo el roto, sino que, aprovechando la coyuntura, es tan osado, que quiere avanzar todavía un trecho. La socialdemocracia y sus organizaciones le ayudan solícitamente en esta empresa de estabilización; le ayudan con el mismo admirable espíritu de sacrificio con que le ayudaron durante la guerra. Sin su ayuda, ¿cómo sería posible que triunfase este levantamiento de las máquinas, esta especie de Thermidor de la metalurgia?

LECHE

Con el presente desempleo y los niveles actuales de los precios, una familia alemana de clase obrera tiene que agotar hasta el último esfuerzo para luchar por las vidas de sus hijos.

Las gotas de leche están contadas y se chupan afanosamente cuando no cada día, días alternos y cuando no es de primera clase es de segunda. Mientras los niños beban leche hay esperanza. El que se extenúa es únicamente el presente. El futuro le chupa su teta opulenta y tiene las mejillas rosadas. En el lastimero juego de la vida, los niños son la última apuesta. Vagamente vinculada a ellos está la idea de la victoria a fin de cuentas: “bien, si nosotros no podemos, lo harán nuestros hijos”.

Los pasos del lechero en las escaleras de una vivienda pestilente son los pasos del destino.

El lechero llega al despuntar el día: el primer heraldo del día que se tiene por delante. El sonido del timbre levanta a la gente de la cama. Le abren la puerta somnolientos en camiseta, pero sin ninguna vergüenza. Puede que la puerta sólo esté abierta por un minuto. A través de la estrecha rendija él puede verlo todo: qué sobras hay de la cena de la noche anterior, ya se trate de manteca que se enfrió en los platos o de un pedazo de pan duro sobre el mantel de hule vacío, vasos de cerveza sucios, el escaso sedimento de café de bellota —esa ilusión de comida, el primer sustituto— o la gruesa margarina de rostro pálido y fofo que hace su aparición allí donde hay entradas de dinero y el padre o el hijo todavía trabajan. El lechero echa una mirada por toda la habitación. ¡Aja! Un montón de platos sucios en un rincón, el hedor de las botas del minero secándose sobre la estufa. Para su olfato este olor es más dulce que el incienso. Trabajan, por lo tanto están vivos.

“¿Le sirvo leche de primera clase, verdad, señora?”.

Y no se equivoca.

Con la suficiencia llega el júbilo. A veces los pies descalzos pisan tan alegremente el suelo hasta llegar a la puerta que se abre al ingenioso lechero con una sonrisa tan jovial. ¡Qué decepción!

Unos ojos cálidos y amodorrados chocan con la pechera de mi delantal almidonado como si éste fuera una coraza helada.

“Oh, señor lechero, ¡hoy llega con retraso! Voy a hablar con su vecina para que lo despierte más temprano. ¿Qué es esto, tiene una nueva ayudante?” Y el portazo resuena como un disparo.

Esto era lírico. La mayor parte de las viviendas no tenían nada de lírico. A primera vista, me había parecido que el minero de Essen o el metalúrgico vivían mejor que los nuestros en Rusia. Cuello y peto de camisa duro, zapatos limpios y sombrero elegante. El almuerzo en una bolsa impecable. No llamaría tanto la atención ahora que obreros y campesinos van teniendo más comodidades en nuestro país. Para nosotros la mayor prosperidad va a parar a botas, abrigo de piel, bufandas calientes y guantes. Un confort pesado, afelpado, con olor a piel de oveja. En occidente, los resplandecientes grandes almacenes con sus saldos anuales están al servicio del obrero. Montañas de trapos elegantes, llamativos, apresuradamente cosidos.

Precio: cinco rublos un abrigo, 80 kopecks las medias y tres rublos unas botas de aspecto perfectamente decente. Todo esto se deforma a la primera lluvia, se decolora a la luz del sol y tiene un terror mortal al aire, el viento y la lluvia. El obrero alemán se privará de las cosas más necesarias y escatimará comida y sueño para poder vestirse elegantemente y no destacar entre la multitud por su pobre indumentaria. Sus exigencias cotidianas son infinitamente más sofisticadas que las nuestras. Porque, en tanto la pobreza no le parta en dos los huesos, no se pondrá una camisa sucia ni tolerará un insecto o una cucaracha en su casa.

“Creo que usted quería conocer a un ferroviario. Pues bien, mire, en el tercer piso toman seis botellas de leche y una de crema. Él es *Lokführer* (maquinista), veinte años en los ferrocarriles; su mujer es camarada nuestra. Suba, el perro probablemente no está de vuelta todavía.”

Y, en efecto, no estaba. Una señorita encantadora abrió la puerta.

“Camarada...”

Su cara sin marcas, el rostro de una muchacha de treinta años que no ha dado a luz ni ha estado cerca del calor de una estufa en la cocina, un rostro blanco y gordinflón de oficinista, respingó y se volvió hostil:

“Yo no soy camarada suya. Vaya a ver a mi madre, está en la cocina.”

Después de los agujeros en los que acababa de estar, este departamento claro, cálido y espacioso de “la aristocracia obrera”, parecía un paraíso.

La cocina estaba blanca como la nieve. Estantes, sillas, armarios, paños de manos, manteles, todo inmaculado. Una nube de fragancia fascinante sobre la cafetera, mantequilla, jamón y pan blanco sobre la mesa. Un gran piano en la sala, flores de papel, cortinas, una alfombra, dos camas magníficas en el dormitorio, una montaña de edredones y, de nuevo, ropa blanca inmaculada. Frau Rotte, la dueña de toda esta prosperidad y abundancia, era una mujer fornida pero inquieta, de unos cincuenta años, con un rostro bondadoso sobre el que brincaba un pestañeo neurótico; el ojo izquierdo se le contraía con un tic nervioso. Su marido no estaba en casa. Había dejado tras él objetos que toda la familia detestaba: su vieja indumentaria formal, una chaqueta azul de puños rojos y un sable que le habían obsequiado por los servicios prestados durante un cuarto de siglo, del que Frau Rotte diría amargamente que habían hecho de su marido “*un hombre*”.

El comunismo inconsciente de Frau Rotte tuvo su origen en el momento en que, cuando tenía aproximadamente tres años, su madre, viuda de un labrador con hijos pequeños en sus manos, se preparaba los domingos para entretener al pastor de cuya ayuda económica dependían. Tan pronto como sonaban sus pesados pasos en la escalera, toda la familia se colocaba alrededor de la Biblia y empezaba a cantar salmos. Esta comedia continuó durante muchos años llenos de odio.

Desde entonces, Frau Rotte no podía ver los hábitos de un cura sin un estremecimiento. Se casó joven y, como decían las mujeres de la localidad, no pudo hacer nada mejor porque se casó con un *Lokführer*, hombre de carácter honesto, sobrio y firme, con buena reputación ante su jefe. Su marido llevaba religiosamente toda la paga a la casa sin guardarse nada para él. No obstante aquellos días de visita a la clínica psiquiátrica a los que él nunca faltaba, a Frau Rotte le quedó un sentimiento de amargura y frustración tales que incluso treinta años después no podía perdonar. Herr Rotte dominaba a toda la familia con un puño de hierro. Los conducía a la iglesia y los sábados no les dejaba leer ni un solo periódico. A veces a Frau Rotte le parecía estar reviviendo la vida de su madre. Las pisadas del vicario de la parroquia resonaban continuamente en su cabeza. El viejo Rotte educó a sus hijos con puños y látigo. Todos terminaron de contables y técnicos. Heinrich es el que lleva toda la correspondencia en la empresa Mannesmann.

Otto es cajero en un gran banco. Todos ellos son fieles servidores de sus amos –los tacones de las botas de su padre les extirparon firmemente cualquier instinto de clase–, escribanos a los que la visión de la camisa de un obrero sólo inspira repulsión. Hace años, cuando la guerra, Heine hizo un intento de ir a algún mitin obrero. El pobre muchacho olvidó quitarse el monóculo, que usaba siempre por su miopía, y lo apalearon. Nunca perdonó a su clase el malentendido y no volvió a emprender su recatado intento de volver “a los suyos”.

Frau Rotte había contemplado calladamente durante largos años cómo su marido lisiaba, castraba políticamente y enviaba a sus hijos uno por uno a los patronos. Sólo en 1917, casi por azar, se metió en un mitin comunista, bebió un sorbo de revolución y regresó a casa ebria. Entonces ya era tarde para los hijos mayores. Pero salvó al hijo más joven: hizo de él un obrero metalúrgico ordinario y lo envió a la Liga de las Juventudes Comunistas.

Desde entonces los viejos Rotte han acordado no discutir de política en la mesa a fin de preservar la familia. Pero la pérdida de las hijas causa a la vieja mujer un dolor indecible. En esta familia que muestra un corte transversal de la estratificación social de los obreros mejor pagados, las muchachas representan todas las repúblicas burguesas desde Scheidemann hasta Seeckt. Odian a su padre por no haberles dado educación ni a una sola de ellas. Odian su monarquía y su uniforme, su voz y su puño.

Pero el comunismo de la madre les resulta del mismo modo infinitamente divertido. Después de todo, su padre las ha alzado sobre sus anchas espaldas y las ha depositado en el siguiente peldaño de la escala social. No han tragado emanaciones de fábrica ni se han atragantado con pan negro. Es sabido que un jefe no trata más cortésmente a su mecanógrafa que a un empleado. La bella muchacha, mecanógrafa en tres idiomas y con conocimientos de contabilidad, ahora está sin trabajo porque se atrevió a rechazar una insinuación de su jefe.

La madre pretende explotar su desconsuelo. “Ven conmigo a la reunión.” Minna se limita a erguir su cuello suave y todavía lozano.

“Se encuentra una con gente tan espantosamente ordinaria en esos lugares, madre. Una joven que puede ganar 125 marcos no puede permitirse estas idioteces. No, prefiero ir a un café.”

Y entonces la anciana perdió la paciencia y con sensibilidad femenina le pegó en el lugar más doloroso y acolchado:

“Ahora tienes treinta años, espera y verás cómo en cinco años más estarás acabada. Ninguno de esos ricos se va a casar contigo. Estás esperando para nada. No te quieres casar con un obrero. Pero pronto los obreros tampoco te querrán. Vas a estar dando vueltas de oficina en oficina como un perro solitario. Has caído entre dos sillas. Luego ve y mírate al espejo, cansada, gris y agotada. Una fregona rendida como cualquier otra. Eres peor que tu padre. El viejo tiene algún tipo de convicciones aunque sean falsas. Pero tú no tienes ninguna. Estarías dispuesta a renunciar muy tranquilamente al trabajo que tanto desprecias y hasta a tu cuerpo con tal de que alguien te llamara en la oscuridad *gnädige Frau* sin intención alguna. Pero no lo van a hacer. Serás una obrera cuando te vayas a la cama y te levantarás hecha un pellejo desgastado.”

“*Du Klassenlose!*” (¡Traidora a tu clase!).

Este es el insulto más fuerte que un obrero puede lanzarle a otro. A través de los polvos de sus mejillas harinosas y blanquecinas, despunta un sonrojo...

Carbón, hierro y hombres vivientes³⁸



EN LA TIERRA DEL PLATINO

Kytlym significa “caldera” en el lenguaje del país. Y eso es, en efecto, este valle: una gran caldera. Un gran cuenco serrano colgado de las nieves eternas. Las nubes trepan por sus bordes escarpados y dejan en los riscos pingajos de sus vestidos vaporosos y exuberantes. Los cazadores solían rondar por entre la maleza de estos montes, siguiendo el rastro de los osos. Pero tampoco su presencia abundaba aquí. Los caminos eran casi intransitables. A cada paso se producían incendios en los bosques, y el amo vigilaba celosamente sus tierras. Un bicho curioso, este Worobjoff. Etronizado en su terruño, andaba en continua desavenencia con su vecino, monsieur Du Pare, por la posesión y disfrute de la calzada.

– Ya que dices que eres un aristócrata y un agricultor, constrúyete un camino propio.

Y Worobjoff, con todos sus títulos de nobleza, se pasaba días enteros en acecho entre el bosque, el oído atento al cascabeleo del carricoche de su vecino, para mandarle, en cuanto se pusiese a tiro, una buena perdigonada, y si no podía darle a él, dejarle por lo menos un recuerdo al lebrél del franchute que seguía, trotando, al coche. Du Pare se sentía hastiado de la vida de Kytlym. Se pasaba las semanas enteras sentado en casa, y de tarde en tarde salía a tomar el aire en su coche, atrincherado entre cojines contra las perdigonadas del vecino, tocada la cabeza con un voluminoso gorro de piel. El carruaje volaba más que corría por el camino vedado de Worobjoff, dejando tras sí un tintineo de cascabeles.

³⁸ Larisa Reisner, *Carbón, hierro y hombres vivientes* [Unión Soviética, 1924].en su último proyecto periodístico *La República del trabajo*,

Pero los perdigones del hidalgo rural tenían una extraña fuerza de penetración, y traspasaban los cojines de pluma. Worobjoff era un experto cazador y se fabricaba él mismo la munición, de un metal blancuzco que abundaba en los pantanos y en los bosques de sus tierras estériles. No es, naturalmente, que el hidalgo en persona anduviese vagando de acá para allá buscando el metal desperdigado por su finca; lo que hacía era dar un cuarto a los muchachos del pueblo por cada sacos llena que le traían a casa; y así, iban amontonándose por los rincones sacos y más sacos, hasta que la señora, al llegar el día de la gran limpieza, ordenaba que se echasen a la basura. No permitía que su marido se llenase los bolsillos con grandes puñados de esta munición. Era un metal vil, pues pesaba exageradamente, y los trajes nuevos y más elegantes del hidalgo tenían los bolsillos rotos a los pocos días de puestos. Mas, con todo, los balines de Worobjoff eran duros, el ojo y la mano del tirador certeros, y el resultado de todo ello fue que monsieur Du Pare, después de muchos descalabros, se decidiese a abrir para sus necesidades un camino nuevo por los pantanos hasta entonces intransitables.

Pero el vecino siguió teniendo alimento para su malignidad. El francés era avaro; la endeble tarima, podrida por todos lados, acabó por hundirse, y ya el primer año de usar el camino su mejor caballo se hirió en una de las patas delanteras y no pudieron sacarlo del pantano.

Fue precisamente por los días en que desapareció misteriosamente el administrador de Worobjoff, después de comprar a los aldeanos del pueblo –borracho sin duda, e inculto como era– un saquito de la munición blanca, en cincuenta copecs. Y el mentecato tuvo suerte. No tardó en correr el rumor de que había hecho, nadie sabía cómo, una fortuna extraordinaria.

Dos años vivió la comarca sumida en la taiga, lamiéndose su gran pata de oso, hasta que un buen día Worobjoff hizo un fabuloso trato: por tres rublos de plata, arrancó a un cazador el siguiente estupendo secreto. Primero, que el metal que empleaba en matar perdices y en hostilizar al coche y al perro de monsieur Du Pare era puro platino, como si dijésemos oro blanco, el más precioso de todos los metales preciosos. Y segundo, que todos los valles vecinos, en dirección al Norte y a Sosnovka, encerraban ricos yacimientos de este metal. De todos los picachos que rematan la cuenca de Kytlym se precipitan al valle arroyos espumeantes, y todos arrastran en sus aguas granos de platino, que dejan a su paso, sumidas en el lecho de algún río o abandonadas en las orillas e indolentemente cubiertas con un poco de musgo. Una compañía franco-

inglesa pagó al señor de Worobjoff grandes sumas por sus yermos, ahora tan codiciados. Se dice que recibió tres mil rublos de presente, una vivienda con calefacción y luz y un confortable excusado, y además, un puesto –no se sabía cuál– de por vida en la sociedad.

Desde aquel día, la cuenca de Kytlym, separada del mundo por una barrera de montañas, bosques y pantanos, conmovió a la Humanidad entera con la nueva de sus yacimientos de platino, de sus tesoros legendarios, sembrados en un radio de docenas de kilómetros, y con la leyenda de cazadores bárbaros que tiraban contra los patos silvestres con balas de platino. Y no era ningún cualquiera, sino el omnipotente Urquarth, nada menos, el que tomaba la cosa en sus manos y acometía la empresa de instaurar en el Ural el reino del platino.

También el capital ruso se interesó en el negocio, pero en proporción insignificante: los accionistas extranjeros le permitían magnánimamente tomar parte en su cruzada triunfal. Por los quebrados desfiladeros de Kytlym entraron dando tumbos cinco máquinas dragadoras, cada una de las cuales había costado 300.000 rublos oro. Entraron descolgándose por los senderos pisados por los osos, y los carros blindados se desquiciaban a cada tumbo que daban por los caminos pantanosos, bajo el tremendo peso de las máquinas, las ruedas, las calderas y los cajones de herramientas.

Las máquinas hicieron el viaje con un lujo que antaño sólo se acostumbraba para los viajes de bodas de las princesitas de Anhalt-Zerbest que mandaban de Reval o de Riga a reinar sobre estas tierras, envueltas en pieles de cibelina como jamás las habían visto en su país y con los últimos precios del rapé, la carne y las legumbres apuntados en sus inocentes diarios de colegialas alemanas. ¡Qué marcha triunfal, esta de las máquinas! ¡Cada vagón arrastrado por un tronco de 200 caballos! El campamento que se levantaba al anochecer, en los altos del viaje, recordaba el séquito del

Gran Mongol. Un año siguieron ardiendo los bosques, en una extensión de cientos de verstas: eran incendios provocados por los vigías del cortejo de las máquinas, que lanzaban ramas ardiendo a las tinieblas para ahuyentar su miedo creciente y los ojos fosforescentes de los lobos, incrustados en las sombras.

En 1904 y 1905 la compañía empezó a repartirse fantásticos dividendos. En poco más de un año, quedó amortizada la maquinaria y su arrastre al corazón de la sierra. Por entonces, en los años en que Rusia atravesaba por su primera revolución y se declaraba una inaudita bancarrota financiera, con la descomposición de toda la economía del país, solía volar todas las semanas, por entre estos bosques milenarios, un coche arrastrado por tres caballos, llevando de Kytlym hacia el Occidente la cosecha de siete días, por valor de hasta un millón de rublos. ¿No fue acaso con estos dineros, ganados a tan poca costa, con los que la burguesía de Europa ayudó al Gobierno imperial de Rusia, cuando fue a llorar a sus puertas como un mendigo? La cruzada de rapaña alcanzó su apogeo en los años anteriores a la guerra, en el 12, el 13 y el 14. Los millones y miles de millones ayudaron al imperialismo a preparar la guerra mundial, ¡y estos millones y miles de millones son los que el capitalismo del mundo quiere obligarnos a pagar de nuevo! La extracción del platino alcanzó una cifra fabulosa: de 20 a 21 puds anuales. Rusia rendía el 90 por 100 de todo el platino arrancado al globo, y se conquistó inmediatamente el mercado mundial. La lluvia del precioso metal caía cada vez más rica y más copiosa. Geólogos expertos registraron las montañas del entorno.

Y aunque los resultados de sus investigaciones se mantuvieron en el sigilo más riguroso, pronto corrió el rumor de que en Kytlym y sus alrededores todo –bosques y pantanos, barro y piedra– estaba sembrado de platino. Una ola de locura sacudió la comarca. En poco tiempo fueron descubiertos, uno tras otro, los yacimientos de Tylai, Kossva, Sosnovka, Obodrannyi-Lossnok. Alrededor de las dragas gigantescas, que rendían su trabajo metódicamente, pululaban una nube de cavadores clandestinos, hurgando la tierra por procedimientos bárbaros, acuciados por la sed del platino. Más de la mitad se hundía, se arruinaba, caía en las garras de los acaparadores o de la policía; cierne, cava, busca y encuentra, pero, ¿de qué les sirven los hallazgos, si les falta el dinero necesario para explotar racionalmente el filón descubierto? Estos buscadores ocultan celosamente las bolsas encontradas, las esconden bajo el musgo y el follaje. Pero no todos los que respiraban el aire contaminado del platino caían atenazados por el morbo. Rusia estaba intoxicada en aquellos años por un veneno mucho más activo. Y por mucho que en la caldera de Kytlym hirviese la fiebre, todavía quedaban unos pocos que se entregaban al trabajo de cavar en busca de platino como a otro trabajo cualquiera, sin otra ambición

que sacar un pedazo de pan y ganar para unos cuantos libros. Junto a las primeras dragas que montó la compañía, trabajaron, construyeron y aprendieron los futuros comunistas, comisarios y directivos de Kytlym.

En Kytlym también trabajaba por entonces, el geólogo –bolchevique–, Ditkowski, iniciado por la compañía en todos sus planes y descubrimientos. Nadie sospechaba, naturalmente, que, tres años más tarde, este hombre entusiasta, ganado por las ideas de igualdad social –y que era, además, un técnico de primera fuerza– había de asestar el golpe de gracia al poderoso reino de platino de los ingleses.

Los capitales extranjeros no se resignarán a olvidar tan pronto el año de 1917. ¡Qué dividendos! ¡Qué perspectivas! Un Gobierno benevolente, brazos de una magnífica baratura –en aquella Rusia colonial–, bosques milenarios y quinientos jornaleros aislados del resto del mundo y entregados a merced de la buena voluntad de su patrono, ¡una maravilla! ¡Y pensar que todo esto iba a acabarse!

¿Para qué necesitaba Koltshak marchar sobre Kytlym, que no tenía ningún valor estratégico, pavimentar los caminos pantanosos con los cadáveres de sus soldados, ahogar a sus tropas en el humo de los bosques ardiendo, estrellarse por todas partes contra las bayonetas de los guerrilleros, dejar sus cañones y sus carros regimentales hundidos en los pantanos? Porque el telégrafo de campaña, el hilo de acero tendido de pino en pino, transmitía órdenes acuciantes e imperativas de París y Londres.

–¿Puede saberse, señor Almirante, para qué diablos le hemos contratado?

Y el telégrafo se estremecía agitado por la geringonza extranjera, por aquellos furiosos “¡Urgente! ¡Urgente! ¡Urgente!”, con que Europa quería llegar a la entraña del platino brillante y pacífico que dormitaba sin meterse con nadie en la tierra, debajo del musgo velludo, ramas de pino y nieve. Y, en efecto, espoleados por el extranjero, los blancos consiguieron entrar en Kytlym en el mes de diciembre de 1918. Y los obreros que habían osado despojar a los aventureros invasores, durante todo un año, de sus fabulosos beneficios, recibieron en pago una dura lección.

Murieron fusilados Orejoff, Sergejeff, Ikanin, Schuinajeff, Naimusehin, Grebionkin, Jaroslavzeff, los dos Ismogiloff –padre e hijo–, Kassatkin el chico, Senkoff, el panadero Korobkoff, Chomutoff, Beloglasy, Dyldin, Novosioloff, Alejandro Starzeff, el cerrajero Kriukoff, los cavadores de

platino Bolosnikoff, Pokryschkin, Rogatschoff, Mansuroff, Wania Sergejeff y Kolodkin. Esta sangrienta represión determinó a los obreros y a los habitantes de los pueblos de la comarca a evacuar el país. Pueblos enteros de la montaña se pusieron en camino con los niños y el ganado. En Sosnovka no quedó un solo vecino, a pesar del duro invierno y del temporal de nieve. Pero les faltaron carruajes para transportar el bagaje y la hacienda; sólo disponían de cinco caballos. Las familias hubieron de retornar a sus hogares, mientras los hombres proseguían la marcha.

Fue entonces cuando Ditkowski organizó sus guerrilleros. ¿Pero qué iban a hacer con diez fusiles para toda la tropa? Los demás, desarmados, no podían ofrecer al enemigo más que la fuerza de sus pechos. Descendieron al valle, pero ya era tarde: el enemigo se les había adelantado por la calzada de Solikamsk, cortándoles la salida de la cuenca. No les quedaba más camino que cruzar a campo traviesa, en el invierno, enterrados en la nieve. Se deshizo la sección. En las márgenes del Kossva, después del primer encuentro con las patrullas de Dutoff, Ditkowski ordenó el desfile. Jinetes y gentes de a pie tomaron una dirección, menos diecisiete hombres que siguieron otro camino, con el jefe a la cabeza.

El camarada Jermakoff, un hombre fornido, de cabeza fuelle y redonda, orlada por una corona de pelo rubio, nos cuenta:

– Era el momento que habíamos calculado para reunimos. De pronto, a poca distancia de nosotros, oímos silbar unas cuantas balas. No encontramos a ser viviente, nadie nos salía al paso. Nieve y bosque. Ya nos habíamos comido un caballo. Como las caballerías no podían seguir, las dejamos al cuidado de los más viejos. Ditkowski le dijo a Sakanzeff:

“Dejo a tu mando los caballos. Tan pronto como encontremos la salida, volveremos a buscarte.”

Tomamos un poco de carne y nos fabricamos unos esquíes, que a pesar de la madera verde, podían usarse. Éramos trece hombres. No sé cómo, pero logramos salir adelante. Al sexto día, oigo disparos. Los demás, estaban en un estado de agotamiento que les impedía comprender ni coordinar nada. Ditkowski me dice: “Digas lo que digas, esos tiros son de ametralladoras.”

Perfectamente. Seguimos marchando, arrastrándonos en la misma dirección. Y a la mañana siguiente, se repite la historia: nuevos disparos, esta vez perfectamente distintos. Reanudamos la marcha y salimos a un camino: la calzada de Moltschanovskaja. Ditkowski nos da de nuevo qué pensar con sus aprensiones: ¡quién sabe –dice– de dónde y quiénes dispararán! De pronto, advertimos que los tiros van contra nosotros. Los nuestros no se desprenden de sus esquíes, lloran, pero siguen deslizándose, como Ditkowski les ordena. Inopinadamente se oye el ruido de un convoy. ¿Adónde se dirige? Hacia Kosova. Refuerzos. ¿Para quién? Para las tropas.

¿Para cuáles? Para los rojos. En vista de esta sorpresa, Ditkowski nos dio dos panecillos para los trece; no quiso darnos ni una migaja más. Seguimos avanzando, pero antes de que pudiésemos llegar al comandante rojo, ya le habían informado las avanzadas. Nos recibieron como era debido.

A derecha e izquierda, ametralladoras, cadenas de cañones. Mientras Ditkowski presenta sus papeles, algunos de los nuestros, que no pueden resistir más, caen desmayados, y los que aún se sostienen parecen cadáveres en pie. Al cabo, el jefe de la columna de socorro viene hacia nosotros y nos grita: “¡Traed primero a esos!”

Llevan en brazos a los que han perdido el conocimiento y el médico les mete en la boca unos tragos de caldo. Aquellos ya no eran soldados: eran pedazos de carne rota.

Un año después de esto, la República ocupaba por segunda y última vez la cuenca del Kytlym, con sus codiciados yacimientos de platino.

II

El proceso que se sigue para la extracción del platino es feo, absurdo e indignante. Imaginémoslo. Atravesando bosques milenarios, pantanos impenetrables y cadenas de montañas, se traen arrastrando, dando tumbos, hasta el corazón de una región salvaje, unas máquinas maravillosas. Se las planta en un valle serrano, plagado de pantanos inmensos y bloques de piedra. Sobre una zanja que inmediatamente se llena de agua amarillenta y sucia, se levanta un andamiaje, y encima de él se monta la máquina dragadora de dos pisos, que, movida eléctricamente, tiene que mascar, chirriando y rechinando, unos 200 o 300 metros cúbicos de piedras, lodo, musgo y agua, para poder recoger, al cabo de toda esta operación, un puñado insignificante de platino, que queda depositado en la placa filtrante de las esclusas.

Las dragas trabajan día y noche, excavan y devoran montañas de tierra y piedra, árboles y praderas enteras; el valle queda convertido en un cementerio desolado, y todo para obtener unos cuantos granitos de un metal que la Humanidad, por los motivos que sea, considera extraordinariamente precioso. Si prescindimos por un momento de este valor relativo del platino en el mercado, se nos revelará en toda su insensatez el derroche que cuesta a la nación esta industria. En un país cuya producción clama por energía eléctrica, se arrojan 3.000 kilowatios a una sima, a un pozo lleno de lodo y de basura que en invierno es inhabitable y en verano está plagado de nubes de moscas; malsano, frío, bloqueado por nieves eternas. Todo un continente labrado con arados primitivos, mientras aquí cinco máquinas gigantescas, chapoteando como dementes en las lagunas turbias de sus propios excrementos, devoran con la terquedad de un loco furioso las riberas de la comarca y van dejando tras sí la estela de sus detritus. Recuerda a corpulentos niños jugando a un juego extraño.

Rodeadas por todas partes de pantanos y por cientos y miles de kilómetros de macizos montañosos, juegan a los “barcos”, agazapadas sobre sus tupidas garras. Gritan con las voces estridentes de los vapores de verdad, echan y recogen anclas y contemplan desde la cubierta, desde el soberbio puente de mando, la “tierra firme” que a cada paso abordan. Paletas grises y anchas se sumergen en el agua incesante-mente; en el último momento, antes de tocar la superficie, pierden el equilibrio, caen y desaparecen con leve ruido.

Como infatigables y tercos sapos de acero, emergen con el hocico atragantado de barro y piedras. En realidad, todo el mecanismo se reduce a estas paletas y a un intestino gigantesco de metal que aquéllas se encargan de alimentar de tierra. Un chorro de agua azota furioso las paletas y lava el cilindro, que, girando lentamente, opone a la ducha sus paredes agujereadas. La arena se escapa como tamizada por un cedazo y pasa debajo del agua por una tela filtrante. El tubo digestivo de la draga empuja las piedras hacia la salida, donde una correa de goma larga y delgada como la cola de un cometa se encarga de transportar a la orilla los escombros de granito digeridos por la máquina. Es el mismo mecanismo de las antiguas máquinas de dragar oro, solo que en proporciones gigantescas.

El vientre de estas dragas digiere montañas enteras de tierra y tiene que pasar todo un río por sus tubos para poder obtener unas cuantas libras de platino. La parte de la máquina en que se realiza el lavado definitivo son las esclusas, aisladas por medio de barrotes del resto del mundo. La puerta de las esclusas está cerrada y sellada. Al relevarse los equipos, se levanta el sello. El inspector –un comunista– está sentado sobre la plataforma, con las piernas colgantes metidas en botas de agua; su mano descansa sobre el gatillo del revólver. El segundo inspector vigila a la puerta, de pie. La draga, en los demás sitios casi solitaria, se llena de obreros. El equipo, forrado de cuero y tela encerada, como los buzos, penetra en esta jaula de leones, donde sólo hay unos cuantos granos de platino enterrados entre el barro. Los filtros, tupidos de porquería, son sacados del lecho de las aguas y sumergidos en la piscina general, con la parte sucia hacia abajo. El agua sale a chorros, escupe espuma, mientras se lava a fondo el filtro y se le sacan los granos de metal depositados allí por la corriente del río. Los grifos están cerrados y los desagües lo mismo. Y reinaría un profundo silencio si la draga no continuase trabajando con un estrépito de terremoto, si las compuertas no subiesen y bajasen, gruñendo y hozando como cerdos de hierro.

La fiebre del platino se ha adueñado de todos estos hombres. Todos los obreros que trabajan aquí, sin darse cuenta, están embriagados del líquido que lava el precioso metal. Se embriagan con la sola vista del agua que discurre arrastrando en su seno las piedras ligeras y dejando tras sí un poso pesado, asombrosamente pesado. Todos, todos están embriagados, borrachos perdidos, y lo está todo Kytlym. Nada hay aquí que se resista a la embriaguez periódica, a la fiebre incurable.

Los comunistas se acorazan de libros, se pasan las noches en vela leyendo a Lenin, después de trabajar 'como negros' todo el día; devoran sus libros de noche, cuando las avenidas de Kytlym, iluminadas eléctricamente, relumbran en las sombras selváticas del Ural. Se tragan a Lenin como una especie de quinina contra la fiebre del platino. Todos están enfermos. El aldeano que ha venido a trabajar aquí, atraído por la fama de los altos jornales, a sacar dinero para comprarse su casita o un arado mecánico, vuelve al año siguiente, sin saber por qué, tentado ya por el ansia del metal. Mas también en este otro, proletario y comunista, ha hecho mella el microbio; este obrero dotado para el estudio, que cursó unos cuantos meses en la Universidad del Estado, hasta que, falto de recursos para sostener a la familia, hubo de reintegrarse al cuartel. También en su vida ha impreso ya su huella el platino para siempre. Y en la de este otro raro tipo de obrero, que en realidad no lo es, sino un chekista destituido por sus pecados, o tal vez un criminal, que se echa al colete con un gesto de rabia el té hirviendo, de color de orina, y no se cansa de murmurar contra el Gobierno de los Soviets con la furia insaciable del expulsado: otra víctima de Kytlym.

Y como él, los cientos de obreros que duermen su sueño de muerte sobre los camastros plagados de chinches de sus cuarteles de vecindad, mientras sus botas, caladas de agua, se secan lentamente junto al gran fogón; duermen echados sobre las tablas con la cabeza metida debajo de la pelleja de carnero y los pies desnudos, helados del agua de la draga, saliéndose del camastro, y todos respiran platino y viven en sueños entregados al platino sin otro pensamiento que el fabuloso metal.

¿Quién está aquí libre de esta fiebre? Sólo un puñado de comunistas, que siguen atentos la marcha del mundo en el espejo roto y empañado de las crónicas semanales, parecen mantenerse inmunes; fuera de estos hombres, que andan varios kilómetros, dejando a sus espaldas estas dragas y estos pantanos, para asistir a las reuniones del Partido, para leer el informe de la conferencia del sector, cuyo único ejemplar, para mayor seguridad, está atado a la mesa por una cadena; fuera de este puñado de hombres que el Partido ha logrado arrancar a las garras del platino, seguramente no hay en todo Kytlym nadie que no esté contaminado de la maldita fiebre.

A lo sumo, Gurjan Maltzeff, el más antiguo especulador y aventurero de la comarca. Sólo él permanece tranquilo, sin perder la cabeza, en la sección de las esclusas.

Es un tipo inconfundible: orejas despegadas, como las de un búho; finas y pulidas manos de jugador, que rebuscan apasionadas y cautas en la arena. Sólo él sabe escrutar el platino invisible escondido en un montón de lodo. Su rastrillo se mueve con audacia asombrosa e indolente. Después de separar y abandonar a la corriente las últimas piedrecitas vanas, extiende de un golpe sobre la mesa enjuagatoria todo lo que ha quedado del lavado interminable, y deja que las aguas lo arrastren. Luego coge un cepillo, un vulgar cepillo de cocina, lo pasa cuidadosamente sobre la mesa, y sus manos, cautelosas como dos gatos blancos, van lanzándose sobre los plateados ratones que brillan en medio de la corriente lisa, blanda, escurridiza. Y el platino sigue sin verse. Pero las manos, cada vez más cautelosas, continúan manipulando con el barro, ahora más claro; juegan con él en el agua como si acariciasen a una novia; le hacen ternezas como a un niño, y le echan la zarpa como perros de presa. Podría uno estarse las horas muertas mirando a este hombre, y todo el equipo sigue como encantado el juego de estas manos portentosas, con la maravillosa finura de su tacto, que son como diez ciegos que fuesen a todas partes sin lazarillo, o diez lebreles blancos como la nieve que siguiesen el rastro de un ciervo de plata. Por fin se adueñan del platino, lo agitan, lo sacuden como una cabellera desmelenada. En el agua va reuniéndose un montoncito de color blanco azulado que brilla opalinamente y se está quedo, inmóvil. La corriente, por fuerte que fuese, no podría arrastrarlo, pues es pesado como el hierro y mucho más todavía. Los hombres tiemblan de codicia cuando el inspector lo coge con una pala, lo seca al fuego y lo volea como el tratante en granos el trigo.

Gurjan es el único que sigue esta operación con una absoluta indiferencia. Su rostro permanece impassible como el del jugador desafortunado y apático que abandona la mesa. Este hombre se pasó la vida buscando platino y encontrándolo en grandes cantidades. No se contentaba con pequeñeces, y cuando el botín era considerable tenía que reñir sañudas batallas con el Gobierno, para acabar cediéndole la mitad y perder la otra mitad en la jugada siguiente.

Además, Maltzeff jugó muchas veces con fuego, y no se quemó nunca. Lo cual no es tan fácil.

Todos los años arden, nadie sabe por qué, los bosques milenarios que ciñen la cuenca de Kytlym. El incendio danza alocado por la foresta, se retira algún tiempo, y cuando menos se le esperaba, torna a reanudar su danza salvaje.

Devora cientos de kilómetros de bosque, y, cuando ya se lo creía muerto, vuelve a presentarse, se lanza de un salto sobre un maravilloso mástil de pino que por acaso ha quedado en pie y lo derriba, o trunca caprichosamente los verdes y tiernos dedos de un abeto, alzados al cielo como si jurasen. La quema del bosque es como una fiera llena de caprichos. Hoy pasa al lado de uno sin tocarlo, y mañana le envuelve y le devora. Con los brazos encogidos y la cabeza gacha, se desliza alevosamente sobre la tierra carbonizada, se para a fumar con gran parsimonia en un tronco encorvado en forma de pipa, y se recrea en la contemplación de sus criaturas, las ardillas de fuego que brincan como locas por las cimas de los árboles. Hay ratos en que se siente generoso y deja pasar sin contratiempo al caminante o al jinete, ceñido a los lomos de su bestia encabritada, y el humo de su pipa gigantesca flota bonachona-mente sobre la angosta *taiga*. Pero no vale fiarse de él. Es alevoso como la muerte. De pronto, le acomete la furia destructora; su rostro rojo, increíblemente malvado, asoma riendo perversamente por detrás del tronco de un abedul derribado o de un pino amarillo en cuyo cuerpo ha estado acechando un día entero, esperando a que cesase la lluvia. En un instante se encarama en lo alto de un árbol y salta de rama en rama como un grumete, agitando sus manos encarnadas; y llegado a la cima, desenrolla su larga banderola de humo y la tremola al viento. En derredor es espantosa la matanza. Miles de árboles caen gimiendo sobre los senderos del bosque con las raíces quemadas y los troncos desollados. Extensiones inmensas aparecen cubiertas de una piel de color verde tierno como una herida apenas cicatrizada.

Y donde antes se erguían las coníferas centenarias crecen ahora tiernos retoños y matas bajas. De tiempo en tiempo, los árboles asesinados exhalan un gemido: ha llegado su hora, y caen a tierra. El incendio deja siempre un curioso recuerdo de su paso: por los parajes en que asienta su planta revolotean miles de mariposas blancas y negras, como una edición de sellos emitidos para conmemorar un año de ruina. Sus alas son más blancas que el blanco de los abedules y más negras que el carbón. El fuego siente gran predilección por los bosques que comienzan a revivir. Retorna a ellos pérfidamente en cuanto se creen seguros, como una horda de invasores a la ciudad arrasada y evacuada, para apoderarse de los supervivientes y echar el guante a los fugitivos que cometieron la imprudencia de volver al solar humeante. El fuego busca sus antiguos vivacs, sus avanzadillas, invadidas ahora por matas de rosales silvestres y

los grandes campos de batalla que arrasó y donde todavía no se han podrido del todo los esqueletos de los árboles gigantescos. Y ni la perdiz más ligera, ni la liebre más viva, ni el caballo más veloz, escapan esta vez a sus garras.

Gurjan tuvo la mar de encuentros con el fuego, y siempre se libró de ellos con suerte. Siguió el rastro del platino, y, hados en sus manos afortunadas, fueron otros detrás de él. Pero, al venir el año 17, con la revolución, se apoderó del antiguo aventurero la nostalgia de otras gestas. Y este buscador de metal dejó el oficio y se lanzó a buscar horizontes mejores para sus audacias. Y luchó, se internó en Siberia, no encontró lo que buscaba, perdió el oído, y tuvo que retornar a la tierra. El viejo y ducho cazador siguió el rastro de la nueva vida como una aventura, como una nueva y rica veta de platino. Mas después de excavar una buena temporada en la cantera humana, como sólo encontrarse piedras, agua y lodo, abandonó la búsqueda. Sin embargo, Gurjan no retornó a la busca del platino. La revolución había enfriado un poco la fiebre del metal. El antiguo filibustero, ya envejecido, solicitó un empleo en la draga del Soviet. Y ahí está su rostro de jugador, agachado con perfecta tranquilidad sobre el espumante lecho del platino. Coge el metal en sus manos serenas y lo desnuda y lo lava como a un niño recién nacido.

En Kytlym viven hasta 600 obreros, albergados en barracones tan sucios, podridos y estrechos, que no son precisamente agradables de describir. Seiscientos hombres aislados del mundo y entregados para su alimentación a los cuidados de un mísero economato en que no hay harina ni frutas secas, pero hay, en cambio, polvos para la cara de las mujeres coquetas y tintes para el pelo. Seiscientos hombres metidos en esta caldera de la montaña, hundidos en este pantano, entre el estrépito ensordecedor de las dragas. Seiscientos hombres que chorrean constantemente agua y a cada paso caen enfermos, pues el clima de Kytlym es duro y alevoso. ¿Cómo viven estos hombres?

Los barracones gruñen, aunque –hay que decirlo muy alto– no gruñen aún todo lo que debieran, pues tienen razón que les sobra. No puede ser, es absolutamente inadmisibile que se tenga a estos obreros pudriéndose en las viejas barracas levantadas por la compañía. Los céntimos que con ello se ahorran quedan sobradamente compensados con la agitación contrarrevolucionaria que siembra este modo de vivir; una agitación como jamás pudieron soñarla los blancos. A dos pasos de los barracones obreros vive un ladronzuelo del platino, un buscador que opera por su

cuenta y ha conseguido ir arañando, a fuerza de robos, unas cuantas libras; y este truhán vive en una casa de piedra, limpia y soleada, con dos vacas gordas que dan leche para toda la familia, con buenos troncos al fuego y un maravilloso acordeón para divertirse. Mientras allí cerca, un comunista, uno de los guerrilleros de Ditkowski, que en los años del 20 al 22 penó, muriéndose casi de hambre en medio de las riquezas del platino y que, sirviendo a la máquina dragadora, enfermó de reumatismo articular y tuberculosis, se pudre vivo por no poder ganar lo suficiente para comprarse una casita de madera. En derredor, arden los bosques, y cientos de kilómetros cuadrados de madera, por valor de millones de rublos, son aniquilados, sin solicitar siquiera la licencia del departamento forestal. Y el obrero no puede conseguir que se le proporcionen gratuitamente o por un precio módico las cuatro vigas que necesita. Es verdaderamente una insensatez que clama al cielo. Es indignante ver cómo estos hombres se pasan la vida entera sentados en la linde del bosque, donde los árboles, cuando el fuego no los destruye, se caen a miles de puro viejos, sin que a nadie le entren ganas de ir a buscar los troncos caídos (la llamada limpia de los bosques, que constituye nuestro ideal, consiste en despojar al árbol caído de las ramas, para que así el tronco descanse directamente sobre el suelo y pueda pudrirse más rápidamente).

Y el obrero, mientras tanto, revolcándose en un nido de chinches, porque el Gobierno ha resuelto salvar sobre el papel los bosques, tan maltratados por la revolución.

¿Qué va a ocurrir si un buen día sale en las cercanías de Kytlym una concesión extranjera, una concesión Urquarth, por ejemplo, que proporcione a los obreros calzado y al término de veinticuatro horas les ponga en las manos la madera que necesitan para construir y levante unas cuantas casas para obreros con grandes ventanales bañados de sol, y les facilite conservas y ropas? No quedará con nosotros ni una mosca. Todos huirán a refugiarse junto al vecino, y los que no puedan hacerlo se morirán de envidia. Conseguiremos hacerles odiar el ramo de producción que les ha correspondido en suerte. Un viejo obrero de Kytlym que luchó también en las filas de los guerrilleros me hablaba de esto, con una preocupación conmovedora, como de un inminente peligro contrarrevolucionario. Véase, por ejemplo, esta minucia: en el Ural funcionan los llamados trencillos de montaña –un juguete tambaleante, lento–: una boñiga o una caja de cerillas basta para hacerlos descarrilar. A cada momento están rodando al

precipicio. No hay un sólo indígena que no tenga un chichón en la frente o algún rasguño. Pero no se trata de esto. Lo importante es que este famoso ferrocarril le cuesta anualmente a la República unos cuantos millones de rublos. Otro ejemplo: hay un decreto, dictado no sé cuándo ni por quién, que dispone que las chimeneas de las locomotoras vayan todas provistas de redes, para evitar que las chispas que lancen prendan fuego al bosque. Pero no hay tales redes, y las máquinas circulan sin ellas porque falta, al parecer, el “crédito especial” consignado para este fin. El ciclo burocrático se cierra con un sentimiento de espléndida satisfacción y las viejas cafeteras pueden proseguir tranquilas, como si tal cosa, su magnífica cruzada incendiaria. Y mientras todo esto ocurre, el obrero tiene que pagar 18 rublos por una viga, con un sueldo mensual de seis rublos y 50 copecs –que es lo que gana un aprendiz–. Ya puede, pues, entregarse alegremente al trabajo, en la confortante seguridad de poder apartar mensualmente seis rublos y 50 copecs... de pasivo.

En nuestro país se trabaja siempre a saltos, encauzando la actividad con tensión patológica a una determinada dirección. En el ramo de la producción del platino, por ejemplo, se han conseguido resultados maravillosos. No sólo se han puesto en marcha por el propio esfuerzo las viejas máquinas de dragar, todas averiadas, sino que han entrado en funciones otras dos nuevas. La potencia de la central eléctrica ha aumentado en 1.500 kilowatios, de 1.400 a 2.900; y a pesar de la reducción de la jornada, se mantuvo el record de extracción batido por la compañía del 13 al 14. Y lo que es más importante: la cuenca de Kytlym tiene hoy su producción consolidada. No es ya el antiguo pillaje aventurero, sino un régimen intensivo y sólido de producción. La extracción del metal ha perdido aquel antiguo carácter pintoresco y osado; hoy se trabaja en una atmósfera de quietud y normalidad... y con las manos limpias. Ya no se roba; 600 hombres trabajan en esta cuenca soviética del platino, que no pertenece a nadie y pertenece a todos, y padecen la miseria más espantosa.

La carne pecadora de este metal, su olor mareante y su excitante reflejo plateado palidieron el día en que los obreros de Kytlym, antes de que supiesen siquiera andar por entre los programas del Partido, votaron por el número 6. Ya entonces, certeramente guiados por la idea secreta de la socialización, impidieron que la dirección de las minas pusiese en la calle al camarada Ditkowski.

Se corrió la voz de que era necesario votar contra los bolcheviques. Comprendieron que la batalla decisiva se acercaba. Los accionistas querían deshacerse a toda costa de Ditkowski. Pero los nuestros se alzaron como un muro detrás de él y lo votaron para presidente del Soviet. Se reunieron varios pliegos de firmas en su favor. “Le necesitábamos para apoderarnos de las dragas.” Y salió por voto unánime.

Kytlym ha permanecido sano hasta hoy; se cuidan de ello Schljachtin, el secretario del Partido; Solovioff, antiguo guerrillero y hoy jefe de la milicia – un hombre de extraordinaria energía que fue en tiempos marinero y presidiario– y el camarada Garrilow, ayudante del director. Pero todo lo que atañe a la vida diaria del obrero está espantosamente descuidado. El sentimiento de la responsabilidad y la más severa disciplina van del brazo aquí con una incuria que raya en lo fantástico y traspasa todos los límites, en lo que se refiere a las necesidades cotidianas y a las exigencias más elementales de la vida del obrero. Y no es este un reproche dirigido exclusivamente contra Kytlym, que no está en este punto peor que la metrópoli industrial de los montes Urales, la espléndida fundición de Nadeschdinsk. Con esta política, el Partido se expone a perder todo su ascendiente sobre las masas.

Hay también en Kytlym, al margen de la población obrera, cavadores de platino que trabajan “por su cuenta” –cavadores independientes–, unos doscientos. Son la pequeña-burguesía de Kytlym.

Falta el dinero necesario para adquirir nuevas máquinas dragadoras, a pesar de que el camino que une a Kytlym con la central eléctrica está todo él cimentado sobre puro platino. Es todo un continente de riquezas, un Eldorado prisionero entre pantanos, en esta tierra de osos. Por la noche, a la pálida luz del Ural insomne, sus bosques y sus aguas, las rocas, las praderas y los pantanos aparecen envueltos en un resplandor blanquecino; todo reluce con el color del platino, con el brillo de nieve de las riquezas inmensas sepultadas en la tierra pantanosa. Todavía no tenemos el dinero que hace falta para sacar cien o mil rublos por cada rublo arrojado a este pozo. Nos faltan ese par de cientos de miles que son necesarios para prestárselos a esta tierra a fabulosos intereses usurarios y con la hipoteca de cuatro ríos serranos, de cuatro montañas de dunita y de toda la cuenca de Kytlym, abarrotada de platino.

Los pequeños yacimientos soterrados arriba en la montaña no merecen la pena de transportar las dragas a aquellas alturas. Los más son muy pobres o están excesivamente diseminados, y la organización mecánica de las extracciones no será rentable seguramente. En todos los pozos en que pueden instalarse pequeñas dragas, trabajan grupos más o menos grandes de cavadores independientes.

Hasta en las cimas más altas hay pantanos. Los hay en las cumbres de Kossva, Sosnovka y en Konshak. Las montañas de los Urales padecen de reblandecimiento craneano. Sus rocas están aguadas, crasas, podridas. Los caballos trepan como perros de peña en peña y con la cabeza gacha buscan un lugar en que hacer pie. Hasta fines de junio, cuando las ratas de agua lanzan en la selva su grito sostenido y las perdices se ponen a incubar sus huevos, no empieza a ser transitable la taiga para gentes de a pie. Es la época en que el camarada Solovioff se echa la carabina al hombro, se mete en el bolsillo un silbato de plata para hacer el reclamo y se lanza al monte a inspeccionar los nidos de los cavadores independientes. Las mozuelas que se encuentra en el camino, estas mozuelas que lo saben todo y lo callan todo, le conocen y le saludan con ojos astutos y sonrientes. El viejo inspector de la Kossva y antiguo dependiente de comercio, Abamelek —un ladrón redomado a quien nunca consiguieron coger en el garlito— le recibe amabilísimo, con la cara envuelta en pliegues que son una máscara de santidad, y le convida con sopa de pescado. Pero el viejo no dispone de un caballo.

—Vamos allá —dice Solovioff, dando a su caballo siberiano un golpe de nagaika—. Usted, Abamelek, puede venir a pie, pues no serán más de tres verstas de camino.

Y aunque nuestros caballos han venido a un trote ligero, el viejo llega apenas cinco minutos detrás de nosotros. En su frente amarilla, del color del cordobán, brillan algunas gotas de sudor oleaginoso, su boca de icono sonríe maliciosamente, y el más veterano de todos los cavadores sueltos echa al viejo una mirada de sus ojos aterciopelados de gitano y descifra en su rostro la muda consigna.

Solovioff ata ligeramente el caballo para no perder un solo segundo, pues hay que salir a toda prisa de aquí; se tienta el revólver, y sale a efectuar la inspección.

Estos cavadores trabajan parsimoniosamente, con terquedad animal. No se aventuran de buen grado en nuevas rebuscas. Como el oso que ha descubierto una colmena, se aferran a su hoyo y se engolosinan con el platino encontrado: el ideal es alumbrar un yacimiento abundante, instalarse en él y no moverse más. El decano del gremio les ordena que se lancen a nuevas pesquisas y calicatas, que laven nuevas pruebas de tierras, pero estos cavadores, jovenzuelos venidos todos del campo, no hacen caso de sus consejos ni quieren arriesgar un céntimo en escarceos dudosos. Se pasarán la vida hozando en el viejo hoyo estéril antes que arriesgarse a probar suerte en una nueva veta. En esta batida tras el botín invisible, en que todo es instinto, sentimiento, intuición, se arrastran todos de mala gana detrás del más antiguo, porque admiran sus conocimientos secretos, pero le odian mortalmente por su furtiva movilidad, por esta eterna inquietud que les infiere. Es el odio del aldeano afincado por el nómada.

Lo extraído hoy representa casi el doble de la cantidad indicada en el informe enviado ayer. Se miente con un gran descaro: que si las calicatas no dan más de sí, que si en 10 metros cúbicos sólo se saca tanto más cuanto, etc. ¿En 10 o en 5? Solovioff no levanta la voz, pero los mozuelos que pasan la siesta tendidos a la larga en torno al fuego y observan con atención hurafña la balanza del inspector, se ponen en pie de pronto y le echan miradas retadoras.

– Pronto –les dice Solovioff– tendréis otro inspector, un comunista...

Del otro lado del cálido riachuelo se ve cruzar por detrás de los matorrales un capote del ejército rojo, armado de cartera y revólver. Bajo la gorra calada de humedad se descubre un rostro tostado por el sol y una potente mandíbula cuadrada. Los que están junto al fuego no se menean de su sitio, y toda la banda, que lleva una vida animal, sin ningún género de necesidades, y sólo se interesa por lo que cabe en los platillos de cuerno de sus pequeñas balanzas de bolsillo, persigue con la mirada la silueta que cruza, pensando en los peligros que la amenazarán por ese lado.

Toda persona desconocida que cae por aquí es mirada con recelo. Los aldeanos viejos y expertos se entierran en el suelo con toda su familia, con sus hijos, sus hijas y sus mujeres. Su jornada termina al caer las sombras de la noche. El trabajo de estos hombres es duro, mezquino; exige un derroche de paciencia; no lo interrumpen las palabras ni las canciones, ni algún que otro descanso.

Mujeres con labios codiciosos y apretados amasan insolentemente la tierra como si fuese una pasta de secas yerbas medicinales para la vaca enferma. Los aldeanos pulverizan las piedras con golpes furiosos; odian a esta tierra venal que no se entrega a cualquiera y no rinde fruto.

Estos cavadores sueltos, los más viejos y solitarios, son como viejos alquimistas. Tostados y aligerados por los rayos del sol, como una pluma perdida por el pájaro, escépticos a fuerza de contemplar el eterno juego de la fortuna y la desgracia, se inclinan con su sempiterno gesto de duda sobre el borde de la hoya y acucian en el pesado trabajo a sus inexpertos discípulos: “¡Cava más hondo, Mitjucha, más hondo por debajo del agua!” Mitjucha está ya calado de sudor; espoleado por su codicia juvenil, saca un metro cúbico de lodo tras otro, y lava la tierra y las piedras, para precipitarse con nueva furia, si no encuentra nada, sobre el pantano. Mientras tanto, el viejo sonrío pensando en la fugacidad perecedera de la vida, y fuma. El ya no espera nada, ni la más grande dicha podría darle nada; hace ya mucho tiempo que ha arreglado sus cuentas con la vida. Y se ha convencido de que la vida no puede traspasarle sus culpas a nadie ni pagarle las propias.

A nadie se complace tanto Dios en engañar como al creyente. Por lo general, este creyente no es un ruso, sino un *votjaco*. Corre tras el platino con una infinita humildad y soporta sus traiciones con callada paciencia. Y año tras año sufre silenciosamente los fracasos, firmemente convencido de que llegará un día en que la suerte se apiadará de su persona y le pagará con creces las injusticias sufridas. A la postre, después de todo este calvario, lo más que consigue el viejo cavador es darse cuenta de las nuevas derrotas, pero las recibe con amor y alegría, pues cada derrota es un sumando más en esta fabulosa suma que la suerte le toma prestada como un anticipo.

Cada esperanza perdida es un derecho que se conquista a obtener una nueva ganancia. Cada vejación es un paso que se acerca al día de la recompensa. Y así pasan años y más años de una aplicación humillante que no recompensa el menor premio. Estos cavadores viven reclusos en la más absoluta soledad, apartan de su lado a los compañeros de infortunio a quienes no llamaron. No necesitan de nadie. No quieren compartir ni un adarme de este tesoro de infortunio que algún día se convertirá en una cantidad increíble de riqueza. Pero entretanto, el pantano sigue siendo un pantano, como el primer día. Y el agua es cada día más hilada y los ojos inflamados de la cara del cavador, picada por las

moscas, escrutan en vano la cosecha de plata. Al fin, un día caluroso de verano, cuando los pantanos fermentan y despiden un vapor enfermizo y se cubren de verdín, y resuenan los trinos de los pájaros encelados, el pobre *voltjaco* se arrodilla con sus piernas gordas, hinchadas por el reumatismo, delante del inspector, rígido como un icono, mendiga de él una plaza en el hospital, y llora.

Está firmemente convencido de que deja la fortuna enterrada en el fondo de la última hoya que la fatalidad le obliga a abandonar. Allí se queda su destino, en aquel agujero, del que ya han tomado posesión los sapos que pululan por él, satisfechos, felices, con las patas traseras despatarradas como remos perezosos, y juegan con las burbujas que suben a la superficie.

Pitschugin, el famoso cavador de platino de Sosnovka, tiene toda la pinta de un estafador de feria. Tiene ojos agitanados de una astucia que nadie sabría pintar, y barba cobriza de gitano. Cuando le interrogan, adopta una sabia reserva. Olfatea las preguntas como una bestia inteligente, y, levantando el rastro de la herradura, se vuelve por sus propias huellas. Y cuando ha ganado la distancia que le pone a salvo del interlocutor, se detiene y le mira con sus alegres ojos acariciantes, mientras sus orejas de lobo, alertas, denotan todavía la tensa atención de su espíritu.

Apenas había abandonado la pieza el camarada Solovioff, el inspector, Pitschugin se volvió hacia mí, con la sonrisa silenciosa de un viejo perro de caza, con una sonrisa que rezumaba bondad por entre los dientes blancos y aguzados.

– ¿Quiere usted saber cuánto platino tengo recogido, para decirle la verdad? Veinte libras. Si Solovioff lo descubre, mejor para él; si no, ¡qué se le va a hacer!

Generalmente, lo primero que hace el cavador independiente que se enriquece es fabricar una casa de piedra con un tejado de chapa pintada de verde. Pero Pitschugin sigue viviendo en su vieja choza de madera; la familia se alimenta como siempre, de sopa de berzas, y el padre lleva ya ni se sabe cuánto tiempo regateando con el novio de la hija sobre la dote.

– ¿Cómo puede usted, Ritschugin, vivir en medio de esta miseria? ¿No siente usted ganas de emprender otro género de vida?

– Allá se lo encontrarán los hijos y los nietos –me responde.

Y piensa con amor en su familia, que vivirá de generación en generación gozando de ese bienestar mediocre del aldeano, a pesar de este platino que yace aquí escondido como un niño estrangulado debajo de la tarima de su choza; que tiene asegurado para cien años un zoquete diario de pan, y que puede alentar la esperanza de pasar por la vida, hasta la tercera generación, con la lentitud y la morosidad de un chinche paseándose por la pared.

–¿Sabe usted, camarada Solovioff, lo que acaba de confesarme Pitschugin? Que tiene recogidas veinte libras de platino...

El gitano se despoja de la gorra, su mirada se encuentra con el retrato de Lenin clavado en el rincón donde antaño se veneraba la estampa del santo, hace un gesto lacrimoso y suplicante con los ojos, a los que se asoma toda la alegría, la malicia y la conciencia de su seguridad, y dice, santiguándose:

– ¡Jesús, qué cosas se le ocurren a esta mujer! ¡Juro por todos los santos que no he dicho semejante cosa, y nadie me lo podrá probar!

HABITANTES DE LAS SOMBRAS

Hay un límite pasado el cual el hombre rompe la última amarra que le ataba a la superficie de la tierra: el sentimiento innato de la verticalidad.

En la galería número 48, los mineros tienen que echarse vientre a tierra, apoyarse con las rodillas y las manos contra los puntales, cuya interminable procesión se pierde en la nada sombría. ¿Dónde está el blanco manchón de luz, dónde la salida, dónde la superficie? Se siente uno ahogado por una nube de polvo, de escombros y de vaho caliginoso.³⁹ De vez en cuando, se oye el estrépito que producen las piedras de carbón derrumbándose sobre las vagonetas. Imposible levantar la cabeza aquí: el entibado de la galería nos toca en los hombros; entre el pecho y la veta bruñida de carbón que rezuma agua y a cada paso se desmorona, apenas hay sitio para la lámpara que pende de la pelliza. La tierra, perseguida por el hombre, huye hacia lo alto, huye a derecha e izquierda, pero a la postre, alcanzada, prisionera, se rinde al pico del minero, que se ceba en ella como el gavilán en las tripas del caballo muerto.

Michael Matwejewich se llama el regente de esta mina. (Su rostro tiene una expresión dura, aunque cubierta de suave vello; este hombre posee la notable virtud de trabajar con los tártaros y entenderse bien con ellos.) Michael Matwejewich cuelga la lámpara de una viga, al lado de las otras, que penden allí como murciélagos luminosos de una negra zarpa. Unos hombres charlan, discuten; otros fuman y guardan silencio. Pero no es posible saber quién es el que habla, discute o fuma. No se distingue ninguna cara. Sólo los ojos y los labios rojos y húmedos brillan en la tiniebla, y los manchones de las frentes, estrechas como la franja de luz de la aurora. Mas he aquí una figura conocida: la del picador Vassili Michailowich Kotelnikow.

La conversación es rápida, malhumorada. Por lo visto, los trabajos no marchan como debieran.

Estos equipos trabajaban antes en la cómoda mina “Lenin”, y no acaban de adaptarse a las angostas y difíciles galerías de la “Trotsky”. El rendimiento que habían logrado alcanzar descendió de pronto a una cantidad ridícula. Sería fácil explicar el fracaso por causas de orden puramente material. Basta permanecer un cuarto de hora bajo este aire caliginoso para comprender, sin necesidad de grandes explicaciones, lo

³⁹ S.f.; **Caliginoso**: nebuloso, turbio, oscuro o tenebroso.

infinitamente difícil, por no decir imposible, que tiene que ser rendir aquí la cantidad normal de trabajo, y no digamos el alcanzar un nivel de superproducción. Pero si los obreros sienten que la razón del fracaso no está sólo en circunstancias de orden exterior, sino también en su incapacidad para adaptar la respiración, los latidos y los movimientos de sus brazos a las nuevas condiciones en que han de trabajar, que también a ellos les cabe una parte de “culpa”, no despegarán los labios para quejarse ni para acusar, es la moral del minero. Mañana, el cuerpo humano afrontará dignamente la magnitud insoportable del trabajo; se someterá como jugando a las nuevas exigencias, y hasta que no lo haya conseguido, el minero no reclamará jornales más humanos.

El segundo minero se aparta de la pared. Tiene la mitad de la cara negra y la mitad blanca, como si esta mitad acabara de desprenderse en este mismo instante de la roca primitiva donde se talló. En la boca le relumbra el fuego de un cigarro —¿o es un carbón ardiente?—. La llamita de la lámpara tiembla como martirizada detrás del vidrio. La presión del gas, fácilmente perceptible, le produce ese desasosiego. Los fumadores apagan por precaución sus cigarros.

De pronto, el picador, doblado bajo el techo bajísimo como una navaja cerrada, se incorpora como puede, empuña el hacha con una mano que parece pender de un brazo inverosímilmente largo y la clava en una viga baja de la techumbre. Las lámparas despiertan de su sobresaltado sueño y comienzan a humear, despabiladas.

— Luché como voluntario en el frente desde el año 18. Al volver a mi casa al año siguiente, me metieron preso por una denuncia. En vista de esto, dejé el Partido... ¡Así los lleve el diablo!...

El hombre no puede olvidar fácilmente que pasó por la humillación de tener que cargar patatas entre los “elementos indeseables” y vigilado como sospechoso por un jovenzuelo. Seguimos andando, y todavía oímos a lo lejos los zumbidos coléricos del antiguo voluntario. La galería de la mina, vista de lejos, parece como una jaula en que un hombre enterrado vivo anda buscando en vano la salida con un martillo en la mano.

Y aquí termina la galería número 25. Humedad y tiniebla. En este tramo trabaja un hombre asombroso, el camarada Derewnin. Es todavía joven — no tendrá más de treinta y cuatro años— y los dientes blancos y astutos le relucen con cierta impertinencia en la máscara de carbón.

Es un fanático, un voluntario entusiasta de este averno. Un habitante enamorado de las sombras, que no necesita de la luz del día ni del aire, a quien el follaje verde que viste a la tierra de sombra, de humedad y de suaves rumores le inspira desprecio. El no cambiaría por el sol más resplandeciente este profundo silencio, esta tiniebla densa de la mina que ahoga implacablemente el resplandor de la lámpara del minero.

La revolución sacó a Derewnin a la luz del día. Rojos y blancos se disputaron el derecho de poner un fusil en las manos de este hombre. El minero luchaba tan pronto al lado de unos como de otros; los dos contendientes le eran perfectamente ajenos, superfluos, ininteligibles.

En el convoy, patrullando, en el lazareto, en el curso de cultura política, explicado unas veces por un comunista, otras por un intelectual ladino de la agencia de espionaje de los blancos, el minero no dejaba un momento de cavilar sobre las causas de los sufrimientos humanos. Y siempre para concluir que lo mejor sería que toda esta humanidad atormentada y estéril estuviese amorosamente envuelta en la tiniebla silenciosa de su averno. Los vientos de la tierra son agitados; es mucho más hermoso el aire profundo, húmedo, que se respira en las galerías subterráneas. ¡Cuán aquietantes los espesos muros de la mina, en comparación con el vacío desolado del espacio abierto, cuán llena de paz la angostura de las calles y callejuelas hundidas bajo el suelo, comparadas a los campos perfectamente inútiles, con sus tormentas, sus balas y sus peligros! Arriba, el invierno, míseros capotes de soldado, fusiles de acero que queman como brasas en las heladas manos. Aquí abajo, el perenne calor terrenal; el aire aquí, es tibio, Seco como en los días más radiantes del verano, aun cuando sobre la luz de la tierra azotan los fríos más crueles de enero. Y bajo tierra, la cosecha no tiene fin: día tras día, trabaja el minero, todo el año, cubierto de sudor, con el torso desnudo, sobre los negros campos de hulla.

¡Ya se puede uno figurar cómo lucharía este hombre en el frente!

– Hubo que apenar un poco, pero no era tan duro como dicen... – Son sus palabras.

Varias veces movilizado, supo arreglárselas para volver siempre la espalda al frente y escabullirse. Por fin, consiguió que le destinasen a los trabajos que desde tiempo inmemorial fueron castigo para los peores crímenes de los hombres: a las minas de Kisel, al añorado agujero negro, bautizado ahora con un nombre nuevo: “Trotsky”.

Un nombre que él, mientras vivió “arriba”, había execrado profundamente. Pero aquí no tardó en reconciliarse con él. “Arriba”, este hombre era un cobarde. Aquí, Derewnin es el soldado más valiente de los ejércitos subterráneos, un soldado de vanguardia, enérgico, incansable, heroico. Tímido y miope arriba, en la mina es un cazador de tiro certero, un picador a quien jamás se le ha escapado de las manos el pico. Al frente de las columnas subterráneas de asalto, trabajando en las condiciones más penosas, se cree oculto, a salvo, en un estado de perfecta inocuidad.

– Aquí, por lo menos, ve uno lo que tiene encima de la cabeza, y puede apartarse. Pero allá arriba, no hay apartarse que valga...

Las visitas no le hacen ninguna gracia. Todos le parece que vienen a sacarle otra vez de su agujero, a arrastrarle de nuevo a la fuerza hacia la luz del sol. A la sombra de las rocas de carbón, la cara tensa de este eterno desertor de la luz reluce blanca como un papel blanco de los que usan los fumadores.

En la mina “Wolodarsky”. Bajo las galerías lisas e inclinadas, con peligro de hundirse a una sima de doscientos a trescientos metros. Y más hondo todavía que los claustros subterráneos, se esconde la silenciosa y húmeda celda de la dinamita, donde un ermitaño chino, retrepado en esta hoya, teje a la luz de una bujía eléctrica zapatos de verde y perfumada fibra, alargando de vez en cuando su delgado pescuezo y alzando la cabeza, tocada de un gorro de piel, para mirar a la dinamita. Por debajo de los húmedos corredores de madera en que el aire y las burbujas de espuma del techo dan la sensación de haber estado inundados no hace mucho tiempo; mucho más hondo, en lo más hondo de esta sima, en la galería número 61, en la sala de los enanos, donde nadie puede andar de pie y las paredes tienen dureza de ágata, donde las delgadas y rectas capas de carbón se ocultan entre las grietas del granito, donde la luz de vela en la niebla del finísimo polvillo del carbón y el agua: aquí es donde moran los verdaderos habitantes de la mina. En este momento, precisamente, están poniendo fin a los trabajos preparatorios. El bloque de carbón arrancado, al que acaban de quitarle los forros, se resiste a derrumbarse. Las máquinas perforadoras trabajan con su ruido estrepitoso y rítmico que hace temblar la luz y amenaza hacer estallar la pelleja del tambor. Parece como si una locomotora se hubiese extraviado en esta cueva, empeñándose en entrar a toda fuerza por el muro, y siguiese funcionando impertérrita a todo vapor, sin moverse un palmo de su sitio.

El camarada Motorgin está de rodillas delante de la pared y tiente la brecha abierta debajo de la veta de carbón: sólo se ven sus espaldas doblegadas, cubiertas por un chaleco respunteado, y las suelas húmedas de sus zapatos negros de fibra. Ivan Jegorytseh es un hombre de unos cincuenta años. Tiene los hombros caídos, una barba que parece hecha de carbón y las manos completamente negras, en las que brillan, sonrosadas, las uñas, como si le asomasen por la punta de unos guantes sucios y andrajosos. Envuelto en una camisa desgarrada que apenas le cubre, le asoma por la abertura un pedazo de tórax, con una depresión tan señalada y tan pálida en el medio, como si aquello, más que un pecho, fuese un escalón donde hubiesen pisado mil generaciones, o ese sitio de la pared contra el que los obreros reclinan, desde tiempo inmemorial, sus cabezas fatigadas.

Este camarada nos habla avergonzado, y con una visible emoción interior, de su expulsión del Partido. De tiempo en tiempo, se interrumpe para seguir atentamente el trabajo de los paleadores, que apenas pueden dominar la masa de carbón separada por él. La luz pálida arranca destellos a sus palas bruñidas y a las viseras de sus gorras de cuero.

Iván Jegorytsch prosigue:

– Sí, el Partido. Todos aspiramos a ingresar en él. Pero uno es ya viejo, y al volver a casa le gusta echar un traguito... No sé cuántas conferencias escuché; me mantuve valiente durante un mes entero, pero lo terrible son esos días de fiesta en que uno se aburre todo el santo día sin hacer nada... Y cuando uno escupe, la saliva es toda hollín...

En una palabra, que el buen viejo faltó a la disciplina del Partido, dejó de asistir a reuniones y no respetó acaso algunos “sábados” de prestación obligatoria. Y al venir la depuración, saltó mecánicamente de nuestras filas. Esperemos que sólo sea por poco tiempo. Está bien que se expulse a los jóvenes por quebrantar la disciplina –si bien a los mineros no deben dejar de reconocérseles circunstancias atenuantes–, pero no a hombres como Iván Jegorytsch. Esos que viven siempre “de día”, los comunistas de la tierra alegre y soleada, no podrán comprender jamás el cansancio infinito y la desgana de estos habitantes de las sombras. Es menester haber presenciado un relevo de equipos, cuando los mineros salen, después de trabajar, a la luz del día; van saliendo uno tras otro, vomitados por la boca-mina, soplando sus pálidas lámparas. Y lámparas pálidas, apagadas, son también ellos.

Los peones que empujan el carbón con el hombro en los rodantes cajones de madera, se apoyan con las manos y los pies contra las viguetas y van impulsando la carga con la espalda, con todo el cuerpo. Estos peones llevan cosido a la espalda de su pelliza un pedazo de pelleja de carnero. Y así vagan bajo la luz del sol, sin despojarse de la ropa del trabajo, soñolientos, medio cegados, como bestias blancas, cansadas, arrancadas a la entraña de la tierra. Es inhumano querer hacer entrar a estos hombres por la severa disciplina del Partido.

Uno de los métodos más sencillos y brillantes con que se consiguió levantar la producción en esta mina fue la habilidad del camarada Saschin para injertar en el tronco caduco de los mineros veteranos la nueva generación de trabajadores. Lo mismo que el alto mando del ejército rojo en su gran mayoría salió de las filas de los antiguos generales, aquí los cientos y miles de vagoneros ascendidos a picadores fueron cubriendo las bajas y nutriendo las filas de los mineros viejos. Todavía hoy nos tropezamos aquí o allá, en algún oscuro rincón de la mina, con un obrero joven que acaba de descargar a toda prisa su “perro” –llaman así a la vagoneta- para ganar algunos minutos durante los cuales poder lanzarse, pico en ristre, con furia de loco, sobre la primera pared de carbón que encuentra y hacerla polvo, mientras el caballo cansado hunde la cabeza entre las piernas deformadas e intenta echar un sueñecillo. Es un vagonero que quiere llegar pronto a picador y está probando sus dientes jóvenes en el negro hueso del carbón.

Los mineros veteranos van haciéndose cada vez más preciosos, a medida que desaparecen. Son hombres para quienes no existe el tiempo ni la historia. La tierra se extiende sobre sus cabezas como un mar en cuyo fondo no hay tormentas ni cambios. Ni siquiera la reducción de la jornada de doce a diez horas y de ocho a seis, este magno acontecimiento que debió conmover la existencia de cuanto vive en las profundidades de la mina, parece haber afectado gran cosa a estos patriarcas del reino del carbón. La medida del tiempo no puede acelerar ni dilatar el ritmo de su trabajo. Estos hombres poseen el arte del ritmo, que alarga o acorta como flexible goma su jornada. En cuatro horas pueden rendir el trabajo de seis, en seis el de ocho. Maestros y artistas capaces de trabajar a la marcha veloz de un caballo al galope.

El ingeniero, un hombre joven, no da un paso sin consultar a estos veteranos, cuando se trata de seguir el rastro de un filón. Pues estos viejos husmean el carbón como los marineros la tempestad.

¿Qué iban a hacer, por ejemplo, los técnicos imberbes sin los consejos de este Tatarnikow que en sus veintisiete años de minero llevará recorridos qué sé yo cuántos miles de kilómetros por los pozos de las galerías de la mina “Lenin”? ¿Qué iba a hacer Kisel sin su viejo capataz, este hombre que conoce y adora a la mina entera, hasta en sus secretos más recónditos? ¡Curiosa figura la de este minero! Sus sienes abultadas ensanchan el cerco de la anacrónica gorra; la frente, inmensa, está surcada por encima de las cejas, tocándolas casi, por tres profundas arrugas. Sobre las orejas nervudas, muy pegadas a la cabeza, una corona temblorosa de pelo rubio. Los ojos, de mirada aguda, son casi incoloros, como la llama de una bujía a la luz del sol. El cuerpo alto y escuálido, metido en un fuerte cinturón de cuero, como una servilleta en el aro. Si abriésemos la tapa abovedada de este cráneo, nos encontraríamos dentro, de seguro, con la mina entera, dibujada como en los mapas industriales, con sus signos y sus figuras en relieve.

La revolución y el Partido les tienen sin cuidado a estos veteranos de la mina. Y quien viniese a estas galerías con la indiscreta pregunta de:

“¡Camaradas! ¿Quién pertenece aquí al Partido?”, sería recibido de seguro con alguna palabra gruesa. Inútil también querer averiguar la parte que tomaron estos hombres en la guerra civil. Un Nikita Fadeitsch Tatarnikow se limitaría a contestar con una sonrisa burlona. En todo el Globo no hay, seguramente, otro lugar donde sean tan necesarios para el país los conocimientos y las experiencias de estas gentes como aquí, en su agujero.

De todos los mandatos fulminados por la revolución, sólo uno penetró quizá en la conciencia de estos viejos Tatarnikows: la ley en que se entrega la propiedad de las minas a los mineros. Por mucho que, rehuyendo toda política, quieran preocuparse sólo de las cuestiones materiales y directas, bien puede asegurarse que este traspaso de propiedad casi se verificó sin que ellos lo supiesen ni lo buscasen. Pero lo mismo que el legítimo dueño de una hacienda se preocupa en vida de formar a su heredero y sucesor y de interesarlo por la marcha de sus negocios, estos viejos mineros se esfuerzan por enseñar el oficio a los jóvenes y a los torpes, y van modelando las nuevas generaciones de servidores de la mina.

– ¿Quién enseñará a los mozos, cuando los viejos faltemos? –me dice uno.

Jamás un jornalero hablaría así. ¿Qué le importa a él el que venga detrás a atormentarse luchando con la piedra?

La cuestión de las ideas políticas cobra enorme importancia en los últimos puestos directivos de la jerarquía minera. El ingeniero puede ser ajeno al Partido, el jefe del equipo de salvamento basta con que sea un hombre arriesgado, experto y de inventiva, pero en los cargos culminantes de la mina son de importancia primaria las ideas partidistas de quienes los desempeñan. Principalmente, en el capataz, que es el encargado de injertar la savia de la nueva generación obrera en el tronco de los mineros veteranos. Para este puesto se requieren, además de una gran competencia técnica, convicciones políticas intachables.

En las minas regidas por capataces comunistas, el tronco de los viejos habitantes de las sombras que forman una casta cerrada y a quienes no se da un ardite de lo que pasa por el mundo, está irremisiblemente condenado o desaparecer. Los jóvenes heredarán su experiencia, recibirán de sus manos la eterna linterna y el pico y seguirán minando hasta lo último las galerías abiertas por sus predecesores; pero el odio contra el sol, esta absoluta indiferencia por la tierra y por todo lo que en ella pasa, morirá con la generación de los veteranos, sin dejar rastro de su existencia. En las minas gobernadas por hombres vivientes, sopla un espíritu nuevo.

La mina "Wolodarsky" se cuenta entre las más difíciles, lo mismo en cuanto a las condiciones de trabajo que en lo que atañe a la calidad del carbón. No hay en toda ella un solo palmo en que se pueda trabajar derecho. Las galerías inferiores están anegadas de agua o ahogadas por un calor de fuego. Las mayores penalidades del trabajo de la mina aparecen puestas al desnudo aquí dentro. Y, sin embargo, en estos pozos, en los más profundos y sofocantes, raro será el minero en quien nuestras indagaciones políticas tropiecen con una acogida desdeñosa u hostil. También en estas galerías reina el cansancio, pero son un cansancio y un padecer que tienen, en cierto modo, un carácter más maduro y complejo.

Para llegar al camarada Mindulajew hay que atravesar por un bosque milenario de sombras que sólo pueblan los espíritus de la tiniebla. Trabaja en un callejón sin salida, que comunica por un pasillo bajo y estrecho con la galería inmediata. Miramos al camino andado, y es tal el silencio y la negrura, que parece como si las sombras hubieran venido detrás de nosotros, pisándonos los talones y cerrando, quedo, sin meter el menor

ruido, una tras otra, sus puertas negras. ¡Y en toda mi vida no he visto un hombre que hablase con mayor alegría y tuviese una mirada más triste y más terrosa! Afiliado al Partido desde 1919, soldado del ejército rojo, antiguo minero a quien la revolución sacudió la conciencia y arrastró hacia arriba, Mindulajew gustó la vida libre de los hombres, se encariñó con la luz del sol, se eligió una mujer entre la blanca estirpe de los habitantes de la tierra y vivió feliz hasta que, obediente a la disciplina del Partido, hubo de retornar al agujero. Y aquí está, trabajando mucho para ganar poco; bajando a la mina a las seis de la mañana para no salir a la luz del día hasta las cuatro o las cinco de la tarde. El camarada Mindulajew refrena severamente cada palabra que sale de su boca, y si se le escapa una broma un poco atrevida, la apaga inmediatamente como apagan el cigarro los mineros para evitar una inflamación. Estos hombres, que se pasan la vida metidos en estos pozos, tienen que amar infinitamente su oficio o idiotizarse como el obrero chino, o ser sumisos y pacientes para el trabajo como los tártaros, o someterse a una severa disciplina, como este hombre que, amando codiciosamente el goce y la vida, ha de penar separado del sol por muros de cientos de metros de espesor.

Se dice que sólo son verdaderamente valientes los cobardes que se sobreponen al temblor histérico de sus carnes para seguir avanzando.

Si Kisel consigue efectivamente lanzar al mercado de carbón este año los 45 millones de puds que se propone, haciendo bajar el precio de 14 copecs a 11, y si además crece en esta mina y se fortalece la organización del Partido, se debe exclusivamente a la labor tenaz que realizan hombres como el camarada Mindulajew, que, por encima de todos los desengaños y depresiones, de todo el escepticismo y el cansancio de este período de transición, siguen sacudiendo sin desaliento el puño y creyendo firmemente en su ideal.

– Ya va siendo hora de que hagamos las cosas de otro modo. Desde el año 19 estamos esperando que las cosas mejoren...

La mano del que así habla aprieta firme y lentamente la palanca, y el resoplido del vapor pasa rozando su cara como la cola de un potro salvaje. Las máquinas levantan bocanadas de viento mezclado con polvo y carbón. Y las lámparas, de cuclillas en el suelo, son como los sapos de oro de este mundo subterráneo.

El ancho y firme rostro del camarada Suslow, capataz mayor de la mina –comunista desde 1917, soldado del ejército rojo y minero–, está todavía tostado por el incendio de sol de los años 20 y 21: los dos años que lleva sepultado bajo tierra no parecen haber alterado apenas el recio organismo de este hombre. Arriba, a la luz del sol, tiene todo el aspecto de un soldado que acaba de salir del tifus; pero aquí, al resplandor de la lámpara de minero, se diría un fuerte guerrillero, encerrado por sorpresa entre estos muros: trabado, recio, fornido, sus anchos hombros parecen sostener la bóveda de la mina. El capataz Suslow no sólo se la sabe de memoria, sino que conoce a todos los hombres que trabajan en ella, sin faltar uno solo. El llamamiento de Lenin significaba para un capataz como Suslow algo así como los trabajos obligados de salvamento en caso de incendio o inundación dentro de la mina. En este hormiguero subterráneo habrá unos trescientos hombres hozando en todas las direcciones imaginables. Suslow los conoce a todos tan bien como a sí mismo. Conoce las cualidades de cada picador y las condiciones en que trabaja; sabe la humedad que baña las paredes de su galería, el polvo y el calor que flotan en el aire que traga, los metros de montaña que tiene encima, cuántos niños tiene que alimentar, si guarda en el establo una vaca o una cabra para darles leche, qué pensamientos le cruzan por la cabeza y si son vanos o de peso. El llamamiento de Lenin fue, en estas minas, un grito de alarma que llamó a todos –a todos los que se sintiesen verdaderos obreros, sin diferencias de edad ni de origen–, moviéndoles a salir de su mundo sombrío y subterráneo para formar en las filas del Partido. El capataz tiene que conocer a todos los que han respondido al llamamiento y se “han embarcado”, y a los que han preferido quedarse quietos en el fondo de su agujero. *“¡Se ha quedado dentro uno! ¡Falta uno!”*

No hay grito que despierte en el minero mayor emoción. Y sólo el capataz puede juzgar si el hombre que falta se ha quedado en la mina sepultado o simplemente rezagado por debilidad, cansancio o desgana. Sólo él sabe el tiempo que se tarda en llegar desde los agujeros húmedos y negros a la bocamina, el tiempo que tarda en llegar a ellos la desnuda voz de la vida, resonando en el hondo silencio de la tierra y entre el estrépito de las máquinas. La mina entera tiene que luchar por el hombre que se haya quedado “dentro”, por aquel a quien el cansancio haya rendido. Es la ley de los mineros, grabada en sus pechos. Nadie tiene derecho al descanso mientras los débiles sonidos o la percusión de la respuesta no se oigan a través de los montones de ruinas y escombros de la miseria, la ignorancia

y los prejuicios. Y el capataz comunista dirige los trabajos de salvamento. He aquí los resultados de su labor: antes del llamamiento de Lenin, de los 270 mineros que cuenta la “Wolodarsky” sólo estaban afiliados al Partido 37; hoy son ya 150.

El camarada Malychew, que trabaja en la galería número 61, es uno de los que lograron reconquistar su puesto en la mina. Los años del 18 al 21 pasó “arriba”; sirvió en la sección de ametralladoras del ejército rojo, participó en las marchas y en los combates que se libraron desde Wjatka hasta Irkutsk, intervino en la victoria de Sivasch. Por culpa de una astucia de los blancos, perdió el Partido. Al evacuar Katisk, los blancos dejaron en la ciudad gran cantidad de alcohol. Una de las víctimas de esta provocación fue el camarada Malychew. También la embriaguez tiene su propia lógica inflexible.

Desde que ha vuelto a trabajar en la mina, no piensa en retomar al Partido.

– ¡Si viese usted mi cuarto no se extrañaría!

¿Qué cuarto es ese que impide al camarada volver a las filas comunistas?

Las antiguas viviendas obreras de Kisel –herencia de los famosos príncipes Abamelek-Lasarew– pasaron todas a manos del trust soviético. El arquitecto que las construyó debía de tener una asombrosa fantasía. En medio de cada calle, a una distancia de unos diez pasos de la entrada de las casas, se le ocurrió construir, con fino sentido artístico, una fila de quioscos de necesidades que emponzoñan el aire de la calle y de muchos metros a la redonda. Estas casas obreras de vecindad están unidas a un edificio de piedra, la famosa “colonia de presidiarios”, donde moraban los convictos a quienes llevaban al trabajo cargados de cadenas. Durante la guerra se les incorporaron un tropel de prisioneros a quienes se intentó utilizar como bestias de carga. Pero pudo más la testarudez de los prisioneros, que para librarse de estos trabajos forzados prefirieron poner las manos debajo de las ruedas de los vagones eléctricos. Más tarde, cuando ya no pudo vencerse la resistencia de los esclavos blancos, la mina se llenó de esclavos amarillos. Unos 3.000 chinos inundaron los cuarteles obreros. Todavía no se habían enfriado los camastros donde había dormido un equipo cuando caían sobre ellos, fatigados y rotos, los obreros del equipo siguiente, de vuelta del trabajo. La tuberculosis y la sífilis no tardaron en diezmar las filas de esta carne de esclavitud. Los hijos del sol no pudieron resistir el trabajo de la mina.

La Revolución descargó a la alteza principesca del cuidado de procurarse nuevos brazos obreros. Pero la maldición de la antigua colonia de presidiarios sigue pesando sobre el Kisel soviético. Estos edificios podridos, horribles, envenenan la vida de miles de familias obreras. En sus umbrales sigue apestando la antigua basura; en las cocinas siguen pudriéndose los viejos desagües, y la misma miseria sin nombre sigue echando sus detritus bajo las ventanas remendadas con madera, hojalata y trapos. Cientos de casas comunes, en que no hay una silla, ni una mesa decente, ni un estante, ni un mal lavabo, ni un solo libro. Los obreros antiguos son los únicos que tienen derecho a una “vivienda” separada –un cuartucho mezquino con una antesala todavía más raquítica–, donde después de salir del trabajo tienen que dormir sobre el santo suelo, con la cabeza envuelta en una manta. Una vaca es la salvación para una familia pobre. Pero estas pobres gentes no pueden tener siquiera unas gallinas, pues sus casas carecen de patio y de corral. En fin; una miseria que clama al cielo y que sólo en parte puede disculparse con la penuria de medios y la crisis económica.

Si logramos sacar a un hombre de este averno, a un hombre acostumbrado a trabajar en una jaula subterránea y que con esa voz del que ha vivido largos años en una isla deshabitada os dice que está contento de haber entrado en el Partido, que “no hay que dejarse arrollar por los jóvenes”, podemos estar seguros de haber arrancado al pantano de las sombras a un hombre verdadero y vivo.

En la mina “*Lenin*” –consecuencia acaso de la composición fortuita y desfavorable de los contingentes obreros por aquellos días– me pareció poco estable la situación general. Pero también aquí hay, escondido en la sima, un lugar digno de mención: la galería n° 3. Un corredor amplio y húmedo que comunica con el mundo superior por un pasillo nuevo. Aquí se trata de mecanizar toda la explotación subterránea, substituyendo el transporte animal y humano del carbón por el arrastre eléctrico. Pero, por el momento, la galería n° 3 no es más que una cueva helada por cuyas paredes fluye el agua sulfúrica y donde los obreros chapotean en los charcos amarillentos con sus zapatos de fibra, calados de humedad. Muchos se llevan la mano a la frente, pues el trabajo en estas simas produce tremendos dolores neurálgicos de cabeza y de muelas. Al frente de estos obreros está el camarada Osipow, capataz y comunista, afiliado al Partido desde 1905. Antes de la revolución había tomado parte en dos congresos clandestinos, y en 1907 le pusieron en la calle los patronos; en

1918-19 mandó la segunda compañía de una sección para servicios especiales y luchó contra los blancos, a la par que ayudaba a restaurar la economía del país, arruinada por éstos. Apenas habían terminado con el enemigo, los soldados arrojaron sus fusiles para levantar, en 52 “sábados de prestación”, el puente de ferrocarril que había sido volado. En 1920, cuando llegó a su apogeo la crisis del combustible, el Partido ordenó al viejo minero que volviese a ocupar su puesto bajo tierra.

El capataz trabajaba simultáneamente en la mina y en el Soviet local. Abajo, desagua las galerías inundadas, repara el entibado, moviliza los reclutas mineros; arriba, riñe una campaña denodada contra el piojo del tifus, contra el analfabetismo y el hambre. Pero la mina es celosa, no tolera competencias ni rivales: o ella o el Soviet.

Como tantas otras veces en su vida, Osipow optó por el subsuelo, substraído a los ojos de la publicidad; pero esta vez no era el subsuelo político, sino el activo y real. Sus hombros, cargados de cincuenta y tres años, apenas pueden soportar ya el trabajo de la mina.

– Entre la mina y el Soviet me han hundido...

No es este camarada el único comunista, en las profundidades de la galería n° 3. También está afiliado el camarada Juferow, y también él, capataz de los viejos tiempos, hubo de optar entre el trabajo de arriba o el de abajo. Su sueldo mensual apenas si llega a 30 rublos. Y su familia tiene que compartir la mezquina vivienda con cuatro trabajadores solteros.

– Sí, vivimos como sardinas en lata, y la vida no tiene nada de fácil.

Preguntándole yo qué idea decisiva o qué motivo exterior le había animado a responder al llamamiento de Lenin, el camarada Juferow me dio una respuesta que hizo arrugar el ceño sin querer a las sombras de esta cueva, mientras el agua, los zapatos de fibra calados de humedad, el salario y todas las partículas que forman la vida de un obrero perdieron por un instante todo su peso y su sentido :

– Entré en el Partido para que la burguesía del extranjero no nos mire como a unos cualquiera...

El habitante de las sombras se despojó de la gorra de piel para refrescar la frente. Y descubrió su cabeza entera, el pelo echado hacia atrás, las sienes claras sobre los pómulos asiáticos y la frente brillante, tostada, bruñida con el aceite de los pensamientos.



UNA MUERTE ABSURDA

Viktor Sklovski⁴⁰

Es muy duro escribir esto. El pretérito es tan poco adecuado para la mujer muerta. Cómo puede escribirse sobre una persona cuando todavía no se ha cerrado la cuenta de su tiempo. Una muerte sumamente absurda. Estaba Gorki de levita y el pelo muy corto. El astuto y omnisciente Sujánov. Un Maiakovski bastante joven. Hoy no hay gente joven así.

Además estaba Larisa Reisner.

Con trenzas rubias. Un rostro septentrional. Timidez y seguridad en sí misma.

Escribía notas para *Letopis* y un drama en verso que era como tenía que ser a los diecinueve años, de significación mundial, *Atlantis*, creo.

Nos movíamos en el mundo como en una casa nueva.

⁴⁰ Viktor sklovski, "Una muerte absurda", *Gamburgskii Schet*, Moscú, 1928.

Larisa Mijáilovna adoraba patinar. Le gustaba que la gente fuera a verla a la pista. Por aquel entonces trabajaba en las revistas estudiantiles, *Rudin*, creo que era, y *Bohme*, muy de amateurs.

Como escritora y como norteña, Reisner maduró lentamente.

Después, la Revolución. Como viento en una vela.

Larisa se encontraba entre los que tomaron la fortaleza de San Pedro y San Pablo.⁴¹ No fue un asalto difícil. Pero había que acercarse a la fortaleza. Tener fe en que las puertas se abrirían.

En la primera reunión de *Novaya Zhizn*, Reisner decía algo, Steklov estaba horrorizado y no dejaba de preguntar a los que tenía cerca: “¿Es marxista?”. En aquel tiempo Larisa Mijáilovna ya tomaba parte, creo, en la reforma de la ortografía rusa.

Entonces no era una pensadora, tenía veintidós años. Era talentosa y se atrevía a vivir. La gente cree que se está atiborrando de vida cuando sólo la está probando.

Reisner siempre ávida de vida. Y la vida le hizo sentir sus velas más y más henchidas. Viró su rumbo buscando el viento.

Supo describir el *Palacio de Invierno* muy acertadamente. Supo ver su lado cómico. Estuvo con los bolcheviques cuando a nosotros nos parecían una secta. Blok había dicho amargamente: la mayoría de la humanidad es “Socialrevolucionaria de derecha”.

Recuerdo a Larisa Mijáilovna en el Hotel Loskutnaya. Era entonces la esposa de Raskólnikov. La flota descansaba en el río Moscowa.

Había tanta gente que casi daba vergüenza.

Yo estaba en el campo enemigo. Cuando hube reconsiderado las cosas y regresé, Larisa me saludó como al mejor de los camaradas. Con su benigno talante norteño. Esto fue muy reconfortante.

Después, partió hacia el Volga con la flotilla.

Empaquetó afanosamente su vida, amarrándola bien, como si partiera hacia otro planeta.

⁴¹ Fortaleza-prisión en la que se recluyeron y murieron por los malos tratos muchos los enemigos políticos del zarismo acusados de “terrorismo”, entre ellos Netchaiev. Famosa por sus terribles condiciones de encarcelamiento.

Los torpederos de Raskólnikov se deslizaban a través de los bancos de arena y trazaban una línea roja a lo largo del Volga.

Allí, en las campañas, Larisa Reisner encontró su estilo literario.

Su estilo de escritura no era el de una mujer. Tampoco existía en él la ironía habitual del periodista.

La ironía es una manera barata de ser listo.

Larisa Mijáilovna se encariñaba con lo que veía y tomaba la vida a fondo. Un poco pesada y sobrecargadamente. Pero la vida estaba entonces tan sobrecargada como un vagón de ferrocarril.

Reisner creció lentamente y no envejeció. No perfeccionó plenamente su toque. Las mejores cosas no las escribió sino hasta muy recientemente. Las primorosas descripciones de las instalaciones de *Ullstein* y *Junkers*.

Entendió muy bien Alemania.

Ahí había una verdadera reportera que no valoraba las cosas con ojo editorial.

La cultura de una alumna de los acmeistas y los simbolistas había dado a Larisa Reisner el ojo para ver las cosas.

En el periodismo ruso el suyo es del estilo más superado, el del libro de literatura.

Así fue, porque era una de las periodistas más cultas.

Así es cuan pródigamente se formó esta periodista.

Larisa Mijáilovna acababa de empezar a escribir. No creía en sí misma, seguía reeducándose.

Su mejor artículo es sobre el barón Steingel. No es sino hasta ahora, creo, que se publican *Los decembristas*. (*Hamburgo en las barricadas*)

Acababa de enseñarse a sí misma a no describir ni nombrar el tema, sino a desplegarlo.

Y ése es el extraño rostro en una sala familiar de la Casa de Prensa.

¡Se la vio por allí tantas veces! Una pieza viviente del periodismo ruso parece haber sido arrancada con los dientes.

Los amigos nunca olvidarán a Larisa Reisner.

EN MEMORIA DE LARISA REISNER

Lev Sosnovsky⁴²

Cuando hoy recordamos a Larisa Mijáilovna debemos ser absolutamente francos. Hemos sido injustos con ella, yo también. Recorrió todo su trayecto entre nosotros como pasando a través de una serie de barreras en las que fue silenciosamente revisada.

En los círculos de nuestro partido, que había salido de la organización clandestina raído, rasgado y poco versado en las elementales convenciones de la vida civilizada, era extraña la figura de una persona cabalmente bella, refinada de pies a cabeza en apariencia, palabras y hechos. Nos habían defraudado tantas veces aquellos que se nos habían acercado que era difícil que nos arriesgáramos a la decepción una vez más. De modo que a Larisa Reisner se le entabló un proceso silencioso e interminablemente repetido que fue transformándose extrañamente a sí mismo. Yo tengo todavía más razones para hablar de esto ya que en numerosas ocasiones me sorprendí poniéndola a prueba.

Pasó el primer examen. Esto sucedió cuando, sin que nadie la condujera o enviara, se encontró en uno de esos lugares donde se estaba decidiendo verdaderamente el destino de la revolución. Fue en Sviyazhsk, ante Kazán. Esa fue la primera prueba. En ese tiempo escribía poco o bien raras veces tuvimos la oportunidad de leerla.

Después de esto, cuando se incorporó a nuestra prensa y se convirtió propiamente en uno de nuestros colegas, comenzó el segundo conflicto con Larisa Reisner. Éramos demasiado laboriosos y prosaicos. Había en ella una gran dosis de poesía, de emoción y mucho romanticismo. Se nos ocurrió pensar: ¿no había sencillamente demasiada elegancia en sus escritos, no había demasiadas imágenes y demasiado colorido? A veces los que andábamos tropezándonos por ahí con la vida real, nos preguntábamos: ¿era el objeto de su creatividad simplemente este malabarismo de colores, imágenes, líneas y yuxtaposiciones?

⁴² Lev Sosnovsky, *“En memoria de Larisa Reisner”*, *Lyudi Nashego Vremeni*, Moscú, 1927.

La tercera prueba fue cuando aparecieron sus reseñas sobre Afganistán. ¿No estaba siendo arrastrada esta joven mujer hacia el exotismo? ¿Estaba dándole la espalda a nuestra tediosa prosa y a ese color grisáceo tan ruso? ¿No era éste un caso de evasión íntima hacia el exotismo de países y gentes raras? Era una nueva prueba.

Después llegó lo de Hamburgo. Después de Hamburgo yo resolví personalmente la cuestión.

Con frecuencia nos abstenemos equivocadamente de tomar las medidas que tenemos el deber de acabar tomando. Estoy hablando por y sobre mí mismo. Pero quizás estoy también transmitiendo las ideas, el talante y los pensamientos de otros. Era imposible no tener opinión sobre Larisa Reisner ya que en aquel momento no había entre nosotros mejor periodista. Si cada uno de nosotros, periodistas militantes que habíamos pasado por esta gran experiencia revolucionaria, organizativa y práctica del partido, hubiera poseído su pluma, su sentido del color y su visión penetrante, hubiéramos podido hacer diez o cien veces más.

Si a esto se añade su educación y su experiencia europea —y esto no pasaba sin dejar huella—, si se hubiera añadido todo esto a nuestro temperamento revolucionario bolchevique, hubiéramos podido realizar verdaderos milagros.

En consecuencia, admitiendo que no he sido el único en pensar así y en poner tan constante y estrictamente a prueba el trabajo y la valía de Larisa Reisner, en el momento en que concluyó el examen, hubiéramos tenido que hablar con ella de esto franca y fraternalmente. No sé si ella lo hubiera necesitado, ni si percibía un extrañamiento sordo, muy contenido y apenas perceptible. Tanto en caso afirmativo como negativo —no estaba lo suficientemente familiarizado con Larisa Mijáilovna para determinarlo—, creo que después de Hamburgo teníamos el deber de entendernos con Larisa Mijáilovna abierta y fraternalmente. Es duro tener que hacerlo cuando ya no está aquí.

Después de Hamburgo abordé sus escritos de un modo bastante diferente. Me di cuenta de que esta persona, tan esencialmente joven, había pasado por una enorme evolución ante mis ojos. Abarcar a los treinta años problemas, campos y experiencias de tal envergadura y tener el valor de no dedicárselo a las minúsculas deficiencias de un minúsculo aparato sino a las importantes deficiencias de un importante aparato, tomar a los Krupp y sondearlos desde la cima de las salas secretas de sus consejos de

administración hasta las profundidades subterráneas de sus minas, era una prueba para una intelectual joven que dudo que alguien más hubiera pasado. Cuando me acerqué a su obra más reciente, formalmente ya no encontré ese exceso de imágenes, formas bellas y comparaciones que caracterizaron sus primeros trabajos.

Esto me hizo ver que Larisa Mijáilovna estaba trabajando sobre sí misma muy reflexiva y rigurosamente. Tal vez incluso sin haber tenido esa franca discusión a la que me he referido, ella percibió lo que requería de ella nuestro simple y austero lector. De modo que fue a su encuentro.

He mencionado en otro artículo una de sus últimas reseñas periodísticas, “*Leche*”, publicada en *Gudok*. Esta reseña tenía algo muy nuevo. Los que hayan tenido la oportunidad de leer esa nota habrán visto otra nueva etapa en el trabajo creativo de Larisa Mijáilovna. En tanto que gran parte de su trabajo anterior trataba directa o indirectamente de los aspectos heroicos de la vida, en este caso nos encontramos con una prosa terriblemente opresiva, la vida de los más bajos fondos de la sociedad capitalista aplastados bajo el peso de la Paz de Versalles y sus ramificaciones. Ahí había únicamente prosa y no heroísmo. Gente desvaneciéndose en la pobreza. Pero Larisa Reisner utiliza el siguiente artificio. Nos pasea con el lechero subiendo las escaleras de una vecindad a las primeras luces del día y nos muestra los diferentes grados de pobreza de los obreros de Essen. Este artificio nuevo, sencillo, claro y escueto me mostró que todavía no conocemos siquiera ni una pequeña parte de las capacidades de Larisa Mijáilovna. Y, por si todavía nos quedaran dudas, sus recientes fragmentos de un proyecto de trabajo aparentemente a gran escala sobre los decembristas nos mostró horizontes bastante nuevos en Larisa Mijáilovna. Sus dos reseñas sobre los decembristas publicadas en un periódico eran como la constatación de un avance de algo muy grande por venir. Los que están familiarizados con los intentos de retratos artísticos de los acontecimientos históricos reales que existen en nuestra literatura sabrán cómo, en la mayoría de los casos, estas crónicas históricas noveladas son vulgares, planas y falsas. En esas dos pequeñas reseñas ya no había una columnista o una reportera. Había una gran artista y una gran creadora.

Cuando leí su nota sobre Trubetskoi, personalmente pensé que Larisa Reisner era en realidad una escritora invitada en un periódico. Era únicamente su temperamento revolucionario combativo lo que la vinculaba al periódico. Incluso en sus anteriores fragmentos sobre Ullstein y otros se

sentía como si estuviera siendo arrastrada hacia una escala mayor. Y este goce anticipado de algo grandioso también nos mostró que era tanto más una visitante –únicamente en el sentido más puro de la palabra– en el periodismo y que tenía que dar al país y al mundo algo mucho más grande (no sé si hubiera abandonado o no los periódicos) porque, si podía describirnos toda la talla de un hombre al que separa de nosotros un centenar de años, ¡qué imágenes hubiera podido ofrecernos de nuestra época, la gente que ella vio, sintió y comprendió hasta el último pliegue! Y ésa es la verdadera causa de nuestra aflicción y gran pesar: que la literatura rusa y mundial ha perdido a Larisa Reisner.

Me refiero a la literatura mundial y no exagero. Hoy no tendría que haber motivo ni necesidad de decirlo. Mucha gente piensa, y en parte es correcto, que el efímero periódico y los ajetreos del periodista representan algo sumamente transitorio y de poco peso que se desvanece como humo en el aire. Es cierto. Pero sólo en relación a épocas que son en sí mismas triviales, grises, pálidas y monótonas.

Los periodistas que viven y describen grandes épocas no mueren tan rápidamente. De modo que si aprenden fiel y sinceramente a imprimir una pequeña parte de su gran época, preservarán la latitud de esta época de la decadencia y vivirán por muchos años.

En mi búsqueda de un modelo de reseña periodística, me tropecé una vez con un libro, una colección de apuntes, de cierto periodista español que vivió en la década de 1830. En los círculos liberales rusos hubo algunas personas que recopilaron las notas de este escritor español tan útiles para inculcar el espíritu cívico en la Rusia prerrevolucionaria y las reeditaron. Yo las leí en un esfuerzo por entender qué había de tan poderoso en él para volverlo tan popular en su época. Aparte de aburrirme no saqué nada de ellos porque los acontecimientos que describía eran una raquítica ondulación en la superficie de un charco si se compara con las tormentas por las que atravesó Larisa Mijáilovna.

Nuestro tiempo necesita establecer una cierta armonía en el espíritu de sus periodistas en consonancia con él. Quizás sea una elección desafortunada de términos, pero yo creo que lo que identificó y tipificó a Larisa Mijáilovna podría definirse con una tosca combinación de palabras: *una pasión salvaje por la vida*. Una pasión genuina e indomable por la vida, una sed inextinguible de estar en Hamburgo y en Essen, en los Urales y en el Donbass, en Afganistán y en el Cáucaso. Y precisamente

porque en esta persona existía este temperamento y esta gama tan vasta de interés por la vida, cada una de sus líneas, independientemente de cómo tratemos a su autora, logra sacudir a los que la leen.

Dentro de muchos años, si la gente desea sentir algo de la envergadura de la revolución y del gran año de 1918, obtendrán mucho de la lectura de los escritos de Reisner. Piénsenlo por sí mismos: ¿encuentran mucha literatura imaginativa y vivida sobre 1918 que pueda compararse con las notas de Larisa Reisner? Por mucho que me esfuerzo en recordar algo similar no se me ocurre nada. La verdadera evaluación y la auténtica prueba no pueden expresarse con nuestras palabras sino con las palabras de aquellos que pensarán en la gran época de nuestra revolución con pavor y comulgarán no con áridos hechos y cronologías sino con el espíritu de la época. Esos serán los que den una apreciación verdadera, imparcial y autorizada.

El trabajo de Larisa Mijáilovna Reisner en los periódicos y su presencia en las redacciones nos hizo sentir –operarios periodísticos comparados con esta gran artífice del estilo– más precavidos y tensos de algún modo. ¿Cómo se puede tratar con desdén el estilo y la forma cuando notas como las de Reisner se publican junto a las propias? Hasta el que nunca piensa especialmente en la forma empieza a reflexionar.

Por mi parte, permítaseme decir que ninguna de las búsquedas de los formalistas (a saber, los que abogan por el formalismo en literatura) dejaron ninguna impresión en mí. Pero los últimos artículos de Larisa Mijáilovna Reisner me hicieron aprender una o dos cosas. Creo también que más de una generación de estudiantes del Instituto Estatal de Periodismo aprenderán de sus notas el modelo de un buen estilo revolucionario.

Lo más importante que me queda por decir es que deberíamos ayudar a otros camaradas y amigos a ponderar el hecho de que durante tantos años, demasiados, hayamos sido tan injustos con ella. ¿Puede esto corregirse con un reconocimiento tan retrasado? Claro que no. Pero quizás nos ayude a ser más justos y a crear un ambiente mejor en el futuro para aquellos otros trabajadores tan singularmente talentosos como Larisa Mijáilovna Reisner.